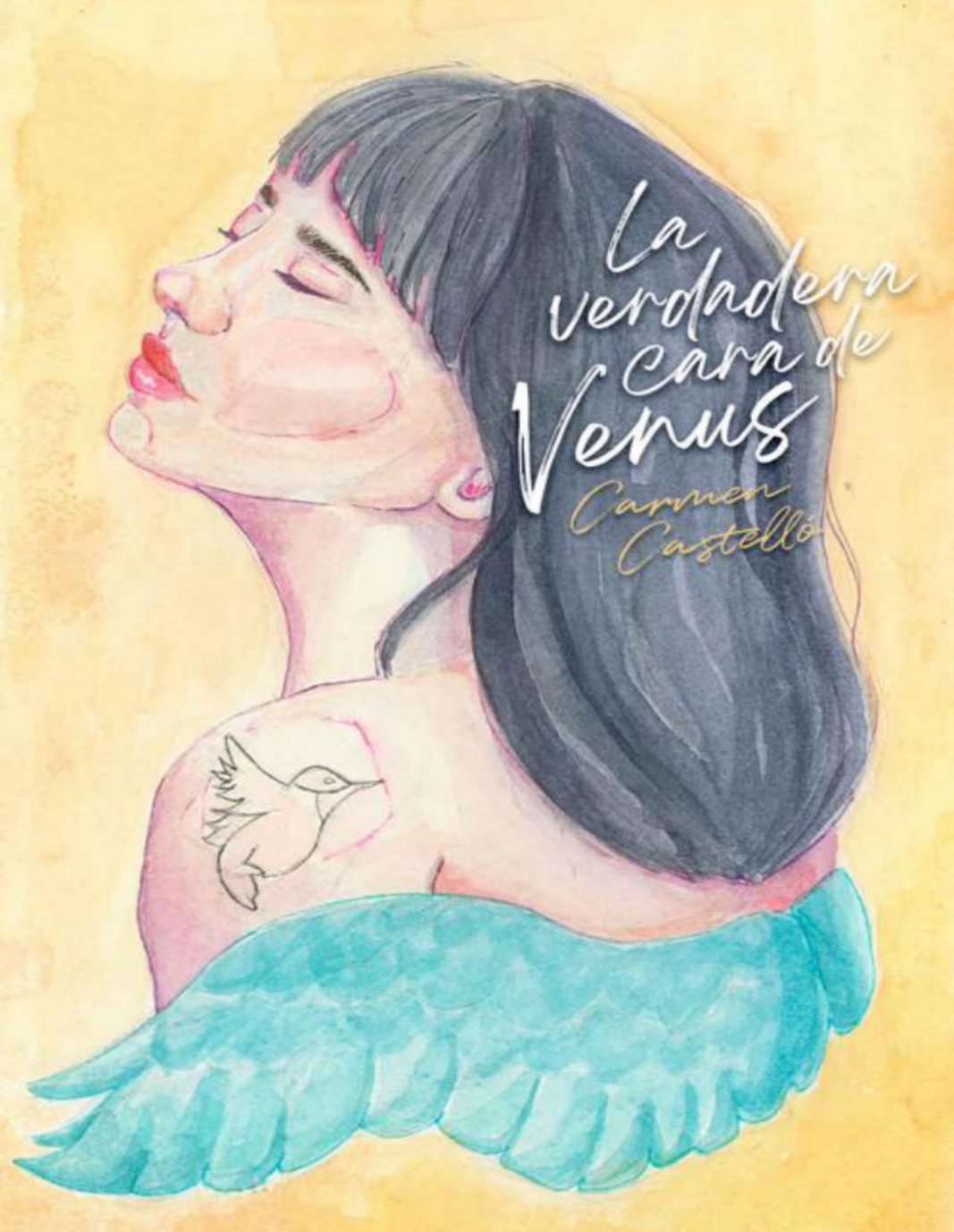

La verdadera cara de Venus

Carmen Castelló

EL NACIMIENTO DE VENUS

@VENUS
I
@VENUS
II
@VENUS
III
@VENUS
IV
@VENUS
V
@VENUS
VI
@VENUS
VII
@VENUS
VIII
@VENUS
IX
@VENUS
LA VENUS DEL ESPEJO
X
@VENUS
XI
@VENUS
XII
@VENUS
XIII
@VENUS
XIV
@VENUS
XV
@VENUS
XVI
@VENUS
XVII
@VENUS
XVIII
@VENUS
XIX
@VENUS
XX
@VENUS

XXI
@VENUS
XXII
@VENUS
XXIII
@VENUS
XXIV
@VENUS
XXV
@VENUS
XXVI
VENUS Y MARTE
@VENUS
XXVII
@VENUS
XXVIII
@MABIANCHI
@VENUS
XXIX
@VENUS
XXX
@VENUS
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA

LA VERDADERA CARA DE VENUS

CARMEN CASTELLÓ

La verdadera cara de Venus
© Carmen Castelló (2023)
ISBN: 9798392821235
© Diseño y maquetación: Carmen Castelló.
© Ilustración de cubierta: Carmen Castelló.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

«Los golpes del martillo nos hacen obras de arte».
Leonardo DaVinci

A todas las personas que piensan que están rotas.
Sois arte.

EL NACIMIENTO DE VENUS

Sandro Botticelli

@VENUS

Una vez tuve a esa persona con la que todo el mundo sueña con encontrar, esa con la que puedes hablar sin palabras, con la que compartir sueños y secretos, con la que vivir primeras veces.

Una vez tuve a ese alguien, y una vez lo perdí.

I

—No me vengas con ínfulas de artista, Michelangelo. ¡Necesito que crees ya! No me sirve la excusa de que las musas vengan o dejen de visitarte. Está en juego una gran cantidad de dinero, así que tienes un mes para entregarme la obra que te encargué, o cancelarán el contrato y perderás toda…

Michelangelo no terminó de escuchar a su representante porque lanzó el móvil contra el sofá. Estaba harto de Domenico y de todo lo que conllevaba ser el artista del momento.

Se sirvió un chupito de limoncello que desapareció en menos de dos segundos a través de su garganta, y con el sabor a licor de limón dulce, salió a la terraza de su estudio con vistas a una de las obras maestras del arte gótico y del Renacimiento. Tenía una panorámica privilegiada del *duomo* de Florencia, la Catedral de Santa María del Fiore. Deseó tener un cigarrillo a mano para deshacerse de la inquietud mientras se perdía en aquella belleza de la arquitectura, pero estaba tan cansado, que la simple idea de tener que salir de su estudio le echaba para atrás.

El mundo siempre tuvo una visión equivocada de la gente que vive de su arte: o eres un muerto de hambre o el dinero se te cae de los bolsillos. O tienes éxito o fracasas. O vienen las musas o no creas. A Michelangelo le había tocado vivir en sus propias carnes todos esos prejuicios.

Le iba muy bien, pero la vida que llevaba no era ni de lejos la que pensó que tendría cuando alcanzara el éxito social y económico. Era habitual que la gente lo imaginara viviendo la gran vida, esperando a que las musas lo visitaran para dejarse llevar y fluir con la magnífica creatividad divina.

Y no era así.

Él también pensó eso cuando era un chico de veinte años que quería dedicarse a las artes y esperaba a que las musas lo visitaran para empezar la obra que lo catapultaría a lo más ato de las esferas artísticas. Creía que con eso era suficiente: inspiración, talento, arte… Se olvidó de lo más importante, del trabajo. Porque no importa cuánto talento tengas. No puedes depender de que las musas decidan visitarte. Hay mucho más detrás. Hay horas sin dormir, dolor físico e incluso mental. Y eso es lo único que le quedaba a Michelangelo con treinta y siete años: trabajo y más trabajo. ¿Y la creatividad? Se había esfumado. Aunque no fuera lo único que condicionaba a su profesión, sí que era un pilar fundamental, casi tanto como la perseverancia y la

constancia de ponerse cada día frente al mármol. Necesitaba un equilibrio.

Michelangelo Buonarroti decía: «Vi el ángel en el mármol y tallé hasta que lo puse en libertad». Pero se le olvidó decir que con ver no es suficiente. Hace falta esculpir. Y para eso no dependes tan solo de la inspiración, sino de ti mismo.

Y él se estaba fallando.

En los últimos meses, le costaba mucho crear. No tenía un equilibrio entre la teoría y la práctica, y trabajar bajo presión nunca le había funcionado.

¿Qué iba a hacer ahora? No estaba acostumbrado a que la inspiración lo abandonase. Solo le había ocurrido dos veces en la vida, y siempre había una razón externa que le impedía conectar con su mundo interior.

Pero llevaba muchos meses sin esculpir. Sin dibujar. Sin escribir. Era incapaz de hacer nada creativo. ¿Por qué? Su familia estaba bien. Francesca, su hija, se estaba labrando una exitosa carrera como periodista en España. Hacía mucho que no la veía en persona, pero comprendía que tenía que volar. Eso no significaba pérdida de contacto, ni mucho menos. Desde que era pequeña, siempre tuvieron una relación muy estrecha, en parte, porque él era el único padre que ella tenía.

Iris Francesca acababa de terminar la universidad, y su trabajo de fin de grado había sido todo un éxito. Y no solo a nivel académico, sino también internacional. Fue la primera vez que alguien ofrecía un testimonio de primera mano sobre la vida de Alessandra Veneziano, más conocida como La Farfalla, la primera mujer en convertirse en *capo*[1] de la mafia siciliana: La Cosa Nostra. Ella la había entrevistado y convirtió su trabajo en un libro que se hizo *bestseller*. Incluso Dèjá Vú, uno de los grupos de rock más conocidos a nivel mundial, habían creado una canción con el mismo nombre basándose en el libro que escribió su hija con tan solo veintidós años.

Estaba orgulloso de ella, aunque fue difícil enterarse de esa entrevista tan peligrosa que había realizado a sus espaldas. Sobre todo, fue complicado para su hermano Salvatore, que estaba implicado directamente en la vida de La Farfalla. Aunque Michelangelo no sabría decir si fue peor enterarse de la noticia, leer el libro, o la acogida tan enorme que tuvo después.

Había pasado un año de eso, y los éxitos de ventas les recordaban cada día la importancia que Alessandra Veneziano tuvo y seguía teniendo en sus vidas.

Nadie conocía su paradero actual. El mundo entero la buscaba. Unos para encarcelarla, otros para matarla, y los lectores porque se habían quedado prendados de una historia de amor, venganza y poder

de una belleza oscura pero enigmática.

Había quien decía que la ‘Ndrangheta la había asesinado como *vendetta*[2], en concreto, que lo había hecho la mujer de Sandro Messina. Otros decían que estaba en una isla paradisiaca viviendo su mejor vida. Y los más románticos, que había volado tan alto, que era imposible que el ojo humano alcanzara a verla, pero que estaba ahí, sobre nosotros, libre.

Michelangelo no tenía ninguna inquietud por saberlo. Solo se interesaba por su hija, que había recibido amenazas de muerte después de la publicación del libro. Por eso prefería que ella siguiese viviendo en España en vez de en Italia. Tenía la sensación de que ahí estaba más protegida, aunque él no pudiera estar a su lado para encargarse de su seguridad en persona.

Hablaban casi todos los días, porque si algo les enseñó La Farfalla, fue la importancia de tener a personas que te quieren a tu alrededor para que no te dejen caer.

—¿Cómo estás, *piccolina*[3]? —Michelangelo descolgó el móvil en cuanto vio su foto en la pantalla.

—Bien, papá. Estoy con Martín, vamos a salir ahora a comer, ¿y tú qué haces?

—Estaba intentando trabajar. —Se dio la vuelta para enfrentar a los bloques de mármol de su estudio.

—¿Intentando?

—Intentando. Pero la cosa no va nada bien.

—¿Por qué no?

¿La razón? La desconocía. Simplemente evitaba a toda costa tener que enfrentarse al mármol, porque si lo hacía, acababa siendo un fracaso. Y Michelangelo odiaba fracasar.

—Disfruta de la comida, ¿vale? No te preocupes por mí.

—Claro que me preocupo por ti, papá.

Michelangelo se pasó una mano por los ojos y suspiró. Estaba muy cansado. Apenas dormía cuatro horas seguidas (cuando lo conseguía), y después se pasaba el día dándole vueltas al trabajo que tenía por hacer y que era incapaz de realizar.

—¿Por qué no te vas de vacaciones? —le sugirió su hija al otro lado del teléfono. Él se sorprendió de que no hubiese colgado todavía.

—¿Vacaciones? Eso es imposible. Tengo proyectos que entregar y voy muy atrasado. Domenico me va a matar si no termino ya la obra. De hecho, ya está planeando mi asesinato.

Hacía años que Michelangelo no se tomaba unas vacaciones de verdad, de esas en las que te olvidas de tu rutina habitual. Porque si algo tenía de malo vivir de tu propia pasión, era que no podías desconectar de ella.

El arte nace como una afición, y después puede convertirse o no en

un trabajo. Para Michelangelo se transformó, y todo aquello que lo relajaba, pasó a convertirse en su responsabilidad. Ahora no tenía forma de desconectar, porque había convertido todo aquello que le gustaba en su profesión.

—¿Y qué pretendes hacer entonces? ¿Esperar a que vengan a visitarte las musas o a arruinar un trabajo de meses? Papá, yo creo que es mejor descansar unos días y volver con las pilas cargadas, a pasar horas desgastándote y sin conseguir nada decente. ¿No crees que Domenico preferirá un trabajo bien hecho a algo sin alma?

Su hija tenía toda la razón, pero a Michelangelo le costaba mucho aceptarlo.

—Tal vez… Tal vez tienes razón y necesito unas vacaciones, pero…

—Claro que sí, necesitas llenarte de ideas nuevas —intervino ella antes de que pusiera más excusas—. Puedes venir aquí a España si quieres.

Michelangelo escuchó a su yerno susurrar tonterías para evitar su visita. Iris replicó contundente, como era ella, pero Michelangelo tampoco tenía muchas ganas de ir a Madrid, así que, con rapidez, se inventó otro destino.

—No preocupes a mi yerno querido, que viajaré por la costa de Italia.

—¿Vas a ir a casa del abuelo? —preguntó Iris con nostalgia.

Hacía muchísimo tiempo que no visitaba la tierra que lo vio nacer, pero tampoco estaba preparado para ello todavía.

—No. Iré a algún pueblo de Cinque Terre. O tal vez a todos, no lo sé.

—Está bien, pero llámame cuando llegues.

—¿Quién es el padre aquí? —preguntó Michelangelo con una media sonrisa dibujada en sus carnosos labios.

La verdad era que Iris siempre fue la más responsable de los dos, aunque el padre fuera él.

—No sé qué responder a eso.

Ambos rieron. Haber sido padre tan joven, tenía sus ventajas. Atesoraba una conexión más fuerte con su hija.

Michelangelo escuchó a su yerno decir que habían llegado a su destino, y decidió dejar de entretener a su querida hija.

—Te llamaré cuando llegue, pasadlo bien.

—Gracias, papá. Tú también, y no trabajes durante las vacaciones, son para descansar. ¡Y manda muchas fotos!

—Lo intentaré. Cuídate, *piccolina.*

Nada más colgar, cogió sus llaves y abandonó el estudio sin volver a mirar una vez más a la Venus que tenía a medio esculpir.

Paseó con tranquilidad por la ciudad que lo tenía tan enamorado, debatiéndose en si debía irse de vacaciones o no. Algo en él le decía

que era lo correcto y necesario, esa voz que se parecía tanto a la de su hija. La otra le gritaba que no podía perder ni un solo segundo más, que tenía que encerrarse en su estudio hasta acabar con el trabajo.

Cuando llegó a casa una hora más tarde, la razón había ganado y ya había escogido un destino. Se puso a buscar una habitación de hotel sin avisar a su representante, porque sabía que, si lo hacía, jamás cogería el tren.

Preparó su maleta, y se fue en busca de una tranquilidad que hacía mucho tiempo había dado por perdida.

@VENUS

Un día leí que vivir es aprender a perder lo que has ganado. También que, para construir un castillo de arena, primero tienes que crear un hoyo de donde sacar la tierra. Resulta que yo me he quedado con el hoyo y no encuentro el castillo.

¿Acaso te lo llevaste tú?

II

El poeta Lino Crovara describió el pueblo de Manarola de esta forma: «Una colmena en la roca, un nido de gaviotas alto sobre las olas, un pueblo donde el leve susurro de las olas acaricia las orejas atentas del alma».

Así es cómo se sintió Michelangelo Bianchi cuando pisó esas tierras con olor a mar y sabor a vino dulce. Nunca había estado en ese pueblo de Cinque Terre, pero se enamoró a primera vista. Tampoco era difícil hacerlo ante semejante paisaje, lo raro era que Michelangelo se enamorara. Él nunca había sentido esa sensación cálida y plena en el techo. Bueno, sí, una vez, pero no fue como él pensaba. Más bien no fue como le habían hecho creer que sería.

Fue una mañana de primavera, durante la hora dorada, cuando los pétalos de las flores se abrían y llenaban de colores el jardín del hospital. A las 16:16 de un mi miércoles cogió a su hija en brazos por primera vez en su vida. Fue un momento mágico. Fue como pasear bajo el calor del sol, como beber agua después de comer algo salado, como una caricia en el corazón.

Y entonces se enamoró. Sin darse cuenta. Sin saberlo.

Amor a primera vista. Cuando la flecha de Cupido atravesó su corazón, sonó como si las hadas rieran y dieran la bienvenida a su pequeña Iris Francesca al mundo. Su corazón tintineó al sostener su diminuto cuerpo con sus manos. Ni siquiera era más grande que su antebrazo. La recibió con toda la delicadeza del mundo, incluso más de la que usaba cada vez que cincelaba el mármol y liberaba a la escultura de su interior. Le embriagó una emoción que solo había experimentado las veces que creaba arte.

Esa pequeña personita era su mejor creación, y jamás volvería a hacer algo similar, ni aunque esculpiera la mejor obra maestra. Ella tenía vida propia. Brillaba por sí sola, nadie tenía que pulirla. Sonreía, lloraba y se movía. Eran gestos que sus esculturas jamás lograrían imitar.

Nunca se volvió a enamorar.

Hasta que llegó a Manarola y empezó a escuchar ese tintineo en las olas del mar, el bullicio de un pueblo sobre las rocas y el susurro de un alma encontrando su lugar.

Los turistas solían visitar cada una de las tierras más bellas de Italia haciendo un recorrido por la Riviera, pero Michelangelo ya conocía la mayor parte de ellas. Había viajado con anterioridad a Monterosso, Vernazza, y Corniglia, pero nunca a Manarola o Riomaggiore. A él le

gustaba disfrutar y exprimir las semanas empapándose del arte de cada lugar, pero debido a su trabajo no tenía tanto tiempo para viajar como a él le gustaría. Tuvo que convertirse en adulto a los dieciséis años, ocuparse de su hija recién nacida y ponerse a trabajar de cosas que no le gustaban para sacarla adelante mientras que su carrera como artista despegaba. Y nunca se rindió. Fue constante y trabajó duro, y esos son hábitos que no se pierden de la noche a la mañana. Le resultaba muy difícil estar sin trabajar, porque además el arte era su pasión.

Paseó por las estrechas calles empedradas que se alzaban sobre acantilados de roca de unos setenta metros de altura. Las casitas de colores le daban la bienvenida y le invitaban a perderse en cada rincón mágico de aquel precioso lugar.

Y así lo hizo, olvidándose del peso de su maleta de mano, subió las largas y estrechas escalinatas de piedra que no le conducían a ningún sitio en concreto. Fue sin rumbo admirando la vegetación y las antiguas farolas que adornaban la calle cuando se topó con un coqueto e íntimo restaurante escondido entre enredaderas y mesitas llenas de gente tomando vino y aperitivos.

Siguió el olor dulce de la uva aderezado con orégano, y se sentó en una mesa cercana a la cocina desde donde podía oír el crepitar del horno de leña. Las tripas le rugieron imaginándose el sabor de tan exquisita comida.

El restaurante estaba lleno. Los camareros no daban de sí, y su hambre voraz tampoco. Decidió levantarse a pedir en la barra, pero entonces una voz femenina lo detuvo a mitad de camino.

—¡Camarero! —Una mujer morena de pelo corto, llamó su atención. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara, y Michelangelo acudió a ella sin decir nada. El flequillo le cubría las cejas, y enmarcaba una mirada melancólica—. ¿Me puede dar papel y boli?

¿De verdad lo estaba confundiendo con un camarero? Michelangelo se miró el atuendo que vestía ese día. Llevaba puesta una camisa de lino blanco y un chaleco hecho a su medida. La chaqueta oscura a juego con su traje la había dejado en la mesa porque en ese lugar hacía demasiado calor como para llevarla puesta. ¿Cómo iba a confundir su elegancia con el uniforme de un camarero?

Vio la libretita que sobresalía del bolsillo de su chaleco, y con una media sonrisa, decidió seguirle el juego a la chica.

—Aquí tiene. —Le ofreció el cuaderno y la pluma que siempre llevaba con él por si las musas lo sorprendían en cualquier momento.

La mujer le dio las gracias en un susurro sin ni siquiera mirarlo a los ojos. Abrió la libreta por una página aleatoria que dio la casualidad de que estaba en blanco, y después miró por la ventana con

vistas al encantador pueblecito. Respiró hondo antes de ponerse a dibujar.

Michelangelo observó los trazos que comenzaba a dibujar sobre el papel mientras se acercaba a la barra. Estaba ensimismada, había entrado en ese trance creativo que él bien conocía cuando el mundo se desdibujaba a su alrededor. Ese día, Michelangelo se reconoció en esa chica morena que llevaba un vestido verde floreado. Para ella no existía nada más que la tinta del boli transformando sus pensamientos en algo tangente. Y sin darse cuenta, él también se sumergió en esa corriente ajena al mundo real, pero en ese caso no era él quien estaba creando (como era habitual), sino que se había convertido en el espectador.

Michelangelo era tan amante del arte como de los artistas. Ambas cosas le fascinaban. Él era ambas caras de la misma moneda.

—Señor. Señor, ¿quiere algo?

—Eh, sí. Una lasaña boloñesa y un vino tinto.

—Por supuesto, ahora se la llevamos a la mesa

Michelangelo solo pudo asentir. Sus ojos seguían fijos en aquella chica que se estaba dejando el alma en su cuaderno. El cabello negro cayó sobre su cara cubriendo todo el dolor que estaba vomitando sobre el papel. De repente dejó caer el bolígrafo en la mesa sin ningún cuidado, miró aquello que sus manos acababan de materializar, y se quedó quieta como una piedra.

Cuando Michelangelo dio unos pasos en su dirección para presentarse, la chica se levantó de forma brusca de la silla. Dejó el dinero de su consumición bajo el servilletero, cogió su bolsa de tela y se marchó hacia la entrada. Michelangelo intentó detenerla, pero la chica fue más rápida y supo esquivarlo sin problema.

—¡Espera!

Su ruego no tuvo respuesta. Se resignó a verla huir por las calles empedradas hasta que desapareció.

Michelangelo se quedó con ganas de conocer a la mujer que había dejado impresa una parte de su alma en su libreta. No era un dibujo, tampoco un escrito, era una persona. El vivo retrato de una mujer que sonreía con inocencia y ganas de vivir, pero los trazos eran hoscos e irregulares.

El trozo de vida que sostenía sobre el papel tenía más sentimiento que técnica, y eso era algo que con los años Michelangelo había aprendido a apreciar. Un artista podía tener la mejor técnica del mundo y pintar como Velázquez o Botticelli, pero sin sentimiento, era como no tener nada.

La clave estaba en la balanza, lo más complicado de todo.

Él mismo había sido autor de obras que técnicamente eran una maravilla, y que, sin embargo, a la mayor parte del público no le

había llegado tanto como otras que había creado por una razón más allá del trabajo o del dinero. No siempre era así, por supuesto. La técnica a veces también se sobrevaloraba, pero lo que quedaba en la memoria colectiva de la gente era aquello que tenía más sentimiento que otra cosa porque eso dejaba huella, ¿y a qué ser humano no le gustaría perdurar en el tiempo?

Esa chica había dejado su marca no solo en la libreta, sino también en él.

Michelangelo deseó conocer más de ella y de su trabajo. Dudaba de que le generara placer crear, porque el rato que la estuvo observando daba la impresión de que cada trazo hosco que dejaba sobre el papel era como un puñal que le clavaban en la espalda. Su cuaderno de ideas ahora estaba sumergido en un dolor muy oscuro.

Esa desconocida le recordó que el arte siempre ha sido una forma de canalizar y expresar los sentimientos. Cuando eso se traduce en dinero, fama y reconocimiento, el trabajo acababa matando a la creatividad. Eso era lo que le estaba sucediendo a Michelangelo Bianchi, y esperaba remediar su problema ahí mismo, en Manarola, durante unas vacaciones que empezaban llenas de inspiración gracias a la Venus que esa chica misteriosa había dejado entre las páginas de su libreta.

@VENUS

Primera publicación

El cambio nunca es fácil, pero ¿y qué pasa cuando cambiar es lo único que puede salvarte la vida?

Soy Venus. A partir de ahora este es mi nuevo nombre. He de construirme una nueva identidad. Volver a empezar. He decidido mudarme a un pequeño pueblo de Italia. Le llamaré Cyprus.

Y no, no es la isla de Chipre (ni siquiera está en Italia), pero ahí fue donde, según el mito del nacimiento de Venus, el mar y el viento la transportaron hasta orillas de esa isla del mediterráneo, en una concha marina, y fue llevada por las Horas al lugar de los Inmortales.

Por ese motivo he escogido la imagen del cuadro de Sandro Botticelli: *El nacimiento de Venus*. Porque he vuelvo a nacer, y mi nombre es Venus.

III

Nadie conocía su verdadero nombre, tampoco su pasado ni su presente. Para el mundo era una joven callada, arisca e introvertida que nunca hablaba con nadie a no ser que fuera estrictamente necesario. Ella era Venus, o así se hacía llamar. Una mujer sin pasado ni futuro. Alguien etéreo, no vivía ni en la tierra ni en el cielo, sino encerrada en sí misma, en su propia cárcel.

Solo había una persona de ese pequeño pueblo que conocía una parte de ella, o al menos el perfil que dejaba a la luz, el otro lo seguía manteniendo oculto entre las sombras de su pasado. Y ese era Marco Pellicani, el jefe de la frutería que llevaba su mismo apellido, donde ella trabajaba.

—¿Ya ha terminado tu descanso, Venus? —preguntó Marco con una sonrisa afable y mirada dulce—. Si no te ha debido de dar tiempo ni de comer.

Venus asintió mientras se adentraba al local para ponerse su delantal de color verde botella. Era parca en palabras, pero su jefe ya se había acostumbrado a su forma de ser. Casaban bien, y para Venus, eso ya era demasiado, porque ella no encajaba con nadie más en el pueblo.

—Queda todavía media hora para abrir, y no, no necesito ayuda con el inventario. Es tu hora de descanso, así que cumple con los horarios, por favor. —El hombre de mediana edad, moreno y con los ojos del color de la Toscana se acercó a ella para quitarle el delantal que había empezado a anudarse—. Así que, si no vas a comer, al menos sal a que te dé un poco el sol.

—Marco… —Su voz sonó tenue y ronca, como si hubiese estado guardando durante tanto tiempo las palabras que ahora fuera un suplicio sacarlas de su garganta.

—No me contradigas, *bambina*[4]. Recuerda que soy tu jefe y tienes que obedecerme. —Sonrió de una manera tan paternal, que nadie diría que en realidad era su superior—. Ve a tomar el aire, y no le des de comer a esos gatos, que un día me van a asaltar la frutería.

Venus era incapaz de dejar sin comida a todos esos gatos que iban a visitarla cada mañana. Su momento favorito del día era cuando salía por la puerta trasera de la tienda y se sentaba en el pequeño callejón a tomar el sol con diferentes gatitos de colores.

—Hola, Leo, Coraline, Eros, Ángel… ¿y Afrodita?

De repente, una gata de unos tres años apareció entre las piernas de Venus. Su pelaje tricolor brillaba bajo los rayos de sol de una tarde de

primavera. La mayor parte del lomo era naranja y negra. Tenía la barriga y las patas blancas. La nariz rosada, y su sello distintivo: una mancha negra debajo del ojo izquierdo.

—*Ciao, amore*[5]. —Venus la acarició con cariño y suavidad. No le gustaba diferenciar entre ellos, pero esa gata era especial, le había robado los pedazos que le quedaban de corazón.

Afrodita era la más cariñosa de los cinco. Siempre se quedaba aún después de darles de comer. Era la única que la esperaba cada día a las ocho de la mañana en la puerta de la frutería Pellicani. Cuando salía en los descansos, ella siempre estaba tumbada bajo los rayos del sol que calentaban el suelo empedrado del callejón, y cuando llegaba la hora del cierre, a veces la seguía hasta su casa. Venus tenía la teoría de que aquella gata tenía complejo de perro. Nunca había conocido a un gato que fuera tan extremadamente cariñoso. Era diferente, y eso era lo que más le gustaba de ella.

—Ahora os traigo la comida, pero shh… que no os escuche Marco.

A Venus se le daba mejor hablar con los gatos que con las personas. Eso para la mayor parte de la población resultaría un inconveniente, pero para ella no. Le gustaba la soledad. No necesitaba a nadie más, o eso pensaba.

Era difícil que siendo así pudiera desarrollarse bien en un puesto cara al público, sobre todo en un pueblo tan pequeño en el que todo el mundo se conoce y los chismes sobre la vida privada de los demás volaban. La chica callada y misteriosa era la comidilla de cualquier vecino marujo. Y eso Venus lo odiaba, aunque al mismo tiempo le consolaba pensar que solo eran invenciones, porque nadie la conocía de verdad.

La italiana entró en el local cuando Marco estaba en el almacén haciendo inventario. Cogió una caja con restos de comida y latas de atún que iba acumulando durante la semana para los gatitos, y lo sirvió todo en cuencos diferentes para evitar peleas y alergias.

Había descubierto que Eros, el gato negro, era alérgico al pescado. Por eso cada vez que les daba de comer se quedaba a vigilar que no hubiera incidentes y que ninguno se quedara sin su ración diaria.

Cuando empezó como dependienta en la frutería hacía ya casi un año, era más fácil, tan solo había un gato al que alimentar: Afrodita. La primera y única amiga que hizo al mudarse a Manarola. Después fueron uniéndose más y más hasta que casi se formó una colonia de la que los vecinos se quejaron y Marco tuvo que reprenderla y prohibirle darle más de comer a los gatos callejeros. Pero ella era incapaz de dejarlos a la merced del hambre, por eso continuaba haciéndolo a escondidas o cuando terminaba su horario de trabajo y les llevaba la comida a otra parte del pueblo para que no se amontonaran todos en la frutería.

Nadie conseguiría que ella dejara de lado a sus únicos amigos.

—Despacio, despacio… —susurró acariciando el pelaje blanco de Ángel, que, a pesar de su nombre, era tan arisco que la única forma de poder acariciarlo era cuando estaba comiendo.

Para que Marco (el único humano al que podía considerar amigo además de jefe), no sospechase de lo que estaba haciendo, se puso a organizar las cajas del género que estaban cara al público y que siempre tenían que estar perfectas.

El sol caía directo sobre su espalda. Tenía mucho calor y le sudaba la nuca, pero ella nunca se recogía el pelo ni aunque le recorrieran gotas de sudor por la columna.

—¿Me das unos tomates? —Una voz grave y masculina sonó a su espalda.

Venus no la reconoció, pero tampoco se extrañó, ya que era muy despistada. Había veces que no distinguía ni a los vecinos que iban a comprar casi a diario a la frutería, pero cuando se giró y vio ese rostro cincelado adornado por un bigote y perilla, lo recordó.

—¿Los camareros hacen la compra? —Al momento se arrepintió de su pregunta. No supo por qué dijo ese pensamiento en alto. Ella nunca preguntaba nada, no se interesaba por la vida de sus clientes, solo se limitaba a servir con la mayor amabilidad posible.

El pecho medio descubierto del hombre vibró con su risa brillante. A Venus le pareció estar delante de un actor de telenovela, tan guapo y apuesto como un gavilán. Alguien así llamaría la atención de cualquiera, incluso la de ella, que era tan difícil de obtener porque había llegado a un punto en el que nada aparte de ella y los gatos le importaba.

—No creo que los camareros se encarguen de comprar la comida. Eso debería ser tarea del jefe de cocina.

Venus quiso cuestionar qué hacía entonces él ahí, pero se guardó las preguntas en la garganta y comenzó a guardar unos cuantos tomates en una malla.

—¿Así le parece bien?

—Me parece genial —murmuró el hombre detrás de ella.

Venus odiaba tener a gente a sus espaldas. Y todavía la horrorizaba más sentir sus miradas curiosas. Giró sobre sus pies para darle la cara, y no supo si fue peor el remedio que la enfermedad. La mirada de ese hombre la incomodaba, la encendía, la descolocaba. ¿Por qué la miraba así? ¿Por qué tenía que ser tan rara ante los ojos de los demás? ¿Por qué no se acostumbraba a ello? Nunca llegaba a una conclusión, así que, como siempre, intentó protegerse bajo su coraza para intentar hacerse invisible.

—¿Algo más? —Su voz sonó hosca. A veces podía parecer demasiado borde y fría, y tenía que recordarse constantemente que

debía ser amable con los clientes si no quería perder el trabajo y perjudicar a la única persona que la ayudó cuando llegó a ese pueblecito de la costa italiana.

Michelangelo no borró la sonrisa de galán de la cara. No podía. Él era así, y eso no le gustaba nada a Venus, que muy de vez en cuando era capaz de sonreír.

—Sí, he visto tu dibujo, está muy bien, aunque te falta algo de técnica. ¿Sueles dibujar a menudo?

El corazón casi se le escapó del pecho. Se le había olvidado arrancar la hoja de aquella maldita libreta. Trató de ignorarlo para que no se diera cuenta de lo mucho que la afectaba que él hubiera visto su dibujo, y empezó a mover de sitio algunas cajas.

—Estoy seguro de que con un poco de práctica diaria podrías hacer obras geniales —continuó Michelangelo sin molestarse por el silencio taciturno y frío de aquella bella mujer—. ¿Tienes más dibujos? Me gustaría verlos.

Venus no lo comprendía. ¿Por qué trataba de indagar sobre ella? ¿Por qué no cogía sus tomates y desaparecía? ¿Por qué un camarero se interesaba tanto por lo que ella dibujaba?

—No eres muy habladora, eh. —Michelangelo sonrió de una manera tan sensual, que habría cautivado a Venus si no hubiese sido porque quería arrancarle los ojos—. Lo entiendo, los artistas suelen ser callados, tímidos… bueno, casi todos.

Todos menos *él*.

—¿Quiere algo más de comida? —volvió a preguntar Venus enfatizando las últimas palabras para que no se fuera por las ramas. Si pensaba que iba a ligar con ella por haberse quedado con un trozo de papel lleno de tinta, lo llevaba claro.

—No, en realidad ya tengo bastante con todos esos tomates teniendo en cuenta que no soy camarero ni trabajo en ningún restaurante. Voy a tener que comérmelos yo solito antes de que se pudran… A no ser que quieras acompañarme.

Venus se lo quedó mirando. Si no era el camarero, ¿quién era? Se fijó en cómo iba vestido: traje de vestir negro, una camisa blanca con los primeros botones desabrochados, chaleco y la americana colgada al hombro. ¿Qué clase de persona se vestía así? ¿Acaso era uno de esos millonarios que a veces visitaban el pueblo? Esa clase de gente no iba a las fruterías a comprar, ni tampoco se dejaban ver por restaurantes cuyo menú no superaba los cien euros. Tal vez solo era un mayordomo, o tenía algún evento, pero si hubiera una boda, comunión o bautizo, Venus se habría enterado, porque las noticias corrían como la pólvora en el pueblo.

Prefería seguir elucubrando hipótesis en vez de preguntar.

—Es un euro con veinte —respondió después de pesar la fruta.

A Michelangelo nunca nadie lo había ignorado tanto como lo hizo ella ese día.

—Está bien. —El escultor sacó de su cartera un billete de cinco euros y una tarjeta—. Quédate el cambio.

Venus negó con la cabeza, ignorando el trozo de cartón que también le había entregado junto con el dinero.

—No puedo, el cambio supera el importe de la compra.

—Vaya, qué frase más larga viniendo de ti.

La sonrisita que en un principio le había parecido de las más bonitas que había visto nunca, le empezó a molestar como ninguna antes.

—Tome. —Venus le entregó la vuelta procurando no tocarle la mano en ningún momento—. Hasta pronto. —Se despidió como acostumbraba a hacer siempre con los clientes, invitándoles a volver una vez más, aunque en realidad estaba deseando no volver a cruzarse con él.

—Eso espero, ahí tienes mi número —replicó el italiano con su eterna sonrisa señalando la tarjeta que Venus sostenía entre sus largos dedos—. ¿Cómo te llamas?

Venus paseó la mirada de esos ojos del color de la tierra bañada por el sol, a la brillante tipografía dorada de la tarjeta que decía: «Michelangelo Bianchi. Artista y escultor». Echó un vistazo al correo electrónico, redes sociales y número de teléfono, y lo volvió a mirar a la cara. Él era un artista de verdad. Entonces se arrepintió aún más de que hubiese visto aquel retrato que había brotado de los recovecos más ocultos de su mente.

Dudó si presentarse o no, pero tenía claro que no se iba a ir hasta que le dijera su nombre, y total, nadie en ese pueblo conocía el verdadero.

—Venus.

No le dio tiempo a evitar su contacto. Michelangelo le agarró la delicada mano desnuda de joyería, y se la llevó a sus labios. El tacto de su boca era suave y caliente.

—Encantado, Michelangelo Bianchi.

¿De qué cuadro del renacimiento se había escapado ese hombre? Venus se quedó sin palabras.

—Hasta la próxima, Venus. —Volvió a regalarle una última sonrisa antes de soltarle la mano y seguir su camino olvidándose de la bolsa de tomates.

Venus se quedó congelada después del encuentro con ese hombre tan particular. A él no lo olvidaría como al resto de personas que pasaban por la tienda de forma habitual.

Giró la cabeza para darle un último vistazo justo cuando él también lo hacía, y cuando sus miradas se encontraron, él le guiñó un ojo.

«Distraer la mente», como si fuera un monstruo encarcelado en nuestra cabeza.

Y es que a veces se convierte en uno grande e invisible que te come poco a poco. Como el dolor, nadie lo ve, pero está ahí. Se sufre en silencio, es constante y terrorífico.

Una vez, Stephen King dijo: «Los monstruos son reales, y los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan».

Sé por experiencia, que la gente termina cansándose de ti tanto como tú del dolor. La diferencia está en que ellos te pueden hacer a un lado y olvidarse de ti, pero tú no puedes hacer lo mismo con tu dolor, así que te callas e intentas vivir la vida lo más normal posible.

IV

La habitación de Michelangelo sobre el acantilado tenía unas vistas al mar infinito. Despertar ahí era como hacerlo flotando en el agua. Para cualquier persona habría sido fácil acostumbrarse a semejante paraíso, pero no para Michelangelo. Él estaba más acostumbrado a las vistas a las esculturas de su estudio y a la catedral de Florencia, aunque tampoco les hacía mucho caso, ya que la mayor parte del tiempo se lo pasaba inmerso en sus propios mundos, en su arte, en su trabajo.

Había acudido a Manarola con la promesa de desconectar de la rutina, pero conocer a Venus tan solo había activado su parte más creativa. En cuanto pisó su habitación de ensueño, se sentó frente al escritorio con vistas infinitas al vasto océano azul que le recordaban a la casa donde pasó su infancia, y se puso a esbozar en su cuaderno de viaje.

Lo hizo sin pensar. Estaba tan acostumbrado, que ni siquiera se paró un segundo a analizar el siguiente trazo. Para él, esbozar era un ejercicio habitual de creación. Lo hacía tan solo para vaciar su mente y recopilar ideas. Era casi tan fácil como respirar. Pero el resultado no siempre era bueno, o al menos no lo suficiente como para cubrir sus expectativas.

Arrancó la hoja sin pensárselo dos veces. Estaba harto de no ser capaz de crear algo decente, ni siquiera un boceto.

Entonces el retrato que había creado Venus apareció ante él. Se detuvo a mirarlo con otros ojos esta vez, y en él encontró un poco de ella. Tenía ciertos rasgos que se amoldaban a la chica que acababa de conocer. La cara ovalada, los ojos grandes y expresivos, la nariz pequeña y redonda… pero también otros tantos que no había visto en ella, como la sonrisa genuina, el brillo de los ojos o el halo de inocencia que desprendía el dibujo.

Era cierto que le faltaba técnica, pero le sobraba sentimiento, y solo por eso, esa imagen ya había calado en él. Decidió sacar de su maleta un cuaderno más grande y con hojas de gramaje más alto, y teniendo como referencia ese retrato y la imagen viva en su memoria de la mujer que acababa de conocer, se puso a crear un fiel retrato de Venus.

Y por primera vez en mucho tiempo fue capaz de hacer algo que tenía más sentimiento que técnica. Una vida. Eso fue lo que hizo. Capturó una vida que desconocía, llena de secretos y sombras entre papel y carboncillo.

Era la cara de Venus. La misma que él no se veía capaz de esculpir.

¿Cómo de irónico era viajar debido a la incapacidad de crear, y encontrarse en el viaje con aquello que le era imposible dotar de vida en el mármol?

Después de darse una ducha y de intentar descansar durante cinco minutos en la cama, se dio cuenta que para él era imposible estarse quieto. No le molestaba la soledad siempre y cuando estuviera haciendo algo. Debido a su trabajo, pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su estudio, sumergido en su propia imaginación y mundos de creación, pero no era lo mismo esa clase de soledad creativa, que la de estar de vacaciones en una solitaria habitación de hotel de un pueblecito de la costa.

Poco después se puso los mocasines oscuros de Armani y el chaleco que mandó a hacer a su medida hacía unos años, el cual era su favorito, y salió a las calles empedradas de Manarola en busca de un restaurante cerca del acantilado. Hacía calor, por eso no había cogido la americana, pero no estaba dispuesto a quitarse el chaleco. Se sentía desnudo sin él. Lo mismo le pasaba si se quitaba el anillo de oro que le había regalado su hija y su hermano Salvatore hacía varios años con las iniciales de su familia en cruz: I, D, F, S. Lo llevaba siempre en el dedo meñique y no se lo quitaba ni para ducharse.

El ambiente nocturno estaba animado. Muchas personas, sobre todo turistas, habían salido en grupo o en pareja a disfrutar de una cálida noche de primavera. En cambio, Michelangelo se sentó solo en una de las mesas frente al mar de un acogedor restaurante.

A veces también salía a cenar solo por su ciudad. Le gustaba detenerse a observar a la gente, escuchar sus conversaciones, y analizar sus gestos y conductas. Muchas veces le daba ideas cuando estas escaseaban, otras, era como una vía de escape. Esa vez fue un poco de ambas.

Durante toda la comida había estado observando a los demás comensales. La mayoría eran jóvenes. La pareja que tenía a su derecha estaba celebrando su segundo aniversario de noviazgo muy acaramelados. Michelangelo se llegó a preguntar por qué habían pedido comida si solo se comían la boca. Unas mesas más allá había un grupo de seis amigos, la mayoría hombres. Eran veinteañeros a los que no les importaba alzar la voz y que el mundo entero se enterara de sus cosas. A mitad de la velada cantaron el *Feliz cumpleaños* a toda voz a una de las chicas que los acompañaban, y el restaurante entero cantó con ellos. Durante la noche también observó a los camareros, a las familias que paseaban… pero hubo una pareja que captó su atención por completo.

Cuando acababa de pedir su postre favorito (tiramisú), dos chicas se sentaron en la mesa que tenía frente a él y que había permanecido la mitad de la noche vacía después de que dos amigos que no dejaron

de hablar de sus problemas en el trabajo, se marcharan tras beberse un par de cervezas.

La más mayor, una mujer rubia ataviada con un vestido de estampado de cebra azul, se sentó justo frente a él. Y la otra chica, una mujer más joven, a su izquierda. Michelangelo dedujo que serían parientes, pues sus rasgos físicos eran muy parecidos a pesar de que en el estilo fueran muy diferentes.

La mujer más mayor tenía algo especial, era extravagante y tenía mucha actitud. Michelangelo se fijó en que todos sus complementos eran azules como su vestido: joyas, tacones e incluso la montura de las gafas y la sombra de los ojos combinaban.

La otra chica, que tendría la misma edad que su hija Iris, vestía informal, con un pantalón vaquero corto, y un top blanco que resaltaba su piel morena.

Ambas tenían el pelo dorado como el sol, el de la chica caía sobre su espalda como cascadas de oro, y el de la mujer más mayor era tan corto que no le cubría ni la nuca. Entonces Michelangelo pensó en el tiempo que llevaba sin cortarse el suyo. Su melena ya le llegaba por los hombros, pero casi siempre la llevaba recogida en una coleta y le gustaba llevar la nuca rapada.

Las mujeres pidieron una botella de vino tinto y dos pizzas para cenar. La más joven, sin carne, la más mayor con un popurrí de ingredientes diversos.

Mientras él degustaba su excelente tiramisú, las observó reír, y hablar de las ganas que tenían de bañarse en la playa, de conocer cada rincón de Manarola, y de seguir viajando recorriendo Italia en vespa. En un momento dado, la mujer a la que la chica había llamado «mamá», se dio cuenta de cómo el hombre de la mesa de enfrente las estaba mirando, y no dudó en sostenerle la mirada.

A Michelangelo le gustaba la gente atrevida, tal vez por eso se decidió a acercarse a ellas.

—¿Puedo invitaros a una copa? —preguntó con una sonrisa de esas que sabía que era imposible que recibiera una negativa.

Madre e hija se miraron, a la segunda se le escapó una sonrisita imposible de ocultar. Ella no había vivido tanto como para poder dominar la situación como lo hacía su madre.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con un acento que Michelangelo ya había reconocido como español. Se lo tomó como un sí, y se sentó junto a ellas.

—Michelangelo Bianchi. —Se presentó extendiendo la mano hacia la mujer que le había preguntado primero—. ¿Y vosotras?

La española dudó unos segundos, pero al final acabó estrechando la mano de aquel atractivo italiano. Lo que no se esperaba era que él le besara el dorso.

—Lola Cárdenas —contestó encantada de haberse encontrado un caballero, pero aún algo desconfiada.

Cuando Michelangelo desvió la mirada a su hija, la chica estaba con los ojos abiertos como platos. Era la primera vez que veía a alguien de carne y hueso hacer eso, solo lo había visto en las películas y series de época, no en la vida real.

—Eh… Sara. Sara Álvarez.

—Encantado —respondió él dándole otro beso en la mano que hizo sonrojar a la joven—. ¿Qué queréis de tomar?

—¿Qué nos recomiendas? —respondió Lola sin quitarle sus bonitos ojos verdes rodeados de sombras azules de encima.

—¿Unos limoncellos?

Ambas aceptaron su oferta, y Michelangelo avisó al camarero para que les sirvieran una ronda de chupitos.

—¿Qué os trae por Manarola?

—Creo que ya lo sabes, llevas escuchándonos toda la velada —respondió Lola, que no se cortaba para nada. Michelangelo sonrió antes de contestar.

—Soy muy observador, pero también tengo educación, por eso lo pregunto.

—Estamos de vacaciones. —Sara respondió por su madre mirando con curiosidad al italiano sexy que se había unido a su cena—. Hemos estado ya en Monterosso, Vernazza, Corniglia y Riomaggiore. Solo nos falta recorrer Manarola.

—Así que estáis recorriendo Cinque Terre, ¿tenéis la vespa ya?

Ambas sonrieron, pero fue la mayor quien contestó esa vez.

—Alquilamos una en cada pueblo. ¿Tú tienes una?

—No. Demasiado cliché para un italiano —rio. Las mujeres se enamoraron de su risa.

—¿Entonces qué otros clichés cumples aparte de ir seduciendo a las turistas y de mover mucho las manos?

Michelangelo volvió a reír mirándose las manos.

—¿Os he seducido? —La risa tonta de Sara respondió a su pregunta, pero Lola no dejó dar nada a entender—. Pues… me gusta la pasta y la pizza.

—Eres un cliché con patas entonces —confirmó Sara con una brillante sonrisa. Michelangelo se fijó en las gomas rosas de su aparato dental.

—Me gusta ser italiano.

Y a ellas les gustaban los italianos.

Empezaron a beber y a conocerse poco a poco. Eran españolas, de Alicante. Estaban de vacaciones después de que Sara se hubiese graduado de la universidad. Oficialmente era abogada, y su madre le había regalado un viaje por Cinque Terre para celebrar. Más que

madre e hija, parecían hermanas o mejores amigas. Michelangelo entendía más que nadie lo que debería de sentir Lola teniendo una relación tan cercana con su hija. Y en ese momento, deseó poder tener a Iris más cerca.

Después de tanta charla, terminaron siendo tres chupitos de limoncello en vez de uno.

—Yo no quiero más, que sino empiezo a decir tonterías —rio Sara negándose a tomarse el último.

Michelangelo miró a Lola retándola a ver quién se hacía con el licor de limón primero, pero ella fue más rápida y se lo bebió de una sentada.

—Ya, yo tampoco quiero más. —Lola se limpió la boca con la servilleta.

—¡Ya no hay, mamá! —respondió su hija sin parar de reír.

Cuando el camarero se acercó a la mesa, Michelangelo pagó toda la cena.

—¡Nada de eso, Michelangelo! Has dicho que nos invitabas a una copa, no a la cena entera y los chupitos —replicó Lola después de intentar hacerse cargo de la cuenta sin resultado.

—Ya, pero soy un cliché italiano, no lo puedo remediar. —Sonrió encogiéndose de hombros.

—Ah, entonces, puedes darnos tu número y te invitamos otro día. ¿Mañana? —Sara se inclinó hacia él. El alcohol, sin duda, le soltaba la lengua. No había hablado tanto durante la cena.

—Sara, nena… Mejor vamos a dar una vuelta a ver si se te baja un poco la borrachera —replicó su madre levantándose y recogiendo sus cosas.

—¡Si estoy bien!

—Os puedo acompañar a vuestro hotel si queréis —se ofreció Michelangelo agarrando a Sara cuando casi se va hacia un lado.

—No hace fal…

—¡Sí! —interrumpió la joven agarrándose del brazo de su caballero azul—. ¿Tú en qué hotel te quedas? Igual estamos en el mismo.

Lola se acercó a su hija de un modo protector y la cogió del otro brazo.

—Os acompaño y vemos si es el mismo o no.

Lola no se negó, así que Michelangelo le ofreció su otro brazo para que se agarrara a él. Dudó unos segundos, pero como su hija todavía se mantenía en pie y ya tenía cierta confianza con el sexy italiano, se puso a su izquierda y los tres caminaros cogidos por el puerto.

—Quiero quedarme a vivir en Italia, mamá —confesó Sara hipnotizada por el mar y las estrellas.

—Ya veremos, nena. —Miró a Michelangelo y puso los ojos en blanco sacándole una sonrisa—. ¿Tú dónde vives?

—En Florencia la mayor parte del tiempo. A veces viajo a Venecia, Roma o Milán.

—Qué guay es ser artista —dijo Sara apoyando su cabeza en el bíceps de él, ya que no llegaba a su hombro.

—¿Lo dices porque tú lo eres?

—¿Yo? —preguntó señalándose—. No —rio—. No tengo ni idea de pintar ni de esculpir ni de nada de eso.

—No hace falta hacer ninguna de esas cosas bien para ser artista.

—¿Entonces qué hace falta?

—Pues… sentimiento y técnica. Una balanza de las dos cosas.

Michelangelo no escuchó lo que le respondieron porque vio la silueta de una mujer a lo lejos y pensó que tal vez se había pasado tanto con los chupitos, que ni ese paseo le bajaba la cantidad de alcohol en el cuerpo. Pero no era su imaginación ni nada relacionado con el alcohol. Era ella, su pelo corto, su flequillo, su cuerpo pequeño, su aura misteriosa…

—¿Venus? —preguntó cuando estuvieron cerca. Michelangelo había desviado a las chicas hacia la escalera que daba a las rocas, donde Venus estaba sentada apoyando la espalda sobre el muro, bajo una farola que la iluminaba a ella y al cuaderno que tenía sobre sus rodillas levantadas.

La cabellera oscura de la mujer se alzó y pudo ver esos ojos tristes que hacía unas horas había capturado entre carboncillo y papel.

—¿La conoces? —preguntó Lola observando a la chica que miraba con el ceño fruncido a su acompañante.

—Sí. Es mi amiga.

Venus pasó de mirar con cierta desconfianza a Michelangelo, a mirarlo con una profunda curiosidad.

—Ella es Sara —dijo presentando a la muchacha más joven—, y ella es Lola.

—Encantada. Qué nombre más bonito —respondió Sara ofreciéndole la mano. Lola también lo hizo.

Venus siempre pensaba las cosas dos o tres veces. Por eso tardó tanto en reaccionar y darles la mano.

—No habla mucho —sonrió Michelangelo sin dejar de mirarla. Venus puso cara de pocos amigos, pero con las chicas fue más amable de lo que había sido con él.

—Encantada. —Sonó seca, pero lo endulzó con una bonita sonrisa que casi derrite al mismísimo Michelangelo.

—¿Qué haces aquí sola? —Quiso saber Sara, pero como no contestó, continuó—: ¿Quieres venirte con nosotros?

—¿Vamos a un club? —sugirió Lola—. Yo no quiero irme a dormir todavía.

—Yo tampoco, además, ya se me han bajado los chupitos —replicó

su hija—. ¿Qué os parece? —Miró a Michelangelo y a Venus.

—Si ella viene.

Venus no lograba comprender la personalidad de aquel hombre, ni tampoco esa fijación tan extraña por ella.

—¿Qué dices, Venus? —preguntó Sara, que sería más o menos de la misma edad que ella.

—Yo me iba a casa ya —mintió guardando su cuaderno en la bolsa de tela que traía consigo. Se levantó y se espolsó el vestido.

—Te acompaño entonces —propuso el italiano fijándose en el movimiento de sus manos sobre la tela verde de su vestido de flores. El mismo con el que la había conocido esa mañana.

—No, prefiero ir sola.

—¡No! —intervino Sara sin preocuparse del tono hosco de la chica solitaria—. No te vamos a dejar irte sola a estas horas, ven, acompáñanos un rato. Eres de aquí, ¿no? —Enlazó su brazo con el suyo y empezaron a caminar por la arena—. Nosotras estamos de vacaciones, y Michelangelo también. Seguro que tú nos puedes llevar a un sitio especial.

Venus los miraba como si fuera la primera vez que veía a un humano. Michelangelo llegó a pensar que igual era como las princesas de los cuentos, que a la medianoche se convertía en calabaza o en un ogro. Miró su reloj para comprobarlo. No. Eso era imposible. Ya eran más de las doce de la noche.

—Yo… No sé dónde llevaros, no salgo mucho.

—¡Seguro que conoces algún lugar! ¿Cuántos años tienes? —preguntó Sara.

Michelangelo advirtió esa mirada de reojo de la chica morena, como si se sintiera cohibida por él.

—Veintiséis —murmuró. Él la escuchó.

Al menos era mayor que su hija, aunque por lo callada y tímida que era parecía más joven y sin experiencia, ni siquiera la de ir de copas con unos amigos a la una de la madrugada.

—Yo tengo veintitrés. Me alegra conocer a alguien más o menos de mi edad por fin.

—¿Por fin? Ni que no nos hubiésemos cruzado con chavalines de tu edad, nena.

—Sí, nos los hemos cruzado, pero Venus es la única con potencial de convertirse en mi amiga.

La aludida frunció el ceño. ¿Amigas? Ella no tenía de eso. Quiso salir corriendo a refugiarse a su casa, hacerse un té, y subir a la buhardilla a ver las estrellas cobijada entre las sábanas, pero en vez de eso, se fijó en Michelangelo y se preguntó qué edad tendría él. ¿Treinta? ¿Sería un famoso escultor? No había buscado su nombre en internet a pesar de que estuvo tentada a hacerlo varias veces.

Entonces él la miro, y por encima de las voces de sus nuevas amigas, escuchó su voz profunda en la cabeza, como si fuera telepatía: «Yo también puedo ser tu amigo si tú quieres».

@VENUS

Antes solía tener amigas. Antes tenía una mejor amiga. Ahora no tengo a nadie, y a veces es duro no contar con un confidente al que relatarle las cosas buenas y malas que te suceden. Tal vez por eso las cuento en internet, porque de alguna manera llegan a miles de personas y a ninguna a la vez, porque yo no veo quién hay detrás de la pantalla, ni sé si alguien se detiene a leerme o tan solo ve una foto que desaparecerá después de unos segundos.

Es irónico que cualquiera pueda leerme y que nadie me vea de verdad. Solo había una persona que era capaz de hacer ambas cosas y ya no está.

Las personas que conozco solo se fijan en el envoltorio. Solo ven a Venus, pero hay una cara escondida que hace tiempo que nadie se detiene a buscar, como la cara oculta de la luna.

¿Alguien quiere explorar qué hay ahí, aunque de miedo?

V

Las luces del local destelleaban sobre los clientes que bailaban despreocupados, mientras que Michelangelo, Lola, Sara, y Venus buscaban un lugar en la barra donde poder pedir sus bebidas.

—¿Tú también quieres una margarita? —preguntó Sara a Venus mientras le hacía gestos al barman para que se acercara.

—No, prefiero un refresco.

—Está bien, refresco, dos margaritas, y… ¿Michelangelo?

—Un *sex on the beach* —replicó el aludido situándose a la derecha de Venus. Ella ni siquiera lo miró, aunque cada célula de su cuerpo estaba al pendiente de sus movimientos.

—¡Es súper chulo este bar! —gritó Sara por encima de la música.

Venus solo había entrado una vez. Mozzafiato Bar era uno de los clubs nocturnos más visitados por los turistas. También fue uno de los primeros a los que ella fue cuando se mudó al pequeño pueblo, y tuvo la necesidad de beberse unas cuantas copas para soportar el peso de todos los cambios que estaba viviendo por aquel entonces.

Esta vez era diferente, pues no estaba sola, aunque Venus siempre se sentía aislada aunque estuviera rodeada de personas. Michelangelo venía a dar la vuelta a todo su mundo, de eso se dio cuenta en el momento que escuchó su voz en el puerto y las entrañas le dieron un vuelco.

—¿Bailas? —le preguntó Lola a Michelangelo después de dar unos sorbos a sus copas.

El italiano no dudó ni un segundo. Le ofreció la mano con una sonrisa atractiva, y se fueron a fundirse entre la multitud al ritmo de la canción *For your love* de Måneskin. Venus aprovechó ese momento para observarlos sin ser vista. Coqueteaban, eso estaba claro. Se gustaban y no tenían ningún reparo en demostrarlo.

—¿Michelangelo es un buen tipo de verdad? —preguntó Sara sin quitarles los ojos de encima. Venus no supo qué contestar.

—Eso creo —confesó apartando la mirada cuando el baile se convirtió en algo demasiado obsceno para ella.

Se entretuvo removiendo los hielos de su copa llena de un líquido amarillo que no escondía más que un refrescante sabor a limón.

—¿Te puedes creer que mi madre liga más que yo?

Venus miró a su acompañante. Tal vez era el ambiente, el país o su personalidad, pero no tuvo ningún reparo en hablarle como si la conociera de toda la vida, cosa que Venus jamás haría.

—¿Es una pregunta retórica?

—¡Tengo veinticinco años menos que ella! —exclamó sin hacer caso a la última respuesta de la italiana—. Debería de ser al revés, ¿no crees? Ya sé que mi madre es guapísima, y que tiene mucho estilo, no lo niego, pero ¿y yo qué? Si he venido a Italia es para ligarme a algún italiano sexy, pero llevamos casi dos semanas y no me he comido ni una rosca.

—¿Quieres decir que no has ligado con nadie? —preguntó Venus sin entender muy bien las palabras que a veces se le escapan a Sara en español.

—¡Exacto! Bueno, he coqueteado con gente… pero nada como eso. —Inclinó la cabeza hacia donde su madre estaba bailando muy pegada a Michelangelo.

—¿Te molesta? —indagó Venus mirándolos de reojo.

—No, aunque es verdad que Michelangelo me estaba gustando un poco… pero creo que es muy mayor para mí.

—¿Cuántos años tiene? —Se atrevió a preguntar la italiana.

—¿No lo sabes tú?

Venus negó con la cabeza sin entrar en el pequeño detalle de que en realidad conocía a Michelangelo de esa misma mañana.

—Pues yo tampoco lo sé, pero es bastante más joven que mi madre, eso seguro —dijo Sara observando cómo se movían en la pista—. Yo diría que treinta y cinco años. ¿Y tú?

Venus se fijó en su manera de moverse, en el desparpajo, en la indiferencia ante sus miradas.

—Diría lo mismo.

Y entonces sus ojos castaños se encontraron entre una marea de personas, luces y sonidos. Y ella, por primera vez en mucho tiempo, se dejó arrastrar por el magnetismo y detuvo su respiración en esa mirada, en esos ojos que escondían un mundo lleno de vida y arte en su interior. Un mundo que llamaba su atención y que al mismo tiempo le daba pavor descubrir.

Él no le tenía miedo a nada, tampoco a sus recovecos, aristas y cicatrices. Y le sonrió. Fue una sonrisa efímera que se perdió entre el ritmo del *rock and roll* y el sabor de su limonada, pero se quedó para siempre en su memoria.

Sara y Venus siguieron conversando hasta que la turista se cansó de ver a los demás bailar y no hacerlo ella misma.

—¿Bailamos? —Era una pregunta que no esperaba un no por respuesta—. Oh, venga, Venus. Estoy aburrida de estar aquí a solas mientras los demás se divierten.

—Ve tú si quieres, yo estoy bien aquí.

—¿Segura?

—Segura.

Pero era mentira. No estaba bien. Y no era por el hecho de

quedarse sola, eso hasta lo agradecía, era porque el dolor le empezaba a trepar por el centro de su cuerpo.

Sintió algo de alivio cuando Sara se alejó para acercarse a la pista de baile, en concreto, a un grupo de chicos y chicas que la acogieron como si fuera una más, sin preguntas.

Venus pudo relajar la tensión de sus músculos debido a la presión de conocer gente nueva. Tanta tensión le generaba un dolor físico que estaba harta de aguantar. Agachó la cabeza, y cerró los ojos. Inspiró y espiró con lentitud, como había aprendido años atrás. Intentó relajarse y mantener a raya el dolor que sabía que no iba a desaparecer.

—¿Estás bien? —La voz de Michelangelo sonó tan cerca de su oído que Venus se sobresaltó, alzó la cabeza con brusquedad, y un latigazo de dolor le recorrió de arriba a abajo toda la columna vertebral.

La mueca de su rostro le advirtió a Michelangelo de la punta del iceberg, del dolor que ella soportaba día y noche desde hacía años. Con la intención de ayudarla, puso la mano en el final de su espalda.

—¿Te acompaño a tu casa?

Ese contacto fue como una bomba sobre el refugio de Venus. El nudo de su garganta se apretó tan fuerte que casi la asfixia. Casi se reduce a cenizas bajo los dedos de un escultor que creaba vida con sus manos, pero que mataba la suya sin darse cuenta.

—No me toques. —Lo apartó con una brusquedad salvaje que le dio miedo a Michelangelo. Se quedó tan impresionado que no supo qué decir, tan solo levantó las palmas de las manos en forma de rendición.

Y Venus no supo hacer otra cosa que salir huyendo, como siempre. Corrió a pesar del dolor, a pesar de que a cada zancada pensaba que se iba a caer y que no se levantaría nunca más. Y cuando su destino quiso cumplirse, las manos que la habían destruido hacía un momento, la cogieron antes de romperse contra el suelo.

—Ey, ¿estás bien? —preguntó Michelangelo con cautela y una delicadeza extrema. Venus se revolvió sin fuerza entre sus brazos, y él la ayudó a sentarse en el suelo antes de separarse unos centímetros de ella con las manos hacia arriba de nuevo, como si se tratara de un animal salvaje que estaba a punto de atacarlo—. Está bien, está bien… No te toco. Solo quería ayudarte, Venus. Nada más. Discúlpame si te he ofendido o te he hecho daño.

Los ojos brillantes de la chica se asemejaban a los de un cachorro abandonado. Entonces se percató de la gente que los estaba mirando, y se levantó del suelo como pudo.

—¿Te está molestando? —preguntó una chica acercándose a Venus. Miró con recelo y algo de desprecio a Michelangelo.

Él, incrédulo, se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Eh… no. Gracias —murmuró Venus observando a la chica

morena que se había atrevido a meterse en lo que podría parecer una situación de violencia.

—¿Seguro? Puedo quedarme contigo, llamar a alguien o acompañarte donde quieras. —Se ofreció mientras se aseguraba de que no estuviera herida, aunque había heridas que eran invisibles, que solo se podían ver desnudándose el alma.

—Seguro —replicó Venus mirando de reojo a Michelangelo. Le dio vergüenza haber montado esa escena y hacerlo quedar como un acosador—. Gracias —dijo mirando los ojos claros de la chica que no conocía pero que no había dudado en ayudarla.

—Para eso estamos, hermana. —Le sonrió antes de alejarse, pero no sin antes echarle una última mirada asesina a su acompañante masculino.

Venus miró a su alrededor. Varios ojos la observaban. Estaba segura de que a la mañana siguiente sería la comidilla del pueblo.

—Lo siento, Michelangelo. —Se disculpó ante el hombre que solo quiso ayudarla. Su mirada había cambiado. Tenía una mezcla de malestar, preocupación y curiosidad. Ella estaba segura de que debía estar pensando que estaba loca, pero al menos así dejaría de intentar ser más que simples conocidos—. Me voy a casa sola, no te preocupes.

Él solo se limitó a asentir. Ya no se atrevió a replicar, ni a ayudarla, porque ya no sabía qué esperar de ella. No quería pelear con nadie ni acabar la noche en el calabozo por un malentendido.

Venus se alejó con la cabeza gacha y el cabello oscuro ocultándole el rostro. Intentó no cojear. Trató de no gritar. Luchó contra su cuerpo y su mente por seguir dando un paso tras otro y llegar a su casa.

Mientras, Michelangelo deseaba que se girara. Solo un segundo, solo una mirada… pero no lo hizo. Y nunca supo lo mucho que Venus quiso hacerlo y no pudo.

«Mientras hay dolor hay vida».

O eso dicen, pero ¿qué clase de vida? ¿Una sin calidad? ¿Todo vale con tal de estar vivo?

Recuerdo el día en el que alguien me dijo esta frase, fue un día de mucho dolor, tanto, que no pude responder. Ahora lo pienso y la única palabra que me viene a la mente es: vacío. Una vida con dolor es una vida vacía. Es intentar que el mundo entienda que, aunque respires, no puedes vivir. Que, aunque sonrías, no eres feliz. Que, aunque te levantes, estás muerta.

Que el dolor no es vida, sino muerte en vida, que es peor que morir y mejor que estar bajo tierra.

VI

—Buenos días, *amore*. —Venus acarició a Afrodita, que se había colado por la ventana de su habitación—. Es hora de comer.

La gata se estiró y emitió un sonido parecido a un ronroneo. Era la única de los cinco que no maullaba, pero Venus la entendía incluso mejor que a los demás.

Después de una ducha y un desayuno lleno de fruta, yogur y pastillas, se quitó las gafas de montura dorada que solo llevaba en casa, y se marchó a la frutería. Antes de que llegara su jefe aprovechó para ponerles de comer a la pequeña colonia gatuna que había creado con el paso del tiempo. A esas horas pasaría desapercibida.

Venus se sentó en el escalón de la puerta trasera de la frutería Pellicani, y se quedó ahí observando a los felinos comer con ansia. Cuando Manarola dormía y un nuevo día daba comienzo en silencio, ella podía disfrutar de la compañía de sus mejores amigos y de los rayos de sol que caían suaves sobre su rostro.

Cerró los ojos, movió los dedos de los pies, y suspiró cuando lo primero que le vino a la cabeza fue el rostro perfectamente cincelado de Michelangelo. ¿Por qué pensaba en él? ¿Por qué insistía tanto en hacerse su amigo? ¿Y por qué una parte de ella deseaba encontrárselo de nuevo, y otra tenía auténtico terror de esa pequeña posibilidad?

Abrió los ojos y sacó de su bolsa de tela el cuaderno que siempre llevaba con ella. Como no hablaba mucho, de vez en cuando necesitaba desahogarse, y le gustaba hacerlo escribiendo.

De vez en cuando cogía extractos de esos escritos para después publicarlos en su red social favorita. El último *post* había sido del dolor, de ese que no la dejó dormir por la noche y la obligó a publicar a las tres de la mañana. El mismo que poco a poco dejaba de sentir gracias a las pastillas diarias que se tomaba.

Y eso la hizo reflexionar:

«A veces no duele tanto. A veces me olvido del dolor. Y a veces el olvido también me duele».

Tres frases y un garabato en una de las esquinas de color crema de la página: una flor. Un rayo de luz atravesó su cuaderno en ese momento, y ella empezó a dibujar un gato comiendo de una lata de atún, otra gata tumbada, uno sentado junto a una chica en un escalón de un solitario callejón.

El tiempo pasó, y sin apenas darse cuenta, había dibujado cada detalle de lo que veía: el ladrillo roto de la pared, el envoltorio de chicle tirado al lado de la papelera, los brotes que nacían de las grietas

de los adoquines… Y la curva de su sonrisa. Las motitas más oscuras de sus ojos. El lunar de la frente…

Las gotas de agua salada que cayeron sobre el papel le recordaron a cuando solía pintar con acuarela. Pensó en añadir un poco de color en vez de arrancar la hoja y tirarla a la basura.

Recogió sus cosas, borró cualquier rastro de emoción de su rostro, y salió a buscar una papelería.

—Buenos días, Venus. ¿Qué deseas? —preguntó la señora de pelo dorado y gafas color rosa detrás del mostrador.

A ella le seguía pareciendo extraño que todo el mundo en ese pueblo conociera su nombre incluso cuando ella ni siquiera recordaba sus rostros.

—¿Tienes acuarelas? —preguntó perdiéndose en la cantidad de materiales de colores que estaban expuestos a su alrededor. Para ella, eso era un auténtico paraíso que no se había atrevido a pisar en un largo tiempo.

—Claro, tengo en bote o una caja de quince, ¿qué prefieres?

—La caja está bien.

—Ahora te la saco. —La mujer hizo el ademán de girarse a buscar el material, pero entonces una voz grave y medio ronca la detuvo.

—¿Me cobra esto, por favor?

Venus se quedó paralizada al ver una mano morena de hombre que tenía cuatro letras impresas en el dorso: «arte». Alzó la cabeza hacia la persona que personificaba esa palabra, y casi se marea al ver el color de sus ojos tan semejantes al de la arena recién mojada.

—Buenos días, Venus. ¿Estás mejor?

—Hola… Sí —respondió tan escueta como siempre.

—Me alegra —replicó distante el escultor, y a Venus eso le provocó un picor en la nuca. No le gustaba cuando era demasiado amable e insistía en tratar de conocerla, pero la alternativa casi que la odió.

Cuando estaba a punto de decirle algo haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad de la que disponía, la dependienta se le adelantó.

—¿Es usted artista? —curioseó la mujer mientras pasaba los materiales por la caja. Michelangelo casi se lleva media tienda.

—Sí, soy escultor, pero estoy de vacaciones.

—El arte nunca descansa, ¿verdad? —dijo la mujer poniendo toda su compra en dos bolsas de tela. Venus aprovechó para curiosear lo que se llevaba: un bloc de acuarela, otro de dibujo, carboncillos, pinceles, varios botes de acuarelas líquidas, rotuladores de punta fina, y pasteles.

¿Cuántas técnicas era capaz de usar ese hombre?

—Supongo que no. —Una sonrisa liviana y seductora se perfiló en su rostro—. Pero intentaré no venir aquí a por arcilla o algo del estilo.

La mujer rio mientras jugueteaba con un mechón dorado que se

había escapado de su coleta. Venus los observó a ambos. Michelangelo estaba acostumbrado a causar ese efecto en las mujeres, así que no le hizo mucho caso. Sus ojos volvieron a encontrarse con los de la loba solitaria con la que había coincidido demasiadas veces desde su llegada a Manarola.

—Cóbrame también las acuarelas de ella.

—No necesito que me compres nada —replicó Venus con un tono de voz demasiado arisco y cortante. La dependienta la observó con el ceño fruncido, y Venus se sintió juzgada. A esas alturas debía haberse acostumbrado, pero le resultaba imposible.

—Imagino que tú te lo puedes comprar, pero es solo un detalle. Por favor, cóbramelo.

La rubia le hizo más caso a la sonrisa seductora que a los ojos enfadados de la chica.

—Espero verle pronto. —Le sonrió la dependienta entregándole las bolsas de forma que sus dedos pudieran rozar los del escultor.

—Y yo también. Que tengas un buen día. —Se despidió con su excelente curva en los labios, después miró de reojo a Venus, y se marchó. Cuando salió del local, Venus iba detrás de él mientras se prometía a sí misma que no volvería más a esa tienda.

—Dime cuánto te ha costado —espetó metiendo la mano en una de sus bolsas sin su permiso para coger su caja de acuarelas.

—Ya te he dicho que te invitaba yo. —Michelangelo se fijó en sus brazos tatuados de decenas de dibujos.

—Ah, ¿sí? Pensaba que lo hacías solo para ligártela.

—Qué frase más larga —se burló él con una sonrisa. Venus puso los ojos en blanco y empezó a caminar con prisa, pero él la siguió—. Tómatelo como un pago por la ilustración que dejaste en mi cuaderno.

Venus se paralizó. Entonces el pecho de Michelangelo se chocó contra su espalda. Antes de que ella pudiera caer hacia delante, la agarró con rapidez por la cintura. No fue un tropiezo muy abrupto, pero sí lo suficiente como para que Venus perdiera el equilibrio y que el vello de su cuerpo se erizara por completo. El corazón le dejó de latir al sentir el calor sobre su espalda, y aunque solo fue cuestión de segundos, ese contacto se le hizo eterno.

Venus le apartó las manos con brusquedad y se giró hacia él con la cara desencajada.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

Le había hecho mucho daño, pero era un dolor más bien emocional. Dos días y ya se había atrevido a darle en su talón de Aquiles. Venus apretó la mano cuando sintió que esta le empezaba a temblar, y no dejó que Michelangelo se diera cuenta de su reacción.

—Dame el dibujo —ordenó con una voz que no desprendía la misma autoridad que sus palabras.

Michelangelo ladeó la cabeza sin apartar sus ojos analíticos de ella. Nunca había conocido a alguien tan gruñona, volátil y bonita como Venus.

—¿Te has puesto así por eso? —Venus no contestó, pero apretó los labios. Él los relajó dibujando una vez más la curva de una sonrisa—. Lo dejaste en mi libreta y te fuiste, es mío.

Siguió caminando con la seguridad de que ella seguiría sus pasos, y así fue.

—No es tuyo, es mío, y es personal. ¡No te lo puedes quedar!

Que alzara la voz no hizo más que aumentar la sonrisa de Michelangelo, y la rabia de Venus.

—Técnicamente, tú me lo has regalado. Me pediste mi libreta, dibujaste y te fuiste sin llevarte el dibujo. Ahora es mío.

Venus no pudo con la ira que bulló en su interior como agua ardiendo, y lo agarró del brazo. Su tacto era caliente, llevaba la camisa blanca arremangada por encima de los codos, abierta un poco en el pecho, y sobre ella ese chaleco negro que le quedaba tan bien.

—Dámelo o quémalo. No es para ti. Es solo mío. Es mi vida. —La última frase no sonó tan autoritaria debido al hilo fino en el que se convirtió su voz.

Michelangelo borró la sonrisa al darse cuenta de cuánto significaba para ella ese trozo de papel lleno de trazos de una vida que él desconocía.

—Está bien, pero no pienso quemar esa obra de arte, deberías de conservarla tú.

Venus apenas pestañeaba, y Michelangelo, tan observador como era, no se le pasó desapercibida la humedad que cubrió sus ojos y que ella mantenía inquebrantable.

—Entonces dámelo.

—No lo tengo conmigo, si quieres puedes acompañarme a mi hotel y te lo doy. —Antes de que pudiera negarse sin ni siquiera pensarlo dos veces, Michelangelo continuó—: No es ninguna proposición indecente ni nada por el estilo, si quieres, puedes esperarme en la puerta del hotel mientras yo dejo las bolsas y cojo tu dibujo.

Venus lo pensó y lo repensó una y otra vez. No quería ir, no debía dejarle conocer ni un solo matiz más de los colores que la componían, pero tenía que hacerlo. Porque nadie se merecía tenerla a ella entre papel y tinta.

—¿Y? —preguntó Michelangelo tras un largo silencio.

—Te sigo.

La pareja caminó bastante distanciados hasta el hotel donde Michelangelo se hospedaba. Los intentos de conversación y de acercamiento por parte del escultor no dieron frutos.

—Te espero aquí —dijo la italiana cuando llegaron frente al hotel.

—Está bien. —Michelangelo entró saludando a todo el mundo. Ya lo conocían bien y lo recibían con una sonrisa.

A Venus ni le gustaba ni comprendía el don de gentes que tenía aquel hombre. O eso pensó en ese momento, porque, en realidad, una parte de ella lo envidiaba.

Mientras tanto, Michelangelo pasaba la tarjeta por el lector de su habitación cuando escuchó una voz a sus espaldas. No se trataba de la que él estaba esperando.

—Buenos días, ¿has madrugado? —preguntó Lola apoyando su hermoso cuerpo sobre el marco de la puerta.

Michelangelo no pudo evitar fijarse en su vestido de color aguamarina que destacaba sobre su piel morena y, sobre todo, sobre su pierna estilizada que se abría paso entre la tela.

—Estoy acostumbrado a hacerlo —respondió devolviéndole la sonrisa y dándole un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura del labio.

Durante la noche no habían sido tan recatados, pero ambos tenían muy claro que lo que había pasado se quedaba entre las cuatro paredes del cuarto que ahora volvían a compartir.

—¿Qué piensas hacer hoy? —preguntó la mujer mientras se sentaba en la cama que habían hecho los del servicio del hotel después de que ambos la pusieran patas arriba durante una larga noche de pasión.

Michelangelo dejó las bolsas llenas de nuevos materiales de pintura sobre el escritorio.

—No lo sé, creo que saldré por ahí a pintar.

—¿No estabas de vacaciones?

—Sí, pero yo no soy pintor, soy escultor. Y creo que pintar sin pensar me ayudará a desbloquearme.

Todavía no se había atrevido a mirar la desorbitada cantidad de llamadas y mensajes de su representante que le esperaban en su teléfono móvil.

—Me gustaría ver lo que pintas.

Michelangelo esbozó una sonrisa mientras buscaba el retrato que Venus había realizado en su cuaderno.

—Podéis venir si queréis —respondió cuando sintió el calor de su cuerpo en su espalda. Entonces sus manos empezaron a acariciarlo.

—O me puedes pintar aquí, desnuda. No me importaría —propuso Lola.

Michelangelo notó sus labios entre sus omoplatos.

—Estaba pensando en pintar paisajes o retratos, pero como quieras.

—¿Y eso? —preguntó cogiendo el retrato que él mismo había hecho de Venus el día anterior—. ¿Es tu amiga?

Michelangelo lo miró de reojo y arrancó el dibujo que había hecho

Venus en su libreta.

—¿Se parece?

—Sí, tiene su pelo, sus ojos… Es muy bonito.

—Solo fue un boceto rápido.

—¿Sois más que amigos?

La pregunta lo hizo reír. Estaba seguro de que ella ni siquiera se consideraba su amiga.

—No. Es Venus, diosa y musa desde los inicios de la historia del arte —dijo acercándose a la puerta—. Tengo que entregarle esto —Alzó el dibujo creado por ella misma—. Ahora vengo.

Pero cuando abrió la puerta de la habitación, ahí estaba ella.

—No soy tu musa ni la de nadie —espetó con los ojos tan grandes como los de un dibujo animado clavados en los suyos. Antes de que él pudiera replicar, le arrancó la hoja de las manos—. Y no quiero que me pintes ni que pienses en mí. No soy tu instrumento de trabajo.

Le dio la espalda y desapareció por el pasillo lo más rápido que su cuerpo le permitió.

—Qué carácter… —murmuró una Lola impresionada.

—Ahora vengo. —Michelangelo salió a correr detrás de Venus. La alcanzó justo antes de que las puertas del ascensor se cerraran del todo.

—Déjame en paz.

—¿Qué pasa? ¿Tampoco puedo coger el ascensor? —replicó el italiano pulsando el botón de la planta baja.

Venus puso los ojos en blanco y resopló, pero no contestó. Se quedó en una de las esquinas rezando para que pronto se abrieran las puertas del ascensor.

—¿Eres así de antipática las veinticuatro horas del día?

—¿Perdón? —Venus alzó los ojos. Odiaba esa sonrisa imborrable e insoportable de sus labios carnosos.

—¿Que si eres así de antipática siempre? —repitió mirándola a los ojos. Le encantó ver su cara de estupefacción.

—Contigo sí.

Michelangelo rio, y Venus se irritó todavía más.

—Ya me he dado cuenta de que no te caigo bien.

—Pues ya era hora.

El moreno se acercó. Ella tensó el cuerpo y se pegó todo lo que pudo a la esquina que pasó a convertirse en su refugio.

—Lo siento —susurró con voz ronca.

Venus lo miró confundida.

—¿Por qué?

Él volvió a sonreír.

—¿Ves? Tu tampoco piensas que tenga nada por lo que disculparme. Deberías de ser tú quien lo hiciera.

Venus entreabrió los labios, incrédula. Michelangelo no pudo evitar fijarse en ellos, en su color rosado natural y en las pequeñas pieles secas que lo cortaban.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por tratar de ignorarme, por arrebatarme un regalo de las manos, por abandonarme sin explicaciones, por despreciarme…

—No te desprecio —respondió ella en un susurro. En efecto, daba la impresión de que había hecho todas esas cosas.

—Ah, ¿no? —Michelangelo tuvo que ladear la cabeza para llegar mejor a la altura de sus ojos. Era tanta la diferencia de estatura entre ambos, que le empezaba a doler el cuello—. ¿Entonces por qué eres así conmigo?

—No soy de ninguna manera contigo. Esta es mi personalidad, si no te gusta…

—Me gusta. —La interrumpió—. A quien parece que no le gusta es a ti misma.

—¿Qué? —La chica se quedó de nuevo con la boca abierta, y eso casi distrae a Michelangelo.

—Parece que no estás a gusto contigo misma.

—¿Y quién eres tú para decirme eso? —Saltó a la defensiva.

—Un amigo con ojos y sentidos, nada más.

—Te empeñas en querer ser mi amigo y no lo eres. No quiero que lo seas. Estoy mejor sola.

—¿Cómo lo sabes si no has intentado llevarte bien conmigo? —Venus se quedó callada. Tan solo se escuchaba el sonido de su respiración agitada. Michelangelo aprovechó ese único momento de paz entre ellos para detenerse a observar sus tatuajes. Hubo uno en especial que le llamó la atención: una espada clavándose en su antebrazo que la hacía sangrar. Pasó su dedo por encima de la piel dibujada. Ella se sobresaltó, pero no lo apartó—. Me gustaría conocer la historia de tus tatuajes.

La historia de sus tatuajes era la historia de su vida. Eran épocas que había dejado en el pasado, y otras que las seguía llevando como heridas abiertas sobre la piel.

Los ojos de ambos se encontraron brillantes justo cuando la puerta del ascensor se abrió. La gente invadió la pequeña burbuja llena de arte y tensión que habían creado solo para ellos, y todo se rompió, pero hubo un pequeño pedazo que ambos se llevaron el uno del otro y que sería como el hilo rojo que los acercaría de nuevo.

Cuando Venus salió del ascensor, luchó contra sí misma por no mirar atrás una vez más, pero no lo consiguió, y cuando lo hizo, los ojos de Michelangelo la estaban esperando.

@VENUS

Hoy he vuelto a usar las acuarelas por primera vez en años. He perdido técnica, pero ha sido un paso. He llenado de color un dibujo de mi cuaderno que ni siquiera tenía el gramaje adecuado. Se me ha aguado mucho, pero me encanta el resultado. Hacía tiempo que no le ponía color a nada, y hoy los he usado todos.

VII

Michelangelo no solía pintar con acuarelas, le gustaban más las técnicas secas, pero ese día, bajo el sol ardiente de Manarola, decidió darles una oportunidad. Le dio vida a una escena que se desarrollaba justo delante de él: una niña pequeña vestida de princesa jugaba con su abuelo en el césped, rodeados de flores y árboles de colores.

—Qué bonito —elogió Sara sentándose junto a él—. ¿Desde cuándo dibujas?

—Desde siempre, desde que era niño.

—¿Y cuántos años tienes? —preguntó con curiosidad.

—Cumplo treinta y ocho este mes.

—¿En serio? Podemos hacer una fiesta para celebrar.

Michelangelo sonrió mientras un río de color recorría la escena que estaba pintando.

—No tenía pensado celebrarlo, pero si queréis…

—¡No me digas que eres de esa clase de personas que no celebra los cumpleaños!

—Tranquila, no es eso, pero como estaré lejos de casa, no tenía la idea de celebrarlo.

—¡Nosotras nos encargamos! ¿Qué día es?

—El veintiocho.

—Podemos hacer una fiesta en el hotel. ¿Qué te parece, mamá?

—Será divertido. Si Michelangelo quiere, claro —respondió Lola.

—Por mí no hay problema. Si os hace ilusión, yo estoy más que agradecido.

—Será una locura —murmuró Sara mientras soñaba despierta.

—¿Vamos a comer por ahí? —preguntó Lola poniéndose las gafas de sol sobre la cabeza.

—Sí, necesito una pizza ya. —Sara se puso las manos en el estómago.

—¿Tú solo comes pizza? —preguntó Michelangelo dándole unos últimos toques a su pieza de arte.

—No. También pasta y… postres. Estamos en Italia, ¿qué más voy a comer?

—¿Sabías que los italianos no solo comemos pizza y pasta? También tenemos legumbres, carnes, pescados…

—Todo eso ya lo puedo comer cuando vuelva a casa.

—Volverás con cinco quilos más, nena —la advirtió su madre.

—Iré al gimnasio —replicó como si así solucionara todos sus problemas.

—Ya, eso me gustaría verlo a mí…

—Lo verás. —Se levantó y recogió sus cosas—. Pero eso será cuando volvamos a España, ahora lo que verán tus ojos será una buena pizza al estilo italiano para mí.

—Ahora os alcanzo, voy a terminar este dibujo.

—Te esperamos en el restaurante que hace esquina —dijo Lola recogiendo sus cosas.

—Intentaré no tardar mucho.

Madre e hija se despidieron del italiano. Michelangelo continuó dándole color a su ilustración, y cuando terminó, se quedó mirándola durante varios minutos. No era lo mejor que podía haber hecho, pero había sido suficiente para salir de ese bloqueo creativo que hacía un par de días lo estaba asfixiando y no lo dejaba trabajar.

—Perdone —dijo acercándose al entrañable abuelo que jugaba con su nieta—. He dibujado esto. Es para ustedes. —Le entregó la lámina que acababa de pintar.

—Vaya… —El señor de unos setenta años admiró la obra de arte que aquel desconocido había hecho de su nieta y él. Sonrió con ilusión, y se lo enseñó a su nieta—. Mira, Bianca. Somos nosotros.

—¡Ala! —exclamó la niña con una sonrisa radiante—. ¡Es Elsa y el abuelo!

El señor rio al igual que lo hizo Michelangelo.

—No, cariño. Somos tú y yo. Eres tú. —El hombre miró al artista con lágrimas de felicidad—. Gracias, ¿cuánto le debo?

—Nada, nada. Es un regalo.

—¿De verdad? —Miró de nuevo el retrato tan bonito que había hecho de un momento especial con su persona favorita.

—De verdad.

La niña cogió el dibujo de las manos de su abuelo, y se puso a mirarlo de cerca.

—Muchas gracias —repitió el anciano dándole la mano—. ¿Cómo se llama?

—Michelangelo Bianchi.

—Giacomo Costa, encantado. —Le sonrió de una forma tan sincera, que con eso Michelangelo se sintió pagado—. Bianca, cariño, dale las gracias a Michelangelo por ese bonito dibujo.

La niña, que le recordaba a su hija de pequeña, le mostró unos pequeños dientecitos que estaban mellados, y le tendió la mano al igual que lo había hecho su abuelo.

—Gracias, señor.

Michelangelo se agachó y le dio un beso en el dorso de la mano.

—A sus órdenes, princesa Elsa.

Bianca se carcajeó cuando Michelangelo se quedó paralizado.

—¡Descongelado! —exclamó moviendo las manos como si en su

interior tuviese magia. Entonces Michelangelo volvió a su estado natural, y la niña volvió a reír sin control.

Cuando llegó al restaurante donde estaban Lola y Sara, algo tanto en sus ojos como en su corazón había cambiado. Estaba feliz. Sentía que algo en su interior se había desbloqueado.

—Ya veo que me estabais esperando —dijo sonriente al ver que Sara ya se había comido dos trozos de pizza y Lola iba en camino.

—Por supuesto, príncipe italiano —bromeó la más joven intentando cazar el trozo de mozzarella que se estiraba entre sus dientes y la masa.

—¿Y el dibujo? —preguntó Lola cuando él dejó su bolsa con materiales en una de las sillas vacías.

—Lo he regalado.

—¿En serio? ¿Al abuelo?

—Sí.

—Pero debe de costar mucho dinero un original firmado tuyo, ¿no?

—Nena… —La recriminó su madre.

—No importa. No lo sé, supongo que depende de quien quiera comprarlo —respondió modesto antes de pedir el menú al camarero.

—¿Me harías uno a mí? —Sara lo miró con ilusión antes de recibir una mirada inquisidora de su madre.

—Claro, haré uno de las dos si queréis.

—¡Gracias! —sonrió la mujer más joven—. Mi madre me ha contado que también has hecho uno de Venus.

—Nena, tienes que aprender a cerrar la boca de vez en cuando.

—Pues no sé a quién habré salido…

La tensión desapareció con una carcajada de ambas. Más que madre e hija parecían mejores amigas, aunque Lola intentara de vez en cuando recuperar el control. Michelangelo sintió cierta envidia porque tenía a su pequeña lejos de él.

—El retrato de Venus tan solo fue un boceto.

—Pero no le gustó mucho… —indicó Lola alzando las cejas por encima de las monturas de gafas rosas que llevaba esa mañana.

—¿Tan feo era? —remató su hija, y Michelangelo no pudo hacer nada más que reír.

—Tal vez, no lo sé. Venus es… complicada.

Esa era la palabra exacta para definirla a ella y a la relación que ambos habían empezado a cultivar.

—A mí me cae bien —dijo Sara encogiéndose de hombros—. ¿Dónde está ahora? Me gustaría hablar con ella, ¿se encuentra mejor?

Michelangelo no tenía respuesta para ninguna de esas preguntas.

—Supongo que estará trabajando en la frutería, no lo sé. Creo que Venus nunca está bien.

Aun sin conocerla mucho, sabía que había algo en su interior que

estaba roto, y había algo en él, una fuerza natural que quería repararlo, o al menos ayudarla a hacerlo.

—Es una niña, debe de estar enfadada con el mundo, como todos a su edad —comentó Lola, y aunque lo hizo sin mala intención, a veces la maldad residía en no darle valor a las cosas que de verdad lo tienen.

—Yo creo que solo necesita amigos. —Sara dio con la respuesta al problema existencial de toda una vida en ese mismo momento—. A mí me gustaría serlo, me cae bien. ¿Vamos después a verla?

—Después de ver cómo ha reaccionado antes, no creo que le guste… —Lola bebió un trago de vino tinto mientras miraba a Michelangelo.

—Tal vez a ti sí te quiera ver —respondió el italiano observando cómo Sara engullía su pizza cuatro quesos—. Luego te indico dónde trabaja.

Comieron con tranquilidad bajo los rayos de sol de uno de los pueblos más bonitos de Italia. Michelangelo se sintió afortunado de haber encontrado a dos personas tan afines a él que solo querían disfrutar y desconectar, algo que a veces le costaba. Ellas le impedían volver a su habitación de hotel a practicar dibujo o a contestar los cientos de miles de emails y llamadas de Domenico, su representante. Con ellas todo era paz y buenos momentos.

—¡Vamos a alquilar una vespa y vemos el pueblo! —exclamó Sara con emoción mientras caminaban por las callecitas empedradas del acantilado—. ¿Te apuntas, Miki?

—Yo me apunto a lo que sea.

—Creo que por aquí cerca hay un local que alquila… ¿Esa es Venus? —preguntó Sara. Inmediatamente Michelangelo miró en su dirección y se encontró a una chica con vestido amarillo caminando cabizbaja, cobijada tras su pelo azabache y aferrada a una bolsa de tela que tenía un estampado de flores—. ¡Venus! ¡Ey! ¡Venus!

La italiana alzó la cabeza para encontrarse con la española que le estaba gritando en mitad de la calle, luego desvió la mirada hacia Michelangelo, donde la sostuvo unos segundos de más antes de pasar a los ojos de Lola.

Saludó con timidez levantando la mano, y rezó porque no la detuvieran y la obligaran a salir de su pequeña burbuja de doloroso confort. Pero no tuvo esa suerte (o desgracia).

—¿Cómo estás? —Sara, contenta de habérsela encontrado por casualidad, la abrazó con toda la efusividad que a Venus le faltaba—. ¿Ya te sientes mejor?

—Estoy bien. Sí, mejor —contestó con una mentira cotidiana, después dirigió la mirada a Michelangelo y Lola—. ¿Y vosotros? —preguntó por pura cortesía.

Para Venus era difícil no detenerse a observar más de la cuenta a ese hombre que sentía la misma curiosidad por ella que ella por él.

—Pues íbamos ahora a alquilar unas vespas para dar un paseo —contestó Lola rozando el cuerpo de Michelangelo.

A Venus ese gesto le recordó al de una gata marcando su territorio.

—¿Y tú qué vas a hacer? —Se interesó Michelangelo pasándose la mano por el pelo para atarse mejor la coleta. Venus intentó no pensar en lo sexy que le pareció ese movimiento y lo bien que le quedaba la camisa desabrochada.

—Yo me iba a casa ya —respondió desviando la mirada a la chica que se había convertido en lo más parecido a una amiga que tenía desde que se mudó a ese pueblecito.

—¡Vente con nosotros! Así nos enseñas cosas bonitas del pueblo, no lo típico de los turistas.

—Eh… Y-yo… —tartamudeó nerviosa—. Hace poco que me mude aquí. No conozco muchos sitios. Tampoco conduzco así que…

—No pasa nada, puedes ir de paquete con uno de nosotros. Alquilamos tres motos y ya está. —La agarró del brazo como si ya fuesen mejores amigas—. Venga, vamos. Lo pasaremos bien. Así te quitas el mal sabor de anoche.

Venus miró a Michelangelo, temiendo lo que les habría contado a las chicas de la noche anterior.

—Te lo pasarás mejor que en casa, eso seguro —dijo Michelangelo con una media sonrisa a la que Venus no quiso prestarle atención, pero le resultó imposible.

—¿Has comido ya? Podemos merendar por ahí. —La animó Sara. Lola solo se limitó a asentir. Y Venus no supo qué hacer ni dónde esconderse. Su mente se convirtió en un bucle, como un agujero negro del que no podía salir.

Un simple «vale» fue lo único que logró decir, y fue suficiente para romper una ligera burbuja muy débil que la aprisionaba como una crisálida a una mariposa.

Cuando llegaron al local de alquiler de vehículos, unas gotas de sudor diminutas empezaron a recorrerle la espalda a Venus. Notaba cómo cada una de ellas le resbalaba por la piel, frías y dolorosas. Esa situación le empezaba a dar ansiedad.

—¡Qué bonitas, son de colores! —exclamó Sara con emoción al ver las vespas—. ¿Cuál preferís? Yo la roja. Mamá, tú la azul, ¿no?

—Hoy no voy de azul —respondió Lola señalándose el vestido rosa a conjunto con todos sus complementos.

—Ya, pero así resaltas más. ¿Y tú, Michelangelo?

—La que quiera Venus —respondió dando por hecho que ella iba a querer ir con él.

Ella lo miró con el ceño fruncido, como siempre, aunque esa vez,

en vez de quejarse y de recriminarle, decidió jugarle una mala pasada.

—La lila.

Una media sonrisa sexy e insinuante se dibujó en sus labios. No dijo nada al respecto, pidió la moto al encargado, y después de que este les recomendara algunos sitios para visitar, salieron a la aventura.

—¿Te subes? —Michelangelo señaló con la cabeza el asiento trasero de la moto.

Venus no pudo evitar sonreír al verlo encima de la vespa lila. Con lo grande que era, la moto parecía de juguete a su lado. A Venus le recordó a una que tuvo en su infancia para la Barbie.

—No sé si me fío de ti, ¿alguna vez has ido en moto?

—Claro, pero en una más grande que esta.

—¡Venga, chicos! —Sara, impaciente, arrancó su moto—. Tres, dos, uno… ¡Ya!

—¡Nena, espera! —Lola salió tras ella, pero Michelangelo y Venus todavía ni habían arrancado.

—¿Piensas subirte? Te prometo que no nos despeñaremos por el acantilado —bromeó Michelangelo sin saber que las pulsaciones de su acompañante estaban desatadas. Se quedó paralizada una vez más debido a sus miedos, pero entonces él le ofreció la mano, y ella, muy despacio, estiró la suya para dársela.

Michelangelo en ese mismo momento visualizó una escultura, una recreación del famosísimo fresco de Michelangelo Buonarroti: «La creación de Adán», pero él lo llamaría: «La creación de Venus». Dos manos rozándose los dedos, una con miedo y otra sin él. Una de mujer y otra de hombre. Venus creándose a sí misma. Venus mujer, diosa, reconstruyéndose.

Michelangelo esperó a que se subiera y se pusiera el casco antes de arrancar. Venus no se agarró a él, ni siquiera notaba el calor de su cuerpo en su espalda, pero cuando apretó el acelerador para alcanzar a las chicas, Venus se agarró a él con tanta fuerza, que podría haberle hecho daño.

—Lo siento si te he asustado —se disculpó disminuyendo la velocidad.

Ella no contestó. Aflojó un poco su agarre, pero no se separó de él.

Continuaron el camino en silencio, con el viento en la cara y las maravillosas vistas del pueblo costero bajo sus pies. Michelangelo lo estaba disfrutando, pero Venus… Ella lo intentaba, pero el corazón se lo impedía. Tenía un nudo tan grande en el estómago, que no le permitía respirar con normalidad. Entonces empezó a imaginarse toda clase de escenarios catastróficos: si se desmayaba caería por la carretera rodando y otros vehículos la atropellarían, si a Michelangelo se le ocurría acelerar más de la cuenta podrían despeñarse por el acantilado o acabar contra un árbol…

—Por favor, para —murmuró con un hilo de voz en su oreja. —debido al viento y el motor, Michelangelo no la escuchó—. Por favor, para —repitió lo más alto que pudo. Estaba temblando.

El italiano la escuchó y obedeció metiéndose en una de las callecitas para poder aparcar.

Venus se quitó el casco que sentía que la estaba ahogando, e impaciente, esperó a que Michelangelo se bajara de la moto para poder hacerlo ella también.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó el escultor acercándose a ella.

Venus se puso la mano en el pecho y se apoyó en una de las paredes de piedra con miedo a desplomarse.

—Sí…

Michelangelo, asustado, le puso una mano en el hombro, y con la otra la sujetó por los brazos. Tenía el flequillo empapado en sudor, y algunas gotitas viajaban por su pecho. No preguntó antes de cogerla en brazos y llevarla a un banco cercano.

—Estoy bien, estoy bien… —Intentó separarse, pero él no se lo permitió—. Estoy mejor.

—¿Segura? ¿Llamo a una ambulancia? ¿Hay una clínica o hospital por aquí cerca?

—Segura. No hace falta, en serio. Debe de haber sido un golpe de calor o algo…

Venus prefería la mentira antes de que conociera la verdad de su pasado oculto.

—Vale, tranquila. Podemos quedarnos aquí el rato que quieras. Iré a por unas botellas de agua. —Michelangelo hizo el ademán de levantarse, pero Venus lo detuvo con sus manos.

—No, no te vayas. Todavía no, por favor —suplicó con temor a que si él se iba se desmoronara del todo.

Por primera vez en mucho tiempo, prefirió compartir su dolor con alguien antes que estar sola.

—Está bien.

El hombre al que conocía desde hacía dos días se volvió a sentar junto a ella y acarició esas manos que le inspiraban historias, colores y pinceladas. Ella apoyó la cabeza en su hombro, todavía con la mente nublada, y se sintió arropada y un poquito menos sola. Hacía mucho tiempo que no sentía otra cosa que no fuese dolor.

Michelangelo, en silencio, le apartó la melena de los hombros, que los tenía empapados. Le sopló un poco de aire y ella se retorció sobre su cuerpo. Se fijó en la piel erizada, en las diminutas gotas de sudor, en los pelos mojados de su nuca… En la cicatriz que asomaba por debajo del vestido y que no se apreciaba cuando tenía el pelo suelto.

Si Venus hubiese sido plenamente consciente de ese momento, de lo que él había visto, se habría enfadado tanto que, de la impotencia,

su cuerpo habría empezado a temblar sin control y se habría marchado asegurándose de no volver a verlo nunca más. Pero no fue así, porque en ese momento, su cuerpo estaba ahí con él, y su mente todavía luchaba por volver a su lugar lúcida y clara.

—¿Mejor? —susurró él apretando sus manos para que se sintiera reconfortada.

—Sí.

Venus alzó la cabeza para mirarlo a los ojos. Estaban tan cerca, que podía ver hasta las pequeñas imperfecciones y arrugas del rostro de hombre más guapo que había visto nunca.

Él se fijó en sus labios, en las pecas que le salpicaban la nariz… No tenía ni rastro de maquillaje. Nada en absoluto. Le hizo pensar en cuánto tiempo hacía que no veía una mujer así, al natural, como sus esculturas. Venus no era perfecta, pero era real. Y eso le llamaba tanto la atención, que lo único que deseaba era probar el sabor de sus labios. Y estuvo a punto de hacerlo, tan cerca que casi se pudo imaginar su piel suave rozando la suya. Olía a cerezas… Pero no pudo hacerlo, porque la Venus que él conocía, la que estaba en pleno uso de sus facultades mentales y físicas, esa no lo soportaba.

—Voy a por agua y algo de comer, vuelvo enseguida.

Esa vez Venus no intentó detenerlo. Después de unos minutos, Michelangelo volvió con dos botellas de agua y unas cuantas barritas de chocolate de distintas clases para que ella pudiera elegir el que le apeteciera.

—Gracias —murmuró antes de darle un bocado a la chocolatina que tenía caramelo por dentro—. Estoy mejor, de verdad. No te preocupes más por mí.

Él la observó mientras comía y bebía. Al menos ya le había vuelto el color a la cara.

—¿Quieres? —Ella le puso las chocolatinas delante. Michelangelo se lo agradeció y cogió la que tenía mayor pureza.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó el escultor después de un rato comiendo chocolate en silencio.

Quería volver, pero no quería fastidiarlo.

—No, podemos continuar a ver si las encontramos.

—Como tú quieras. —Se levantó y le ofreció la mano, pero ella se negó con la excusa de que estaba bien. Cuando se acercaron a la moto, preguntó:

—¿Puedo conducir yo?

—No creo que sea buena idea, Venus. Además, ¿no decías que no conducías?

—Tengo carné de conducir —contestó en un tono muy bajito mientras examinaba la vespa—. Pero no lo hago desde hace tiempo. —Se creó un silencio que Michelangelo no se atrevió a interrumpir—.

Creo que puedo hacerlo, ¿confías en mí?

Eso era lo único que Venus necesitaba, un poco de confianza en sí misma, y Michelangelo no dudó en otorgársela.

—Sí. Adelante, pero si te sientes mal, para y yo me hago cargo —dijo dándole uno de los cascos.

Venus asintió con la emoción y la adrenalina recorriéndole las venas. Por un momento las confundió con miedo, pero pudo desterrar ese pensamiento y centrarse tan solo en el cosquilleo del estómago ante la idea de enfrentarse a un nuevo reto.

Venus se puso de piloto y arrancó con torpeza.

—¡Perdona! —exclamó agitada por el frenazo. El corazón se le aceleró tanto que pensaba que se le iba a escapar de la boca e iba a huir—. Igual no es buena idea que conduzca yo… Hazlo tú.

Se levantó de su asiento, pero él la detuvo posando sus manos sobre sus caderas.

—No, Venus. No te preocupes. Sé que puedes hacerlo, venga. Te ayudo.

Ella se quedó paralizada ante su contacto, pero no se atrevió a girarse y darle la cara. Se sentó de nuevo y agarró con fuerza el manillar.

—Relaja las manos —susurró él acercándose a su oído. Puso sus grandes manos sobre las suyas, y le aflojó los dedos.

El contacto de su pecho contra su espalda la alteró todavía más. El aire escapó de sus pulmones. Así no podría hacerlo.

—Relájate —repitió él con voz suave, pero lo que no sabía era que su cercanía la distraía.

Al final terminó relajando las manos para que dejara de pegarse tanto a ella.

—Vale, ahora confía en ti. Has conducido una moto antes, ¿no?

—Sí.

—Entonces hazlo una vez más.

Una vez más… Parecía fácil, pero para Venus no lo era tanto.

Aceleró de forma suave, y se incorporaron a la carretera sin ningún problema. Venus se olvidó de las manos de Michelangelo sobre su cintura y de la presión en el pecho. Tan solo se centró en la moto, la carretera y ella. Era lo único que necesitaba para seguir adelante y recorrer el camino. Y lo estaba haciendo bien, al menos eso pensó hasta que escuchó un claxon.

—¡Ey! ¡Por fin os encontramos! —gritó Sara por encima de los motores—. ¡Qué mono estás de paquete, Michelangelo!

Venus se pudo imaginar la sonrisa radiante de su compañero.

—¡Sígueme! —gritó Sara antes de adelantarlos. Detrás de ellos iba Lola con su vespa azul.

A Venus le hizo gracia imaginarse a los tres en fila por la carretera.

Eran como un parchís, pero lo que más risa le hizo fue imaginarse a Michelangelo de paquete. Con esa imagen, estuvo sonriendo todo al trayecto hasta que aparcaron cerca de un bar.

—Ha estado bien, ¿no? —preguntó Venus con impaciencia en cuanto se bajaron de la moto.

—Sí. —Michelangelo sonrió—. Lo has hecho bien. Al menos no hemos tenido ningún accidente —bromeó, entonces llegaron
Sara y su madre y el italiano no pudo ver la forma en la que se le desencajaba la cara a Venus.

—Me muero de hambre —dijo Lola acercándose a ellos—. ¿Pedimos unas tapas aquí?

—Claro, aunque yo no tengo tanta hambre, y creo que Venus menos después de haberse comido dos barritas de chocolate y otras tantas chocolatinas.

Ella intentó sonreír de nuevo.

—Bueno pues nos pedimos unos vinos, vamos.

—Nena, hay que conducir luego.

Lola agarró la mano de Michelangelo, y por un momento Venus pensó que sobraba. Ese viaje había significado algo para ella, o al menos eso pensó hasta que se dio de bruces contra la realidad.

Disfrutaron de la tarde entre tapas y vino. Venus también disfrutó. Se olvidó de quién era ella, del pasado que arrastraba y no la dejaba respirar, y se limitó a vivir el presente, a aprender a sonreír de nuevo y a olvidar todos los miedos de la persona que había sido antes y que prometió no volver a ser cuando decidió mudarse a Manarola y convertirse en alguien nuevo. En Venus.

@VENUS

Todavía huelo el suavizante de su ropa: fresco y delicado como ella. Recuerdo el tono de luz que solía hacer los domingos por la tarde cuando nos íbamos al parque a pasear. Y la textura de los pétalos de su flor favorita, tan suave y vibrante como ella. Pero el sonido de su risa se va diluyendo poco a poco en mi cabeza, ya no suena como antes. Ya no logro escuchar las notas exactas de su voz… Pero sigo viendo esos colmillos alargados con los que bromeaba ser una vampira.

Cuando me voy a dormir todavía cuento las motas de marrón oscuro de sus ojos: tres en el derecho, dos en el izquierdo. Mi mano recuerda la curva de sus labios, y la dibuja cuando no me doy cuenta. A veces los recuerdos duelen menos, otras… Otras los siento en el estómago como si una alimaña me desgarrara desde dentro intentando salir, pero no los dejo huir. No quiero que se vayan. No quiero que caigan en el olvido, en ese pozo oscuro y sin fondo.

No me doy cuenta de que yo ya estoy metida en un agujero negro, y que, si no dejo que alguien me eche una cuerda, nunca saldré de ahí.

Y tal vez no quiero y por eso las he ignorado todas, porque sé que cuando salga, ella no estará conmigo.

VIII

En dos días Venus había salido más que en los últimos dos años.

Se sentía como una completa novata, como una preadolescente que le pide permiso a sus padres para poder salir con sus amigos hasta una hora tope, porque a las ocho de la tarde ya estaba cansada y quería volver a casa.

—¿Ya? ¡Pero si llevamos súper poco tiempo! —exclamó Sara cuando Venus le expresó sus ganas de irse a casa. Dos horas a la española le parecía poco tiempo, pero para Venus, que no estaba acostumbrada a estar con tanta gente, le suponía un drenaje de energía muy intenso.

—Sí, estoy cansada —contestó mirando a Michelangelo—. Pero no te preocupes, te dejo la moto y voy andando.

—No, si estás cansada no deberías ir andando —replicó él con rapidez—. Te llevo a casa. —Se levantó y se abrochó los botones de su chaleco. Las tres mujeres se quedaron embobadas mirándolo, y es que cualquier insignificante gesto que hacía Michelangelo era digno de admirar, porque era tan atractivo y magnético que cualquier gesto lo impregnaba de sensualidad.

—No, no… Quédate aquí con ellas. En serio, puedo ir sola.

Michelangelo se arriesgó a que lo rechazara una vez más delante de todo el mundo como la noche anterior, pero no iba a permitir que se marchara sola después de haber presenciado el ataque de pánico que le había dado en la moto y que casi hace que se desmaye.

—Insisto —replicó mirándola a los ojos. Se enmarañaron en un duelo de miradas hasta que intervino Sara.

—Venus, deja que Michelangelo te lleve, si estás cansada es lo mejor.

La joven no dijo nada, pero todos los componentes de esa mesa se habían dado cuenta de que Venus se encontraba mal. No sabían si era una enfermedad, una herida, un malestar… pero estaba claro que Venus no estaba bien.

—Vamos —aceptó la morena con ganas de llegar a su casa y poder estar tranquila de una vez por todas.

—Eres cabezota, eh… —susurró Michelangelo, pero Venus tenía el oído muy bien afinado.

—Pues como tú —replicó en un tono seco que para las chicas sonó demasiado borde, pero que a Michelangelo lo hizo reír. ¿Había algo que no se tomara bien ese hombre?

Venus no sabía si eso le gustaba o la irritaba. Aunque la balanza

siempre se inclinó hacia la segunda opción. Puso los ojos en blanco y después de pagar sus consumiciones, Lola y Sara los acompañaron hasta las motos.

—Bueno, nos veremos una próxima vez, ¿verdad? —La pregunta de Sara hizo vibrar el corazón de Venus. La amistad le daba miedo, pero sobre todo le otorgaba algo de esperanza y de ilusión.

—Sí… Si quieres… —dijo con un hilo de voz.

—¡Claro! Podemos hacer más planes, ¿verdad, mamá?

Venus miró a Lola con cierto temor al rechazo, pero no encontró nada en su expresión aparte de amabilidad.

—Sí, cuando queráis. —Dirigió la mirada a Michelangelo—. ¿Nos vemos luego?

Venus se sintió fuera de lugar, como una esquirla en el dedo que es difícil de ver de lo pequeña que es, pero que molesta y te puede fastidiar el día.

—Claro, luego os llamo.

No se dieron un beso de despedida en la boca como Venus esperaba.

Se subieron a la moto, esta vez con Venus en la parte trasera, y emprendieron el recorrido de camino a casa. La melancolía se atenazó en su estómago al ver la puesta de sol, el mar, y los últimos rayos de luz anaranjada bañando la escena. Pensó en el tiempo que hacía que no había disfrutado de un regalo tan bonito de la naturaleza, en los meses que pasó encerrada entre cuatro paredes llorando de dolor… Y notó como si una mano le estrujara el corazón y otra le retorciera el estómago. Se acordó de lo que era sentirse completa y el revoloteo de las mariposas.

Puso las manos alrededor de la cintura de Michelangelo con mucho cuidado, como si no quisiera que él se diera cuenta. Pero no sabía que él estaba atento a cada uno de sus movimientos. Le agarró las manos para que lo abrazara con fuerza. No quería que volviera a pasar lo mismo de antes.

En ese momento, Venus convirtió un recuerdo malo en algo bonito y preciado. Transformó la sensación de ansiedad en sentirse protegida y cuidada. Todo gracias a Michelangelo.

Venus le indicó el camino hasta su casa, una antigua vivienda situada en una de las tantas callejuelas empedradas de Manarola.

—Gracias por traerme —dijo mientras se quitaba el casco.

—No quería que te desmayaras por el camino —bromeó Michelangelo, pero Venus no terminaba de comprender su humor, o al menos no quería reírse de ello.

Introdujo la llave en la cerradura e hizo una de las tantas maniobras para poder abrir esa enorme puerta antigua que necesitaba con urgencia una renovación. Michelangelo la ayudó empujando la

vieja madera, y ella quiso darle las gracias, pero no hasta ese simple gesto le costaba un mundo.

—¿Me invitas a subir? —preguntó el italiano sabiendo que ella no se atrevería. Venus tartamudeó—. Solo quiero asegurarme de que llegas sana y salva, nada más y nada menos.

Otro remolino en el estómago.

Desde que se había mudado al pueblo, nadie había entrado en su casa, su refugio.

—Está bien —aceptó un poco cohibida. Él se había portado muy bien con ella. Le dejaría pasar y esperaría a que se marchara pronto.

Ambos entraron en el pequeño edificio de dos plantas. El interior no era mucho más moderno que el exterior. Todo en aquel pueblo era bastante antiguo, y ese era parte de su encanto.

No había ascensor. Subieron por las escaleras a la segunda planta, y Venus abrió una puerta de madera oscura que era el pasaporte a su pequeño hogar.

Dejó las llaves sobre un cuenco que descansaba sobre el mueble del rellano, y lo invitó a pasar. Michelangelo la siguió mientras observaba cada rincón.

Las paredes eran de un blanco crudo, colgaban plantas del techo y de los muebles más altos. Había pocos muebles, pero muchos libros, muchísimos. Incluso en los lugares más extraños.

—¿Por qué tienes libros en los fuegos de la cocina? Un poco peligroso, ¿no?

—No funcionan —replicó ella dejando su bolsa en el puf gigante que se encontraba junto a unas estanterías repletas de historias.

—¿Te gusta más leer que cocinar?

—Por supuesto.

Michelangelo rio por los dos, a Venus se le asomó una sonrisilla en la boca.

—¿Quieres beber o comer algo? —preguntó ella después de unos minutos en los que Michelangelo se dedicó a inspeccionar toda su casa con la mirada. Venus se sentía completamente desnuda. Estaba tan incómoda que le empezaron a temblar las piernas, lo que más odiaba en el mundo. Empezó a mover los dedos de los pies para tranquilizarse.

—¿Tienes vino?

—Sí. —Sacó una copa y un vaso de cristal. No tenía más porque nunca pensó en invitar a nadie a su hogar. Las llenó de un vino dulce color púrpura, y le entregó la copa a Michelangelo.

—Brindamos, ¿no?

Venus observó el cristal entre las manos del escultor y separó sus labios del vaso antes de que le cayera una gota.

—¿Por qué?

—Por lo que tú quieras.

Venus tenía pocas cosas que celebrar en su vida.

—No se me ocurre nada —confesó.

—¿Por nosotros? —Michelangelo alzó un poco más la copa—. Por habernos conocido.

La chica miró directamente a aquellos ojos sinceros y llenos de vida, y le pareció motivo suficiente para celebrar.

Brindaron y dieron un trago a sus bebidas sin quitarse el ojo de encima el uno del otro. Iba a ser una noche larga, Venus lo intuyó porque Michelangelo no era un hombre que dejara de insistir con facilidad, y en ese momento, sus únicos objetivos en la vida eran pasarlo bien en Manarola, y descifrar a la chica de mirada melancólica.

—¿Has estrenado ya las acuarelas? —preguntó el escultor acercándose a una mesita llena de materiales de dibujo.

—No, pero ahora que lo dices… —Cogió su monedero de la bolsa, y sacó un billete de veinte euros—. Toma.

—No quiero que me pagues.

—Y yo no quiero que me pagues mis cosas. —Le agarró la mano y puso el billete sobre su palma, pero Michelangelo no estaba dispuesto a aceptarlo y lo dejó en la mesilla—. Te propongo algo —expuso antes de que ella se quejara—. Hazme un retrato como moneda de pago.

—No hago retratos —murmuró recogiendo sus cosas de la mesita para dejar tan solo el billete.

—Sí los haces. Recuerda que me dejaste en mi libreta uno de una chica que era precioso, y me lo robaste.

Sus palabras surgieron el efecto deseado. Michelangelo sonrió al verla con la boca abierta.

—¿¡Yo!? ¡Me lo robaste tú a mí! ¡Era mío, lo hice yo!

—Lo abandonaste.

—Lo dejé, no te lo regalé.

—No tenía firma.

—¿Y? Es mío.

—Por eso, te ofrezco que me hagas uno y así me sentiré pagado y me olvidaré de que viniste a mi hotel a robarme. —Se sentó en una silla que encontró frente a ella, y dibujó una sonrisa enorme en los labios para que Venus la reflejara en el papel.

—Eres… eres…

—Difícil de retratar, lo sé. —Le enseñó ambos perfiles de su rostro y se pasó la mano que tenía tatuada con la palabra «arte» por la incipiente barba—. Parezco una escultura más de Buonarroti, lo sé, pero no seré muy exigente con el resultado.

Venus odiaba a la gente vanidosa, pero a él… lo odiaba todavía más. Michelangelo soltó una gran carcajada.

—Es broma. ¿Me pintas? —Señaló la caja de acuarelas.

Venus dudó, pero finalmente pensó que, si lo hacía, tal vez se marcharía de su casa y podría estar tranquila por primera vez en todo el día. Necesitaba recargar energías, y eso solo lo podía hacer en soledad.

—Está bien. ¿Así dejarás de acusarme de un robo que no existió nunca?

—Sí, y estaré muy feliz.

—Eso es lo de menos. —Se sentó frente a él y cogió el bloc de dibujo. Cuando volvió a fijarse en él, seguía sonriendo, pero ella no pensaba retratar esa parte de él que tanto la sacaba de quicio—. Deja de sonreír.

—¿Por qué?

Venus se puso las gafas y empezó a bocetar su rostro, que desde su perspectiva estaba un poco inclinado hacia la izquierda.

—Porque no pinto a gente sonriente —musitó centrándose en las líneas.

—¿Y qué pintas entonces?

—Hace tiempo que no pinto nada.

—¿Y el retrato del otro día? —Se interesó él mientras observaba su apartamento. No había pasillos, pero sí muchas puertas.

—Fue el primero en años —murmuró ella empezando a perfilar el retrato. Michelangelo tenía una nariz peculiar, grande pero tan perfecta como la del David de Michelangelo Buonarroti.

—Yo no nunca he estado más de una semana sin crear… —«Tal vez por eso ahora no soy capaz de hacer nada decente», pensó el italiano.

—Debe de ser agotador —contestó Venus en un susurro. Cuando se concentraba tanto en algo, su voz disminuía. Michelangelo hizo una mueca y se encogió de hombros moviéndose ligeramente—. Ponte bien —le pidió ella.

El escultor no estaba acostumbrado a que lo esculpieran, ya fuera en mármol o en pintura y papel.

—A veces lo es. Cuando una afición se convierte en tu trabajo, trabajas las veinticuatro horas del día.

—Yo terminaría odiando mi trabajo.

—Si odiase mi trabajo, odiaría mi vida entera.

Para él no había diferencia entre una cosa y la otra. Venus no veía compatible hacer de una pasión tu forma de ser y de vivir, porque poco a poco se le acabaría acabando o la pasión, o las ganas de vivir.

Abrió la caja de quince acuarelas, y empezó a mezclar una base para pintar la piel. Se le había olvidado lo mucho que le gustaba esa técnica y poner color al papel en blanco.

—¿Frida Kahlo es tu artista favorita? —preguntó Michelangelo observándola. Estaba guapísima con las gafas.

—No.

—¿Entonces por qué la tienes tatuada en el brazo?

Venus empezó a capturar las luces y sombras de su rostro. Él también estaba intentando hacer lo mismo con ella, pero sin papel de por medio.

—Me gusta más ella que su pintura.

—¿Cuál dirías que es tu obra favorita?

—¿No te callas nunca?

La risa brotó desde lo más profundo de su pecho. Venus odió estar pintándole en ese momento, porque tenía que fijarse en cada detalle de su piel y estaba descubriendo que a cada centímetro le gustaba más y más.

—No puedo ser tan callado como tú. Dime, ¿cuál es tu obra preferida?

—*Las dos Fridas* y *La columna rota*.

Michelangelo se acordó de la cicatriz que había visto asomarse por su nuca, e instintivamente intentó buscarla con los ojos, pero le resultó imposible.

Se fijó en otro de los tatuajes que adornaban su piel.

—¿Qué significa el colibrí?

Venus notó cómo se le erizaba la piel. Se removió en el asiento y se tapó el tatuaje que estaba cerca del hombro con la mano.

—Deja de analizarme, soy yo la que está pintando.

—Lo siento, deformación profesional.

La chica hizo caso omiso a su sonrisa, y continuó pintando con premura.

—Yo también te he hecho un retrato. Tengo memoria fotográfica.

¿Por qué Venus no podía dejar de sentir escalofríos, cosquillas y vuelcos de estómago estando cerca de ese hombre?

—No te di permiso para eso —replicó demasiado cortante.

—Ya… No sabía que tenía que pedir permiso —respondió él con el ceño fruncido.

—Pues sí, no me gusta que nadie me pinte. Ya te he dicho que no soy la musa de nadie. —Sus pinceladas se volvieron torpes, demasiado hoscas y con colores poco diluidos.

—Si te quedas más tranquila, te lo puedo dar.

—No, da igual. —Venus terminó de dar las últimas pinceladas, se levantó arrastrando la silla, y le entregó la lámina—. Aquí tienes, y no, no me falta técnica, me gusta pintar así. No pinto perfecto porque no es necesario, tampoco te he pintado como al David de Michelangelo porque no lo eres, y si lo fueras, tampoco te habría pintado así. De crear imágenes de cuerpos perfectos e irreales te encargas tú.

Michelangelo observó la pintura. Las manchas de acuarela se salían

de las líneas del boceto, había mucho color y pocas veladuras, y eso delataba la prisa y la rabia con la que lo había pintado. Había dejado reflejado en el papel la picardía del retratado, y la furia de la artista.

—¿Por qué eres…? —preguntó levantándose del asiento. La diferencia de estatura no la amedrentó.

—¿Así? No me conoces, no sabes como soy.

—Intento conocerte y no me dejas.

Venus trataba de encajar sus respuestas, pero eran como las piezas de un puzle mal fabricado.

—¡Es que tal vez no quiero que lo hagas! —replicó alzando las manos y sin apartar sus ojos angustiados de los de él.

—Tal vez sí y tienes miedo.

Cómo odiaba que la viera tan bien… Que la viera por dentro.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Deja de analizarme. ¿Por qué insistes si sabes muy bien que no quiero ninguna relación con nadie?

—Porque yo sí la quiero contigo.

Venus se quedó en silencio. De pronto la distancia que los separaba se hizo más corta y hasta podía escuchar los latidos de ambos corazones.

—Me gustas —confesó Michelangelo dejándola de piedra—. Y quiero conocerte sin que me claves tus espinas. —Le acarició la cara con el dorso de sus dedos hasta llegar a su barbilla para alzarle la cabeza hacia él. Venus no supo cómo reaccionar ante ese contacto inesperado—. ¿Empezamos de cero?

Ninguno de los dos sabía que el silencio pudiera sonar tan vivo.

—Lo tengo que pensar…

Unos dientes tan blancos como las estrellas se asomaron en la boca de él. Venus se dio cuenta de que en realidad sí quería pintar esa sonrisa y esos labios tan bien perfilados.

—No estaré aquí siempre, Venus. Piensa que podemos ser amigos tan solo por un par de semanas.

Un amigo durante unas semanas sonaba más fácil que forjar una amistad de esas que se supone que tienen que ser para siempre.

—¿Amigos por unas semanas? —Michelangelo le tendió la mano.

Venus lo miró con duda, pero le terminó dando más miedo el pensar qué podría haber sucedido si no aceptaba. Le estrechó la mano, y él le besó el dorso. Ese roce de sus labios avecinó algo más que una simple amistad de varias semanas.

@VENUS

Nunca he sido de tener un gran grupo de amigos.

En mis veintiséis años de vida solo reconozco haber tenido cinco. Dos en mi infancia. Dos en la adolescencia y uno en un periodo de mi vida que fue un auténtico infierno y que no sé si la otra persona lo consideraría amistad.

Ya no tengo relación con ninguno de los cinco.

Una se marchó a otro país y perdimos el contacto.

Otro empezó una carrera distinta a la mía que nos terminó separando.

La más importante desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

La otra fue poco a poco.

Y la última no sé si alguna vez existió de forma recíproca.

Desde entonces tengo la firme creencia de que estoy mejor sola, no necesito a nadie porque hace mucho tiempo que aprendí a ser mi única amiga, aunque a veces no me lleve muy bien conmigo misma.

Y ahora me resulta muy difícil crear nuevos vínculos… Sinceramente no me apetece, pero un día llega, da igual si quieres o no. Y sucede. Es tan de improvisto como el amor a primera vista. ¿Puede haber amistad a primera vista?

Yo creo que sí. Cuando menos esperas… PUM. Sucede. ¿Y si tan solo dura un par de semanas? Sea el tiempo que sea, por primera vez estoy dispuesta a ir a por todas.

IX

—Venus, se te ha colado un gato en la cocina —dijo Michelangelo sorprendido al ver a Afrodita colándose por la ventana que había encima de la encimera de la cocina.

La gatita se bufó al verlo. Hasta ella se sorprendió de ver gente en el piso de su querida amiga. Michelangelo vio cierto parecido entre el animal y Venus. Ambas eran ariscas y poco amigables, pero adorables.

—No se ha colado, es Afrodita —le rectificó ella acercándose a la gata tricolor—. No pasa nada, *amore*. Es un amigo.

«Un amigo». Michelangelo habría sonreído si no fuera porque estaba seguro de que, si mostraba los dientes, la gata lo atacaría. Y ya tenía bastante intentando llevarse bien con una fiera como para hacerlo con dos.

—No le caigo bien.

—No está acostumbrada a tratar con más gente.

¿Estaba hablando de la gata o de ella?

—¿La dejas salir a la calle sola? —preguntó con curiosidad el hombre, todavía alerto a cualquier movimiento, aunque ahora parecía inofensiva buscando las caricias de Venus.

—Ella puede salir y entrar cuando quiera, esta es su casa, no su cárcel.

Parecía lógico, pero Michelangelo nunca había visto a un gato entrar y salir de casa cuando quisiera.

Tal vez porque para Venus, Afrodita no era su mascota.

—¿Crees que me atacará si me muevo? —preguntó todavía cohibido.

Venus lo retó con la mirada.

—Prueba —lo provocó. Michelangelo dirigió la mirada de los ojos amarillentos de la gata, a los de color café de ella, pero pronto se desvió su atención a la creciente sonrisa que emergía de sus labios. Era tan raro verla sonreír, que ese pequeño y lento gesto parecía toda una proeza.

Michelangelo aceptó el reto y se acercó a las dos fierecillas sin saber a cuál de las dos le temía más. ¿Por qué no le caía bien a ninguna?

—Hola, Afrodita. —Acercó su mano con lentitud para que pudiera olerle—. ¿Quieres ser mi amiga?

—Eres un poco raro —comentó Venus todavía con la sonrisa dibujada en la boca. Ni siquiera se había dado cuenta de que la tenía porque estaba demasiado ocupada admirando la de él.

—Gracias.

Venus no esperaba esa respuesta.

—Se te va a quemar la cena —lo advirtió.

—Joder… —Se acercó con rapidez al horno para revisar los canelones. Los había hecho él mismo después de insistirle a Venus para que cenaran juntos con la excusa de que era un gran chef. Casi queda como un mentiroso. Los canelones no se quemaron, pero estuvieron a punto—. La clave está en que no quede poco hecho.

—De poco hecho no tiene nada.

Ambos rieron. La risa de Michelangelo era como un colibrí, libre y alegre, como el que Venus tenía tatuado en su brazo y de cuyo significado no quería hablar. La risa de ella era como un conejo que huye a su madriguera y de un momento para el otro lo pierdes de vista.

Venus cogió los cubiertos y Michelangelo los platos.

—Ven.

—¿Dónde? ¿No vamos a cenar aquí?

—Arriba se está mejor.

La chica alzó el brazo y sacó de una puerta en el techo unas escaleras de madera que se deslizaron para ellos. Michelangelo se sorprendió de no haber visto eso antes. Ella le cogió uno de los platos para ayudarlo, y empezó a subir.

—¡Venga!

Michelangelo la siguió, y cuando vio esa buhardilla en el ático, se quedó sin palabras por primera vez en toda la noche. Era pequeña pero muy acogedora. La madera oscura contrastaba con la blanca y le daba ese toque cálido a toda la casa.

Venus se sentó sobre una alfombra de pelo gris oscuro donde descansaban infinidad de cojines y una mesita baja donde dejó los cubiertos y su plato.

—¿A qué esperas?

Michelangelo salió de ese estado de shock en el que se sumía cada vez que veía algo bonito. La belleza era su perdición.

Dejó el plato en la mesa y se sentó a su lado.

—Es precioso —murmuró observando la claraboya por donde se colaba la luz de la luna.

Entonces Venus encendió unos pequeños farolillos redondos que había colgados de las vigas del techo y que eran la iluminación perfecta para esa velada.

—Voy a por Afrodita, a veces le cuesta subir.

Michelangelo se quedó observando ese pequeño espacio. Tenía la sensación de haber entrado en otra dimensión, era como si ella le hubiese abierto las puertas a su mundo interior. Y ese mundo estaba lleno de cuadernos, libros y plantas.

La gata apareció por el agujero con las orejas bien alertas y las pupilas fijas en Michelangelo.

—Pórtate bien. —Venus la acarició antes de volver a su asiento junto al escultor.

Afrodita se subió a uno de los cojines más mullidos, y empezó a hacer un baile con las patas antes de tumbarse y quedarse mirando fijamente a la pareja. A Michelangelo le dio la impresión de que estaba protegiendo a Venus. Era un gato con complejo de perro.

—¿Este es tu refugio?

Venus asintió.

—¿Y por qué me lo enseñas? —preguntó consternado de que se abriese tanto a él. Eso no era propio de la imagen de chica ruda y arisca que había querido proyectarle desde el principio.

—Eso hacen los amigos, mostrarse… No puede haber amistad si no hay un mínimo de confianza.

Para Venus no había sido nada fácil abrirle las puertas de su reino, pero tenía claro que le habría resultado más difícil cortar por lo sano y volver a sentirse sola de nuevo. A ella le gustaba pasar tiempo consigo misma, pero cuando la soledad se cuela en el corazón, no es buena, porque te rompe desde dentro hacia fuera y no hay nadie para verlo.

—Me gusta —afirmó Michelangelo dando un rápido vistazo a la estancia antes de probar el plato—. ¿A ti te gusta mi plato estrella?

Venus probó un bocado y decidió jugar con él haciendo muecas exageradas.

—¿Qué? —La cara del escultor se desencajó.

Venus se puso una mano en la boca y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Quema? ¿Le falta sal? ¿Tiene demasiada? ¿Eres alérgica a algo…?

—Me sorprende que esté bueno —confesó apartándose la mano de la boca para dejar ver una ligera sonrisa.

Michelangelo suspiró de alivio y decidió seguirle el juego.

—Será porque solo compro tomates de calidad.

—Será eso… —Venus ocultó la sonrisa prominente entre su cabello, agachando la cabeza.

—Me gustas más cuando eres amable conmigo.

—A mí no. —Lo miró—. Pero me tendré que acostumbrar.

Acostumbrarse al cambio nunca es fácil, pero estancarse es peor.

Cenaron con música de fondo y la constante voz de Michelangelo contando historias. Al menos él era capaz de hablar por los dos, y eso a Venus la aliviaba un poco, aunque luego acabara agotada mentalmente.

—¿No sabes qué esculpir? —se interesó ella—. ¿No se supone que haces personas y ya?

Las comisuras de los labios de Michelangelo se alzaron con

lentitud.

—Ojalá fuera eso y ya.

—Lo siento, no quería decir… O sea, no quería menospreciar lo que haces.

—Antes me has dicho que solo hago cuerpos perfectos, parece que no te gusta mucho mi trabajo.

El escultor estaba acostumbrado a que la gente lo alabara, se sorprendiera e incluso lo tomaran como si fuese una reencarnación del mismísimo Michelangelo Buonarroti, pero ella ni siquiera se inmutó cuando le contó a lo que se dedicaba.

—¿Hay alguna escultura que no sea perfecta?

—El cuerpo humano es perfecto.

—No siempre.

—Si te refieres a los cuerpos no normativos, claro que hay esculturas de ellos, por ejemplo, la famosa Venus de Willendorf.

—Una. Es muy pequeña y tampoco es tan famosa, a la gente solo le interesa ver la perfección.

—¿Y por eso piensas que yo también hago lo mismo?

Los ojos de ella por fin se encontraron con los suyos después de estar evitándolo durante un buen rato.

—¿Tienes alguna escultura que no sea de un cuerpo tonificado y perfecto?

Michelangelo lo pensó durante varios segundos. Tenía algunos proyectos, pero nunca habían salido a la luz. Hubo un tiempo en el que se obsesionó esculpiendo las manos de su padre, que habían sufrido severas quemaduras años atrás. Le dio rabia tener que darle la razón, porque nada de eso había salido jamás a la luz. No tenía tanto interés, y para él era un tema muy personal.

—Si quieres la puedo hacer.

Ella negó con la cabeza y volvió a concentrarse en el plato que tenía ya casi vacío.

—No quiero que hagas nada por mí.

Michelangelo recorrió con los ojos su pequeño cuerpo lleno de tatuajes.

—Tú eres perfecta.

Venus apretó con fuerza el tenedor que tenía entre sus manos.

—Aunque lo fuera, me gustaría ver otro tipo de cosas en vez de siempre las mismas —dijo tratando de desviar la conversación. No quería hablar de ella.

—¿Acaso has visto mi trabajo?

—No, pero me lo imagino.

Michelangelo volvió a curvar la comisura de su labio de la forma que más la irritaba a ella.

—Me parecería justo que hasta que no lo veas no lo critiques.

Venus alzó las cejas.

—Solo te estaba dando un consejo de amiga.

—Los amigos no se critican así.

Tenía razón, pero ella estaba aprendiendo de nuevo lo que era la amistad.

—Está bien —resopló—. Cuando lo vea, te criticaré amablemente.

—Genial, si quieres, podemos quedar mañana y te puedo dibujar.

—¿Perdón? —Venus abrió mucho los ojos.

—Lo que has escuchado.

—Te repito que no soy la musa de nadie.

—Pensaba que querías que reflejara cuerpos no perfectos, y por tu contestación he deducido que piensas que el tuyo no lo es, por eso he pensado que te gustaría colaborar a cambiar la historia del arte.

Venus lo miró sin parpadear. A veces le parecía tan extraño, que no daba la sensación de ser humano.

—Seguro que hay muchas chicas y chicos ahí fuera que estarán encantados de posar para ti.

—Puede, pero yo te quiero a ti —respondió en un tono demasiado íntimo. Venus no se atrevió a mirarlo a los ojos durante mucho tiempo —. Personas hay miles, pero gente que inspire a crear algo bonito, muy poca.

La morena volvió a negar con la cabeza.

—No, no quiero.

—Vale, si lo prefieres, solo un retrato al natural. Yo he dejado que me hicieras uno.

—Tú me has insistido, yo ni siquiera quería pintarte —replicó incrédula—. Y, además, tú me has pintado ya sin mi permiso.

—Pero quiero hacerlo al natural, aquí. Ahora. Es un intercambio bonito, ¿no crees? Tú me das mi retrato y yo te doy el tuyo. Es un buen comienzo para una amistad.

Venus se mordió el labio con brusquedad. Odiaba que la chantajeara con lo de la amistad. Le estaba poniendo difícil querer ser su amiga… Aunque en el fondo lo que más deseaba era volver a tener a alguien que cuidase de ella.

—Vale, solo la cara.

—Solo la cara —repitió él. Se acercó más y le apartó la melena del rostro. Recorrió con la mirada sus facciones. Eran suaves, tenía los ojos almendrados, el puente de la nariz bastante recto, pómulos marcados y unos labios enrojecidos por la fuerza que había hecho con los dientes.

Era bellísima, y le parecía curioso que cada vez que él se acercaba se quedara paralizada como un animal asustadizo.

—Ponte debajo de la claraboya.

Venus se colocó y se quitó las gafas. Y él, después de coger algunos

materiales que encontró en el piso de abajo, se puso en el lugar que ella había dejado y volvió a estudiarla con la mirada. La luz de la luna blanca y fría, mezclada con la calidez de la de los farolillos, creaban un ambiente estupendo y un juego de luces y sombras que daba mucho juego para el dibujo.

Mientras Michelangelo bocetaba, Afrodita se sentó en el regazo de ella. Le habría encantado dibujar la escena al completo, pero le había prometido hacer tan solo un retrato y no quería llevarla al límite.

Durante el rato en el que el artista retrató a su musa, no interactuaron. Él estaba muy concentrado en los trazos del dibujo y ella no era muy habladora, pero cuando escuchó una de sus canciones favoritas se puso a tararearla, y Michelangelo no se dio cuenta de que la historia de La Farfalla estaba sonando.

La Farfalla quiere resurgir
Alzar las alas y partir
Pero hay un monstruo que la quiere para él
Plegar sus alas y no dejarla salir

Michelangelo continuó pintando ajeno a todo. Decidió salirse de su zona de confort y escoger los colores que vio en ella en ese momento: amarillo, magenta, y una infinidad de tonalidades naranjas.

Y ahora ella llora
Tiene ansiedad
Tiene el mar a sus pies
Pero le da miedo el agua
Y tiene el océano dentro de sí
Dentro de sí.

Michelangelo apenas escuchó la letra de la canción, porque de haber sido así, un cúmulo de recuerdos turbios y enmarañados le habrían nublado la mente hasta dejarlo sin ganas de pintar.

—Ya lo tengo, ¿quieres verlo? —preguntó escondiendo el contenido de la hoja para hacerse el interesante.

—Claro, enséñamelo —apremió Venus con un cosquilleo constante en la boca del estómago.

Michelangelo no se hizo muy de rogar.

—Aquí tienes lo que veo yo en ti. —Le dio la lámina que definía una versión de ella.

Venus, sin moverse mucho para no molestar a Afrodita, que estaba dormida entre sus piernas, estiró el brazo para coger esa pequeña obra de arte que alguien había visto en ella. Cuando la vio se quedó en blanco.

Las veladuras magentas y amarillas dibujaban un rostro medio escondido. El juego de luces y sombras estaba muy marcado: media cara engullida por sombras violetas, la otra media de luces magentas naranjas y amarillas. Sus ojos miraban hacia abajo, tristes. Había personificado a la luna creciente en ella, con la cara oculta, pero también con la parte bonita que se ve desde la Tierra.

¿Es posible sentirse mejor reflejada en una pintura que en el espejo? Venus creía que no hasta que llegó Michelangelo a su vida. Entonces todo cambió.

—¿Estás bien? —murmuró Michelangelo con preocupación al ver que los ojos de la chica se anegaban en lágrimas.

Ella intentó que el labio inferior no le temblara, lo intentó con todas sus fuerzas, pero le resultó imposible. Michelangelo la estrechó entre sus brazos. Se veía tan frágil y vulnerable, que hasta él sintió un dolor punzante justo detrás de las costillas.

Venus se dejó abrazar. Dejó que alguien la cuidara, que le acariciaran el pelo, que le besaran la cabeza… Y permitió que sus manos se deslizaran por sus mayores miedos.

A él le encantó conocer su cara más dulce y tierna, le gustó incluso más que la que estaba llena de aristas y cráteres.

—Lo siento —se disculpó ella al poco de recuperarse. El cuerpo le dolía de estar tanto tiempo sentada en la misma postura. Se deshizo de los brazos que tanto calor y bienestar le daban, se limpió las lágrimas, y se sorbió la nariz mientras acariciaba a su gata, que también se había preocupado por ella.

—No te disculpes por llorar —contestó Michelangelo poniéndole un mechón de su melena detrás de la oreja. No quería que se volviera a esconder de él.

—Es que nadie… Me había pintado así… Nunca —confesó mirándolo de reojo—. ¿Me lo dedicarías? —se atrevió a preguntar.

En un día había pasado del odio al cariño. De evitarlo, a llorar en sus brazos. De alejarlo, a invitarlo a entrar en su casa, su mente y su corazón.

—Por supuesto. —Michelangelo cogió la lámina donde había logrado capturar toda una vida y empezó escribir, pero entonces ella lo interrumpió.

—Para Giovanna —dijo captando su atención. Era la primera persona a la que le confesaba su verdadero nombre—. Me llamo Giovanna.

Michelangelo la miró a los ojos y asintió. No hizo preguntas, ya tendrían tiempo para eso. Se conformaba con haberse ganado un pedazo de su confianza.

Cuando terminó la dedicatoria, firmó y le entregó el retrato en el que se había encontrado como en el reflejo de un espejo.

Para Giovanna,

Eres como la luna, brillas, ocultas, pero estés en la fase que estés, siempre estarás completa.

Michelangelo.

No fue el comienzo de una simple amistad, fue mirarse por dentro, desenredar nudos, tapar grietas, encontrar nuevas fisuras, enseñar cicatrices, pintar flores encima, hablar hasta quedarse sin voz, llorar hasta desbordar el mar, mirarse en el espejo hasta gustarse… Conocerse, aceptarse, quererse, amarse…

Fue el comienzo de dos amores: el propio y el que regalas desinteresadamente.

@VENUS

De pequeña, cuando había tormenta y los truenos hacían retumbar las cristaleras de los balcones, mi madre entraba en mi habitación y me abrazaba con fuerza. Daba igual si eran las cuatro de la tarde, las nueve de la noche, o las tres de la madrugada. Sabía que siempre la tenía a ella, y eso hacía que el miedo se disipase poco a poco.

Pero entonces creces, guardas los miedos bajo la alfombra y te haces la fuerte. Después te independizas y te acuerdas de toda esa mierda que llevas guardando desde hace tanto tiempo y que, aunque te ofusques en limpiar, nunca volverá a quedar tan nítida como antes.

Te desesperas y lloras de la impotencia, pero ya nadie te ve, ya nadie acude a ti. Te cansas. Vuelves a acumular polvo bajo la alfombra hasta que esta aguante. Sigues y lloras por dentro, y te inundas, te vas hundiendo poco a poco, pero como todos estamos en el mismo barco nadie se da cuenta de que al principio estábamos en la superficie.

Hasta que ves el salvavidas y te agarras a él, te sientes protegida. Te sientes invencible, no importa la fuerza de la marea, incluso puede que el oleaje te empuje de nuevo hacia la orilla. Te sientes tan reconfortada que dejas de nadar pensando que ya llegarás a tierra. Y resulta que la historia se repite y no te das cuenta de que el mar se te está comiendo, que la corriente te lleva hasta el fondo, y que por muchos salvavidas que tengas, si no nadas por ti misma, no llegarás nunca a la orilla.

He encontrado mi salvavidas (o eso creo). Es bonito, brilla bajo los rayos de sol, es de un alegre color naranja que te incita a sonreír. Destaca entre el mar azul. Lo encontré por casualidad, estaba un poco perdido, como yo, pero sabe flotar, nunca se hunde. Me ha permitido agarrarme a él e ir juntos hasta la orilla, pero ahora tengo miedo de haberme olvidado de nadar y arrastrarlo conmigo a lo más profundo del mar.

LA VENUS DEL ESPEJO

Diego Velázquez

X

Las calles de Manarola sonaban diferente mientras Michelangelo caminaba por ellas de madrugada. Tan solo se escuchaba el leve sonido de sus zapatos de marca contra el pavimento, y el de los grillos de fondo. La poca iluminación que quedaba a esas horas provenía de un par de farolas encendidas, pero era suficiente para iluminar la sonrisa permanente de su rostro.

Había pasado toda la noche junto a Venus comiendo, bebiendo vino y hablando de cualquier cosa. Bueno, más bien el que hablaba era él. Venus no le había contado mucho de su vida, y como ella tampoco preguntó sobre la suya, decidió conocerla de una forma distinta, a través de la comida, de los trazos sobre el papel, de los libros desperdigados por su casa, de la ventana que siempre mantenía abierta por si los gatos a los que tanto amaba querían visitarla. Se olvidaron de la hora, y a las tres de la madrugada, cuando el mundo dormía, a ellos se les despertaba la curiosidad de saber más y más sobre su pareja. Pero Venus era demasiado responsable como para estar toda la noche sin dormir teniendo que trabajar al día siguiente en la frutería, y Michelangelo no era tan descarado como para pedirle quedarse a dormir en su casa. Al menos no era tan desvergonzado cuando estaba con ella.

Cuando llegó al hotel se dio cuenta de que no había avisado ni a Lola ni a Sara antes de quedarse toda la noche con Venus. Las había dejado plantadas. Solo esperaba que no le guardaran rencor por ello, Michelangelo se sentía muy afortunado de haberse cruzado con esas mujeres en su vida.

Él siempre se había sentido mucho más cómodo entre mujeres que entre hombres, y eso que en su familia siempre hubo más testosterona. Las mujeres tenían algo especial, en ellas empezaba el milagro de la vida. Había pasado años estudiando el cuerpo femenino, tan lleno de belleza y magia.

La mujer de su vida, aquella por la que daría hasta su último suspiro, sin duda era Iris Francesca, su única hija. La que le cambió la vida y le dio un propósito más allá de crear arte, porque no había nada más bonito que el hecho de haber creado una vida.

Se quitó los zapatos y se sentó en la cama dispuesto a mandar unos cuantos mensajes, el primero, para su representante:

«No, no he leído ninguno de tus mensajes, pero quiero que sepas que mis vacaciones están cumpliendo su función, aunque aún necesito varios días más de desconexión. Te prometo que mañana respondo a

tu llamada, pero por favor, que sea después de las 12».

El siguiente fue para el amor de su vida:

«Perdona que te hable a estas horas, solo quiero decirte que te echo de menos. Te quiero, *piccolina*».

Y, por último, un mensaje para su nueva mejor amiga:

«Buenas noches, Gio».

Después se dejó caer en el colchón sin tan siquiera desvestirse, y cayó rendido en un sueño profundo.

A Venus le dio un vuelco al corazón al leer ese mensaje. Hacía tanto tiempo que nadie la llamaba Gio, el acortamiento de su verdadero nombre, que esas simples palabras las sintió tan íntimas y personales que por un momento se arrepintió de haberle desvelado esa parte de ella. Le daba terror que ahondara más en su pasado.

Aquella noche, Venus apenas concilió el sueño recreando el día en su cabeza: la moto, el ataque de pánico, Michelangelo en su cocina, Michelangelo ofreciéndole ser su amigo, sus manos, el retrato que le había regalado, el abrazo… Hacía tanto que no sentía emociones buenas, que ya no reconocía el cosquilleo que crecía en su estómago.

Pasó la noche mirando el retrato que él le había dedicado. Era la forma en la que sus ojos la veían. También releyó el mensaje varias veces, pero no contestó. En sus chats de WhatsApp tan solo había cuatro conversaciones: dos olvidadas, una del trabajo, y la suya.

Lo había guardado entre sus contactos como M.A. porque no se atrevía ni a escribir su nombre completo. Pensaba que al día siguiente cuando se despertara, se daría cuenta de que todo lo que había vivido formaba parte de una mera fantasía.

A la mañana siguiente, Venus llegó antes al trabajo, como era habitual en ella. Se metió en el callejón que daba a la puerta trasera de la frutería, y abrió un par de latas de comida para los gatos.

El primero en asomarse fue Leo, un gatito negro y blanco que le faltaba un trozo de oreja. No era muy cariñoso, pero tampoco tenía maldad. Poco a poco fueron llegando los demás. Afrodita era la única que a veces iba a su casa a dormir con ella. El resto del día lo pasaba de aquí para allá. Al verla se acordó de Michelangelo, porque la única persona a la que le permitía tocarla era a Venus, pero a Michelangelo lo dejó también. Aunque al principio estuvo reticente, terminó por aceptarlo. ¿Le había pasado lo mismo que a ella? ¿De verdad ahora podía considerarlo un amigo?

Se sentó en el escalón de la puerta de la tienda, y sacó el cuaderno donde guardaba todas las ideas y reflexiones que de vez en cuando le daba por colgar en las redes sociales.

Nunca mostraba la cara. ¿Cómo iba a hacerlo si no era capaz ni de desvelar su nombre real? Le gustaba escribir, y aunque a veces le costaba mucho hacer frente a la crítica, también le encantaba compartir sus textos con el mundo. Se sentía refugiada bajo un pseudónimo, un personaje inventado.

Había días en los que pasaba horas decidiendo si leer o no los comentarios que la gente dejaba en sus publicaciones… Y cuando veía un mensaje privado, se paralizaba. Se había acostumbrado a refugiarse detrás de la pantalla, la aterrorizaba conocer a las personas que había en el otro lado. No respondía a muchos mensajes, pero cuando lo hacía, era de corazón. Para ella las redes sociales eran un simple escaparate. No le gustaban mucho, pero a la vez quería darse a conocer, porque el ser humano es un animal social, y cuando pasas tanto tiempo en soledad, necesitas que alguien te vea, aunque sea a través de una pantalla y cientos de filtros. Eso hacía Giovanna o, mejor dicho, Venus.

Empezó a escribir un texto que horas después publicaría junto a una foto de un marcapáginas de *El nacimiento de Venus*, pintura de Botticelli.

Ese día, en un hotel frente al mar, Michelangelo se despertaba después de haber dormido como un bebé. Hacía tiempo que no dormía tanto. Siempre solía despertarse a las nueve de la mañana, desayunaba leyendo un libro y luego iba al gimnasio para después encerrarse en el estudio, de donde a veces no salía hasta que la luna se ponía en lo alto del cielo.

Pero en vacaciones no tenía horarios, no tenía un estudio al que ir, no tenía obligaciones… o más bien, sí que las tenía, pero las estaba rehuyendo.

Cuando se estaba duchando, escuchó el tono de llamada especial que le había puesto a Domenico, su representante, por eso supo al instante que era él. Y esta vez no podría escapar porque se lo había prometido.

Salió de la ducha, se ató una toalla a la cintura, y se recogió el pelo hacia atrás antes de descolgar la llamada y salir al pequeño balconcito de su dormitorio.

—¡Por fin te dignas a contestarme!

—Pero no grites mucho, que acabo de despertarme —se quejó el escultor pasándose una mano por la cara.

—¡Encima! ¿Crees que esto es profesional, Michelangelo? ¿Cuántos años tienes? ¿¡Veinte!?

—Casi —respondió con una media sonrisa que su interlocutor pudo percibir al otro lado del teléfono y que no le hizo ninguna gracia.

—No creo que te dé tanta risa saber que han cancelado el pedido de la escultura de Venus.

—¿¡Qué!? —exclamó. Tenía que haber escuchado mal.

—Lo que has oído. La familia Massimo ha perdido el interés en una escultura que encargaron hace más de un año y que todavía no han recibido.

—¿Se piensan que soy una fábrica? —replicó molesto el escultor, apoyándose en la barandilla—. El arte no es un trabajo automático que se pueda realizar cada día de la misma manera.

—Créeme que lo entienden, Michelangelo, pero te has pasado del plazo de entrega y los contratos tienen que cumplirse.

—¡Que lo cumplan entonces! No pueden tirarse ahora para atrás, la obra está casi terminada…

—Eso llevas diciendo meses y nada —interrumpió—, ¡y encima te vas de vacaciones de un día para otro sin tan siquiera consultarme!

—¡Joder, Domenico! Pensaba que entenderías que después de años sin tomarme ni un solo día libre podía cogerme unos días.

—¡Pero no en mitad de un trabajo! Ahora atente a las consecuencias, porque yo ya he intentado convencerles y nada. Además, ten por seguro que esto afectará a tu reputación.

El nudo que atenazaba el estómago de Michelangelo cada vez se cerraba más y más. Estaba a punto de mandarlo todo a la mierda o de tirarse al suelo a llorar como un niño pequeño. Entonces llamaron a la puerta de su habitación.

—¿Miki? —Era Lola.

—¡Un momento! —gritó tapando el micrófono del móvil unos segundos—. Domenico, tienes que hacer algo, para eso te pago.

—¡No, para algo te pagan a ti lo que te pagan! Vuelve inmediatamente a Florencia y acaba esa maldita escultura de una vez por todas.

Michelangelo se conocía lo suficiente como para saber que todavía no había recuperado las energías suficientes para volver a alimentarse de las musas, y mucho menos bajo la presión a la que lo estaban sometiendo.

—No puedo. Ahora que por fin he decidido tomarme un tiempo para mí, no lo voy a tirar a la basura. Está funcionando, Domenico —dijo antes de que lo interrumpiera—. Están volviendo las ganas y la ilusión por mi trabajo. Llevaba mucho tiempo en modo robot, y esto no va de eso. Necesito volver a encontrar la pasión o… —No pudo decirlo. El simple hecho de que se le pasara por la mente la idea de dejar aquello que había sido su vida durante tanto tiempo, lo horrorizaba—. Cuando vuelva terminaré la escultura y estaré preparado para muchos más trabajos. Si la familia Massimo no la quiere, está bien, otra persona la querrá.

Escuchó el resoplido de su representante en la otra parte de la línea. Aunque a veces era muy duro con él, Michelangelo sabía que

era capaz de comprenderlo y que al final acabaría cediendo por su bien. Y así lo hizo.

—Está bien, pero como muy tarde te quiero aquí en dos semanas, ¿entendido?

—Entendido, sargento.

—Menos bromitas que me tienes contento —replicó con tono de pocos amigos, pero pocas cosas en el mundo podían borrarle la sonrisa a Michelangelo Bianchi.

—Te dejo, y por favor, no me atosigues a llamadas y correos, que estoy de vacaciones.

—Lo intentaré, y tú no te pases con los excesos.

—Lo intentaré. Hasta pronto, Domenico. —Colgó antes de que se acabara arrepintiendo del acuerdo al que habían llegado. Se acercó a la puerta para abrir.

Ese día, Lola iba vestida toda de amarillo, pero los complementos eran de un azul turquesa: la montura de las gafas, los zapatos, el collar, los anillos… Era algo extravagante, y eso era una peculiaridad que Michelangelo adoraba y admiraba a partes iguales.

—Buenos días… —susurró ella mientras sus ojos viajaban por sus abdominales marcados.

—Buenos días, pasa. —Se hizo a un lado para invitarla a entrar—. Perdona que os dejara plantadas ayer, se me olvidó por completo llamar.

—¿Estabas con Venus? —indagó con curiosidad la mujer.

—Sí, estuvimos en su casa —respondió escueto. No vio ningún signo de celos, y eso lo alegró. Lola entendía que lo que había entre ellos era algo pasajero. Por norma general, las mujeres con las que había estado que eran más mayores que él, no solían ser celosas, nada que ver con las jóvenes.

—Sara está en la piscina, ¿te vienes con nosotras? —Se acercó más a él sin quitar la mirada de la V marcada que señalaba su entrepierna.

—Claro, si no os importa, yo desayunaré. Me acabo de levantar.

—Si quieres desayunamos juntos —insinuó Lola guiñándole un ojo. Después coló una de sus manos por debajo de su toalla—. Servicio a domicilio. —Dibujó una sonrisa de lo más sensual mientras lo atraía hacia ella.

Michelangelo no pudo negarse a semejante propuesta, y perdidos entre las sábanas, se olvidó de la presión que todavía se atenazaba en su pecho después de las malas noticias, pero no de un cabello negro como el carbón y unos ojos melancólicos.

@VENUS

«Reinventarse», la palabra de moda.

Tras mucho tiempo reflexionando, he llegado a la conclusión de que no huyo de mi pasado. Mucha gente da por hecho que he tenido que hacer algo horrible, que estoy huyendo de la policía o de una mafia camorrista (entre otras muchas cosas más, hay imaginación de sobra en este pueblo). Y la verdad, es que ninguna de esas opciones es la correcta.

Al principio yo también pensaba que estaba huyendo, pero hoy me he dado cuenta de que no. Que buscar un look nuevo, un lugar nuevo, un trabajo nuevo, amistades nuevas, e incluso un nombre nuevo, no es huir. Es querer volver a empezar. Reinventarse. Sí. Me estoy reinventando. Y no tengo que dar explicaciones a nadie ni dar detalles. Ni siquiera a esas personas que dejé atrás, porque soy un ser humano libre. Y como tal, reivindico mi derecho a ejercer mi libertad donde y como yo quiera.

Quiero poder confesar el nombre que aparece en mi cartilla de nacimiento a quien yo considere oportuno. Puede parecer muy dramático, pero es que volver a nacer lo es. Y yo ya no me siento identificada con quien era antes de esta nueva vida, ¿por qué justificarme por eso? Solo quiero redescubrirme. Mirarme al espejo y encontrarme. Hallar a la nueva persona que soy ahora, a Venus.

XI

—Muchacha, ¿por qué no vas a comer por ahí? O, aunque sea, come en el almacén en vez de estar ahí rodeada de gatos.

Venus apreciaba la preocupación que su jefe manifestaba por ella, pero en ningún lugar se encontraba más a gusto que ahí, sentada bajo los rayos de sol y la compañía de sus seres más queridos.

—Gracias, Marco, pero aquí estoy bien, de verdad. Ya estoy terminando, enseguida estoy dentro.

Marco gesticuló exageradamente con las manos mientras murmuraba algo sobre no entenderla. A Venus esa reacción le sacó una pequeña sonrisa, y mientras se terminaba las espirales de pasta que ella misma había cocinado a la *putanesca*, aprovechó que el jefe no la miraba para dejar unas latas de atún que había traído de su casa en una de las esquinas del callejón.

—Espero que os guste —susurró acariciando el pelaje de Coraline, la gata negra que vino corriendo a catar su comida—. Dejad algo para los demás.

—Ojalá me reencarne en uno de esos gatos. —La voz de Michelangelo la asustó.

Su cuerpo dio un respingo doloroso y crudo, pero el dolor se fue disipando con el calor de esa sonrisa radiante que siempre adornaba el rostro de su nuevo amigo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó intentando disimular el sonido de sus pulsaciones aceleradas.

—Pasaba por aquí —contestó el italiano maquillando la verdad—. ¿Ya te ibas a casa?

—No.

A Michelangelo le hacía gracia lo escueta que era siempre, aunque echaba de menos esa parte de ella que le mostró en su casa; la que ocultaba entre barreras y muros de acero, la verdadera, Giovanna.

—¿Hasta qué hora trabajas?

Venus era consciente de su falta de habilidad social, pero hasta que no conoció a Michelangelo tampoco se había esforzado en mejorarla.

—Hasta las ocho.

—Vale, mientras tanto voy a hacer la compra.

—Vives en un hotel —recalcó ella con el ceño fruncido.

—Pero me gusta cocinar.

—¿Tienes cocina en tu habitación?

—No, pero siempre puedo usar la tuya. —Michelangelo entró en la frutería ignorando la mandíbula desencajada de Venus.

A ella le gustaba y odiaba en la misma medida esa fijación por mantener una amistad. No le gustaba salir de su zona de confort, aunque la suya era tan fría y opaca que necesitaba tomar aire fuera de vez en cuando.

—Buenos días —saludó Michelangelo al dueño de la frutería.

—Buenos días, señor. —Marco se impresionó al verlo. Por su frutería no solía pasar gente tan bien vestida—. No vendemos tabaco.

—Ah, no venía por eso —miró a Venus—. Esta amable chica me recomendó venir a comprar aquí, dice que es donde se venden las mejores frutas y verduras de toda Italia.

Venus se sonrojó. Michelangelo le resultaba igual de complejo que un rompecabezas enrevesado.

—Oh. —Marco sonrió con alegría y se llevó una mano al corazón en un ademán de agradecimiento—. Entonces, por favor, atiende tú misma al señor, Venus.

La chica obedeció acercándose a Michelangelo mientras trataba de mantenerse profesional.

—¿Qué deseas?

Él sonrió. Verla siendo amable resultaba de lo más extraño. Tenía ganas de grabar ese momento para mostrárselo cuando se pusiera borde y fría como un témpano de hielo.

—¿Te gusta la cebolla?

Michelangelo se fijó en las arrugas de su entrecejo y deseó esculpirla así: «Enfado al natural», lo llamaría.

—¿Por?

—¿Te gusta? —volvió a preguntar.

—Sí.

—Vale, pues una cebolla grande, dos zanahorias, un apio y tomates. Voy a hacer lasaña para dos esta noche.

Venus empezó a meter las hortalizas en varias bolsas y evitó pensar con quién pretendía comerse esa lasaña.

—¿Solo comes pasta por la noche?

—Me gusta comer bien, lo que quiera y cuando me apetezca. Para eso hago ejercicio.

No cabía duda de que Michelangelo Bianchi se pasaba sus horas en el gimnasio, los músculos que se marcaban bajo su camisa de lino blanco lo evidenciaban. Era como un David de carne y hueso cincelado a la perfección.

Venus no dijo nada mientras terminaba de escoger las frutas y hortalizas.

—¿Algo más?

—¿A qué hora sales de trabajar?

Ella no estaba acostumbrada a tantas directas. Michelangelo a veces la llegaba a abrumar con la seguridad que desprendía, algo de lo

que Venus carecía.

—Yo ya tengo hecha mi ensalada para cenar.

—¿Vas a comparar una lasaña casera con una ensalada? Mira, podemos poner tu ensalada de entrante.

—Michelangelo, yo…

—Quiero volver a pintarte. —Sus palabras la hicieron sonrojar. Eran más excitantes e íntimas que cualquier insinuación sexual—. Quiero que tú me pintes.

Venus se quedó callada varios segundos. Los latidos del corazón se le dispararon bajo la profunda y curiosa mirada masculina.

—Salgo a las ocho —dijo lo suficientemente alto para que solo Michelangelo la escuchara.

—Está bien. Gracias. —Le tendió un billete y cogió la bolsa de sus manos, ya que ella no la soltaba. El roce de sus dedos fue cálido como el sol ardiente de Manarola—. Vendré luego a buscarte. Quédate con el cambio.

Michelangelo dejó sin palabras a Venus, pero como su silencio era habitual, no llegó a imaginar que él era el causante del mismo. Se acercó a la puerta de la frutería, y se despidió del jefe.

—*Ciao*[6], Pellicani.

—*Arrivederci, signore. Grazie mille.*[7]

El jefe de Venus le sonrío muy contento a su empleada en cuanto entró de nuevo a la tienda.

—*Bambina*, ¿de dónde conoces tú a gente tan distinguida?

—Yo no… bueno, es un turista.

—Los turistas como él no vienen a las fruterías a comprar.

—Supongo que Michelangelo no es alguien normal. —«Para nada normal», pensó.

—Aprovecha, niña, solo se vive una vez.

Venus no comprendió lo que su jefe le quiso decir, o al menos hizo como que no. Hacía mucho tiempo que no le interesaban las relaciones románticas. Si no era capaz de mirarse en el espejo, ¿cómo iba a compartir su cuerpo con alguien más?

Venus pasó toda la jornada con la mente en las nubes, como solía ser habitual, lo que no era tan frecuente es que se descubriera a sí misma mirando a cada segundo el movimiento de las manecillas del reloj. Nunca tenía planes después de trabajar, no tenía amigos tampoco, la única persona que consideraba como tal era Marco, su jefe. En contadas ocasiones habían quedado en un bar a tomar algo después del trabajo, pero los rumores en un pueblo tan pequeño como el de Manarola eran crueles, y no quería causarle problemas a su jefe,

que tenía una preciosa mujer y tres hijos.

Así que Venus creaba sus propios planes consigo misma, su única amiga y a la vez su peor enemiga. Le gustaba pasar tiempo en el ático de su casa. Leía cientos de libros de todos los géneros, pero sus favoritos eran la romántica, la poesía, y recientemente, se estaba sumergiendo en el mundo de la fantasía. Sí, Venus era una romántica empedernida. Sangraba en papel, en las historias que leía y los textos que escribía llenos del dolor que encadenaba a su alma desde hacía ya dos años.

A veces también paseaba por el puerto, pero odiaba ir en verano, prefería hacerlo en invierno, en días lluviosos o por la noche, cuando menos gente había. No es que le gustara la soledad, es que se había resignado a estar sola. Disfrutaba de su misma compañía, pero eso no siempre era fácil. A veces estar consigo misma era un deporte de riesgo, pero el antídoto era casi tan doloroso como el veneno. Compartir con otra persona implicaba el miedo al rechazo, a que se cansaran de estar con un alma torturada como la suya.

Pero ese día, Venus estaba ansiosa por llegar a casa y pasar una velada en compañía entre pinceles y colores. Por primera vez desde que trabajaba en esa frutería, se olvidó de despedirse de los gatos porque solo podía pensar en el hombre que la esperaba en la puerta de su casa.

@VENUS

Recuerdo la primera vez que sentí la lluvia sobre mi piel.

El cielo llevaba todo el día nublado, pero no había caído una sola gota hasta que salí. Y mientras iba caminando por una solitaria calle, comenzó a caer una fría llovizna sobre mi piel. La gente con la que me cruzaba iba prevenida con paraguas o capuchas. Yo no tenía nada que me resguardara del frío húmedo que se colaba hasta mis huesos, y tampoco quería protegerme.

Fui la única que se detuvo en mitad de la calle, miró al cielo ennegrecido, cerró los ojos, y sonrió. El agua me devolvió la sonrisa que llevaba tanto tiempo perdida, y también las ganas de vivir, porque con su fuerza helada borró un poquito de mi propio dolor. Debajo del frío húmedo ya no dolía tanto, ya no sentía tanto.

El agua es esencial para vivir, y también puede ayudarte a volver a la vida.

XII

Era raro que lloviera en Manarola, pues el sol y el calor era el principal motor turístico del pueblo. Ella fue la única que no aceleró el paso, disfrutaba de refrescarse bajo el chaparrón, aunque la lluvia siempre le traía retazos de melancolía.

Venus caminó con cuidado por el resbaladizo pavimento empedrado que ahora brillaba por la fina capa de agua que lo recubría, y cuando se quiso dar cuenta ya estaba frente a la puerta de su casa.

—Ya pensé que no vendrías —dijo Michelangelo. Estaba resguardado bajo la repisa del antiguo edificio de dos plantas.

Sus ojos se encontraron rápido, y Venus no pudo evitar recorrer con la mirada la camiseta casi transparente que se pegaba a su pecho escultural. Incluso llegó a plantearse si en realidad Michelangelo no era una obra de mármol con vida, porque su cuerpo estaba demasiado bien cincelado.

—Es mi casa. —Fue lo único que pudo responder, y aunque sonó un poco borde, Michelangelo nunca se tomaba nada a pecho.

—¿Y me vas a invitar a pasar? —Levantó la bolsa con la comida que ella misma le había vendido unas horas atrás—. Te haré una cena que no olvidarás jamás.

No, nunca la olvidaría.

Ambos entraron a ese pequeño rincón de otro siglo al que Venus ya consideraba hogar. Dejaron un rastro de agua hasta la cocina donde Michelangelo por fin pudo dejar las bolsas que llevaba cargando hacía tiempo.

—¿Te importa que me la quite? —preguntó Michelangelo señalando su camisa empapada.

Venus tragó saliva. De nuevo se perdía en ese cuerpo tan bien esculpido.

—No —susurró.

La comisura derecha del labio de Michelangelo se curvó ligeramente hacia arriba de una forma demasiado sensual para el bienestar de ella. Pero tuvo la suficiente cordura como para apartar la mirada mientras él se desvestía.

Venus le ofreció una toalla y colgó la camisa y el chaleco en un perchero cerca de la ventana para que se secara más rápido.

—¿Tú no te cambias? —preguntó Michelangelo tratando de no incomodarla con su mirada, pero los ojos se le iban a las gotas de agua que caían de su pelo mojado hacia su escote, recorriendo su piel

erizada por el frío.

—Sí, tú… Eh, puedes empezar a hacer la cena.

—Claro.

Michelangelo se dio la vuelta para darle algo de intimidad. Por la forma en la que se abrazaba a sí misma, o tenía mucho frío, o le daba mucha vergüenza estar así frente a él.

Mientras él empezaba a cocinar, Venus se encargó de buscar ropa cómoda para cambiarse. Se distrajo de vez en cuando mirando esa perfecta espalda masculina: la piel morena, los lunares salpicando su tez suave y tersa, los músculos marcándose con cada movimiento… A Venus se le cerró la garganta justo cuando un sonido fuerte la asustó.

—¡Afrodita!

La gata de varios colores cayó sobre la encimera de la cocina con el pelo empapado. Michelangelo sonrío al ver que se bufaba. Esa gata era tan arisca como su dueña.

—Afrodita, no hagas eso, ven aquí.

Con los pelos todavía estovados, la gata obedeció como si se tratase de un perro, y se acercó a su dueña sin quitarle los ojos de encima a Michelangelo.

—Es Michelangelo —le explicó como si él ya formara parte de su círculo más íntimo. La gata se tranquilizó un poco y se puso a lamerse la pata delantera.

Él vio a través de un espejo en forma de sol cómo Venus secaba a la gata con un par de toallas. A decir verdad, no parecía un gato, sino una rata mojada. Michelangelo no pudo evitar sonreír mientras veía cómo esas dos se cuidaban mutuamente. Venus se dedicaba a darle calor mientras que Afrodita le chupaba la mano en señal de agradecimiento.

Intentó no quedarse embobado admirando esa tierna escena que enseguida se cinceló en mármol en su cabeza, y empezó a cortar las verduras mientras cocía la pasta de la lasaña. Sin darse cuenta, empezó a tararear las canciones que escuchaba en casa de su padre cuando era pequeño.

Fue un gesto inconsciente y casi banal, pero eso marcó un antes y un después en su relación con Venus, porque ese tarareo significaba complicidad, confianza, calidez. Representaba que ambos se sentían en casa cuando estaban juntos, y Venus no se había sentido en casa con nadie desde hacía mucho, mucho tiempo.

Giovanna se olvidó de la amenaza que resultaba para ella desvestirse delante de otra persona. Lo hizo cuando él estaba distraído, pero no llegó a imaginar que Michelangelo podía verla a través del espejo que colgaba cerca de la pared de la cocina. Si lo hubiese sabido, no lo habría hecho, porque desvelarle las cicatrices de un pasado doloroso a alguien nuevo, aunque se sintiese como en casa,

era doloroso para ella. Era más doloroso incluso que las punzadas físicas de esas heridas que a simple vista parecían cerradas, pero que, en realidad, si escarbabas un poco en su piel, se podían ver abiertas de par en par. Ninguna grapa ni hilo podría coser semejante dolor jamás.

Michelangelo trató de apartar la mirada. De verdad que intentó darle privacidad, pero no pudo. Sus ojos desacataron las órdenes de su cerebro, y volvieron una y otra vez hacia la chica que reflejaba el espejo en forma de sol. Eso era ella, allí estaba ella, centelleando en el espejo, porque a pesar de la oscuridad que la carcomía por dentro, brillaba. Todavía había luz en su interior a pesar de las grietas.

Su cuerpo era un mapa de tinta y dibujos.

Su espalda era un lienzo cubierto de cicatrices.

Ambos eran preciosos a su manera, ambos contaban historias. Unas más dolorosas que otras, pero todas conformaban a Giovanna y a Venus; dos caras de la misma moneda. La cara visible y la cara oculta de la luna.

Michelangelo tragó con fuerza y casi se atraganta con su propia saliva al descubrirse con ganas de conocer todas sus batallas.

Venus se cubrió enseguida con una camiseta ancha que ocultaba cada curva de su cuerpo. Se dio la vuelta, y miró a Michelangelo, pero nunca supo que él ya la había visto por dentro y por fuera.

—Ya está casi lista la cena. ¿Tienes hambre?

—Sí, mucha.

Sonaban a una canción cotidiana.

Michelangelo y Giovanna sonaban muy bien juntos.

Qué pena que ella no quisiera escuchar.

Pasaron la noche bebiendo vino, pintando y hablando.

Y aunque Venus todavía estaba reticente a crear una amistad con todo lo que aquello implicaba, Michelangelo logró colarse poco a poco en su corazoncito.

—Me gusta la capacidad que tienes para plasmar la esencia de las cosas —confesó Michelangelo mientras la observaba pintar a Afrodita mirando la lluvia en la repisa de la ventana.

Ella se sonrojó, pero no le permitió verlo porque no alzó los ojos del papel en ningún momento.

—Gracias, pero como me dijiste, no tengo técnica.

—Pero tienes pasión, que es casi más importante. La técnica se aprende, la pasión no.

Venus apretó los dientes mientras llenaba de color a la figura del gato.

—A veces me gustaría no tener tanta… pasión —murmuró la

última palabra como si le diera vergüenza.

—¿Por qué? —Michelangelo se acercó más a ella y sus rodillas se rozaron.

—Porque lo bonito lo embellece, pero lo malo lo empeora.

Michelangelo sintió cómo esas palabras se clavaban con un golpe fuerte y seco en el centro de su corazón.

—Prefiero eso a no sentir nada —respondió él.

—Yo llevo mucho tiempo sin querer sentir nada. —La voz de Venus sonó como un fino hilo que trataba de hacerse eco entre un mundo lleno de ruido.

Michelangelo dejó de esbozar en su cuaderno y fijó la mirada en ella, en su perfil de escultura griega: su nariz recta, labios voluptuosos y el pelo negro marcando sus líneas. Ella detuvo el trazo de su pincel, pero no se movió ni un milímetro cuando la mano de Michelangelo cayó con suavidad en su muslo descubierto.

—Siempre puedes soltar todo sobre el papel.

Venus se atrevió a mirarlo a los ojos. Era tan atractivo que la ponía más nerviosa de lo normal. Se mordió el labio arrancándose un trozo de piel que lo dejó inflamado y rojizo.

—Lo hago a veces, me gusta escribir —confesó toqueteándose las gafas. Nadie conocía quien era en redes sociales, porque ese se había convertido en su espacio seguro, como su diario.

Las facciones de Michelangelo se tensaron, ella lo notó, pero no se imaginó que la causa fuera ella y sus labios.

—¿Libros? ¿Poesía?

—Un poco de todo. —Ella volvió a fijar su mirada en el papel al darse cuenta de que cuando él acaparaba su atención, a su corazón le surgían alas. Y ella ya no recordaba cómo volar.

—¿Me dejarías leer alguno de tus textos?

Venus se sonrojó. Estaba acostumbrada a compartir su escritura en internet, pero allí nadie conocía su identidad, y Michelangelo ya conocía su verdadero nombre.

—Te aburrirían.

—¿Por qué dices eso?

Él se acercó todavía más. Sus piernas se rozaron. El aire desapareció de la habitación.

—Porque no es nada bueno.

—No puedo confirmarlo o desmentirlo hasta que no lo lea.

—No hace falta que lo leas.

Su dibujo se llenó de trazos hoscos y temblorosos.

—Como tú quieras, Giovanna.

Su nombre en los labios de Michelangelo parecía una melodía jamás cantada.

Él se dio cuenta de lo nerviosa que estaba por los movimientos de

su pincel. Venus era una mujer complicada, llena de inseguridades y heridas por sanar. Michelangelo hacía mucho tiempo que no conocía a nadie así. En el ambiente en el que se movía todos aparentaban seguridad, éxito y triunfo. Nadie se mostraba vulnerable. Todos enmascaraban sus miedos con sonrisas frías y palabras vacías.

Giovanna era real. Era cruda, volátil y frágil. Era un mundo completamente nuevo para Michelangelo. Y él era un aventurero, pero ella estaba cerrada con llave y pestillo.

—¿Puedo volver a pintarte? —La petición de Michelangelo le erizó el cuerpo.

Ella lo miró y dudó. Dejar que la pintara era descubrir un nuevo matiz de su ser. Era dejar que escarbara en su interior. Era desvelar un poquito más de esa cara oculta.

—Por favor —insistió el italiano con una voz grave pero dulce.

Las alas del corazón de Venus aletearon. Un movimiento rápido y tembloroso, casi imperceptible si no fuera porque llevaban años sin moverse.

—Sí. —Una palabra que sonó más a una súplica que a una aceptación.

Venus quería seguir descubriéndose en el espejo que Michelangelo le brindaba sobre trazos de grafito y acuarelas de colores.

Esta vez no retrató su rostro, sino un poco más: el cuello recto y delicado, las clavículas marcadas y el inicio de unos hombros tatuados. Michelangelo dibujó a la perfección las obras de arte que Venus llevaba dentro de la piel; el colibrí con las alas alzadas, el retrato lineal de Frida Kahlo, el principio de una flor y las llamas de un corazón rodeado de espinas.

No se atrevió a plasmar nada más en el papel. Todavía no. Necesitaba seguir conociéndola para descubrir sus líneas, sus colores y su factura. No estaba dispuesto a retratar un alma en llamas solo con técnica. No. Michelangelo iba a descubrir su esencia y la iba a plasmar tal y como era. Nada de capas superficiales. Solo profundidad, alma y pasión.

Venus quiso llorar al verse reflejada en papel y colores, al ver el trozo de su historia tatuada que se asomaba. Se dio cuenta entonces de lo peligroso que era dejar que Michelangelo la descubriera. Se iba a quemar, porque el dolor todavía ardía en ella, y no quería que esa bonita sonrisa se convirtiera en cenizas.

—Es bonito —dijo con la voz fría, resguardándose en el muro de acero y titanio que un día creó y que él se había empeñado en derrumbar a golpe de martillo. El problema es que ella no era un bloque de mármol al que poder cincelar. Ella no quería ser descubierta, no quería que nadie la sacara de esa profundidad basta y desoladora, tan fría como las profundidades del océano.

A Michelangelo su actitud le sentó como una jarra de agua helada sobre la espalda. Fuera ya no llovía, entonces, ¿por qué Venus se empeñaba en empaparlo todo?

—Te lo puedes quedar.

Venus odió su tono dulce y precavido. ¿Por qué no se alejaba y ya está? ¿Por qué se empeñaba en quedarse al lado de una persona sepultada por una tonelada de muros infranqueables? Era ilógico. Pero los sentimientos no responden a la razón.

—No lo quiero. —Lo rechazó con la mano justo antes de levantarse. Se olvidó de que estaban en la guardilla, y se golpeó en la cabeza.

Michelangelo, a pesar del rechazo, se levantó de inmediato para comprobar que no se hubiese hecho daño.

—Estoy bien, estoy bien… —murmuró ella masajeándose el cráneo. Otra mentira más. Otro empujón para sacar a Michelangelo de su vida.

—¿Seguro? ¿Quieres que te traiga hielo?

El escultor se acercó a ella, pero Venus se alejó, y Afrodita se interpuso entre ambos como si fuera su guardiana. Él no comprendía su cambio de actitud tan brusco, pero decidió aceptarla tal y como era.

—No, no quiero nada.

Venus bajó por las escaleras con Afrodita en brazos y fue a la cocina a tomarse otra copa de vino. La sangre le bullía. Estaba enfadada, decepcionada y avergonzada. Todo revuelto y encapsulado en su pequeño cuerpo adolorido.

Los pasos de Michelangelo bajando las escaleras resonaron su cabeza.

—Está bien, ya me voy.

Venus no se atrevió a darse la vuelta y enfrentarse a él de nuevo. No quería que se volviese a colar entre las fisuras de su muro. Fijó la mirada en un pequeño reloj que indicaba que eran las dos de la madrugada, luego barrió con la mirada la cocina patas arriba, los platos usados, la nevera llena de tomates… Michelangelo ya se había colado por dichas fisuras. Ya estaba dentro, y lo había revuelto todo como lo habría hecho un huracán.

—Perdona —susurró ella. Como no escuchó respuesta, lo volvió a decir más alto. Pero él la había escuchado a la primera. Venus no se daba cuenta de que Michelangelo no solo la veía, sino que la escuchaba y la sentía. La conexión que tenían era tan fuerte como el famoso hilo rojo.

No. Ese mito se quedaba corto comparado con el vínculo que ellos habían creado a pesar de los muros y las capas que ella ponía de por medio.

—Ven aquí, Giovanna.

Venus odiaba y amaba en la misma medida que la llamara por su

nombre. No sabía qué sentimiento era más grande que el otro, pero lo que sí tenía claro era que funcionaba. Su nombre en sus labios era como un hechizo que la atraía.

Se atrevió a mirarlo. Estaba de pie al lado de la puerta, con la camisa puesta pero con solo unos escasos botones abrochados. Era la viva imagen de la belleza.

—Ven —repitió él. Pero no habría hecho falta.

Giovanna se acercó. Sus pies descalzos rozaron sus zapatos de marca, lo supo porque solo era capaz de mirar hacia abajo, si lo miraba a los ojos se iba a derrumbar. Movió los dedos. No podía deshacerse de esa estúpida manía cada vez que se ponía nerviosa. El torrente de emociones que cada dos por tres la visitaba estaba a punto de inundarla. Pero él estaba dispuesto a acompañarla a enfrentar a sus miedos. Le levantó el mentón con los dedos, y su cabello oscuro se deslizó por su rostro para descubrir unos ojos llenos de emociones contradictorias y… dolor. Mucho dolor.

Si Michelangelo era la belleza personificada, Venus era el dolor.

Lo bueno de ser tan opuestos es que se complementaban; el antídoto del dolor es la belleza del amor. Así que Michelangelo se lo entregó con los brazos abiertos y un corazón rebosante de luz que iluminaba toda la oscuridad que la mantenía presa.

Así se vacía un mar inundado. Así se cura el dolor. Así se conoce a Giovanna de Luca.

@VENUS

La lluvia cae sobre mi tejado. Hay goteras. El agua sabe cómo filtrarse por las grietas. Si no se arregla, el goteo constante puede terminar por derribar cimientos e inundarlo todo.

Un día, el sol entra por la ventana. Quiere hacerse amigo del agua, pero ella le tiene miedo porque son elementos incompatibles. El sol insiste. No se va. Y el agua empieza a evaporarse. Las grietas siguen ahí, pero las goteras cesan.

Y entonces te das cuenta de que puedes salir del vaso de agua en el que te has hundido. Eres consciente de que ahora ya no está medio vacío, ni tampoco se desborda. Está medio lleno. Te permite ir a arreglar las grietas para que la próxima vez que llueva no se inunde todo, para que cuando sea de noche, no tengas que esperar a la llegada del sol para salir de las profundidades. Y para que cuando él venga, no tenga que dividirse y colarse por las fisuras, sino que vayas tú a abrirle la ventana de par en par.

XIII

Cuando Venus despertó no esperaba encontrarse a Michelangelo a su lado. Estaba acostumbrada a empezar y terminar el día en soledad, así que la mera imagen de tener a una persona a su lado, la sorprendía tanto como el hecho de haber acabado durmiendo sobre su pecho cincelado.

Sus mejillas se encendieron más rápido que el mismísimo sol que empezaba a colarse por la ventana. Los recuerdos de una noche llena de lágrimas, vino y un abrazo cálido y fuerte prorrumpieron en su mente como martillazos.

Cuando intentó moverse, se dio cuenta de que Afrodita estaba enrollada sobre sus piernas. Las de ambos. ¿Afrodita durmiendo junto a ella y un extraño? A la gata le gustaba dormir entre cojines y mantas, pero nunca en su cama o encima de ella.

Venus procuró no hacer movimientos bruscos, aunque le dolía la espalda de haber dormido en ese sofá. Michelangelo se movió y ella se quedó paralizada. Se puso la mano en el pecho descubierto y suspiró. Ella se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, como si nunca hubiese visto semejante belleza antes; la piel morena con las venas marcadas, los músculos cincelados, la perilla y el bigote negros, la boca entreabierta, la nariz italiana, las ligeras arrugas de la frente, las pecas esparcidas como salpicaduras de pintura acuosa sobre la nariz… Las alas de su corazón volvieron a moverse, desperezándose, como si esa imagen las hubiese despertado de nuevo. Pero ella volvió a atarlas con fuerza para que no se escaparan.

A sus ojos no los pudo controlar del mismo modo, porque de su cara bailaron a su pecho, al poco bello que florecía, al tatuaje que no había visto hasta ese momento sobre el pectoral izquierdo: «*Tutto o niente*». Todo a nada.

Suspiró. Una vez lo había tenido todo y ahora no tenía nada, pero Giovanna no quería eso. Estaba cansada de los extremos. Ella solo quería ver el vaso medio lleno para estar tranquila.

—Me estás mojando con tus babas —dijo la voz ronca y grave de Michelangelo justo antes de desperezarse.

Venus dio un respingo y lo miró con las mejillas al rojo vivo.

—Idiota.

Una risa breve y ronca se escapó de sus labios. Era como el ronroneo de una pantera. Y eso la mantuvo paralizada hasta que su mano entró en contacto con la parte baja de su espalda.

—¿Has dormido bien?

Venus se levantó con rapidez, sin importarle que la gata se despertara y le mostrara los dientes.

—Bueno, la verdad es que prefiero mil veces la cama a ese sofá enano.

Y, a decir verdad, prefería mil veces dormir acompañada que sola. Pero eso se lo guardó para ella misma.

Michelangelo esperó a que Afrodita se levantara para hacerlo él.

—No he probado tu cama, pero seguro que es mejor —dijo con una sonrisilla que no hacía más que alentar el fuego de las mejillas de Venus.

—Ni la vas a probar —contestó tajante.

—Vale, vale. —Michelangelo alzó las manos mientras reía y luego se puso los zapatos.

Según Venus, él era una especie en extinción. ¿Quién se despierta de buen humor por la mañana? ¿O es que acaso él no conocía el mal humor?

—¿Quieres que prepare el desayuno?

De nuevo esa canción cotidiana rumió en el oído de Venus. Tenía que pararle los pies antes de que se convirtiera en una banda sonora.

—¿No tienes cosas que hacer? —Venus intentó desviar el tema, pero solo consiguió una nueva sonrisa perezosa por su parte.

—Estoy de vacaciones, Venus.

¿Por qué ya no la llamaba por su nombre real? ¿Por qué eso no le gustaba? ¿Por qué le despertaba tantas preguntas?

Venus encogió los dedos de los pies con nerviosismo.

—Pues yo tengo que ir a trabajar y me tengo que preparar.

—Está bien. Haré el desayuno mientras tanto.

No. No se iba a ir.

Sin saber qué más decirle, Venus miró a Afrodita, que se estaba lamiendo el cuerpo como si dijera que ella también se iba a quedar a desayunar. Así que se rindió. Cogió ropa del armario y se fue al baño.

Cuando salió después de una renovadora ducha caliente, la casa olía a tostadas y el estómago le rugió.

—¿Prefieres aceite y sal, o mermelada? —preguntó Michelangelo mientras terminaba de servir el café.

La mesa estaba llena de zumos, tazas humeantes y una gran fuente de tostadas.

—No tengo mermelada en casa —contestó sorprendida de ver todo lo que había hecho en ese ratito.

—He ido a comprarla. La verdad es que no tienes casi nada en la nevera aparte de los tomates que compré.

Venus se acercó con paso lento mientras procesaba ese acto tan banal y de tanta pureza que le calentaba el corazón. Se fijó en que Afrodita ya estaba comiendo una lata de atún sobre la encimera de la

cocina.

—Ah, le he puesto atún porque no he visto pienso por ninguna parte.

—No le doy pienso. En realidad, ella nunca come aquí, siempre va a la frutería con los demás. —Se puso dos tostadas en su plato—. ¿Por qué has comprado tantas mermeladas?

—No sabía cuál te gustaba más. —Se sentó a su lado—. A mi… a Francesca le gusta comerse una de cada sabor —dijo en un tono más bajito.

Venus no sabía quién era Francesca, ni se atrevió a preguntar. Dedujo que sería su novia, y también pensó que Michelangelo debía de ser un mujeriego si teniendo novia iba ligando con Lola como siempre que los veía juntos.

Comieron en silencio. Ella no quiso probar la mermelada, tan solo comió las tostadas con aceite y un poco de tomate mientras sentía cómo la brisa matutina le acariciaba la cara y le secaba el pelo poco a poco.

Venus no se molestaba en peinarse mucho. No tenía espejo en el baño. No quería mirarse. Odiaba su reflejo. Dejaba que el viento y sus manos hicieran el trabajo. Mientras estaba en esa tarea después de terminarse las tostadas, Michelangelo leyó un mensaje que le acababa de llegar al móvil.

—¿Qué te parece ir a una fiesta en el hotel esta noche?

Venus lo miró como si le hubiese propuesto ir a la luna.

—¿Qué? Vamos, será divertido, y es gratis —le sonrió.

Maldita sonrisa.

—¿Estarán Lola y Sara?

—Ellas nos han invitado.

«Nos». Venus dudaba mucho de esa palabra.

Terminó aceptando. No supo muy bien por qué, como tenía a su corazón atado y amordazado, no escuchó la respuesta.

—Te recojo luego —dijo Michelangelo acercándose a la entrada de la casa.

—Puedo ir sola, no te preocupes.

—Ya, pero mejor te recojo, si no, no vienes. —Venus arrugó la nariz, gesto que le arrancó una risa al escultor justo al abrir la puerta —. Nos vemos más tarde, Venus. Que tengas un buen día.

A ella no le dio tiempo a responder.

Michelangelo se giró para mirarla una última vez. Y entre sus ojos volvieron a saltar chispas.

Nada más cerrar la puerta de la casa, el italiano se encontró con la vecina de enfrente, una mujer mayor que llevaba un delantal bien anudado a la cintura.

—Buenos días —la saludó con una de sus mejores sonrisas.

La mujer le contestó de igual modo, aunque tenía el entrecejo fruncido mientras analizaba de arriba a abajo al escultor, deteniéndose en los botones de la camisa que él se iba abrochando por el camino. Después hizo lo mismo con la puerta de su vecina, como si esta tuviera algo que contar. Pero Michelangelo ignoró esas señales y siguió su camino como si nada.

El sol había vuelto a Manarola. Ya no quedaban rastros de la lluvia del día anterior, y la poca humedad que permanecía en su ropa se iba evaporando con el calor de los rayos del sol. Poco después se dio cuenta de que le faltaba algo: su chaleco.

Dudó si volver a la casa de Venus o dejarlo para otro momento, pero la idea de volver a verla y fijarse en los gestos de molestia que se manifestaban en las arrugas de su nariz, le ganaron la batalla.

Volvió sobre sus pasos y como el portal estaba abierto, decidió subir hasta su piso y dar al timbre. Esperó un rato. Nadie contestó, así que pensó en dos opciones: o estaba harta de verlo y no le pensaba abrir la puerta nunca más, o se había ido a trabajar. Quiso creer en la segunda opción.

Bajó las escaleras de nuevo, pero esta vez el patio no estaba en silencio, sino que se escuchaban unos murmullos constantes y molestos como el vuelo de una mosca cerca de su oreja. Michelangelo se detuvo, y sin necesidad de asomarse por el hueco de la escalera, escuchó lo que decían unas señoras:

—Que sí, Fiorella, que he visto salir a un muchacho muy guapo de su casa.

—Pero si esa niña nunca habla con nadie ni tiene amigos. ¿No sería Pellicani? —contestó otra mujer.

—Que te estoy diciendo que era un muchacho, y guapo. ¿Es que no me escuchas?

—Ay, sí, Filippa, pero es que me parece tan raro…

—Esa niña siempre hace cosas raras. Hace nada ha venido el cartero con una carta certificada, la he intentado coger yo, pero no me ha dejado. Seguro que es algo malo.

—Igual es una prófuga de la justicia. *Mamma mia*[8], Filippa, ten cuidado, echa el cerrojo.

Michelangelo puso los ojos en blanco. Se imaginó lo mal que se sentiría Venus si las escuchara, y lo mucho que le debería de doler el rechazo. Ni siquiera podía estar tranquila en su propia casa.

—Señoras —dijo Michelangelo llevándose la mano por costumbre hacia el lugar donde estaba el botón de su chaleco. En esta ocasión no había nada—. Les recomiendo que aprendan a respetar a las personas que no conocen, porque todos tenemos sentimientos. Ustedes también, aunque estén aburridos y sepultados. Buenos días.

Se marchó dejando con la boca abierta a las ancianas que se

agarraban la una a la otra de la impresión. El escultor trató de ser elegante con sus palabras por respeto, aunque ellas no tuvieran de eso. De camino al hotel trató de relajar la mandíbula apretada y pensar en la bonita noche que le deparaba.

@VENUS

Hay miradas que se encuentran
en un mundo de pintura,
colores que se mezclan,
y vidas que se anudan.

XIV

Venus estaba preciosa en su vestido de seda de color melocotón.

Esa tarde había ido a propósito a una tienda de ropa para comprarse un vestido de noche. No tenía ninguno. Cuando llegó a Manarola cambió las mallas y las sudaderas que solía usar antes por vestidos veraniegos. Al principio los aborrecía, pero no le quedaba de otra si no quería morirse de calor. Siempre los escogía con mucho cuidado: debían tener la espalda cubierta y ser holgados.

Le costó encontrar un vestido de fiesta que se ajustara a sus demandas, pero al final halló el adecuado, y le quedaba como un guante hecho a medida. De eso Michelangelo no tenía ninguna duda, porque se quedó impresionado cuando la vio enfundada en seda dorada. Brillaba.

Giovanna brillaba.

—Eres preciosa —ronroneó en cuanto ella le abrió la puerta.

Venus se sonrojó más por su tono de voz que por sus palabras. Hacía que le vibrara el estómago.

—Gracias —respondió bajito, y para evitar el brillo de su mirada recorriéndole el cuerpo, le tendió el chaleco que se había dejado en su casa. Michelangelo se lo agradeció y se lo colgó al hombro como lo haría un modelo de revista.

—¿Nos vamos ya? —preguntó nerviosa moviendo los dedos de los pies que se asomaban en sus sandalias también recién estrenadas.

—Sí, claro. —Michelangelo le ofreció su brazo. A ella le pareció gracioso, dudó en aceptar la oferta, pero al final se agarró a él y se sintió como si estuviera en una película sacada de los años veinte.

Venus cerró la puerta con llave, y cuando se giró se encontró con los ojos de su vecina de enfrente, con la que no tenía muy buena relación. Era una señora mayor y muy maruja que en cuanto se mudó al edificio la atosigó con preguntas que ella jamás contestó. Desde entonces le guardaba una especie de rencor, aunque Venus nunca le hubiese dado motivos para ello.

—Buenas noches —saludó Michelangelo con su natural sonrisa. Venus no dijo nada. La señora rumió algo que ninguno de los dos entendió.

Bajaron las escaleras y se encontraron con la señora que vivía en la portería, amiga de su vecina, la cual tampoco era muy amable con Venus. Michelangelo la volvió a saludar. Venus continuó callada, y la mujer contestó con un escueto «buenas noches» mientras los inspeccionaba a ambos con la mirada.

A Venus siempre la incomodaban, pero en esa ocasión en la que estaba saliendo de su zona de confort llevando ese vestido y zapatos nuevos, se sintió mucho peor. No se sentía segura del todo porque estaba mostrando una faceta de ella que había dejado atrás hacía mucho tiempo.

Michelangelo notó cómo su cuerpo se encogió en tensión y sus uñas se clavaron en la manga de su camisa negra. Se fijó en sus dedos tatuados con estrellas, y el ala de ángel que asomaba de su muñeca. Saber que todavía le quedaban muchos tatuajes suyos por descubrir, le despertaba la curiosidad. Ojalá lo dejara explorarlos todos.

El jardín del hotel estaba exquisitamente decorado en tonos azules y plateados. De las palmeras colgaban tiras de luces led, y de la piscina salía una luz ondeante que te dejaba hipnotizado. Había una mesa larga con un gran banquete, y alrededor varias personas con trajes elegantes conversando entre sí.

—Qué bonito… —susurró Venus.

Michelangelo la asió del brazo y caminaron entre la multitud fijándose en los detalles: los globos atados a las palmeras semejantes a las flores, los camareros con bandejas ofreciendo canapés y copas de champán, el olor a perfume al pasar junto a la gente, la voz de Lana del Rey a través de los altavoces…

Venus se alegró de haber ido a comprar ropa nueva esa mañana, porque todo en esa fiesta era elegancia pura.

—¡Miki! —gritaron Lola y Sara al mismo tiempo mientras se acercaban con el brazo en alto.

Las dos iban preciosas. Lola llevaba un bonito vestido azul turquesa de estilo clásico, como una túnica romana, y, por supuesto, unas gafas de montura del mismo color. Sara, a su lado, lucía un precioso vestido azul marino con escote en pico tanto en el pecho como en la espalda.

Venus las envidió a ambas.

Mientras Lola abrazaba a Michelangelo de una forma tierna y sensual, Sara abrazó a Venus mientras daba saltitos sobre sus tacones. Venus la recibió con miedo de que se partiera un pie, pero ella tenía muchísimo control a pesar de la altura de sus zapatos.

—Me alegro de que hayas venido, te echaba de menos.

Venus se sintió algo abrumada. Que ella la echara de menos significaba que en vez de un amigo tenía dos. Lola le sonrió con amabilidad y le dio dos besos.

Las dos le caían bien, aunque cuando veía la forma que tenían Michelangelo y Lola de tocarse, le daba un tirón en el estómago que se empeñaba en ocultar junto a todas sus emociones.

—Estáis muy guapas —piropeó Venus. Le costó hacerlo, pero esa noche quería ser amable y salir un poco de esa muralla que llamaba «casa».

—Gracias, niña, tú también —le contestó Lola fijándose en la cantidad de tatuajes que le recorrían la piel desnuda. A ella no le gustaban. Era de la vieja escuela, de las que pensaban que a una mujer no le quedaba bien ocultar su tez bajo litros de tinta, aunque su hija opinara todo lo contrario. A los dieciocho años recién cumplidos, Sara se hizo su primer tatuaje, una rosa en el escote que a su madre nunca le gustó.

—Te queda muy bien ese color —dijo Sara agarrándola del brazo que tenía libre—. Bueno, vamos a dejar a los mayores con sus cosas. Nosotras vamos a comer algo. ¿Qué quieres, Venus? Hay de todo, y es gratis. —Le guiñó un ojo.

Venus miró a Michelangelo como si le hubiese dolido que la arrancaran de su brazo. Con él se sentía segura a pesar de que la mayoría del tiempo la sacara de quicio.

—¿Nos acaba de llamar viejos? —preguntó el escultor justo antes de darle un sorbo a la copa de champán que le acababan de ofrecer.

—Exactamente. No se lo tengas en cuenta. —Se disculpó Lola por su hija mientras ella se alejaba con Venus hacia el banquete.

—No me imaginaba que iba a ser una fiesta tan elegante. —Venus trató de iniciar una conversación. No se le daba muy bien, pero Sara sabía cómo tirar del carro.

—Es un hotel de pijos, ¿qué esperabas? —Cogió una bolita de queso cubierta con trozos de mango—. ¿Quieres? Está buenísimo, dentro tiene… —Se lo metió en la boca y puso los ojos en blanco—, frambuesa.

A Venus se le escapó una risita. Después lo probó y entendió su reacción, estaba buenísimo.

—¿Nunca habías ido a una fiesta de pijos?

Venus hizo memoria y asintió. Luego se arrepintió de haber buscado en sus recuerdos.

—Sí —contestó antes de buscar cualquier otra cosa que llevarse a la boca.

—Pues yo no, pero me gusta. Me podría acostumbrar fácilmente, me ajusto rápido a las circunstancias, solo me falta el dinero.

Venus volvió a sonreír por segunda vez en muy poco tiempo. Un récord para ella.

—Eso es más difícil.

—Siempre cabe la posibilidad de que mi madre se case con Michelangelo. Él tiene mucho dinero. —Movió las manos con exageración—. Es un artista famoso —dijo con ensoñación—. Solo espero que no esté muy loco.

Venus habría vomitado la comida en ese momento si no hubiese sido porque todavía tenía el sentido de la ridiculez tan agudo. Se reprimió a sí misma por sentir dolor al imaginar a Michelangelo con

otra mujer. Ella no tenía derecho a sentir eso, así que se insultó. O más bien, esa voz intrusiva que vivía agazapada entre los entresijos de su cerebro fue la que la insultó.

—Era broma —dijo Sara al ver la cara que se le había quedado a su amiga—. Yo lo que quiero es ganar dinero con mi profesión, que para algo he estudiado cuatro años de carrera y me he destrozado la mano y el cerebro tomando apuntes. —Se rio de su propia broma—. ¿Tú qué has estudiado?

Demasiadas preguntas para Venus. Pero así era cómo se creaba el vínculo de la amistad, ¿no? Ya se le habían olvidado esos trámites.

—Estudié Traducción e Interpretación, pero dejé la carrera.

—Oh, ¿te metiste en otra?

—No. Dejé de estudiar. —«Y de vivir», quiso añadir, pero no dijo nada más. Esperó que Sara no quisiera indagar más en el tema, pero eso era algo difícil teniendo en cuenta que lo que más le gustaba en el mundo era hablar.

—¿No te gusta ninguna? Yo me metí en Derecho porque mis padres tienen un bufete, ya sabes, lo hice para continuar el legado familiar, pero la verdad es que me gusta. Supongo que lo llevo en la sangre.

Venus asintió, aunque ella pensaba que no tenía nada más en la sangre aparte del dolor que sacaba a través de las letras o de las fotografías.

—La verdad es que ya me he acostumbrado a la frutería, así estoy bien. No necesito más.

Otra mentira.

Después de picotear un poco de todo, Sara agarró del brazo a Venus y la llevó a conocer a unos chicos con los que había estado hablando antes de que llegara ella. Venus se quiso morir. Cada uno de ellos era alto, guapo y elegante. Ella se sentía muy incómoda e insegura, como un pez fuera del agua.

Mientras tanto, Michelangelo y Lola hablaban a una corta distancia. La intimidad que ellos compartían era muy diferente a la que tenía con Venus. Con Lola todo era más fácil, más crudo. Con Venus todo era derribar barreras y que luego hubiera una avalancha que le llenaba el camino de piedras de nuevo.

—¿Te gusta la fiesta? —preguntó la mujer jugueteando con el botón del chaleco de Michelangelo.

—Sí. —Le sonrió con una lentitud que derretiría a cualquiera.

Entonces desvió la mirada y se encontró los ojos de Venus en la distancia. Ella y Sara estaban con un grupo de chicos más o menos de su edad. Sus ojos se encontraron tan solo por un segundo, porque ella enseguida desvió la mirada a su compañera.

Estaba nerviosa, lo adivinó por lo mucho que se movía, pero también se reía de vez en cuando y hablaba mucho más de lo que lo

hacía con él. Y eso le dio envidia.

No le dio tiempo a despedazar ese sentimiento porque Lola lo llevó a bailar, y él no se pudo negar.

El sol había desaparecido bajo un manto de estrellas. La luna brillaba plena. Venus hablaba animadamente con una mujer de pelo negro y largo hasta la cintura, que lucía un precioso vestido rojo que realzaba su piel clara. Reían y lo pasaban bien.

Venus había bebido unas copas de más para llegar a ese estado de desinhibición que para cualquier otra persona sería bastante normal. Michelangelo se dio cuenta. Llevaba más de lo debido mirándolas y tratando de ignorar el nudo que se atenazaba en su estómago. Lola también se había dado cuenta, pero prefirió no decir nada y continuar conociendo gente. Ella no era celosa, lo que tenía con Michelangelo era un acuerdo mutuo entre dos adultos para pasarlo bien el tiempo que estuvieran de vacaciones. Nada más. El que no tenía nada claro era Michelangelo, que ni siquiera entendió por qué se le encendían los ojos cada vez que veía a Venus reír con otra persona.

—¡Miki! —gritó Sara acercándose a él—. ¿Qué haces aquí solo? ¿Mi madre te ha abandonado por otro más guapo y más joven?

Él simuló una mueca de lástima que la hizo reír.

—¿Conoces a la chica que está hablando con Venus?

—Creo que se llama Marlena, es la hermana de Alessandro.

—Alessandro, eh. —Michelangelo rio cuando vio que se sonrojaba —. Vale, pero ¿la conoces?

—¿Acaso quieres que te la presente? —indagó alzando las cejas—. No sé qué clase de relación tenéis mi madre y tú, pero…

—No quiero que me la presentes. Es pura curiosidad.

—Mmm… —Sara lo escudriñó con la mirada.

—¿Mmm qué?

—Nada, nada… Que, si tanta curiosidad tienes, ve a presentarte.

—Tienes razón. —El italiano se tomó el último trago de su copa y se la entregó—. Y tú disfruta con ese Alessandro. —Le guiñó un ojo antes de acercarse a la mesa donde las chicas hablaban alegremente.

Venus no se dio cuenta de su presencia hasta que la voz grave y ronca se coló en sus oídos erizándole la piel.

—*Ciao, bellas*. ¿Lo estáis pasando bien?

Ambas mujeres lo miraron con el brillo propio del alcohol en los ojos.

—*Ciao* —contestó la morena justo antes de mirar a Venus—. ¿Lo conoces?

Venus asintió con fingido pesar… ¿O era de verdad?

—Sí. Michelangelo Bianchi, famoso escultor y amigo pesado.

—Precisa descripción para estar borracha —sonrió el aludido.

—No estoy borracha —se quejó como una niña pequeña. Su compañera tan solo sonrió y le dio dos besos al italiano.

—Marlena, encantada. Tú eres huésped de aquí, ¿no?

—Encantado —respondió Michelangelo mientras se daban los dos besos—. Sí, estoy aquí de vacaciones, y en el camino me encontré a esta estupenda muchacha —dijo señalando a Venus.

—No me llames muchacha.

—Puede parecer un poco arisca, pero ya la irás conociendo. Es mucho peor.

Marlena se rio, Michelangelo la acompañó, pero a Venus no le hizo ninguna gracia.

—Yo creo que es muy maja —replicó la morena dedicándole una mirada a Venus llena de una tensión sexual no resuelta.

Michelangelo se enderezó y le pidió a una de las camareras que pasaba por ahí otra copa de champán.

Venus estaba sonrojada cuando le dio las gracias. Junto a ella parecía una fiera mansa, no como cuando estaba con él, que se tornaba salvaje y poco amigable.

—¡Marlena! ¡Ven aquí, por favor!

—Perdonad. Mi hermano es un poco pesado también. —Le guiñó un ojo a Venus—. Luego te veo.

Venus susurró un dulce y prolongado «adiós» mientras veía a su compañera alejarse de la mesa.

—¿Haciendo amigos? —preguntó su acompañante cogiendo unas aceitunas.

Ella lo miró, pero no dijo nada. Aprovechó la pequeña ráfaga de viento que los envolvió, y sopló la vela que había en el centro de la mesa. Michelangelo la observó meter los dedos en la cera caliente, y cuando esta se secó en sus yemas, disfrutó de quitarse. El escultor fantaseó con hacer un molde de su cuerpo, y se preguntó si saldría algo perfecto o imperfecto como aquellas esculturas por las que ella lo reclamó.

—¿No te quema? —se atrevió a preguntar cuando volvió a meter los dedos en la cera.

—No. Es adictivo. ¿Quieres probarlo?

Se miraron a los ojos. Los de ella eran como la tierra de la Toscana mientras amanece, los de él como el sol de las doce de la mañana sobre la arena.

Michelangelo se arremangó la camisa y su instrumento de trabajo donde antes había estado la llama ardiendo. Venus se fijó en el anillo que llevaba en el meñique con unas iniciales grabadas: I, D, F, S. Luego en la tinta de su mano que formaba la palabra «arte», y ella

también se preguntó cosas sobre él. ¿Qué significarían esas iniciales? ¿Qué significado le daba él a la palabra «arte»? ¿Tendría más tatuajes aparte de los dos que ella había visto?

Eso era lo peligroso de ellos dos, que se provocaban preguntas que necesitaban responder juntos. Aunque uno fuera fuego y la otra una vela frágil que no estaba dispuesta a volverse a derretir. Ella había aprendido a vivir con huellas y cicatrices, pero si la volvían a encender solo había dos opciones: o se quemaba, o se volvía a moldear.

@VENUS

Estoy obsesionada con las velas. Asocio cada olor a una etapa de mi vida, pero desde hace dos años solo uso una con esencia a agua de rosas. Es grande y no se termina nunca. Me gusta meter los dedos en la cera caliente porque se amolda a mí, y por un momento yo me convierto en ella.

A veces me gustaría tener esa capacidad de adaptación.

A veces me pregunto si no soy un molde roto.

Y a veces quemarme alivia el angustioso dolor que llevo dentro.

XV

Llegaron las doce de la noche, y por los altavoces dejó de escucharse la voz de Harry Styles para empezar a sonar *Feliz Cumpleaños*.

Michelangelo y Venus rompieron ese vínculo lleno de cera caliente y miradas abrasadoras al encontrarse con la luz de unas velas sobre una gran tarta de chocolate. Todo el mundo empezó a cantar al unísono, y Venus no tenía ni idea de quién sería el cumpleaños hasta que la camarera, con una gran sonrisa en el rostro, dejó la enorme tarta frente a Michelangelo.

Venus lo miró con el ceño fruncido. ¿Por qué no le había dicho que era su cumpleaños? ¿De eso iba la fiesta y ella no lo sabía?

—¡Feliz cumpleaños, Miki! —exclamaron las españolas al mismo tiempo como si todavía estuvieran unidas por el cordón umbilical.

El cumpleañero sonrió de oreja a oreja, les dio las gracias y un beso en el dorso de la mano a cada una. A Venus le molestaba que fuera un auténtico caballero. ¿Qué no le molestaba de él? O igual no sabía identificar sus emociones y en vez de molestarle, en realidad la enamoraban.

—¡Pide un deseo! —le advirtió Sara antes de que soplara las velas.

Michelangelo asintió, miró a Venus una vez más, y cerró los ojos justo antes de apagar las treinta y ocho velas.

Todo el mundo se acercó al escultor para felicitarlo, todos menos Venus. Michelangelo se acercó a ella después de haber atendido y agradecido los buenos deseos de los demás.

—¿No me felicitas?

La morena movió la cabeza como si estuviera despejando una tormenta de pensamientos.

—No sabía que era tu cumpleaños.

—¿Sorpresa? —titubeó el italiano.

Venus no sabía muy bien cómo actuar. Se sentía como un pez fuera del agua, pero al final la cordialidad ganó la batalla. Se acercó a Michelangelo, y lo abrazó.

Él se quedó tan sorprendido que le costó reaccionar para rodear su pequeño cuerpo con sus brazos. Al tenerla así, sostenida, le parecía tan pequeña y frágil que pensó que la podría romper. Pero Venus era más fuerte de lo que aparentaba, porque ya estaba rota y, aun así, se mantenía en pie.

—Feliz cumpleaños.

Michelangelo la escuchó a pesar de lo bajito que lo dijo, porque de un momento a otro, el ruido, la música y las conversaciones se fueron

apagando, como si una especie de burbuja aislante los envolviera.

Cerró los ojos y respiró su perfume a flores: agua de rosa y flor del cerezo. Delicadez y fuerza. Belleza y espinas. Venus y Giovanna.

Tal vez ese abrazo se alargó más de lo normal.

Tal vez no se quisieron separar.

Tal vez habían encontrado una persona que se sentía como hogar.

—¿Quieres bailar conmigo? —le preguntó Michelangelo cuando sintió que su cuerpo se alejaba.

Venus lo miró a los ojos. Estaba temblando, pero aceptó. Michelangelo se preguntó si lo haría solo porque era su cumpleaños. Tal vez eso la había ablandado un poco… De todas formas, le daba igual la razón. Le extendió la mano y fueron al trozo de jardín que se había convertido en una pista de baile.

Venus no conocía la canción que sonaba. Era italiana, decía algo sobre volver a casa, el miedo a desaparecer y una lágrima salada. De una forma u otra, esa canción se coló bajo su piel y se escribió con tinta invisible. Bailaron pegados, piel con piel, alma con alma.

Venus no se apartó cuando Michelangelo posó su mano sobre su espalda. No hicieron falta palabras ni regalos, porque lo que ellos crearon durante esos tres minutos de canción fue algo tan especial y mágico, que hasta cuando otro ritmo más animado empezó a sonar, esa magia tardó en romperse.

El ruido ambiental que ambos habían estado ignorando, volvió con un gran chapuzón. Unos de los chicos a los que Venus había conocido se habían tirado de cabeza a la piscina con ropa incluida. Reconoció al hermano de Marlena, que era tan guapo como ella.

—¡Venus, ven! —gritó Sara. Venus le pidió un segundo con un gesto de la mano, y su mirada volvió a recaer en los ojos de Michelangelo, los cuales no la habían dejado de mirar en ningún momento. Eso provocó un repentino escalofrío en todo su cuerpo.

—Ahora vengo —dijo cerca de su oreja, pero él la agarró con más fuerza de la cintura, como si no quisiera que se marchase. Venus tampoco hizo mucho por separarse de su cuerpo caluroso, por eso Sara tuvo que encargarse de llevarse a su amiga a la fuerza.

—Oye, qué pegaditos habéis bailado, ¿no? ¿No tienes calor?

Tenía mucho calor. El sudor le había empezado a perlar la frente y luchaba a cada segundo por no girarse a buscar de nuevo la mirada de aquel hombre que ejercía un embrujo sobre ella.

—Un poco, la verdad. ¿Hay agua en algún lado? —preguntó buscando con desesperación una copa que no llevara una gota más de alcohol.

Entonces los chicos que hacía un momento se habían tirado a la piscina, salieron del agua tan solo para arrastrar a más gente con ellos.

—¡Al agua va!

A Venus no le dio tiempo a reaccionar. Lo siguiente que sintió fue el agua fría cubriéndole la piel y taponándole los oídos. El infierno.

Se deshizo del brazo que la sujetaba, y salió a la superficie lo más rápido que pudo. Nadó mientras tosía hacia el borde de la piscina.

La gente reía, pero ella sentía dolor al tener que enfrentarse a sus mayores inseguridades por obligación. Michelangelo fue el único que se acercó a ayudarla.

—¿Estás bien? —Le ofreció su mano para ayudarla a salir del agua.

Se agarró con fuerza a él, y logró salir de la piscina.

—¡Venus! —gritó Sara entre risas desde el agua. A ella también la habían arrastrado, pero la española no tenía sus mismos monstruos invisibles—. ¿Qué te pasa?

Venus estaba arrodillada en el bordillo, sujetándose el escote de su vestido para que no se viera nada. La tela se había pegado a su cuerpo como una segunda piel. Lo peor de todo, algo de lo que se dio cuenta tarde, fue que por el peso del agua el vestido dejó a la vista parte de las cicatrices de su espalda. Los recuerdos de un pasado doloroso que no se terminaría de cerrar nunca, quedaron a la vista de todos.

—¿Estás bien?

Esa fue la pregunta que lo cambió todo. Venus se dio cuenta por el tono de su voz y por la cara de preocupación que vio unos segundos más tarde, que las heridas estaban al descubierto. Tanto tiempo ocultándose, y ahora tenía un foco directo en su talón de Aquiles. Michelangelo fue el primero en reaccionar al ver lo pálida que se puso su compañera. Intentó ayudarla al cubrirle la espalda con sus grandes manos, pero eso fue peor. Venus se separó con un movimiento brusco y primitivo, como lo haría un animal herido. Lo miró con los ojos llenos de ira, dolor y miedo, y entonces, con una voz que no parecía ni siquiera natural, contestó:

—No.

Y quiso decir: «No me toques, no me mires, no me hables. Déjame en paz».

Se alzó sobre sus huesos rotos y salió caminando con la mirada al frente, pero sin ver nada. La gente se apartaba a su paso como si les diera miedo que la tigresa mordiera. Ella escuchaba como un murmullo lejano las voces que repetían su nombre falso, porque ella no era Venus. «Venus» tan solo era un personaje, un intento de crear una nueva vida que se estaba desquebrajando, como todo lo que ella tocaba.

Temblaba, y no era de frío, porque en Manarola nunca hacía frío. Temblaba de miedo, de rabia, de ira. Odiaba no poder comportarse como alguien normal. Odiaba ser el bicho raro, triste y roto. Odiaba la mirada herida con la que Michelangelo la había mirado. Y lo más triste, se odiaba a sí misma.

—¡Venus! Venus, espera, por favor.

Ese nombre no era ella. No había conseguido ser ella. No…

—¡Giovanna!

Esa era la palabra, la cara oculta, el pasado doloroso.

Se quedó quieta. Había llegado hasta la recepción del hotel, donde un chico joven los miraba con el ceño fruncido.

Michelangelo no se dio cuenta. Lo único que podía ver en esos momentos era a ella y a las gotas de agua resbalando por su pelo mojado, los tatuajes que dejaban de existir en una espalda llena de tremendas cicatrices que solo de verlas le recorría un escalofrío por toda la columna vertebral. No se atrevió a tocarla.

—Puedes ir a mi habitación. Ahí puedes secarte, te traeré ropa.

Sonaba dulce a pesar del matiz de preocupación.

Venus era consciente de lo que él estaba viendo, y a pesar de que ese era el núcleo de todos sus problemas, no se atrevió a darle la cara. A él no.

—No. Me voy a mi casa. —Fue lo último que dijo antes de salir corriendo con la ropa empapada de agua dulce y la cara de agua salada.

Si la gente con la que se cruzó la miró, no se dio cuenta, porque su mente estaba demasiado cansada de estar pensando siempre en lo que opinarían los demás. Hasta que esa parte podrida y envenenada de su cerebro se volvió a encender al encontrarse con sus vecinas asomadas en el balcón.

La miraron de arriba abajo. Ella debería de estar acostumbrada, pero volvió a encogerse y a mirar al suelo. Deseó ser un caracol para no salir nunca de su concha.

Subió corriendo las escaleras hasta su piso, y cuando cerró la puerta de su casa, pudo respirar de una vez por todas, como si todo ese tiempo desde que salió de la piscina hasta ese momento no hubiese tomado ni una mísera bocanada de aire.

Hasta que se le volvió a cerrar la garganta.

—Abre, por favor.

Esa voz grave y dulce al mismo tiempo. Otra vez él. Una vez más, se volvió a hundir en sus propias lágrimas.

—Venus, por favor, no te tortures más. Recuerda que ahora tienes un amigo.

Cerró los ojos con dolor. ¿De verdad lo tenía? Todavía le costaba creérselo, pero él estaba ahí, esperándola. Después de todos los desplantes, de lo borde que era, de lo mal que lo había tratado… Él estaba ahí. Y era lo único que tenía.

Su vida se redujo a dos opciones: abrir la puerta y avanzar hacia algo desconocido, o poner el pestillo y encerrarse en sí misma una vez más con toda esa oscuridad que aquello suponía, y que la podía

acabar destruyendo definitivamente.

Venus escogió la opción difícil, la opción correcta.

Los ojos de Michelangelo dibujaban redención, amor, comprensión… Amistad. Dio un paso hacia delante y ella uno hacia atrás. Él cerró la puerta a sus espaldas y ella abrió una puerta directa a su corazón.

—Siento lo que ha pasado.

A Venus le destrozaba que el que pidiera perdón fuera él.

—No es tu culpa —escupió las palabras con rapidez y torpeza.

—Pero sé cómo te ha afectado. Sé que has venido a esa fiesta por mí, y siento que haya acabado así.

Venus se abrazó a sí misma, como si eso fuera suficiente para que él no la viera más allá de la ropa, de la carne y de los huesos.

—Yo lo siento —susurró mirando las baldosas antiguas del suelo y sus dedos de los pies encogidos—. Siento haber arruinado tu fiesta de cumpleaños. Por favor, vuelve.

Michelangelo dio un paso más hacia ella. Esta vez Venus no se fue para atrás.

—No has arruinado nada, Giovanna.

—No me llames así —espetó

—¿Por qué?

De verdad que Michelangelo se esforzaba por comprenderla, pero a veces era demasiado difícil, demasiado agotador.

—Porque aquí soy Venus.

—Giovanna —repitió vocalizando cada una de las sílabas. Ella lo miró desafiante, y él dio otro paso para reducir la distancia. Tuvo que alzarle la barbilla con los dedos para que no evitara su mirada—. No te escondas. No tienes nada de lo que avergonzarte.

—Tú no sabes nada. —Venus pudo jurar que los ojos de su acompañante brillaron en ese mismo momento.

—Y quiero saberlo todo de ti, quiero conocerte, y quiero que tú me conozcas a mí. ¿Por qué lo pones tan difícil? ¿Por qué, Giovanna? —Ella apretó los labios al escuchar su nombre, lo que hizo que sus ojos marrones se desviaran a su boca, y su dedo no pudiera evitar pasearse por ellos hasta que los relajó—. Dime por qué, quiero conocer todos tus porqués.

Michelangelo le regaló las palabras más bonitas que había escuchado nunca justo antes de posar sus labios sobre los suyos. Un tímido contacto del que Giovanna no huyó, al contrario, separó un poco los labios y dejó que él explorara todas las preguntas en su lengua. Y ella se atrevió a hacer lo mismo.

Dos estrellas colapsando.

Él la cogió en brazos para facilitar el beso, y ella se agarró a su cintura con las piernas. Michelangelo, con mucha cautela, puso las

manos sobre sus glúteos para evitar tocarle la espalda. Ella lo miró fijamente con las mejillas sonrosadas y el labio algo hinchado por la intensidad del beso.

—¿Cuál es tu color favorito? —preguntó Michelangelo dejándola a cuadros.

—¿Qué? —Venus se esperaba de todo menos esa pregunta.

—Quiero conocerte. ¿Me dirás cuál es tu color favorito?

Venus lo miró con los ojos muy abiertos, como si no comprendiera nada, y cuando Michelangelo pensó que la había cagado otra vez, una tímida risa brotó de sus deliciosos labios.

—El amarillo. Y el morado. Y el verde…

—Amarillo, morado, verde… —repitió los colores saboreándolos—. Son bonitos, tienen un toque mágico. ¿Quieres saber cuál es el mío? —Su corazón estaba tan acelerado como el de ella cuando le puso un mechón mojado detrás de la oreja.

—Sí —contestó con un hilo de voz.

—El mostaza.

—¿Qué? —Ella volvió a reírse, y Michelangelo podría jurar que esa risa se coló en sus huesos, porque lo hizo vibrar—. ¿Por qué?

—Es una mezcla tostada de amarillo y naranja. Dos colores en uno.

Venus recordó el tatuaje de su pecho y desvió sus ojos a ese trozo de piel que estaba cubierto por tela negra: «*tutto o niente*». ¿Sería ella capaz de darle todo? ¿O acabarían en nada?

Michelangelo la upó más arriba porque se estaba escurriendo hacia zonas peligrosas de su cuerpo.

—Te estoy mojando —dijo ella al ver el surco de agua que había dejado en su camisa.

—Lo sé —respondió él con una sonrisa que debería ser delito.

—Yo… Eh… No me refería a eso…

—¿A qué? —Michelangelo alzó las cejas e intentó tragarse la risa que brotaba en su interior—. Estás roja como un tomate, qué mente más sucia, Giovanna.

—¡Yo no tengo la mente sucia! —Pero sí que tenía la cara muy muy roja, más que un tomate. Giovanna estuvo a punto de explotar. Pataleó para que la soltara, pero él solo la pegó más a su cuerpo. Quería empaparse de ella.

—Un poco sí, admite que me estabas comiendo con la mirada en la fiesta. —Michelangelo curvó la comisura del labio de esa forma que sabía que a ella la ponía nerviosa.

—Mentira. Suéltame.

Cuanto más pataleaba, más se escurría y más se acercaba a esa zona peligrosa que provocaba que Michelangelo se tensara. Aun así, trató de ignorar la dureza que crecía debajo de sus pantalones y la llevó al baño.

—Michelangelo… —Ella también se había dado cuenta de su pequeño gran problema debajo de los pantalones.

—Ya te suelto, fierecilla. —La dejó con cuidado en el suelo a pesar de que sus instintos lo instaban a llevarla a la cama. Eso no era lo importante en ese momento. Lo que necesitaba era algo mucho más allá del mero contacto físico.

—¿Por qué no tienes espejo?

Michelangelo no se había dado cuenta de ello hasta entonces. La noche anterior había entrado en ese mismo baño, pero no se había dado cuenta del enorme hueco en la pared donde antes debía haber un espejo.

—Porque lo tiré —confesó ella intentando calmar su corazón desbocado. Obligó a sus ojos a no mirar más allá de la cinturilla de su pantalón.

—¿Y por qué?

Giovanna apretó la mandíbula y se resignó a encogerse de hombros.

—No lo necesito, no soy vanidosa —intentó sonar divertida, pero Michelangelo se había puesto muy serio.

—Solo contéstame a una pregunta.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Una más? Está bien… ¿Cuál?

—¿Prefieres que te vea yo desnuda o verte tú a ti misma?

Venus se quedó callada e inmóvil. La única prueba de que seguía con vida era el brusco movimiento de su pecho subiendo y bajando para coger oxígeno.

—Contéstame, por favor.

—¿Por qué me haces esto? —susurró dolida.

—Porque te quiero. —El mundo se detuvo un instante con esas tres simples y poderosas palabras—. Porque, aunque me encantaría que me dijeras la primera opción por la parte que me toca, me gustaría más que pudieses escoger la segunda.

Una vez más, la presa que contenía el mar de lágrimas del que estaba hecho Giovanna, se rompió desquebrajándose por completo. No quedó ni un solo trozo. Las lágrimas empezaron a salir a cascadas, llevándoselo todo a su paso.

—Ey… —Michelangelo la sostuvo contra su pecho con miedo a que las piernas le flaquearan—. Está bien llorar —le susurró al oído.

Giovanna estuvo tanto rato vaciándose, llevaba tanto dentro que la estaba ahogando, que ni siquiera se dio cuenta en qué momento la mano de su amigo le empezó a recorrer la espalda con suavidad, sin detenerse en ningún punto en concreto, tan solo subiendo y bajando con lentitud y cariño.

Ella quiso pedirle que se detuviera y que siguiera al mismo tiempo.

Lo quería y lo odiaba. Michelangelo era una catarsis en su vida. EL sol colisionándose con una estrella diminuta.

Cuando el sollozo y las lágrimas cesaron y solo quedó su aliento contra su oreja, el calor de sus labios en su cuello, el suave vaivén de sus cuerpos meciéndose como si bailaran un vals lento, y las caricias en su espalda, Giovanna se dio cuenta de que dar todo no significaba quedarse sin nada.

Dar todo era eso: mostrarse, respirar, dejar ir, ser. Era colisionar para crear una supernova, liberar energía y crear.

Michelangelo le propuso ir a la cocina a tomar un vaso de agua. Ella ya no lloraba, pero su voz sonó ronca cuando le contestó con un escueto «sí». Una palabra que no solía salir muy a menudo de su boca. Fueron de la mano, y Michelangelo le preparó el agua y un sándwich. Ella se quedó mirándolo apoyada en la encimera. Estaba muy cansada, pero a la vez se sentía más despierta que nunca, como si hubiera recordado qué era sentir más allá del dolor y la pena.

Comieron en silencio bajo la luz de una vela y la luna, pero ninguno se dio cuenta de la falta de ruido, sus mentes estaban tranquilas. Lo que acababan de vivir había sido un antes y un después para ambos, no solo para Giovanna.

Michelangelo se había dado cuenta de dos cosas en ese momento: se puede querer a una persona en poco tiempo, y que ese sentimiento es el más grande del mundo.

—Michelangelo. —Giovanna rompió el silencio cuando él se puso a recoger los platos. El italiano se giró y la miró con los ojos muy abiertos y brillantes, como si supiera lo que estaba a punto de decirle —. Yo no estoy preparada para verme, pero… —Deslizó un tirante de seda por su hombro. El corazón de Michelangelo se saltó varios latidos —. Confío en ti para que me veas primero.

Y dejó caer el vestido a sus pies.

@VENUS

Creo firmemente en que nuestro único propósito en la vida es el de querer. Querer a tu familia, a tus amigos, a tu pareja, a los animales, al arte, a la lluvia, el sol, las estrellas… Da igual lo que sea, pero QUERER.

¿Qué sería de nosotros sin ese sentimiento que te llena el pecho y te llena de motivos para sonreír?

Querer no es lo mismo que ser querido. Pienso que lo primero es esencial, lo segundo es anhelado. Escuchar a alguien decir «te quiero» es como si pudiéramos ver cómo se inició el universo: una experiencia única. Antes no había nada, y entonces existe todo.

Por suerte no necesitamos de nadie que nos diga las palabras mágicas, porque ya nos tenemos a nosotros mismos.

Por desgracia, decirnos «te quiero» frente al espejo es una hazaña tan difícil que pocos afortunados pueden decir que lo han logrado.

XVI

Michelangelo había esculpido muchos cuerpos de mujeres, pero ninguno era comparable al que tenía delante en ese mismo momento. La piel bronceada envuelta en tatuajes, era muy distinta al mármol blanco que él siempre usaba.

—*Sei bellissima*.[9]

El escultor dio unos pasos hacia ella sin dejar de mirarla en ningún momento a los ojos. Giovanna tuvo que alzar la cabeza para mantener el contacto. No lo creía, pero le gustaba lo que escuchaba. Hacía años que no oía algo así.

—Ojalá pudieras verlo —le dijo apartándole los mechones de color ébano de la cara—. ¿Me dejarías retratarte así?

No tenían espejo, pero tenían cuadernos y tinta. ¿Sería capaz de retratar todo lo que era Giovanna en un simple trozo de papel? Michelangelo lo dudaba, pero ella no.

—Es para ti, para nadie más —dijo el italiano ante su silencio.

Mentira. Era para los dos. Un trozo de su alma quedaría plasmado entre trazos y papel, y Michelangelo se llevaría esa imagen a la tumba aunque el papel se lo quedara ella.

—Está bien. ¿Dónde me pongo?

Michelangelo tardó un poco en reaccionar. No estaba acostumbrado a que ella accediera sin debatir. Le señaló la guardilla donde habían estado pintando la otra noche. Ahí la claraboya arrojaría luz natural de la luna sobre ella.

Venus accedió. Subió las escaleras detrás del artista, y se sentó sobre los cojines que tenía en el suelo. Tan solo la cubrían unos tatuajes y las bragas de algodón. Estaba desnuda ante él. Habían pasado años desde la última vez que había estado desnuda delante de un hombre, pero con él se sintió segura a pesar del miedo a sentirse juzgada que seguía agazapado en su estómago.

—¿Cómo me pongo? —preguntó con la voz algo temblorosa. Se tapaba los pezones con las manos como si estuviera esperando a que él le diera la señal para comenzar.

—Como tú quieras.

Venus dudó. No tenía ni idea de cómo posar. Nunca lo había hecho, y mucho menos semidesnuda. Jamás se habría imaginado esa situación. Michelangelo se dio cuenta de su incomodidad, así que intentó darle unas instrucciones de poses que la hicieran sentir cómoda.

—Solo si quieres —le recordó.

—Sí —respondió muy rápido. Tenía miedo de cambiar de opinión si le preguntaba una vez más, y sentía que necesitaba hacerlo. Con sus pinturas siempre se descubría un poco más—. Pero no dibujes las cicatrices, no quiero que cuentes esa historia.

Michelangelo se quedó en silencio, asintió y dejó que ella eligiera qué quería mostrar.

Se puso de perfil, con la cara mirando hacia arriba y los ojos cerrados. Con el juego de luces y sombras, su espalda quedaba cubierta por un manto oscuro, por lo que no tuvo que preocuparse. Apartó las manos de sus pechos y los dejó libres. No estaba segura si desde la perspectiva de Michelangelo los podía ver por completo o no, pero no le importó.

Él se sentó en la otra punta de la guardilla, pero como era tan pequeña, no había mucho espacio entre ellos. Puso música y esperó a que ella le diera permiso para empezar a retratarla.

Michelangelo empezó bocetando su figura con rapidez sobre una lámina de acuarela. Tenía que concentrarse para no suspirar por la mujer que tenía delante. Su cuerpo era de una belleza que, supo, jamás podría retratar como merecía.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —preguntó él unos minutos después. Ya había encajado el dibujo y lo había esbozado. Estaba decidiendo si continuar con el carboncillo o borrarlo todo y darle un toque de color con las acuarelas.

—Una copa de vino estaría bien —respondió ella dirigiéndole una mirada. Cuando sus ojos se encontraron, algo en el interior del escultor se activó y empezó a dar saltitos de alegría.

—Por supuesto. Descansa un rato si lo necesitas.

Michelangelo bajó de la guardilla para ir a por esas copas de vino. Cuando se sumergía en el proceso creativo se le olvidaba el mundo entero. Comer, beber y dormir pasaban a un segundo plano. Hacía tanto tiempo que no le ocurría, que tuvo que mojarse la cara con agua fría para volver a la tierra y darse cuenta de que era posible volver a crear. Lo estaba haciendo.

Subió con una botella de vino, dos copas y un platito lleno de quesos, uvas y cerezas.

—Gracias.

Cuando Venus se inclinó para llenar las copas y coger algo de comer, sus secretos quedaron desvelados a la luz de la luna. Michelangelo se quedó inmóvil observando su espalda. Parecía que le hubiesen cortado las alas…

Y entonces se le ocurrió una idea. Su creatividad empezó a activarse de nuevo, así que dejó que volara tan alto como deseara, y empezó a esbozar unas alas de ángel que brotaban de las marcas de su espalda.

Cuando Venus lo vio empezar a dibujar, le preguntó si volvía a ponerse en la misma posición, todavía no le había dado tiempo ni a tragar el trozo de queso que acababa de morder, pero él ya estaba poseído por las musas.

—No, no te preocupes. Come… Esto no es algo real, es algo que he visto.

Ella trató de masticar sus palabras. ¿Qué podía haber visto que no fuera real? Intentó que sus ojos no se desviaran a lo que él hacía sobre el papel. No quería verlo hasta que no terminara. Se limitó a comer y beber mientras miraba a la luna y a las nubes que la empezaban a cubrir. Después de un rato encendió una de sus velas aromáticas y las bombillas leds que se enredaban en las vigas. La luz era escasa pero acogedora. Michelangelo ni se enteró, y Venus se quedó absorta en él, en su forma de apretar los labios, el ceño fruncido cuando algo no salía como quería, el brillo en los ojos cuando sí… Se miró el cuerpo: la piel erizada y los pezones erectos delataban sus pensamientos. Por suerte, él no la estaba mirando. Hasta ahora. Intentó cubrirse con una mano.

—Si tienes frío, ponte algo, no te preocupes por esto.

—No, no. Es… bueno, sí. —Cogió la manta que estaba apoyada sobre la barandilla, y se cubrió el cuerpo.

—¿Puedes poner la misma postura que antes? Es para la cara.

Ella asintió y volvió a posicionarse. Mientras él la pintaba se preguntó si se habría aprendido su cuerpo de memoria, y entonces una idea fugaz pero devastadora le perturbó la mente: «Yo también quiero aprenderme el suyo».

—Ya está. No quiero hacerte esperar dos horas más.

A ella no le importaría, porque no se había dado cuenta del tiempo que había pasado. Su mente estaba perdida entre la luna y la música, las nubes y el sonido del carboncillo contra el papel.

—¿Me lo enseñas?

Michelangelo le pidió un segundo mientras terminaba los últimos detalles. Entonces la dejó acercarse. Ella lo hizo con cautela, como si el suelo se hubiese convertido en lava. Se sentó a su lado, y esperó a que le mostrara esa pieza de ella misma.

—No es cien por cien realista… —Le mostró el retrato—. De repente se me ha ocurrido lo de las alas y me he dejado llevar. —Giovanna, asombrada, cogió la lámina con ambas manos—. Antes solía hacer cosas más surrealistas, pero luego me centré en la escultura y tuve que hacer más de un millón de estudios del cuerpo humano, y… —Ella dejó de escucharlo—. El clasicismo no deja mucho a la imaginación, la verdad. —Se le escapó una risa que hizo que el cuerpo de Giovanna vibrara y activara de nuevo todos sus sentidos—. ¿Qué te parece?

No quería llorar. No iba a llorar. El arte era bonito.

Y ese era el problema, que él había sacado algo bonito de ella. Otra vez.

Le temblaron las manos y el labio inferior, pero contuvo las lágrimas.

—¿Por qué las alas? —preguntó con la voz llena de grietas.

Michelangelo se conmovió, pero no quiso romper su momento de catarsis. Por eso le gustaba el arte, por todas esas emociones que despertaba en las personas.

—Porque me ha parecido que eres un ángel al que le cortaron las alas y le están volviendo a crecer.

Las lágrimas rodaron. Los sentimientos se intensificaron. El amor ganó la batalla.

—Gracias, Michelangelo.

El corazón del italiano se encogió. Acortó la distancia entre ellos, y pintó sus lágrimas de carboncillo, cosa que le sacó una sonrisa.

—Perdona, puede que te esté llenando de grafito en vez de ayudar.

Ella lo miró con estrellas brillando en los ojos.

—Me ayudas mucho más de lo que crees. —Puso una mano sobre su mejilla, y trazó un círculo con el pulgar sobre la barba incipiente.

—Giovanna… —susurró mirándole los labios. Ella se derritió y se convirtió en ese dibujo. Las alas brotaron de su espalda en el mismo momento en el que la manta cayó sobre su cintura. Batieron con el sonido de su voz y el fuerte latido de su corazón cuando lo besó.

Se puso a horcajadas sobre él. Michelangelo no dudó ni un solo segundo en recibirla con los labios y los brazos abiertos. Estaba dispuesto a darle todo. Y Giovanna quería recibirlo, por eso los besos aumentaron su intensidad y se convirtieron en una batalla de dientes y labios.

Él le pasó las manos por la espalda. Fue algo intuitivo, no pensó. No imaginó que con lo suave que era su piel se encontraría con texturas duras y rugosas. Ella se paralizó de golpe, con los labios todavía enredados en los suyos. Empezó a temblar tan fuerte que Michelangelo se asustó y detuvo el recorrido de sus manos.

—Giovanna, oye… ¿Estás bien?

Se había convertido en un tsunami tembloroso y capaz de inundarlo todo.

—Perdóname, fue un acto reflejo. Lo siento mucho. —El hombre, asustado, puso las manos de nuevo en su rostro. Llegó a suponer que le daría un infarto ahí mismo de lo mucho que lloraba y temblaba—. Giovanna, por favor, di algo. Por favor. ¿Estás bien?

—Hazlo otra vez.

A Michelangelo se le secó la boca. ¿Cómo le decía eso en ese estado de auténtico pánico?

—Hazlo. —Esta vez su voz sonó más dura, con autoridad. Se limpió el mar de lágrimas con las manos—. Estoy bien.

No estaba nada bien. Él tampoco estaba bien. Nunca había visto a nadie tan roto. Y él no se veía capaz de sujetar todos esos pedazos, pero es que tampoco tenía que hacerlo. Ella ya estaba en ello. Solo necesitaba que sus manos actuaran como su pegamento.

—Hazlo, por favor.

No pudo negarse ante esa mirada. Ese ruego. Ese vaivén de las caderas. Michelangelo volvió a pasar sus manos por su espalda una vez más. En esta ocasión con muchísimo más cuidado, como si fuera de cristal. Tragó saliva. La intensidad de ese momento lo iba a matar. Inspeccionó cada gesto de su rostro: la forma de cerrar los ojos, las gotitas saladas que colgaban de sus pestañas, el labio tembloroso, las pecas cubiertas de un mar rojizo… Y después el iris brillante, las pupilas dilatadas, los labios entreabiertos, el sabor de la palabra «sigue», sus besos salados y suaves, el frío del suelo en su espalda, la forma de sus pechos en sus manos…

—Dime que estás y bien y que te sientes segura —le imploró el escultor agarrándola de las manos antes de que terminara de desabrocharle la camisa. Ella lo miró a los ojos y confirmó todo aquello que estaba sintiendo.

—Estoy más viva que nunca. —Se deshizo de su agarre para acariciar el cuerpo que tenía debajo de ella—. No estoy segura de nada en esta vida, pero contigo sí, estoy segura. ¿Y tú?

Con toda probabilidad, eso era lo más bonito que una mujer le había dicho a Michelangelo en sus treinta y ocho años de vida. No tenía ninguna duda de que lo quería todo con ella: las lágrimas y las risas, el dolor y los orgasmos, la incertidumbre y la seguridad.

En menos de dos segundos la ropa voló, y la distancia dejó de separarles. Se fusionaron en un solo cuerpo, y Michelangelo descubrió el significado del arte: él y ella, juntos.

Giovanna fue capaz de despojarse de todos los miedos. Entre ellos ya no cabía nada aparte de la pasión y el amor.

—Joder, Giovanna…

Ella gimió al escuchar su nombre, el baile que habían comenzado se volvió más rítmico, más duro, más primitivo. Él se incorporó entre gruñidos y la agarró del pelo tratando de no hacerle daño.

—Mírame.

Su voz vibró dentro de ella y le arrancó un nuevo gemido justo antes de abrir los ojos y encontrarse con una mirada feroz y salvaje que no había visto antes en él.

Michelangelo la besó, se bebió sus gemidos y ella los suyos. Se convirtieron en fuego, sudor y jadeos. Un enredo de piernas, labios y dientes. Hacía tantísimo tiempo que Giovanna no se había sentido así,

que no supo controlar el volumen de su placer ni el movimiento de sus músculos internos que exigían más y más de él.

Cada vez que Michelangelo gemía, ella sentía que el paraíso caía sobre sus hombros.

—Di mi nombre…

—Ve…

—No.

—Giovanna —susurró mirándola a los ojos.

Michelangelo podría jurar que ella brilló en el mismo momento en que le rozó la espalda con los dedos. Giovanna alcanzó el clímax en su forma más animal y salvaje, con los ojos en blanco y su cuerpo apretado contra el de su pareja, como si quisiera fusionarse en uno para siempre.

Y Michelangelo no tardó mucho más en acompañarla al cielo. Ella tenía alas y lo hizo volar tan alto, que hasta que el amanecer no se empezó a colar por la claraboya, no volvieron en sí.

—Giovanna —repitió su nombre una vez más, apartándole el pelo de la cara. Ella abrió los ojos ante su llamada. Todavía brillaba un destello salvaje y primitivo en ellos. La mano de Michelangelo continuaba en su espalda, y sus cuerpos todavía estaban unidos cuando dijo—: Eres muy hermosa a pesar de tu sufrimiento, o tal vez gracias a él.

@VENUS

Un día sentí el tacto del algodón, el cosquilleo del viento, el sabor de las nubes… Y entonces me caí. Se me rompieron las alas. Me las arrancaron de un zarpazo.

Nunca pensé que pudieran volver a crecer, pero las mías ya baten al son de un corazón. Y ya no me imagino volver a vivir sin el vértigo de caerme del cielo.

XVII

Ya era de día cuando Michelangelo abrió los ojos.

En algún momento se habían mudado a la cama después de comprobar la incomodidad de las mantas y los cojines de la buhardilla durante horas.

Lo primero que vio el escultor fue a Afrodita paseándose por la repisa de la ventana que tenía sobre su cabeza. Lo miraba con cierto recelo. Esa gata era la reina de la casa, sin duda, pero ¿y dónde estaba la que era la reina para él? Su lado de la cama estaba vacío y frío, ¿se habría ido a trabajar sin decirle nada?

Antes de que pudiera siquiera incorporarse, Venus apareció por la puerta con una bandeja en las manos repleta de comida, y lo que más le sorprendió a Michelangelo: un tomate con una vela encendida.

—Feliz cumpleaños, porque sigue siendo tu cumpleaños, ¿verdad?

Se sentó en la cama dejando al descubierto unos muslos llenos de tatuajes: La Venus de Botticelli en la pierna izquierda y El ángel caído de Alexandre Cabanel en la pierna derecha. Obras de arte sobre obra de arte, así era ella.

—Sí, sigue siendo mi cumpleaños —contestó el italiano con una sensual sonrisa dibujada en su rostro. Trató de evitar pensar en lo mucho que le gustaría lamer cada uno de sus tatuajes y ver qué más descubría debajo de esa camisa que era… ¿la suya? Ahora sí que tuvo que hacer ejercicios de respiración para no ponerse sobre ella y arrancársela.

—Entonces, ahora sí, feliz cumpleaños —repitió Venus con una preciosa sonrisa. Era tan difícil verla sonreír, que el escultor deseó pausar ese momento y guardárselo en el bolsillo.

A Michelangelo se le olvidó que había una vela plantada en el centro del tomate hasta que ella se lo acercó a la cara.

—Pide un deseo.

Michelangelo rio, y Venus, después de mucho tiempo sin soplar velas ni pedir deseos, anheló que esa risa no lo abandonara nunca.

—¿Este es mi regalo de cumpleaños? —siguió riéndose después de soplar la vela, mientras se apoyaba en la pared sin cabecero. Su mano rozó las de Venus, que sostenían el tomate, y la otra la dejó reposar sobre su muslo desnudo de una forma tan cómoda y relajada, que a Venus la hizo sonrojar esa familiaridad.

—Sí, sé que te gustan mucho. —Quitó la vela de la fruta, y la dejó en la bandeja—. Espero que disfrutes de tu desayuno.

Las yemas de sus dedos acariciaron la piel en llamas de la italiana.

Caricias en forma de círculo, tiernas y dulces, pero que removían cada célula de su cuerpo como si tuviera electricidad.

Michelangelo la hacía sentir cosas que tenía muy olvidadas. Le recordaba cosas de ella misma que quería olvidar, y descubría otras que jamás pensó que experimentaría.

El escultor le dio un bocado al tomate como si se tratara de una manzana. El líquido rojizo resbaló por los dedos de Venus, los nudillos, y la palma de su mano mientras Michelangelo masticaba en silencio y con la mirada fija en sus ojos. Venus se preguntó cómo era posible que convirtiera algo tan pringoso y sucio en algo tan sumamente sensual. Y entonces se dio cuenta de que eso no era sexy, lo sexy era ver la forma en la que Michelangelo paseaba la lengua entre sus dedos llevándose todo rastro de color con la misma facilidad con la que ella se quedaba sin aliento.

—Joder… —Se le escapó un murmuro del que enseguida se arrepintió, pero ya era demasiado tarde porque Michelangelo la había oído, y la sonrisa que ahora se dibujaba en sus labios era más seductora que todas las anteriores.

Con un movimiento rápido, Michelangelo se deshizo de la bandeja que estaba entre los dos, y la dejó en el suelo sin importarle que la gata se comiera su desayuno. Venus se dejó llevar por sus movimientos gráciles y salvajes sobre ella, permitió que la tumbara sobre las sábanas desordenadas y que su peso cayera sobre su cuerpo, tan cálido y cómodo que le sorprendía.

—Prefiero que tú seas mi desayuno —ronroneó el italiano justo antes de lanzarse a devorarle los labios como si se acabara el mundo.

Su garganta amortiguó el gemido que se escapó de Venus, pero las mariposas que revoleteaban en su estómago, esas no las cazaría nadie. Dejó que sus dedos bailaran por los botones de su camisa, que se deslizaran por el elástico de las bragas que llevaba puestas, y que la dejara semi desnuda a su merced.

Con la camisa desabrochada pero todavía cubriendo sus brazos y la espalda, Venus se sentía más segura, sobre todo teniendo en cuenta que la luz del sol se colaba por la ventana y dejaba a la vista absolutamente todo. Michelangelo era perfecto, pensó cuando se incorporó lo suficiente como para dejarla admirar su cuerpo cincelado por el ejercicio, pero ella… Ella odiaba su cuerpo incluso más de lo que se admitía a sí misma.

—Eres tan bella… —suspiró él entre sus pechos mientras la besaba, la acariciaba y recorría cada línea de sus tatuajes con la lengua. Pero ella no escuchaba, qué pena que el italiano no pudiera prestarle sus ojos durante unos minutos para que viera la belleza que él era capaz de percibir en cada centímetro de su piel: en las líneas mal trazadas, las estrías, las pecas, el vello, incluso en las cicatrices que había

tocado.

Giovanna estaba preparada para entregarle todos sus pedazos de nuevo cuando algo interrumpió la magia.

—¿Tienes condón? —le preguntó Michelangelo deteniendo la necesidad primitiva que tenía de deslizarse dentro de ella.

—Eh… —La cabeza de Venus daba demasiadas vueltas como para poder pensar con claridad. No pudo ordenar sus ideas hasta que él interrumpió el contacto con su cuerpo—. No. —Se aclaró la garganta —. ¿Y tú?

Michelangelo buscó en los pantalones de su traje, en la chaqueta, el chaleco… Gruñó al darse cuenta de que no había traído nada, y sobre todo, al percatarse de que hacía unas horas lo habían hecho sin protección.

—Lo siento. —Se disculpó con la mirada puesta en el suelo.

La simple imagen de su cuerpo desnudo, a Giovanna la volvía loca. Ahí estaba él, de pie, bajo los rayos del sol, con una fina capa de sudor cubriendo su cuerpo, y preparado para tener sexo. No se escondía de nada. Y tampoco tenía de qué hacerlo —pensó Venus—, su cuerpo era una obra de arte maestra.

Cuando se sentó en una esquina de la cama, ella reaccionó y se incorporó cubriéndose sus partes íntimas con la camisa, como si él no la hubiese visto, tocado, y besado ya.

—Perdóname. Ayer no pensé —dijo avergonzado y enfadado consigo mismo. Las venas de su cuello se marcaban. Ella dudó en si hablar o no—. Te acompañaré a por la pastilla del día después.

Giovanna se tensó. ¿Se atrevería a decírselo o no?

Michelangelo la miró a los ojos.

—En serio, lo siento, ojalá pudiera tomármela yo y…

—No te preocupes —lo interrumpió—. No hace falta.

—No tiene por qué pasar, pero sería más seguro si…

—No va a pasar porque yo no puedo tener hijos.

Pum. Otra grieta en la que Michelangelo se colaba. Dolía abrir heridas que sanaron mal, pero daba la sensación de que él estaba empeñado en reabrirlas y sacar todo el dolor de ellas. ¿Sería capaz de curarlas de una vez por todas? ¿Le dejaría el camino libre para hacerlo?

—Oh. —Michelangelo se quedó sin palabras, algo muy extraño en él. Se acercó más a su pareja, y volvió a crear espirales en sus piernas con la yema de los dedos—. Lo siento.

Venus se estremeció ante su contacto y la tristeza de su mirada.

—Ah, no pasa nada. Pero, bueno… No te preocupes más porque yo… Yo… —Venus empezó a tropezarse con sus propias palabras. Abrirse el corazón de par en par era algo a lo que no estaba acostumbrada—. Quiero decir que… No te preocupes porque no tengo

ninguna enfermedad venérea ni nada de eso.

—Oh. —Las caricias de Michelangelo se detuvieron en seco. Nunca se había quedado tanto rato tratando de sacar las palabras de su garganta. Eso era lo bueno de ellos dos juntos, que conseguían lo que nadie había logrado en mucho tiempo el uno con el otro; Michelangelo quedarse mudo, y Venus hablar más de la cuenta—. Vale, me alegro. Yo tampoco tengo.

—Ah. —Se sonrojó ella. La conversación se estaba tornando en un intercambio de interjecciones—. Vale, bien entonces.

Michelangelo se removió entre las sábanas.

—No es que vaya teniendo relaciones sexuales sin condón. —Quiso aclarar.

«Bien», pensó ella. «Porque yo ni siquiera las tengo».

—Solo me ha pasado una vez… O sea, dos. —Los ojos de Venus le recordaban a los de una cierva asustada y curiosa. Se aclaró la garganta. Toda la tensión sexual que había sentido hasta hace unos segundos se rebajó por completo. La sangre volvió a circular por su cuerpo y lo permitió pensar de nuevo. Venus le había contado cosas muy personales, lo había dejado entrar en su casa, en sus cicatrices… Él tenía que pagarle con la misma moneda. La confianza solo es viable cuando es mutua—. La primera acabó convirtiéndose en un precioso bebé.

Venus se quedó callada. ¿Michelangelo era padre? No tenía pinta. Daba la imagen de artista bohemio que se encierra en su estudio a crear y luego se va de fiesta con chicas tan perfectas como él.

—Oh… —Venus se esforzó por no quedarse estancada en las interjecciones—. ¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

Venus se rascó la cabeza. Ella tan solo era tres años mayor que su hija, eso era… raro.

—Pero tú has cumplido treinta y ocho, ¿no? Eres muy joven para tener un hijo de veinticuatro.

Michelangelo elevó la comisura derecha del labio, y eso revolvió las mariposas de su estómago una vez más. Se sentó más cerca de ella cubriéndose con la sábana hasta la cintura.

—Se llama Iris Francesca, y sí, la tuve joven, con quince años.

—Eras un niño… —añadió ella.

—Bueno, sigo siéndolo, aunque me veas como un viejo —le sonrío. Es verdad que conservaba intacto a su niño interior, aunque Venus se imaginó que debió de madurar demasiado pronto para criar a su hija. No estaba muy segura si preguntar por la madre, pero él ya había decidido contárselo todo—: Fue con mi primera novia. Ella tenía diecisiete, y bueno, éramos unos críos estúpidos, aunque no me arrepiento de nada. Francesca es lo mejor que me ha pasado nunca. —

Dirigió la mirada hacia la ventana—. La madre se fue a los tres meses de tenerla. —La mandíbula se le tensó—. Decía que era muy joven para tener una hija y que había sido un error dar a luz, pero yo nunca pensé que fuera un error, así que ella se marchó y yo me quedé con mi bebé.

El énfasis en el «mí» le dio un vuelco al corazón de Giovanna. Lo que le estaba contando era algo muy íntimo, que además decía muchas más cosas de él de las que ella había descubierto durante esos días.

—Fuiste muy valiente —dijo ella después de un largo silencio.

Él la volvió a mirar con esa sonrisa radiante en la boca.

—En realidad, tuve suerte. Mi familia siempre me apoyó. No podría haberlo hecho solo. Yo era un niño que quería ser artista. —Se le escapó una risita—. Ya ves, algo sencillo y con mucho futuro. —Giovanna le devolvió una leve sonrisa—. Y mi padre siempre me apoyó incondicionalmente en las dos cosas. También tenía a mi hermano mayor que se le daba muy bien protegernos de cualquier peligro. Así que en realidad el mérito lo tienen ellos.

—Y tú también —afirmó ella. Michelangelo se lo agradeció con otra sonrisa y una leve caricia en la pierna. El contacto físico era algo esencial para él, pero a Venus le costaba algo más mostrarse cariñosa, aunque en el fondo de su corazón quisiera hacerlo.

Se esforzó por exteriorizar todo aquello que sentía por dentro, y lo abrazó. Descubrió que le encantaban los abrazos, sobre todo los de Michelangelo, que eran fuertes y cálidos. Él respetó su espacio abrazándola por la cintura, sin tocarle la espalda.

—Así que… ¿Te gustan las mujeres mayores? —preguntó Venus cuando se separaron. No pretendió ser graciosa, pero Michelangelo se rio.

—Ahora que lo pienso, solo he estado con una persona más joven que yo. —La miró con esos ojos color tierra tan cálidos y acogedores —. Tú. ¿Y a ti te gustan los chicos mayores? Y… ¿Las chicas?

Giovanna se tomó unos segundos para pensarlo.

—Sí. —Sonrió—. Mala suerte que yo sea menor que tú.

La sonrisa de Michelangelo se ensanchó todavía más mientras se volvía a poner sobre ella.

—Creo que contigo puedo hacer una excepción. Estás de suerte.

Ella puso los ojos en blanco, aunque no pudo evitar una sonrisilla. Y después empezaron los jadeos, las risitas tontas, los gemidos, los gritos de placer, el sudor y las extremidades enredadas hasta que se pasó la hora del desayuno y ya era la de comer.

Mientras Michelangelo se duchaba, recibió un mensaje inesperado que le inundó el corazón de alegría una vez más.

Piccolina: ¿Dónde estás? Estamos en tu hotel. ¡Sorpresa! Feliz cumpleaños.

@VENUS

Cuando era pequeña siempre me regalaban bebés de juguete. Y a mí me gustaba pasearlos con el carro y cuidarlos como si fueran míos. Supongo que a los niños les gusta imitar a los mayores. (Concretamente lo que dicta la sociedad que tienes que ser en base a tu sexo).

De pequeña pensaba que me gustaban los bebés, jugar a las cocinitas, el color rosa y las princesas que buscan a su príncipe azul. Pero resulta que no. Cuando crecí me di cuenta de que no aguantaba a los niños, odiaba el rosa y no entendía por qué en algún momento de mi vida me gustó ver películas de princesas sin personalidad. Resulta que no es que mis gustos hubiesen cambiado, sino que había desarrollado un criterio propio.

Sí, me gustan los bebés, pero desde lejos. Sí, me gusta el color rosa, pero no para mí. Sí, me gustan las pelis de princesas, pero las que hacen ahora.

A veces me pregunto por qué es tan difícil ser mujer, y la respuesta siempre es: no es que sea difícil, es que los demás lo hacen difícil. Nunca nadie habla de la regla, de la pubertad, del sexo y de todo lo que ello conlleva: el consentimiento, los métodos anticonceptivos, el aborto…

¿Por qué parece que ser mujer es un tabú? ¿Por qué hasta que no experimentamos cada una de esas cosas no tenemos ni idea de lo que significan?

Si pudiera volver atrás, cogería a mi yo de la mano y le hablaría de todo aquello que nos hace mujer y que al mundo le molesta. Le aseguraría que está bien sentirse rara y fuera de lugar, que a veces el camino es duro y las personas todavía más, pero que a pesar de todo eso, sin ella, el mundo dejaría de existir.

XVIII

Cuando Michelangelo decidió con total espontaneidad irse de vacaciones a un pueblo de Cinque Terre, en ningún momento pensó que ahí pasaría su cumpleaños junto a su hija, a la que ya no veía tan a menudo por culpa de la distancia. También junto a su yerno, y la mujer de las alas cortadas que hasta hacía unos días no soportaba ni verlo ni hablarle durante más de veinte segundos.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Michelangelo a Venus justo cuando llegaban a la puerta del hotel. Él se había atrevido a agarrarla de la mano durante el camino porque necesitaba su contacto, y después de lo que habían hecho esa noche y durante la mañana, no le había parecido para nada un gesto extraño, aunque ella no opinaba lo mismo. Le sudaban las manos y notaba un ligero temblor en sus dedos.

—¿Sí? —dudó ella—. Es que es tú hija, a la que le saco tan solo dos años. Y tú y yo…, o sea…

—¿Tú y yo? —Michelangelo disfrutaba de ponerla nerviosa. Adoraba cuando se trababa con las palabras porque eso significaba que estaba poniendo un poco de su parte para comunicarse con él, no como al principio.

—Somos amigos —murmuró tan bajo que casi no la escuchó.

—¿Y?

La sonrisa que esbozó el italiano sacó de los nervios a Venus.

—¿Y? ¿Te parece gracioso ponerme así? —le recriminó soltándose de su mano grande y sudada por su culpa. Michelangelo no pudo evitar la risita que brotó de su garganta.

—Pues la verdad es que sí. —El escultor trató de no hacerla rabiar más, aunque esa fuera su actividad favorita en el mundo. La acercó a él con facilidad y puso ambas manos en sus mejillas. Ella era tan pequeña, que era capaz de cubrirle todo el rostro. Pasó el pulgar por las pecas de su nariz, y ella la arrugó en un gesto intuitivo pero gracioso—. Quiero que mi amiga —La enfatización en la palabra «amiga» le provocó a Venus un vuelco en el estómago—, conozca a mi hija y a mi yerno, y que venga a comer con nosotros por mi cumpleaños. ¿Eso te parece tan raro?

A Venus todo lo que involucrara a Michelangelo de por medio le parecía rarísimo. Se aclaró la garganta y dejó que alzara su rostro hacia él para recibir sus labios cálidos y suaves que hasta hacía una hora habían estado en las partes más íntimas de su cuerpo. Esa idea la sonrojó de inmediato. El calor que él le provocaba se mezcló con los

treinta y ocho grados de Manarola y comenzó a sudar de nuevo.

—Los amigos no se besan.

Él le contestó con una risita que la dejó más confundida justo antes de entrar a la recepción del hotel.

—¡*Piccolina*!

La chica que estaba junto a uno de los ventanales que daban al jardín, dejó de mirar a su compañero para dirigirse a la voz paternal y alegre que la llamaba. En cuanto Iris y Michelangelo entraron en contacto visual, una sonrisa grande e iluminadora le cubrió el rostro a la joven, una tan bella como la de su padre.

—¡*Papà*!

Ambos cuerpos chocaron a mitad de camino. Michelangelo la aupó del suelo y dio vueltas con ella mientras le daba besos en el pelo castaño claro. «¡Feliz cumpleaños!», gritaba ella entre risas una y otra vez. Entonces el chico que la acompañaba también se acercó a felicitar a Michelangelo con un abrazo.

—Pero, ¿qué hacéis aquí? —preguntó el cumpleañero con una sonrisa constante en los labios.

—¡Celebrar tu cumpleaños! —respondió su hija—. ¿No es obvio?

—Bueno, y aprovechar que estás aquí para pillarnos unas mini vacaciones de fin de semana —confesó Martín, el novio de Iris.

—¡Oye! Eso no se dice —murmuró dándole un suave golpe a su chico. Entonces Iris reparó en la chica bajita de pelo negro azabache, ojos tormentosos y piel cubierta de tatuajes—. Oh, hola.

—Francesca, esta es Venus, una amiga. —Michelangelo giró la cara hacia ella para guiñarle un ojo, después le puso una mano en la parte baja de la espalda, donde sabía que no le incomodaba tanto que la tocaran.

—Encantada, qué nombre más bonito. —Le sonrío la hija de su «amigo»—. Yo soy Iris. No le hagas caso a mi padre, que le gusta llamarme Francesca, y a mí no. —Lo miró con las cejas levantadas y le dio dos besos a Venus—. Y él es Martín, mi novio.

Mientras Venus se daba los dos besos de cortesía con el chico, Michelangelo dijo algo que la volvió a hacer rabiar.

—Ya, bueno, Venus también tiene otro nombre que no le gusta que use, pero lo hago de todas formas porque hay confianza.

La mirada que le echó podría haberlo matado. En otro momento, esa mención a su verdadero nombre y al pasado que llevaba a cuestas, se la habría tomado muy mal, incluso la habría herido, pero con Michelangelo pasaba algo peculiar. Debido a su sonrisa, la más ancha y brillante que jamás hubiese visto Giovanna, y su buena fe, se lo tomó con humor.

—Qué malo eres, papá. No sé cómo haces amigos, en serio.

—Yo tampoco —remató Venus.

Las chicas se pusieron a reír, y eso tan solo fue el principio de una bonita amistad.

—¿Habéis reservado para comer? —preguntó Michelangelo.

—No, acabamos de llegar y de dejar las maletas en la habitación. ¿Conocéis algún restaurante cercano que esté bien?

—Os llevaré a uno que bien podría ser el mejor del pueblo —dijo Venus. Y eso sonó como música celestial para los oídos de Michelangelo. ¿Venus siendo amable con alguien? Debía de ser un milagro.

—Está bien, te seguimos.

Venus los llevó al sitio más bonito de toda Manarola. Un lugar acogedor lleno de plantas de colores, comidas exquisitas, y olor a orégano y romero: *Ristorante pizzeria di Nando*.

—Cuéntame, *piccolina*, ¿qué tal te va por España? —preguntó Michelangelo a su hija después de acabar con casi todas las tapas.

—Genial, no me falta el trabajo, ¿y sabes qué? ¡Nos vamos a comprar una casa!

—Ah, qué bien. ¿Ya habéis mirado precios?

—En realidad, ya la tenemos —matizó Iris llevándose el último trozo de carpacho a la boca.

—¿En serio? —Su padre frunció el ceño—. No me habéis dicho nada.

—Es que tu hija se ha vuelto loca después de cobrar las regalías del libro y se quiere comprar un chalé.

—¡No me he vuelto loca! —rebatió mirando a su padre a los ojos—. Era una casa que llevábamos tiempo viendo y nos encantaba. Al fin ha pasado el año desde que publiqué el libro y he podido cobrar, así que ya es nuestra. —Alzó las manos como dándole gracias al cielo.

Venus se encontraba un poco perdida. No quería intervenir mucho, pero eso le llamó la atención.

—¿Eres escritora?

—Sí —contestó la muchacha con alegría—. Tengo un libro publicado, de momento.

—Ah —musitó Venus sorprendida—. ¿Cómo se llama? ¿De qué va?

El cuerpo de Michelangelo se tensó. No le gustaba nada hablar de ese tema.

—Se llama «Farfalla». Trata sobre la vida de la primera mujer *capo* de La Cosa Nostra. Es una biografía.

—¡Hala! —exclamó. Esa vez fue Michelangelo quien se sorprendió. Venus nunca alzaba la voz—. Claro que sé cuál es, lo he leído. De hecho, lo tengo en casa. Me fascinó. ¿Es verdad? ¿Conociste a Alessandra Veneziano?

Iris miró de reojo a su padre antes de contestar con una media sonrisa, se sentía orgullosa del trabajo que había hecho con ese libro,

aunque a él no le gustara nada.

—Es verdad. Bueno, hay un poco de ficción para darle más dramatismo, ya sabes… pero el noventa por ciento es real. Y sí, la conocí. —Esa última afirmación la dijo con algo de tristeza.

—Sí, y ahora es millonaria gracias a eso —dijo Martín con un brillo en los ojos.

—No soy millonaria —bufó ella como si estuviera harta de repetírselo—. Es que, si cobro una vez al año, es normal que sea mucho dinero de golpe.

—Y porque es *bestseller* —añadió su novio acariciándole el brazo con orgullo. Ella medio sonrió.

—¿Por qué cobras una vez al año? —preguntó Venus muy interesada en el tema de la literatura.

—Así es la industria de las editoriales. No tiene mucho sentido, pero, en fin, no tengo de qué quejarme.

Venus asintió, enfrascada en cada una de sus palabras.

—A Venus le gusta mucho leer, también escribe, ¿verdad?

—Sí, bueno… —Se enderezó. No se había dado cuenta de lo mucho que se había inclinado en la mesa para escuchar mejor a Iris—. Solo unos relatos y reflexiones, nada serio.

—Ah, que guay. Me gustaría leer algo tuyo, me lo puedes pasar si quieres, te doy mi correo.

Venus no se atrevió a decirle que no, aunque por dentro se estuviera muriendo de la vergüenza. Ella publicaba sus textos en internet, pero ahí nadie sabía quién era ella ni su verdadero nombre. Se vio obligada a apuntar su correo electrónico mientras los escuchaba seguir hablando.

—¿Entonces es verdad que te has hecho millonaria? —se interesó su padre. Tenía el semblante serio, algo nada habitual en Michelangelo.

—Que no…

—Pero casi —añadió Martín.

—¿Eso significa que se ha vendido mucho el libro? —siguió preguntando su progenitor.

—¡Sí! Un montón. Me han propuesto otro contrato editorial, dicen que están muy contentos conmigo.

—Como para no estarlo, les has traído miles y miles de euros. —Martín alzó los dedos de las manos como si quisiera contar los ceros de la cuenta de su novia.

—¡Ay! No seas tonto. —Le cerró el puño—. Ya estoy pensando en una propuesta ed…

—¿Has seguido recibiendo amenazas? —La interrumpió Michelangelo. Venus alzó la cabeza ante esas palabras, y se dio cuenta de que su acompañante tenía la mandíbula apretada y la vena del

cuello le palpitaba.

—No, papá. Eso solo pasó una… Tres veces, creo.

—¿Te parecen pocas?

Venus los observó. Iris le estaba declarando la guerra a su padre con la mirada. Estaba claro que ese era un tema delicado. Martín se limitó a negar con la cabeza como si él también quisiera evitar el tema.

—No, pero hace tiempo que no ha pasado nada, papá. Todo está bien. Son tonterías de fanáticos, nadie me va a hacer daño.

—¿Te ha amenazado la mafia? —preguntó Venus con cierto temor y sorpresa.

—Eh… Sí. En nombre de la mafia más bien —respondió la reportera jugando con sus cubiertos. Entonces llegó el camarero con los platos principales y se creó un silencio tenso.

—Ten cuidado, *piccolina*. Es mejor que no publiques más. Es peligroso.

—Papá, es seguro. No ha pasado nada ni va a pasar, además… —Enrolló su tenedor entre los espaguetis al pesto—. No voy a publicar más sobre la mafia. Ya entrevisté a la persona más importante. Ahora me voy a ir por otras industrias un poco más amables y menos agresivas.

—Sí, el mundo del cine es muy poco agresivo —dijo su novio con ironía—, sobre todo en Twitter.

Iris le dedicó un gesto de burla que él correspondió con una sonrisa y un beso antes de probar su pizza siciliana.

Venus, le puso la mano a Michelangelo en la rodilla para que se calmara. Su cuerpo se destensó ligeramente. Ella no podía imaginar lo duro que sería para él como padre saber que la mafia pudiera estar detrás de su hija, pero lo que Venus sí conocía era el dolor de una pérdida. Eso era algo horrible, una mutilación del alma, y deseaba que Michelangelo jamás lo tuviera que vivir.

—Y tú, Venus, ¿a qué te dedicas? —preguntó Iris para cambiar de tema.

—Trabajo en una frutería —respondió ella con modestia. Se sentía pequeña al lado de unos artistas como ellos. Hasta Martín trabajaba ilustrando novelas gráficas y cómics.

—La conocí comprando tomates —añadió Michelangelo—. Mentira, en realidad la conocí en un restaurante. Me confundió con un camarero y luego se fue tan pancha.

Iris y Martín se rieron, y a Venus se le escapó una sonrisita al recordar ese momento, que, desde su perspectiva no había sido para nada divertido, pero que ahora le resultaba incluso cómico.

—No me extraña, la verdad. Papá, asúmelo, te vistes de una forma que es fácil de confundir.

—¿Cómo? Si siempre voy súper elegante, guapo y sexy, ¿o no?

Iris y Venus se miraron con complicidad, y ambas le gastaron una broma a Michelangelo negando al mismo tiempo con seriedad. Les costó mucho esconder la risa que burbujeaba en el fondo de sus gargantas, pero la cara de decepción de Michelangelo les hizo tanta gracia, que no pudieron aguantar más.

—Tranquilo, papá. Estás guapo, era una broma.

—Ya, eso imaginaba. —La sonrisa volvió al rostro del escultor.

Pasaron unas agradables horas comiendo juntos, poniéndose al día y conociéndose. Al terminar los postres, Iris y Martín se empeñaron en ir al puerto. Le contó a Venus que se había criado junto al mar, en Positano, y que cuando se mudó a Madrid para estudiar periodismo lo pasó fatal sin poder pasearse junto al mar como hacía cada día, por eso habían decidido mudarse a Valencia, a una casa frente a la playa.

—¿Nos bañamos? —preguntó Iris con entusiasmo.

—No tenemos bañadores, cariño —le respondió su novio poniéndose las gafas de sol. Con los ojos tan claros le debería de molestar el doble la luz.

—¿Y? Los compramos.

—¿Piensas desnudarte delante de todos?

Ella rio.

—No, conozco las técnicas para cambiarme sin que nadie me vea, es fácil. Vamos ahí, hay una tienda donde seguro que venden.

A Venus le empezaron a recorrer gotas de sudor por la espalda. Ella solo iba al mar de noche precisamente para evitar el bañador y las miradas sobre su cuerpo.

—Yo…, me voy a ir a casa.

Michelangelo la miró con esa arruga vertical que se le formaba en el entrecejo cada vez que no comprendía su actitud.

—No, quédate con nosotros. Me has dicho que hoy no trabajas, ¿verdad?

—Si, claro, quédate, Venus —le pidió Iris.

—Ya, es que… —intentó pensar rápido en una excusa—. Tengo que darle de comer a mis gatos.

La carcajada de Michelangelo reverberó por todo el puerto.

—No te preocupes por ellos, saben muy bien cómo y dónde conseguir comida, seguro que cuando llegues a casa te han saqueado la cocina.

Martín la miró con curiosidad.

—¿Pero cuántos gatos tienes?

—No los «tengo», son gatos que vienen a mi trabajo para que les dé de comer, y de vez en cuando una viene a visitarme a casa. Creo que la última vez que conté eran cinco o seis… —Empezó a enumerarlos y a contar con los dedos—: Leo, Eros, Ángel, Coraline y Afrodita. Ellos

siempre se quedan, aunque de vez en cuando vienen otros.

—¡Qué guay! A mí me gustaría tener uno, pero Martín dice que es alérgico.

—No lo digo, lo soy.

—Es mentira, solo es que no se lleva muy bien con ellos —dijo ignorando a su novio con un gesto de la mano—. Vamos a por los bañadores.

—Yo… —A Venus le empezó a caer la gota gorda. Desde que llegó a Manarola, nunca se había bañado en mar. Solo había metido los pies hasta las rodillas. Todo por las malditas cicatrices.

—Y por qué no nos metemos con ropa, ¿qué os parece? —sugirió Michelangelo empezando a descalzarse y a quitarse el chaleco que llevaba desabrochado.

—¿Estás loco, papá? —Iris lo miró con cierto recelo—. No sé para qué pregunto si ya sé que sí.

—Pues eso digo yo. —Le entregó el móvil y la cartera a su hija antes de quitarle la bolsa de tela a Venus—. Y tú también vienes.

—No, en serio…

No la dejó hablar. La cogió en brazos como si su peso fuera el equivalente al de una pluma y se fue acercando al mar.

—¡Michelangelo! ¡Suéltame! —Ella pataleó, se removió tanto que hasta se le cayeron las sandalias.

—Venga, seguro que el agua nos refresca, estás sudando.

No le faltaba razón, pero a Venus no le hacía ninguna gracia que la obligara a meterse en el mar. Por lo menos llevaba el vestido puesto y la espalda bien cubierta. No le pasaría como la última vez donde la tela se le resbaló y dejó a la vista todas sus heridas y sus miedos más irracionales.

—Te voy a matar, te juro que te mato y te descuartizo para darte de comer a los gatos.

Él no dejaba de reírse de todas sus ocurrencias.

—Está bien, te dejo que me hagas pedacitos, pero tú hoy te bañas en el mar.

Y cumplió su promesa, o al menos su amenaza. Se internó en el mar hasta que el agua salada le cubría el cinturón y a ella los pies, y se sumergieron.

A Venus se le erizó la piel en el agua. Hacía tantísimo tiempo que no se bañaba de cuerpo completo en el mar, que se le había olvidado ese tacto, el olor, el regusto salado, el no poder abrir los ojos hasta pasarse el dedo por las pestañas, el vaivén de las olas contra su cuerpo… Y el hecho de dejarse llevar por la corriente y flotar en el vasto manto azul.

—¿Ha valido la pena? —La voz de Michelangelo sonaba dulce y tierna contra su oído.

Venus no estaba muy segura de si distinguiría las lágrimas entre la mar salada. Se aclaró la garganta y asintió. Michelangelo hacía que todo volviera a valer la pena, que la vida cobrara significado de nuevo, uno que ya no era triste y doloroso, sino alegre, y lleno de ilusión.

Giovanna había hecho un gran recorrido en el que se había reconstruido a sí misma poquito a poquito, uniendo cada pieza que en algún momento se había roto en mil pedazos diferentes. Había dejado florecer la vida entre las grietas para poder sellarlas y que dolieran menos. Todavía le faltaba algún que otro pedazo, pero Michelangelo le había descubierto que podía construir más sobre esa base, porque él le había traído piezas nuevas. Un puzle desconocido en el que ella no se creía capaz de trabajar. Pero ahora sí. Ahora tenía una base. Puede que estuviera un poco rota, llena de aristas y recovecos donde faltaban pedazos que jamás encontraría. Pero precisamente en esos huecos había plantado semillas. La luz y el agua habían actuado sobre ellas, y ahora se habían convertido en un bonito campo de flores de colores. Porque como escuchó una vez en una de sus películas Disney favoritas que también se había tatuado sobre la piel: «La flor que florece en la adversidad, es la más rara y hermosa de todas».

Cerró los ojos en el momento justo en el que Michelangelo le dio un beso en la mejilla y detuvo el río de sus mejillas para convertirlo todo en risas.

«Carpe diem», o para que me entendáis mejor: «Hakuna Matata». Suena bien, ¿verdad? Vive y sé feliz. Aprovecha el presente sin pensar en el futuro. Suena fácil. Es ese sueño que todo el mundo comparte, pero ¿qué es la felicidad? ¿De verdad se puede conseguir? ¿O es algo intangible como un sentimiento?

Nadie puede estar triste siempre, ni alegre, ni enfadado... Sería agotador. ¿Puedes estar feliz siempre? A veces solo quieres estar tranquila, tumbada en la cama sin hacer nada y sin pensar. Eso sí que es difícil. Eso sí que es felicidad.

¿Por qué nadie busca estar siempre descansado? Sería genial tener la mente en calma siempre, pero tampoco es realista. Al final nos aburriríamos. ¿Qué sería de la vida sin un pico de alegría, tristeza, euforia o desilusión? ¿Qué sería de nuestra vida si cada segundo fuera igual que el anterior? Y si pudiéramos alcanzar esa felicidad, ¿no nos hartaríamos de ella? ¿No saltaríamos de un puente tan solo para sentir algo más? Un poco de miedo no es malo.

Todos buscamos siempre las emociones positivas, pero ¿qué sería de ellas sin las negativas? Estaríamos hartas de ellas y se convertirían justamente en lo contrario: una desesperación.

Yo quiero vivir una vida tranquila, pero también anhelo —necesito—, experimentar esos picos de emociones: el miedo a acercarme demasiado al acantilado y despeñarme, la alegría de encontrar una fuente después de pasear durante una hora bajo el sol del verano, la emoción que provocan las cosquillas que te produce esa persona especial, la tristeza de que algo no salga bien, la alegría de cuando ves que todavía puedes levantarte.

Eso es la vida, y, después de muchos años sin sentir nada, he decidido que ahora quiero vivirla.

¿Todo o nada? Elijo todo, con lo bueno y lo malo.

XIX

Ya era de noche cuando Venus, Michelangelo, Martín e Iris volvieron al hotel para cenar. Habían pasado una tarde divertida paseándose por los rincones de Manarola. Venus tuvo que hacer de guía a pesar de que los rincones que ella conocía eran precisamente los menos turísticos, pero el desparpajo de Michelangelo lo llevó a coger las riendas y a hacer de guía turístico de un lugar en el que tan solo llevaba una semana.

De vez en cuando, Venus se descubría con ganas de cogerle de la mano. Anhelaba su contacto, y eso era muy raro. Ella ya se había acostumbrado a la soledad, o más bien, a su propia compañía. El contacto físico le resultaba agobiante, pero con él era diferente. Quería caminar agarrada de su mano, y que la abrazara como había hecho cuando salieron del mar. Necesitaba sentir el contacto cálido de su piel contra la suya. Pero no se atrevía a hacerlo delante de su hija, porque eso significaba que no eran amigos, sino algo más. ¿Y de verdad ella estaba preparada para ese algo más?

Pasaron por la casa de Venus para que pudiera cambiarse el vestido todavía húmedo, y después por la frutería para que comprobara que los gatos habían comido y estaban tan felices aprovechando las últimas horas del sol.

Después se dirigieron al hotel, y mientras la familia Bianchi se cambiaba, Venus los esperó en el bar. Michelangelo había insistido en que subiera a su habitación con él, pero ella se negó sabiendo lo que surgiría estando los dos solos en su habitación.

Se pidió una copa, y se sentó en la barra a esperarlos. No había mucha gente, todavía era temprano. Solo un par de parejas y un pianista que tocaba una melodía alegre. Venus se quedó observando el piano de cola negro que el chico estaba tocando. Nadie lo miraba, y él parecía abstraído en la melodía. Supuso que la gente se habría acostumbrado a escucharlo, como cuando pones música de fondo para hacer las tareas del hogar. Ella, sin embargo, no podía apartar los ojos del movimiento tan ágil y despreocupado de sus manos sobre las teclas. Era pura magia. Y esa misma magia fue la responsable del cosquilleo que le entró en la punta de los dedos.

Ella siempre quiso aprender a tocar el piano, pero cuando era pequeña nunca tuvo la oportunidad, siempre había algo que era más importante. Luego creció y ese sueño se quedó enterrado bajo la alfombra. Y entonces, un día la vida le dio un golpe que puso su mundo patas arriba y ese sueño se escurrió entre el polvo. Tenía

mucho tiempo libre y nada que hacer mientras su espalda intentaba sanar. Así que decidió aprender una canción. Tan solo una. Era difícil, pero sin duda, era la que más le llegaba al corazón, y en esos momentos necesitaba algo que le curara ese órgano, ya que en el hospital solo se encargaban de los huesos.

—Ha sido precioso —dijo frente al piano. El chico alzó sus ojos azules hacia los de ella, y le dedicó una sonrisa mientras inclinaba la cabeza.

—Gracias. ¿Quieres que toque alguna canción?

Nadie había aplaudido. Nadie los miraba, y el corazón de Venus exigía algo que necesitaba tanto como el aire para respirar.

—¿Podría tocar algo yo?

Los ojos del muchacho se iluminaron. Se hizo a un lado del banquillo y señaló el hueco.

—Adelante.

A Venus le empezaron a temblar las piernas. Se sentó y trató de controlar la respiración. Nadie la miraba. A nadie le importaba. ¿Por qué iba a detenerse de hacer lo que su cuerpo le pedía?

Empezó a tocar unos acordes para familiarizarse con el piano, y entonces entonó la melodía. Unas notas simples y muy fáciles de reconocer. La sonrisa del pianista se hizo visible enseguida. Las primeras notas eran fáciles, pero el resto…

Venus había tenido un año para aprender esa canción. Día y noche. Se propuso a sí misma que para cuando se recuperara del todo y volviera a caminar, tenía que saberse esa canción. Solo una. El resto le daba igual. Solo necesitaba esa.

Cuando empezó a tocar se transportó al hospital. Al día que lo cambió todo. A la persona que ya no la acompañaba. Al dolor, la ira, la rabia. Sus dedos flotaron por el teclado. Recordó que ese era el único momento en el que no quería morir, en el que no lloraba. Flotaba entre los acordes. Volaba entre música. En aquel entonces tocar la llevaba muy lejos de su realidad, ahora solo le volvía a poner los pies en la tierra.

El joven pianista empezó a tocar con ella. La burbuja explotó y Venus volvió a ser Giovanna, pero era una Giovanna renovada. La que había traspasado el dolor y había llegado a la otra parte del camino, a la luz, donde las heridas viejas todavía sanaban, pero ya había espacio para algo más aparte de dolor.

La desolación y el dolor la abandonaron. De repente, esa canción que significaba un camino largo y turbio se convirtió en diversión y pasión. Fue la primera vez que sonrió tocando. La primera vez que alguien más la escuchaba. Ya había roto el cascarón, y por fin podía salir al mundo. Ya no necesitaba esconderse bajo otro nombre, otra ciudad, otro trabajo. Ahora era Giovanna. Todo su ser estaba entre las

notas de *Interstellar,* la melodía que llenaba toda la estancia y no dejaba a nadie indiferente.

Giovanna había entrado en otra dimensión. El joven pianista se dio cuenta y la dejó tocar sola. Su cuerpo acompañaba a sus manos. Estaba en el clímax y sus dedos se movían ligeros por el teclado. Se había convertido en música. Ella era la canción que se dejaba escuchar, se dejaba ver y sentir en los cuerpos de cada una de las personas que tenían la suerte de estar en esa sala compartiendo la vida con ella. Giovanna se coló debajo de la piel, hizo vibrar los huesos, provocó escalofríos, llenó corazones y erizó pieles. Esa era la cara que siempre escondía. Su yo más íntimo, el que había sufrido, y el que todavía era capaz de vivir y crear.

Toda ella resumida en una melodía.

Michelangelo supo en ese momento que se había enamorado, como cuando cogió a su hija en brazos por primera vez. Escuchó la flecha atravesando su corazón, sintió el impulso de acercarse a ella, escucharla, tocarla, y besarla. Lo sintió todo.

El escultor una vez llegó a pensar que no era capaz de enamorarse, pero era mentira, porque se enamoraba cada día del arte, se enamoró de su pequeña, de sus padres, de su hermano, de sus amigos, de Positano, de la vida. En realidad, Michelangelo era muy enamoradizo, y no sabía vivir a medias tintas. Cuando sentía, sentía de verdad, lo daba todo, y en ese momento se podría haber arrancado el corazón de cuajo y dejarlo sobre la superficie del piano, porque ahora quería un poco más. Quería a Giovanna.

Cuando dejó de tocar, hubo un silencio cargado de emoción, y después de unos escasos segundos, la gente prorrumpió en aplausos. De repente, Giovanna se dio cuenta de dónde estaba, de lo que acababa de hacer, de que la sala ahora estaba más llena, y sobre todo, de que Michelangelo estaba junto a ella aplaudiendo con un brillo en los ojos tan resplandeciente como su sonrisa.

—Ha sido magnífico, felicidades —dijo el joven músico a su izquierda. A Giovanna le resultó difícil apartar sus ojos de los de Michelangelo para darle las gracias.

—Gracias. Gracias por dejarme tocar, y por acompañarme.

—A ti por lo que has hecho. ¿Cómo te llamas?

Dudó unos segundos, pero finalmente, ofreciéndole la mano contestó:

—Giovanna de Luca.

El joven pianista le estrechó la mano con una sonrisa.

—Encantado, Giovanna. Mi nombre es Fabrizio Simone. Si alguna vez quieres pasarte por aquí… —Le entregó una tarjeta con sus datos —. Tocaré aquí los fines de semana durante el verano.

Giovanna le respondió con una sonrisa.

Cuando sintió la mano de Michelangelo en la parte inferior de su espalda no se asustó y solo se dejó llevar.

—Lo que has hecho ha sido… —empezó a decir el italiano, pero se quedó sin palabras.

—¿Te ha gustado? —preguntó la chica algo sonrojada. No sabía en qué momento él había llegado, no tenía ni idea de que la estaba escuchando.

—¡Ha sido maravilloso! —gritó Iris a sus espaldas—. ¡Qué bonito tocas, Venus! Era *Interstellar*, ¿verdad? Me encanta esa película.

—Muchas gracias. —Giovanna comenzó a sentirse algo cohibida. No estaba acostumbrada a que la vieran ni la escucharan, mucho menos a que la elogiaran—. Sí, es una de mis películas favoritas.

—Francesca me ha quitado las palabras —dijo Michelangelo.

—¿Eres pianista? —preguntó Martín con curiosidad. Y tal vez lo dijo con demasiada sorpresa. Seguro que no esperaba que una frutera supiera tocar el piano.

—Oh, no, no… Para nada. Solo me sé esa canción.

—¿En serio? —se interesó Iris—. Pero debe de ser muy complicada, ¿no has dado clases de piano?

—No, la aprendí con tutoriales, de oído y de memoria, bueno… Y que tenía mucho tiempo por aquel entonces y era lo único que me hacía ilusión.

Giovanna notó el cuerpo de su acompañante tensarse a su lado, y eso la ruborizó más. ¿Acaso era capaz de leerle el pensamiento? Ella todavía no le había contado nada de su pasado, pero tenía la sensación de que él ya lo conocía todo.

—Niña, ha sido fantástico. —Una voz ya conocida y con acento español se hizo presente a su espalda. Giovanna se giró para encontrarse con Lola y Sara.

—Muchas gracias, Lola.

La mujer de unos cincuenta años le dedicó una bella sonrisa antes de darle dos besos. Giovanna pensó en si sabría lo que había pasado entre ella y Michelangelo, y luego se le cruzó la idea de que igual eso no importaba. Igual para Michelangelo ella solo era una mujer más que había pasado entre sus brazos y como era idiota se había sentido especial. Ese pensamiento intrusivo se coló como un terremoto e hizo temblar todos los pocos cimientos que Giovanna había construido hasta el momento. Cruzó una mirada rápida con Michelangelo, y después abrazó a Sara.

—¡Qué bonito ha sido! No me habías contado que eras pianista —le recriminó la muchacha dándole un suave golpe en el hombro.

—Es que no lo soy. —«Y no te he contado casi nada sobre mí», pensó. Se sintió mal porque en ese momento se dio cuenta de que todos, de alguna forma se habían abierto con ella, pero Giovanna

seguía siendo muy hermética.

—Ya, claro, ni que cualquiera pudiera tocar así.

Giovanna le respondió con una media sonrisa. La noche había empezado bien, pero sus pensamientos estaban volviendo a destruirlo todo por dentro y la estaban haciendo creer que la realidad era las películas que se montaba en la cabeza y no lo que había pasado en ese salón hacía un minuto.

—Lola, Sara, os quiero presentar a mi hija, Iris Francesca. Y su novio, Martín.

—Podéis llamarme Iris —dijo la aludida con una sonrisa antes de darles los dos besos habituales a ambas—. Encantada. Mi padre me ha hablado mucho de vosotras.

Giovanna no pudo evitar pensar en que Iris en ningún momento dijo nada de que su padre le hubiese hablado de ella. Otro pensamiento intrusivo que la destrozaba por dentro.

—¡Uy, pues a nosotras nos ha hablado un montón de ti! —contestó Sara.

—Le gusta presumir de hija —respondió Iris con la exacta misma sonrisa ladeada de su padre.

—Le gusta presumir mucho, en general, ¿no? —replicó Sara levantando las cejas hacia Michelangelo. El aludido se ofendió.

—Oye, ni que fuera un egocéntrico presumido.

—Casi —respondió su hija.

Él solo le sonrió. Giovanna los observó a todos. Hacían una buena familia juntos.

—¿Queréis uniros a cenar con nosotros? —sugirió la hija de Bianchi.

—Oh, claro. Necesito una pizza con urgencia, llevamos todo el día fuera —dijo Sara poniéndose una mano en la frente con exageración.

—Sara solo come pizza —aclaró Michelangelo.

—Mentira. También como quesos varios. Sobre todo, si están encima de una pizza.

La chica los hizo reír a todos, incluida a Giovanna. Agarró del brazo a su amiga, y se dirigieron a una mesa en el jardín.

—¿Estás bien? —le preguntó la española a la italiana en un susurro —. Ayer me preocupaste, pero como Michelangelo fue detrás de ti, no quise molestar…

—Oh, sí. Estoy bien. —Aunque recordar ese momento, no le hacía gracia—. No te preocupes, yo… No quería meterme en la piscina. —Tragó saliva.

—Ah, claro… —Sara no sabía muy bien cómo actuar. Había visto su espalda, había descubierto el miedo en la cara de Venus y lo mal que lo pasó—. Es normal, los tíos esos eran un poco idiotas, la verdad.

—¿Pero te liaste con alguno o no? —Giovanna quiso cambiar de

tema. Cualquier cosa le venía mejor que recordar ese momento.

—Sí —río Sara—, pero con el menos idiota.

—Ya. —Giovanna río también, y su cuerpo se destensó poco a poco. La velada se volvió más a mena e intentó mantener a raya los pensamientos intrusivos, aunque a veces era muy difícil cuando veía lo bien que congeniaban ellos, lo fácil que les resultaba llevar una conversación, y lo mucho que ella se escondía detrás de una servilleta de tela.

Le dolía ver los gestos cariñosos de Lola hacia Michelangelo. Lo bien que congeniaban Sara e Iris. Lo mal que se le daba a ella formar parte del grupo, aunque luego, un simple gesto de Michelangelo provocaba que las alas de su corazón aletearan de nuevo. Un roce de manos. Una sonrisa. Las rodillas juntas. Una mirada. Una pregunta… Giovanna se dio cuenta en ese mismo momento de lo fácil que sería para Michelangelo cerrarle las heridas y, sobre todo, resquebrajarlas.

@VENUS

Hoy no me puedo levantar de la cama. Y esta vez no es por el dolor físico, es otra clase de dolor, uno que se cuela hasta la médula, que te desquebraja el corazón, como si te lo arrancaran sin dejar ni rastro. Duele tanto... Y solo pienso en cuándo acabará, si es que esto acaba algún día.

Necesito algo que elimine esta desesperación, este vacío inmenso que me come por dentro, como si tuviera un agujero negro en el corazón que me arrastra y no me deja brillar porque se come todo lo bueno, toda la luz.

Necesito que se destruya y me deje respirar. Me da igual si me destroza con la explosión, pero vete, por favor.

Vete.

Déjame brillar otra vez. Déjame ver la luz. Necesito color y soy toda blanco y negro.

Soy el conjunto de todos los colores, y la ausencia de todos ellos.

XX

La noche anterior, Michelangelo había insistido en acompañar a Venus a su casa cuando ella se negó a ir de copas después de cenar, pero ella lo rechazó de nuevo. Echaba de menos estar consigo misma. Su batería social había llegado al fin. Necesitaba recargarse. Y eso solo sabía hacerlo estando a solas en su casa, con Afrodita, leyendo un libro, escribiendo, o simplemente no haciendo nada.

Así que mientras los demás pasaban la noche en un club hablando, conociendo a gente, riendo y bailando, ella la pasó acurrucada en su buhardilla escribiendo hasta la madrugada.

Cuando se despertó al día siguiente se encontró a sí misma con la rutina de siempre y no le gustó: despertar, tomar pastillas, desayunar, leer, mirar por la ventana, ir a ponerle la comida a los gatos, trabajar, encogerse ante las miradas de los demás, escribir, publicar en una cuenta anónima… No es que no le gustara eso, en realidad le encantaba, el problema estaba en el cambio que había hecho por dentro. En esa necesidad de llamar a alguien, de verlo, de besarlo, de salir a conocer sitios en los que no había estado antes. Ahora lo que le pedía el cuerpo era estar con esa gente a la que había dejado la noche anterior. Ya había tenido su dosis de soledad, estaba bien, pero solo para un rato. Ahora tenía otras necesidades.

Cogió el móvil y empezó a escribir:

Giovanna: Buenos días.

¿Quieres ir a dar una vuelta? Podrían venir Iris y Martín.

La italiana se mordió el labio mientras esperaba una respuesta.

Michelangelo: Buenos días. 😃Claro, ¿te recojo?

Se le dibujó una sonrisa tan bonita como la del emoticono que Michelangelo le había mandado.

Giovanna: No hace falta, estoy cerca del hotel. Paso y os espero en el bar.

Michelangelo: 👍Aviso a Iris y Martín, danos un momento.

Venus llegó demasiado rápido al hotel. Tal vez sus pasos la habían llevado hasta ahí mucho antes de preguntarle. Tal vez corrió para encontrarse con esas personas que en menos tiempo de lo que palpitaba su corazón se habían convertido en amistades.

Los esperó en el bar del hotel con un café entre las manos y la mirada fija en el piano que había tocado la noche anterior. El vello se le puso de punta tan solo de recordar lo que sintió al hacerlo, los aplausos, los elogios… En ese momento se sintió viva. Y hacía mucho tiempo que no se sentía así.

—Buenos días. —La voz ronca de Michelangelo sonó muy cerca de su oído, y sus labios cálidos se estamparon contra la comisura de su

boca segundos después. Ella no se lo esperaba y giró la cara provocando que sus labios se rozaran. Una sonrisa enorme se extendió por la boca de él mientras el calor surcaba el cuerpo de ella.

—Oh, buenos días —respondió dándole vueltas a la cucharilla dentro de su café—. No te esperaba tan pronto.

—Yo a ti tampoco. —Michelangelo le hizo un gesto al camarero para pedir su desayuno mientras se sentaba en el taburete a su lado.

—Estaba cerca —intentó justificarse. Él se río sin hacer ruido—. ¿Iris y Martín vienen?

—Se están preparando. —Michelangelo le dio un sorbo a su expreso y cogió una de las napolitanas que le habían servido—. ¿Quieres? No son tostadas con tomate, pero están buenas igual.

Venus también rio.

—No, gracias. Todas para ti. —La italiana observó cómo le daba un bocado a la galleta y suspiró—. ¿Dónde queréis ir hoy?

—Pensé que ya tenías una ruta. Creo que eres de esa clase de personas que siempre tienen un plan.

«Era», pensó ella, porque con él lo único que podía hacer era improvisar.

—En realidad no. —Dio un trago a su *cappuccino* caramelo—. Lo único en lo que había pensado era en dar un paseo por ahí, para que Iris y Martín conozcan el pueblo.

—Ah, vale. Improvisaremos, me parece un buen plan.

Venus entrecerró los ojos. «Improvisar» y «plan» eran dos palabras que no se llevaban nada bien, como ellos cuando se conocieron.

—Por cierto —empezó a decir Michelangelo—, quería decirte que estoy orgulloso de ti por tocar ayer delante de todos.

El corazón de Venus se saltó varios latidos.

—Oh… —Se quedó con la boca abierta, intentando pronunciar palabras sin ningún éxito.

—Buenos días —saludaron Iris y Martín.

A Venus no le dio tiempo a darle las gracias a Michelangelo por esas bellas palabras que quedarían tatuadas en su corazón para siempre. Ella y el escultor eran muy distintos, pero se entendían a la perfección, se respetaban y aprendían el uno del otro. Puede que al final las palabras «improvisación» y «plan» quedaran mejor juntas de lo que ella jamás hubiera imaginado.

Las dos parejas pasaron el día bajo el sol ardiente de Manarola, conociendo sus acantilados, bares y lugares más recónditos.

—¿Naciste aquí? —le preguntó Iris a Venus. Ambas caminaban juntas mientras que Martín y Michelangelo compraban.

—No. Nací en Milán, pero me vine a vivir aquí hace un año.

—Oh, ¿y vives sola? —Iris se dio cuenta de que la estaba incomodando con sus preguntas. A Venus no le resultaba fácil revelar datos de su vida—. Ay, perdona. No quería hacerte sentir incómoda, es que a veces no me puedo quitar el chip de periodista.

Venus logró sonreír algo y destensar el cuerpo.

—Tranquila. Es que… No estoy muy acostumbrada a hablar de mí.

—Vale, lo entiendo. Eres tímida. Supongo que mi padre debe de sacarte de tus casillas, porque él es todo lo contrario.

—La verdad es que sí —asintió con exageración. Ambas rieron.

—Pero hacéis buena pareja.

Venus se detuvo en seco. Su compañera se giró para mirarla y ladeó la cabeza. Tenía esa expresión de sabelotodo como su padre.

—¿De verdad pensáis que no se nota? Esas miraditas cómplices, las sonrisas… —Venus se empezó a sonrojar—. Mi padre siempre está buscando una forma de tocarte y de enfadarte. Así es como quiere él. —Su corazón se detuvo—. Me ha contado que ha vuelto a dibujar y a tener ideas. Hace meses que no le pasa eso, y creo que cambiar de aires le ha servido, pero conocerte a ti también. No me cuenta nada de ti, pero no para de decir que eres interesante y una fuente de creatividad inagotable.

Venus no tenía ni idea de qué responder a eso. Aunque lo intentaba, de su garganta no salía ni una sola palabra.

—Oye, no te preocupes por mí. Si es por lo de la edad, a mí me da igual. Prefiero una madrastra joven, a una vieja y amargada como las de las pelis. —Al ver su cara desencaja, Iris se carcajeó—. Era broma. Ahora en serio, creo que nunca he visto a mi padre salir con una mujer menor que él, pero igual ese era el problema. —Se encogió de hombros—. Contigo parece feliz, y eso es lo único que me importa. Además, me caes bien, tenemos cosas en común, te gustan los tatuajes y escribir, podríamos ser amigas. Así que no te sientas cohibida por mí, no tienes que convertirte en mi mamá, ya soy grande y tengo mi propia vida. Mi padre es libre de estar con quien quiera.

Cuando las palabras por fin lograron trepar por la garganta de la morena, Martín y Michelangelo llegaron y tuvo que callarse.

—¿Quién quiere helados? —Martín alzó con ímpetu los conos llenos de bolas de colores y le dio uno a su novia.

—¡Me encanta! —gritó con emoción la periodista probando un poco de su helado de frambuesa y mora.

—Te he comprado este de chocolate y vainilla —dijo Michelangelo a sus espaldas. A Venus se le pusieron los pelos de punta—. Espero que te guste.

La chica cogió el helado, agradecida.

—Gracias. Son mis sabores favoritos.

Michelangelo sonrió con orgullo justo antes de lamer su helado de limón. A Venus le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

Continuaron caminando por las calles empedradas del pueblo italiano. Iris y Martín observaban con admiración esa porción de tierra cubierta de sol y mar mientras que ella admiraba el perfil de escultura de Michelangelo. Siempre estaba hablando. A ella le gustaba escucharlo, pero desconectó de su monólogo sobre el arte renacentista cuando sintió el impulso de cogerle la mano. Las parejas iban de la mano por la calle. Iris y Martín lo hacían. ¿Por qué ellos no? Venus sabía que de ser por Michelangelo estarían pegados aún con cuarenta grados y caminando bajo los rayos de sol. Era muy cariñoso, necesitaba contacto físico, y ella lo evitaba siempre, pero ahora anhelaba su piel.

Hizo caso a su instinto y lo agarró de la mano. Michelangelo se quedó callado durante unos segundos, algo tan extraño que su hija y Martín se quedaron mirándolo. Iris sonrió al ver sus manos juntas. Venus le devolvió una tímida sonrisa, y Michelangelo le apretó la mano antes de continuar hablando.

—Papá, calla —lo interrumpió su hija media hora después—. Queremos comprar *souvenirs* y con tu palabrería no me concentro.

—*Piccolina*, es lo mismo que hay en todos lados: llaveros, camisetas y poco más.

—Da igual, déjanos escoger en silencio.

El escultor puso los ojos en blanco y a Venus se le escapó una risita muda.

—Podemos mirar en esa tienda mientras los esperamos. No es de *souvenirs* —propuso la italiana señalando una pequeña floristería. Michelangelo la acompañó y se pusieron a mirar las plantas.

—Mira, esta se parece a ti. —El escultor cogió una maceta con una planta carnívora, y se la acercó a Venus.

—¿En serio? —La chica la miró con el ceño fruncido—. ¿Es una broma? —Michelangelo estaba muy serio, pero cuando sus ojos se cruzaron, se empezó a carcajear. Ella puso los ojos en blanco, aunque terminó contagiándole la risa.

—Eres malo, ¿sabes?

—No, no lo soy. —Michelangelo la acercó a él y rozó sus labios con los suyos—. No me muerdas. —Sonrío, y antes de que Venus pudiera protestar, la besó.

Ella dejó que sus labios bailaran juntos, que sus lenguas se reencontraran después de lo que le había parecido una eternidad. Se puso de puntillas y enredó los dedos en su nuca para poder besarlo con mayor facilidad. Los pensamientos dejaban de atacarla cuando estaba entre sus brazos.

—Auch. —Se quejó Michelangelo cuando los dientes de ella

atraparon su labio inferior. Venus sonrió satisfecha y cogió su planta carnívora.

—Tú eres… —Dio un vistazo rápido por la tienda—. Esa de ahí. —Señaló unos lirios amarillos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es la que me ha recordado a ti.

El escultor sonrío y le dio un suave bocado en el lóbulo de la oreja.

—¡Ay! —gritó ella intentando no reírse—. No quieras ser una planta carnívora como yo. Te acabaría devorando.

Michelangelo entró riendo en la tienda, compró un enorme ramo de lirios y otro de rosas blancas y rosas para Iris.

—Esto es para que no te olvides de mí. —Le entregó el ramo de flores amarillas a Venus. Ella intentó mantener amarradas las alas de su corazón, pero le resultó imposible. Ya no había nada que hacer.

—Entonces, esto es para ti. —Le entregó la planta carnívora—. Cuídala bien, y dale de comer o se comerá tu dedo.

Por la tarde, Venus tuvo que ir a trabajar a la frutería. Michelangelo, Martín e Iris aprovecharon para ir a visitar a Lola y Sara, que volvían a España esa misma noche.

—Estoy muy triste, mamá. —Se quejó la española más joven—. ¿No podemos alargar más las vacaciones?

—No, niña, hay que volver a la rutina. Ya sabes, ahora eres adulta y te tienes que hacer responsable.

—Mimimimimi —respondió la joven con una mueca.

Michelangelo se rio, pero a su madre no le hizo tanta gracia y le dio un manotazo en la pierna que se escuchó por toda la terraza del bar donde estaban tomándose unas copas.

—¡Ay! ¡Que era una broma! —Sara resopló mientras se recostaba en el respaldo de su asiento—. Es que voy a echar de menos Manarola, y a los italianos.

—Sobre todo a un italiano. —Michelangelo le guiñó un ojo. Ella se echó a reír.

—Sí, sí, claro. Miki, ¿vendrás a vernos a Alicante? Seguro que te gusta. Ya te estoy imaginando en Benidorm conquistando corazones.

Iris no llegaba a comprender del todo la relación de su padre con esas dos mujeres. Se había dado cuenta de que entre él y Lola había algo más. Y no le hubiera extrañado si Venus no estuviera en el medio. ¿Es que estaba con las dos? Porque a Lola se la veía una mujer abierta de mente, relajada y poco celosa, pero Venus era intensa, estaba muy encerrada en sí misma. Dudaba mucho de que ella aceptara una relación abierta. ¿Entonces qué era lo que estaba

pasando entre esos tres?

—Papá, ¿vienes a pedir unas cervezas más?

—Mi hija me quiere emborrachar, quién lo diría —comentó el italiano generando unas risas. Se abotonó el chaleco al tiempo que se levantaba, y acompañó a su hija dentro del local.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirió la morena con los ojos entrecerrados. Michelangelo conocía esa mirada, el tono de voz y la forma en la que invadía su espacio personal como si estuvieran en un interrogatorio.

—Lo vas a hacer de todas formas —respondió observando a su hija resoplar. El piercing que llevaba en la nariz brilló.

Michelangelo sonrió acordándose del momento en el que le pidió permiso para hacérselo. Tenía dieciséis años, pero él no la dejó hacérselo hasta que cumpliera la mayoría de edad. El día de su cumpleaños fue a una tienda de piercings y desde entonces no se lo ha quitado. Le gusta cambiar de joya de vez en cuando, pero ya nunca más la volvió a ver sin el septum en la nariz. Por supuesto, ese mismo día también se hizo su primer tatuaje, y ahora llevaba el brazo cubierto de flores.

—¿Qué hay entre tú y Lola? ¿Y Venus? ¿Con cuál de las dos estás? ¿O estás con las dos a la vez?

—Pensé que iba a ser solo una pregunta. —Curvó la comisura de su labio hacia arriba.

—Contesta —ordenó ella.

Michelangelo le dio las gracias al camarero que les sirvió los botellines de cerveza, y dio un trago de la suya antes de volver a mirar a su hija.

—Tuve algo con Lola cuando llegué. Luego empecé a conocer más a Venus, y… Ahora supongo que estoy con ella. Es un poco difícil de averiguar tratándose de Venus.

—Ya veo… —Michelangelo se rio con la expresión de investigadora de su hija—. Mi opinión, aunque no me la hayas preguntado, es que deberías decirle a Venus que quieres estar con ella.

—¿Y tú por qué sabes con quién quiero estar?

—Porque tengo ojos, y te conozco. A Lola la tratas como a una amiga, a Venus la tratas diferente. Te preocupas por ella, por integrarla, porque se sienta cómoda, la miras todo el rato y sonríes como un tonto. Papá, es obvio. Hasta Martín se ha dado cuenta.

El italiano bebió otro trago de su botellín. No le molestaba que la gente se diera cuenta de sus sentimientos, le molestaba que Venus no lo hiciera.

—¿Le vas a pedir salir?

—*Piccolina*, no tenemos doce años. ¿Todavía se pregunta eso?

—Si no lo preguntas no lo sabrás nunca.

—A ti te gusta mucho preguntar cosas.

—Es mi trabajo. —Le sonrió mientras cogía los demás botellines—. Venga, esta noche se lo dices, ¿vale? No hace falta que me des las gracias después.

Cenaron todos juntos, incluida Venus. Michelangelo imaginaba que estaría cansada después de trabajar, pero quiso ir a la cena para poder despedirse de Lola y Sara. Al final había hecho buenas migas con ellas.

—Así que esto es la despedida… No voy a llorar —dijo Sara dramatizando que se le caían unas lágrimas.

Todos rieron.

—Venga, niña, no te pongas tonta. —Lola le dio dos besos a Martín e Iris—. Encantada de conoceros, ya nos veremos por Valencia.

—Igualmente. Claro que sí.

Mientras ayudaban a Sara a meter las maletas en el taxi, Lola se acercó a Michelangelo.

—Bueno, encantador italiano, me alegra haberte conocido. Si alguna vez vas de visita a España, llámame. Somos vecinas de tu hija.

—Gracias, Lola. Lo haré.

Venus vio cómo se abrazaban. Fue un abrazo fuerte y lento, de dos personas que se aprecian y que han creado algo más que una amistad en tan pocos días. A Venus le molestó que el corazón le diera un vuelco en el pecho. Era algo bonito. No tenía que sentirse mal.

Lola se acercó a ella.

—Venus, me alegra haberte conocido a ti también.

—Gracias —susurró la muchacha viendo por el rabillo del ojo cómo Sara abrazaba a Michelangelo. No tenía ni idea de qué decir. Con Sara había congeniado más que con ella.

Entonces pasó algo que no esperaba, Lola la abrazó y dijo cerca de su oído:

—No tengas miedo de vivir, niña. La vida se pasa volando. Confía en ti misma. No dejes pasar el tren, es mejor arrepentirse de haberse subido que de haberte quedado estancada.

Las lágrimas cubrieron los ojos de Venus enseguida, sus latidos se dispararon y el cuerpo se le llenó de un sentimiento que le era difícil de reconocer después de haber vivido anclada en todos los malos.

—Gracias, Lola —logró decir antes de que la mujer se separara de ella y le dedicara una preciosa sonrisa antes de subirse al coche.

—Oh, no, tú también vas a llorar. —Sara se puso frente a ella. Venus rio, pero se le escapó una lágrima. Se abrazaron con fuerza—. Te echaré de menos. Háblame, ¿vale? Como le he dicho a Michelangelo, si quieres venir a Alicante un día, haré de guía turística.

—Yo también te echaré de menos. —Venus se limpió las lágrimas antes de que se derramaran, y le sonrió—. Gracias, seguiremos en contacto.

Esa noche, Lola y Sara se marcharon de Italia, pero nunca lo harían de sus corazones. Eran como ese amor de verano de la juventud, pero en forma de amistad.

@VENUS

¿Alguna vez te has enamorado?

Y no me refiero al amor de película.

¿Alguna vez has amado?

Hoy me he dado cuenta de que estoy enamorada de la vida.

Amo la forma en la que los rayos del sol me calientan la piel, el sonido del mar, el ronroneo de un gato, las plantas que nacen entre los adoquines, el color sobre el papel, la tinta sobre la piel, las palabras juntándose, leer mientras todo el mundo duerme, vivir escribiendo, una amistad de verano, el color rojo de los tomates, la cera de las velas, los dibujos animados, los besos debajo de la sábana, la gente que se viste de un solo color, las flores amarillas, el movimiento de los dedos de los pies, la fotografía, los museos, las bibliotecas, la gente extrovertida, las galletas, las teclas de un piano, la melodía de una canción, el sabor a limón de sus labios, las pecas que parecen constelaciones, los ojos azules, la flor del cerezo, el olor de la fruta, las sonrisas amables, las fases de la luna, las estrellas brillantes, las conversaciones sobre el origen del universo, el sabor de las cerezas y el de un vino tinto.

Si eso no es estar enamorada, dime, ¿qué es?

XXI

Michelangelo acompañó a Venus a casa. Caminaron de la mano en silencio hasta que llegaron al portal antiguo de su vivienda. Había sido un largo día, sobre todo para ella, que también le había tocado trabajar y además no estaba acostumbrada a tantos trotes. El cuerpo le dolía, pero no quería separarse de Michelangelo, esa noche no. Lo invitó a pasar a su piso, y lo primero que vio el escultor fue el ramo de flores amarillas en el centro de la mesa. Sonrió y se acercó para acariciar los pétalos justo cuando Afrodita empezó a enredarse entre sus piernas.

—Hola a ti también, pequeña. —La acarició. Era todo un logro que ya no le bufara ni lo matara con la mirada.

Venus se sentó en el sofá gimiendo. Ese sonido le puso el vello de punta a Michelangelo. La miró y vio cómo rotaba el cuello en círculos y estiraba la espalda. Mientras ella se encargaba de sus músculos engarrotados, él sirvió una tapa de quesos, fruta y vino, y la llevó al sofá.

—Gracias. —Venus cogió la copa y bebió un trago del líquido rojizo con los ojos cerrados.

A Michelangelo esa escena le pareció digna de esculpirse. Venus merecía quedar retratada en el tiempo.

—¿Quieres que te dé un masaje? Soy muy bueno. —El italiano le guiñó un ojo. Ella no tenía fuerzas ni para ruborizarse—. No pienses mal… o sí. —Consiguió hacerla reír.

—No, gracias.

Venus odiaba todo lo que significara contacto físico, hasta un exquisito masaje lo trataba de evitar a toda costa.

—¿Seguro? Ven aquí. —Michelangelo la agarró de la cintura.

—En serio, Michelangelo. No quie… —No pudo terminar la palabra sin que un gemido atravesara su garganta. Los dedos de Michelangelo ejercieron la presión necesaria para destensarle los músculos del cuello.

—¿Ves? —Su voz sonó como un ronroneo—. Te dije que era bueno.

Venus dejó que la tocara. Con él se sentía más segura que con nadie.

—¿Dónde aprendiste?

—He tenido que ir mucho al fisio por las horas que me paso trabajando, y he hecho amigos que me han enseñado algunas técnicas.

—Mmm… —Venus se sentía como en una nube esponjosa y ligera—. Qué caja de sorpresas.

Michelangelo sonrió fijándose en su cuello delicado. Tenía una marca blanquecina donde la ropa la cubría. Su tacto era suave y cálido. El pelo le acariciaba los dedos y le hacía cosquillas. Cuando ella cerraba los ojos y entreabría la boca, una descarga eléctrica le recorría y aterrizaba en el sitio más peligroso de su cuerpo. Tuvo que recolocarse cuando la erección le empezó a hacer daño dentro del pantalón.

—¿Me dejas seguir? —preguntó mirando por debajo de la tela donde se asomaba el principio de una cicatriz. Ella solo jadeó. Tuvo que respirar profundo antes de bajar las manos con lentitud por su espalda. Venus se congeló. No abrió los ojos, estaba petrificada.

Michelangelo observó cada uno de sus gestos mientras deslizaba las manos por sus costillas.

—¿Estás bien? —Volvió a hacer el mismo recorrido, pero hacia arriba.

Ella no dijo nada. Él se preocupó.

—Giovanna.

Que la llamara por su nombre real lo empeoraba todo, lo hacía más realista, más doloroso. La chica abrió los ojos para encontrarse con los del escultor. Cogió una gran bocanada de aire, y asintió. Pronunció la palabra «bien» en silencio, sin moverse.

Michelangelo bajó las manos hasta su cintura.

—Déjame verte. —A Venus le latía tan rápido el corazón que llegó a pensar que le daría un infarto. Todo por culpa de Michelangelo—. Por favor —añadió el italiano.

Ella apretó los dientes hasta hacerse daño. Luego se relajó y empezó a subirse el vestido despacio. Primero dejó al descubierto sus muslos, las braguitas naranjas, las olas que le cubrían los glúteos, el estómago, tatuajes… Cicatrices por toda la espalda. El pecho sin sujetador y, finalmente, la cara. Cuando Giovanna tiró el vestido a un lado de la habitación tenía los ojos cerrados. No quería ver la reacción de Michelangelo al ver su cuerpo destrozado. Pensó que tal vez si no lo veía sería menos real, menos doloroso, pero no fue así. Su mirada, aunque no la viera, fue como un puñal directo al alma. La estaba viendo por fuera, pero sobre todo por dentro. Todo lo que había estado ocultando durante tanto tiempo, lo tenía frente a él a plena luz.

Michelangelo paseó un dedo por la piel rugosa que ya había tocado la última vez. Fue doloroso imaginar lo que habría pasado para que el lienzo de su espalda hubiese sufrido tanto. Giovanna, al igual que tenía un mapa de tinta de las cosas que le gustaban y la definían, tenía otro de heridas y traumas. Su cuerpo era un lienzo. La mayoría de las personas se cubren con ropas y maquillaje para expresarse, ella lo tenía todo en la piel. Era arte vivo. Y no había nada más bello para un escultor que encontrar eso a lo que se había dedicado toda la vida, en

una persona.

Detuvo las caricias cuando notó que temblaba. Apartó la mano porque no había un centímetro de piel en su espalda que no estuviera lleno de montañas, valles e historia. Se quedó mirándola derramar lágrimas con los ojos cerrados. Michelangelo nunca imaginó que pudiera llegar a sufrir tanto con el dolor ajeno, con el de alguien que no fuera el de su hija o familia. Y ahí estaba él, hundiéndose con ella. Tenía que ayudarla a salir a flote, a que siguiera nadando. Puede que el mar estuviera revuelto, y que con el vaivén de las olas y los ojos cerrados no viese la orilla, pero la tenía justo enfrente de ella. Así que la acercó un poquito más.

La dejó frente al único espejo que tenía en casa, uno en forma de sol, tan bonito y delicado como ella.

—Abre los ojos —le pidió el escultor. Ella negó, todavía llorando—. Por favor —rogó.

Giovanna tuvo que enfrentarse a sus peores miedos. Era ahora o nunca. Sus párpados se despegaron poco a poco. Todavía tenía la visión borrosa debido a las lágrimas. No sabía muy bien dónde estaba. Se había dejado llevar por él como siempre se dejaba llevar por la corriente. La diferencia era que el mar siempre se la tragaba a sus profundidades, y él la había acercado a la orilla.

Frente a ella estaba una mujer pequeña, de ojos color tierra, pelo oscuro a la altura de los hombros, flequillo recto y una constelación de pecas sobre su nariz y mejillas. Tenía los ojos acuosos, la nariz rojiza y los labios hinchados, pero nada de eso le llamó la atención hasta que el italiano cogió el espejo y lo dejó apoyado sobre el microondas de la encimera, a la altura de su pecho.

Entonces Giovanna encontró una mujer joven, de pecho no muy grande, cubierto por unas olas blancas, y tatuajes de flores que empezaban desde su clavícula y bajaban por sus brazos. Michelangelo le puso las manos en las caderas y la giró despacio. Los tatuajes se reflejaron en el espejo: la flor del cerezo, el colibrí, el corazón en llamas y con espinas… Fue girando más y se encontró con unas cicatrices grandes y desiguales: una que le cubría toda la columna vertebral, otras a los lados. El dolor dibujado con piel.

—No te tengas miedo —le susurró él al oído. Sus dedos viajaban suaves y cálidos por sus brazos, la hacían sentir un poco más segura, aunque la mujer que reflejaba el espejo temblaba de pies a cabeza—. Eres preciosa, mírate.

A Giovanna se le pasaban muchas palabras por la cabeza para definir el cuerpo que veía en el espejo (ese que sentía tan ajeno), y ninguna de ellas era «precioso».

—No, no lo es —afirmó con la voz tomada y temblorosa.

—Eres preciosa desde dentro hasta fuera. Desde los pies hasta la

cabeza.

Venus encogió los dedos de los pies. Ella seguía viendo esa imagen como si no le perteneciese. Ese cuerpo no era el suyo. No lo quería. No se acostumbraba a él. Echaba de menos el de siempre, el que era suave y moreno por el sol. Odiaba el que se reflejaba ahora en el espejo: blanco donde la ropa no lo cubría, lleno de aristas y recovecos de todo aquello que desearía eliminar de su vida.

Antes se gustaba y no lo aceptaba. Ahora odiaría aceptar algo tan horrorosamente bello.

Alzó una mano hasta el pecho, y se la puso en el corazón. Solo así fue capaz de asociar esa imagen a ella. Ese cuerpo era el suyo. El mismo que le permitía respirar, ver, oír, tocar… Vivir.

Michelangelo pintó esa escena en su cabeza como *El nacimiento de Venus* de Botticelli. Recordó el último retrato que había hecho de ella, el de las alas, y pudo jurar que llegó a sentirlas esponjosas y suaves entre sus dedos en el lugar donde ahora tenía las cicatrices.

—¿Me dejarás esculpirte en mármol algún día? —le susurró al oído. Después admiró la forma en la que su piel se erizó, y deseó poder traspasar esa misma sensación al bloque de mármol.

—No estoy completa —contestó ella con dolor. Estaba asombrada de poder pronunciar las palabras—. Y tú solo esculpes cuerpos bellos.

—Giovanna… —Michelangelo pegó la nariz a su nuca. Inhaló su aroma, y dejó que un suspiro navegara por su piel, erizándola todavía más.

Ahora el pecho de él estaba pegado a su espalda. En el espejo se reflejaban tan solo el principio de algunas cicatrices.

—Tienes exactamente el tipo de cuerpo que me moriría por esculpir, *amore* —susurró contra su nuca.

Las lágrimas recorrieron el rostro de Venus una vez más. Michelangelo pensó que no podría haber escogido un mejor nombre. Anhelaba que fuera su Venus de Milo.

Los dedos del escultor se deslizaron por su escote hasta la mariposa tatuada con las alas abiertas que tenía en el estómago, la acarició, y Venus juraría que la vio salir volando a través del espejo. Después sus manos se deslizaron por las curvas de su cintura, dibujándola, tomando medidas, imaginando sacar una réplica exacta de un bloque de mármol.

Giovanna sabía que la imagen del espejo y su cuerpo eran lo mismo solo por el tacto de Michelangelo. «Ese cuerpo es mío», pensó mientras él lo mimaba con caricias. Lo estaba compartiendo con alguien que lo quería. ¿Por qué no lo iba a querer ella?

Separó la espalda de su pecho, y a pesar del frío que la invadió, se mantuvo a cierta distancia de él para poder verse en el espejo. Era como si se viera por primera vez, como aquel día en el hospital

después de tantas operaciones, cuando se atrevió a mirarse por primera y última vez.

Ese cuerpo era todo lo que tenía, se había curado, caminaba (cosa que pensó que jamás volvería a hacer), era capaz de sentir calor, frío, dolor… pero también placer. Se erizaba ante el contacto de aquel hombre. Le pedía acercarse más a él, fusionar sus curvas con las líneas rectas y duras de Michelangelo. Le pedía volver a vivir, no solo existir. Ella se lo había negado durante mucho tiempo, pero tal vez había llegado el momento de cambiar.

El cambio asusta, pero sin él es imposible avanzar. Ella tenía un compañero justo al lado que estaba dispuesto a tomarle de la mano durante el camino, saltar las olas y los baches con ella. Entonces pensó: «¿por qué no?». Y fue la pregunta más simple y compleja que se había hecho nunca.

«Sí», se contestó a sí misma.

Sí, iba a comenzar a vivir. Sí, estaba dispuesta a sentirlo todo, no solo lo malo. «*Tutto o niente*» leyó el tatuaje de su pareja. «Todo o nada».

Elegía todo.

@VENUS

Las cicatrices pueden ser recordatorios de una tragedia o de una segunda oportunidad. Todo depende del punto de vista… y del dolor. El dolor mueve mundos, aunque a veces te impide moverte a ti misma. El dolor crónico es esto: mirar tu propio cuerpo, sentirlo, vivirlo, y no reconocerlo.

Cuerpo, a veces te odio. Odio el mundo al que me condicionas. Odio depender de ti, esclava de tus órdenes. Odio discutir contigo por los límites que me pones. Odio que condiciones hasta la elección de ropa que hago, o cuando quitármela. Odio tener que dar explicaciones de un pasado que deseo con toda mi alma poder cambiar.

A veces te odio. A veces te admiro.

¿Cómo puedes aguantar tanto? ¿Cómo te levantas aun notando el desgarre por dentro? ¿Cómo sigues dando pasos hacia delante?

Eres mi peor enemigo, y a la vez, el amor de mi vida.

Te odio.

Te amo.

XXII

Giovanna estaba exhausta pero radiante después de una noche llena de placer y miedos superados. El agua caliente corría por el cuerpo que hacía unas horas había compartido con Michelangelo y que poco a poco aceptaba como suyo propio. Todavía le resultaba doloroso pasarse las manos llenas de gel por la espalda, donde tenía marcado para siempre el recordatorio de un pasado oscuro, y que al mismo tiempo la animaba a seguir adelante porque lo había superado. Salió de aquel hospital. Ahora estaba en un pueblecito de la costa de Italia, y había logrado sentirse a gusto con su cuerpo por primera vez en años. Las cosas por fin le empezaban a salir bien, o eso creía.

—Buenos días, preciosa —susurró el escultor en su oído mientras se colaba detrás de ella.

Giovanna sonrió y se tensó al mismo tiempo. No estaba acostumbrada a él, pero quería que eso se convirtiera en una rutina cómoda y bonita que le diera la motivación necesaria para salir de la cama cada día.

—Buenos días. —La risa se le escapó al notar sus dientes por el cuello—. Para, me haces cosquillas.

—Disfrútalas entonces —dijo él sonriendo contra su nuca. Le dio besos, la mordió y le lamió.

Giovanna se deshizo en risas y gemidos, todo lo que era cuando Michelangelo estaba cerca.

—Tengo que ir a trabajar… —dijo con un hilo de voz. Las manos de Michelangelo la acariciaban por todas partes—. Michelangelo… —gimió su nombre mientras echaba la cabeza hacia atrás, chocándose contra su pectoral. Él la miró desde su altura y sonrió con los ojos brillantes.

—Me gusta que me llames por mi nombre, Giovanna —dijo a la vez que la exploraba con sus dedos.

Otra oleada de calor la sacudió. Michelangelo gruñó al notar el roce de sus cuerpos, y se pegó por completo a ella.

—Y a mí… Que me llames por el mío —lo miró a los ojos—, Michelangelo.

Ambos sonrieron.

Él agacho la cabeza para devorar esos labios que sabían al sol de la Toscana en primavera. Coló una pierna entre las suyas, y Giovanna alzó el pie para apoyarse en el borde de la bañera, pero se resbaló y él la agarró con fuerza.

—Cuidado… —murmuró con la mandíbula apretada. Tenía la

sensación de que iba a explotar. La entrepierna le dolía y tener a Giovanna pegada y moviéndose contra su cuerpo no ayudaba, pero echó a sus instintos hacia un lado y la ayudó a salir de la bañera.

—Lo siento… —dijo ella con las mejillas sonrosadas mientras se ponía una toalla. Michelangelo no sabía si estaba avergonzada o qué le pasaba, pero odiaba que le tapara las vistas de su cuerpo perfectamente imperfecto.

Salió de la bañera y la miró a los ojos. Giovanna volvió a sentir la humedad entre sus piernas, y la excusa de la ducha ya no tenía sentido.

—No te vistas, no hemos terminado.

Y tras esas palabras, Michelangelo le arrancó la toalla, la cogió en brazos, y la besó con hambre. Giovanna gimió contra su boca y supo que al final llegaría tarde a la frutería.

Michelangelo salió del baño con ella todavía en brazos y la dejó sobre la mesa de la cocina, donde los rayos del sol se colaban por la ventana y les calentaba todavía más el cuerpo.

—Mic… —Giovanna intentó hablar entre beso y beso, pero los labios carnosos del italiano no la dejaban ni un segundo para respirar.

—Yo me hago responsable de lo tarde que llegues —dijo Michelangelo contra sus labios antes de devorarlos otra vez.

—Tú tienes la culpa…

—Yo la tengo —afirmó el italiano entre sonrisas justo antes de tumbarla en la mesa. Las gotas caían por su cuerpo lleno de tinta y dibujos. A Michelangelo le habría encantado esbozarla en carboncillo en ese mismo momento si no fuera porque anhelaba todavía más saborear cada centímetro de su piel.

El cuerpo de Giovanna se derretía cada vez que él la tocaba. Necesitaba más, más besos, más caricias, más de él. Susurró su nombre cientos de veces mientras le recorría el cuerpo con las manos. Era espectacular. Todo líneas rectas, fuertes y duras, lo contrario a ella. Tal vez por eso encajaban tan bien juntos.

Tal vez por eso no se quisieron separar nunca más.

Anhelaban descubrirse y disfrutar del placer que sus cuerpos les podían dar. Giovanna llevaba mucho tiempo sin hacer ninguna de las dos cosas, y Michelangelo nunca se había sentido así con nadie. Eran la pieza del puzle correcta.

Inclinada sobre la mesa, con la cabeza apoyada contra la superficie y la cadera golpeando las manos de Michelangelo que la protegían del borde de la mesa, Giovanna dejó descubrirse por completo mientras hacían el amor. Y se sorprendió al sentirse tan segura y excitada. Le gustaba que el sol le calentara la espalda, el sonido de sus cuerpos al chocar, la presión en sus pechos contra la mesa, los labios de Michelangelo por sus cicatrices, y el «te quiero» que salió de ellos

mientras lo hacía. Explotó en un orgasmo colosal en el mismo minuto en que lo escuchó. Fue como si abandonara su cuerpo, pudiera verse desde fuera y entendiera por qué a él le gustaba tanto, por qué tenía que quererse a sí misma.

Cuando volvió en sí, y su respiración se calmó, Michelangelo la ayudó a incorporarse en sus piernas temblorosas, la abrazó desde la espalda y apoyó la barbilla en su cabeza. Por el espejo de la cocina pudo ver que tenía los ojos cerrados y una sonrisa en la boca. Se lo veía en paz, tal y como estaba ella. Giró sobre sus pies y lo abrazó dejando su mejilla contra su pecho.

Quiso decirle las mismas palabras que él le había dedicado hacía un momento, pero lo pensó demasiado y cuando se quiso dar cuenta, ya era demasiado tarde. Estaban terminando de desayunar.

—Si quieres te recojo cuando termines de trabajar y vamos a cenar con mi hija y Martín. Mañana por la mañana se van y quieren aprovechar su último día.

—Sí, está bien. —Giovanna miró la hora en su móvil—. Mierda, llego muy tarde. —Se levantó de golpe, todavía masticando un trozo de tostada. Cogió su bolsa de tela antes de beber un trago del zumo de naranja que Michelangelo había preparado—. No te rías —le recriminó al ver su sonrisa tonta.

—No, para nada. Toda la culpa es mía.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Venga, vamos. —Lo empujó hacia la puerta, cogió sus cosas, y salieron del piso.

Michelangelo no dejó de hacerla reír mientras bajaban las escaleras del edificio, pero el sonido de la felicidad se detuvo al encontrarse con sus vecinas en la portería.

—Buenos días —las saludó Michelangelo.

Las mujeres los inspeccionaron con una mirada inquisidora. Giovanna se fijó en las cartas que llevaban en las manos, y vio su nombre en una de ellas.

—Esto es mío. No tienen derecho a abrirlo.

La joven les arrancó la carta de las manos, y las ancianas se escandalizaron por su reacción.

—Qué pocos modales. Ni siquiera pone tu nombre, es de una tal Giovanna de Luca.

—Ay, Filippa, que va a ser ella…

—Sí, soy yo —afirmó Giovanna por primera vez desde que se había mudado a Manarola. Se sintió bien al aceptar su propia identidad, aunque estuviera furiosa—. Así que dejen ya de abrirme las cartas.

Michelangelo le apretó la cintura, y ese simple gesto hizo que se calmara e ignorara las miradas inquisidoras de aquellas dos mujeres que siempre le hacían la vida imposible.

La pareja se alejó del edificio. A Giovanna le extrañó no escuchar a sus vecinas a sus espaldas. No dijeron ni una sola palabra.

—Déjalas, son unas ancianas que no tienen otra cosa que hacer. —Michelangelo le acarició la mano con su pulgar.

—Ya, pero es que siempre se entrometen en todo. Me tienen harta —resopló la italiana guardándose la carta en el bolso.

La pareja caminó de la mano hasta llegar a la frutería Pellicani.

—¿Quieres que me disculpe con tu jefe?

—No —respondió ella con una risita—. No hace falta. Yo me encargo.

Él le sonrió.

—Está bien. Te veo más tarde.

Giovanna iba a entrar a la tienda, pero entonces él la detuvo, le alzó la barbilla con los dedos, y la besó. Giovanna volvió a sentir que la mariposa tatuada en su estómago aleteaba. No estaba acostumbrada a las muestras de cariño en público, pero esa le gustó. Se despidieron, y entró en la frutería como si caminara entre las nubes.

—Perdona, Marco, me he quedado dormida.

—Ya, con el escultor al lado, ¿verdad? —La respuesta de su jefe la ruborizó. Empezó a tartamudear, pero no dijo nada—. No pasa nada, Venus. Es la primera vez que llegas tarde desde que te contraté, y te debo varias horas extras, así que no tienes de qué preocuparte. —Le guiñó un ojo mientras dejaba una caja llena de plátanos en el mostrador—. No creo que tus gatos te perdonen con tanta facilidad. Los tienes muertos de hambre maullándole a la puerta. Voy a odiar lo que te voy a decir, pero… Dales de comer ya, por favor.

La muchacha sonrió y se fue alegre a la puerta trasera de la tienda. En el callejón la esperaban una manada de felinos hambrientos.

—Ya va, chicos. Tranquilos.

Abrió un par de latas de atún que tenía siempre guardadas en el almacén para ellos, y se las sirvió en varios cuencos para que no se pelearan.

Fue una mañana muy tranquila, de hecho, solo tuvieron un par de clientes y la mayoría extranjeros. Era algo extraño, porque Pellicani tenía una clientela muy fiel que arrastraba desde los inicios.

Su jefe resopló, cansado de no hacer nada. Salió de detrás del mostrador, y cogió su cajetilla de cigarros.

—No hace falta que ordenes mil veces las estanterías, Venus. Está todo limpísimo y ordenadísimo. Puedes irte ya. No tienes que quedarte más tiempo por haber llegado tarde, total, hoy tampoco hemos hecho caja y no creo que venga nadie ya.

El hombre salió para fumarse su cigarrillo recostado sobre un árbol. Venus prefirió salir por la puerta de atrás y sentarse en el escalón a tomar el sol junto a Leo, Eros, y Afrodita, que estaban lamiéndose las

patas.

Debería estar con Michelangelo, Iris y Martín. Ganas no le faltaban, pero después de haber llegado tarde y no haber hecho prácticamente nada por la poca faena del día, se sentía culpable si se marchaba y no lo ayudaba a cerrar.

Sacó su cuaderno y empezó a escribir para ordenar las ideas en su cabeza. Entre sus páginas o las del Word siempre se sentía segura, pero entonces algo lo rompió todo.

—Marco, no te conviene tenerla contratada, es una delincuente.

—Pero, ¿qué me estás contado, María? ¿Te estás escuchando?

—¡Que me lo han contado la señora Filippa y Fiorella! Le han abierto una carta del juzgado. Nos ha engañado a todos, no es quien dice ser.

Las arrugas se fueron haciendo cada vez más y más visibles en el entrecejo de Venus. ¿De qué estaban hablando? Se levantó, y sin hacer ruido, se acercó a la esquina del callejón para escucharlos mejor.

—María, estás hablando de dos señoras viejas que les encanta cotillear y que le han hecho la vida imposible desde que llegó. Solo es una niña…

—Una niña no, Marco. Una asesina. —El corazón de Venus se detuvo al escucharla—. Ten cuidado, Marco. Te lo digo en serio. Esa mujer es peligrosa. A ver, ¿cómo te explicas que después de tanto tiempo no conozcamos nada de ella? ¿Por qué es tan rara? ¿Por qué no tiene amigos?

—Es una chica solitaria —replicó el hombre.

—No. Es una asesina y se está escondiendo de la justicia.

Venus no tenía ni idea de cómo seguía respirando.

—María…

—Ten cuidado porque no solo te arriesgas a perder la clientela, estoy segura de que todo el pueblo conoce la noticia ya, sino que también puedes perder la vida.

Venus dejó de escuchar. Empezó a ver unas manchas negras mientras volvía de nuevo a las escaleras donde hasta hacía un momento estaba sentada. Rebuscó en su bolsa llena de papeles, bolígrafos y cuadernos, y sacó la carta que no había tenido tiempo de leer antes.

Un pitido incesante en los oídos la aisló del mundo cuando empezó a leer: «Giovanna de Luca. Delito/Falta: Homicidio…». Las lágrimas le emborronaron la vista y no fue capaz de leer nada más. Solo pudo distinguir el logo de la administración de la justicia. El corazón volvió a palpitarle en el pecho, pero esta vez de forma desorbitada.

Empezó a escuchar gritos lejanos, y después, la televisión a todo volumen dentro de la frutería.

«Última hora, ha habido un tiroteo en el pueblo de Manarola,

Cinque Terre. Se sospecha que La Cosa Nostra podría estar detrás de este atentado. De momento no hay víctimas mortales, pero sí heridos de bala».

@VENUS

El miedo es de los sentimientos más dañinos y peligrosos del mundo.

Antes nos ayudaba a sobrevivir, ahora que lo tenemos todo al alcance de nuestras manos, tan solo nos insta a querer dejar de vivir.

Hay miedos lógicos y hay miedos irracionales.

Unos se convierten en algo cotidiano y van echando raíces dentro de nosotros. Los otros son como golpes de un martillo. Es la vida cincelándonos.

Hoy he recordado qué es el miedo de verdad.

De repente, todo el sufrimiento irracional que he sufrido hasta ahora me ha parecido insignificante, aunque cuando lo atravesaba dolía tanto como el de ahora.

Solo espero que esa emoción no vuelva a controlarme ahora que he recordado lo que significa tener miedo de verdad.

XXIII

Hacía tanto tiempo que Giovanna no pisaba un hospital, que cuando volvió, sintió que el mundo iba a colisionar. Eso era todo, ¿verdad? El apocalipsis estaba a punto de desatarse porque ella estaba ahí de nuevo. O más bien, ya se había desatado.

—Por favor… —Su voz era un murmullo apenas audible. Nadie la atendió. La gente iba para arriba y para abajo, pero su mundo se había detenido hacía rato.

Giovanna se sentía perdida entre un mar de batas blancas y uniformes. Era irónico teniendo en cuenta que para ella la vida se acabó y volvió a empezar en un hospital.

Empezó a rondar por los pasillos. Puede que ella no hubiera estado ingresada en ese hospital en específico, pero sabría llegar a donde quería. Y entonces lo encontró. Ahí estaba Michelangelo, de pie frente a la puerta de una habitación. Con la camisa blanca manchada de sangre, y el rostro devastado. Giovanna se esperó lo peor y tuvo miedo de no ser lo que Michelangelo necesitaba en esos momentos, pero el alivio de verlo vivo le dio la fuerza necesaria para acercarse a él.

—Michelangelo… —Esta vez su voz sonó un poco más alta, más clara.

Los ojos del italiano se encontraron con los de ella enseguida. Tenía las ojeras marcadas, los ojos rojizos y apagados, y el miedo pintado en la cara. Daba la sensación de que había envejecido en cuestión de segundos.

No dijo nada. Solo se tiró a sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho, aunque para ello tuvo que doblarse. Giovanna lo abrazó con fuerza, se puso de puntillas, y cerró los ojos al sentir su piel caliente de nuevo en contacto con la suya. Estaba bien. Eso era lo más importante, pero entonces… ¿Por qué estaba ahí?

—¿Qué ha pasado? —le preguntó mientras se sentaban en unas sillas—. Dime, Michelangelo. —Le alzó la cara con las manos. Nunca lo había visto tan triste y asustado. Eso la alertó todavía más—. Dime qué pasa, por favor.

Instintivamente bajó las manos por sus brazos, comprobando que todo siguiera igual que esa misma mañana. Le palpó el pecho por encima de la camiseta ensangrentada.

—Yo estoy bien. Es… Es… Mi hija. —Rompió a llorar.

Giovanna juró que algo dentro de ella se desquebrajó con su llanto. Lo volvió a acercar a su pecho y lo abrazó con todas las fuerzas que tenía.

—¿Está bien? —se atrevió a preguntar con la voz temblorosa.

Él se pasó la enorme mano por la cara, y Giovanna le limpió las manchas de sangre de la mejilla.

—Sí. De momento…, creo. No me dicen nada.

Giovanna apretó su otra mano.

—¿Y Martín?

—Ha sufrido un ataque de pánico. —A Giovanna le dio miedo que le pasara algo similar a él también por lo agobiado que estaba—. Lo están atendiendo, pero no está en esta planta.

La muchacha asintió antes de volver a estrecharlo entre sus brazos.

—Todo va a estar bien —dijo acariciándole la espalda. Nadie mejor que ella sabía que las palabras no significaban nada en momentos como ese, pero al menos tenía su apoyo, y eso era más importante que cualquier otra cosa.

Las enfermeras salieron un tiempo después. Michelangelo, ansioso, les preguntó por el estado de su hija. Al parecer una bala le había atravesado el estómago, pero con la suerte de que no había perforado ningún órgano vital. Iris Francesa estaba bien. Estaba a salvo.

Michelangelo se derrumbó después de saber la noticia. Su cuerpo ya no aguantaba más la tensión. Al saber que su hija estaba fuera de peligro, él se permitió estar mal. Giovanna le pidió al personal sanitario que lo revisaran, aunque él se negó hasta que le prometieron que después de un chequeo podría pasar a ver a su hija.

—Solo puede entrar una persona —le dijo la misma enfermera que lo había atendido—. Ahora necesita reposo.

—Ve tú. —Giovanna mientras le acarició la palma de la mano—. Yo iré a ver cómo está Martín y le contaré las buenas noticias.

El escultor asintió. Ahora estaba más tranquilo, y Giovanna pudo respirar al comprobar que él estaba bien. Le dio un beso en los labios antes de que entrara en la habitación donde reposaba su hija, y fue en busca de la de Martín. El muchacho seguía aterrorizado, pero saber que su novia no estaba en peligro lo calmó un poco.

—Ahora Michelangelo está con ella. Luego puedes pasar a verla tú, pero tienes que estar bien, ¿vale? —le dijo Giovanna acariciándole la mejilla—. Si no la vas a preocupar.

Martín asintió con brusquedad mientras hacía los ejercicios de respiración que le habían indicado. Giovanna esperó a que se sintiera mejor, lo acompañó hasta la habitación de Iris, y esperaron a que Michelangelo saliera.

—¿Co-cómo está? ¿Está bien?

Giovanna, al ver a su pareja más relajado, supo que Iris se iba a recuperar pronto.

—Sí, Martín. Está bien, tranquilo. —El escultor le puso una mano en el hombro al muchacho para reconfortarlo—. Ha preguntado por ti,

así que entra y cálmate. Los dos necesitáis reposo.

El chico asintió. Giovanna le sonrío ligeramente para darle ánimos, y tras coger otra bocanada de aire, entró en la habitación.

—Tú también deberías reposar —le dijo la italiana.

Michelangelo resopló y se sentó en la sala de espera.

—Estoy bien, ya has escuchado a la enfermera antes.

—Sí, pero se le olvidó decirte que tienes que descansar, yo te lo recuerdo. —Giovanna se sentó junto a él y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Ahora eres enfermera?

—Casi. —Intentó sonreír.

—Cuando salga de este hospital descansaré.

Giovanna sabía que poco a poco cedería, así que no insistió más. Cuando le dio un beso en la mejilla, el móvil de Michelangelo empezó a sonar.

—¿Sí? —Se levantó para atender la llamada fuera del pasillo.

Giovanna se limitó a verlo pasear de lado a lado mientras hablaba. Se le notaba el cansancio a kilómetros. Y ahora le tocaba a ella cuidarlo a él.

Varias personas que pasaban por ahí se la quedaron mirando. Ella no entendía por qué, pero se sintió mal. Odiaba ser el centro de atención. Se marchó a una esquina mientras esperaba a Michelangelo, y escuchó el eco de las noticias que salían de una habitación:

«La última hora es que solo ha habido un herido de gravedad. Una joven de veinticuatro años. Algunas personas han sido atendidas por cuadros de ansiedad debido a que el tiroteo se produjo en la plaza del pueblo, pero nadie más ha resultado herido. Se sospecha que ha sido un ajuste de cuentas entre algunos miembros de la mafia contra la periodista y escritora Iris Francesca Bianchi por desvelar secretos de La Cosa Nostra en su último libro titulado «Farfalla», una biografía sobre la última *capo* de dicha mafia. Seguimos al pendiente de novedades. En otras noticias…».

Giovanna recordó aquella comida donde se enteró de que la hija de Michelangelo había sido la que entrevistó a Alessandra Veneziano, una leyenda en cuanto a la mafia se refiere. Fue la primera mujer que se convirtió en jefa de uno de los clanes más importantes de Italia, y después desapareció del mapa cuando obtuvo todo el poder.

Nadie sabía dónde se encontraba en la actualidad, ni siquiera Iris. Pero al parecer no hacía falta de su presencia para seguir trastocando la vida de los Bianchi.

—Era mi hermano. —Michelangelo volvió junto a Venus—. Se ha enterado de lo sucedido y viene de camino.

Giovanna se alegró de eso. Tanto a Michelangelo como a Iris les vendría bien tener a su familia cerca.

—¿Es verdad lo de la mafia? —preguntó. Tal vez no era el mejor momento, pero necesitaba saberlo.

—Sí —resopló el escultor—. Le dije a Iris que tuviera cuidado, que yo le pagaría unos guardaespaldas si hacía falta, pero es tan cabezota…

—Habrá salido a su padre.

Él sonrió con ligereza antes de continuar:

—Pero ahora no se va a librar. —Miró hacia un lateral antes de volver a mirarla—. Tengo que hablar con la policía.

Giovanna no se había dado cuenta de que había unos agentes rondando por la planta.

—Está bien, si quieres puedo ir al hotel y traerte ropa limpia.

Michelangelo se miró, y como si no se hubiese dado cuenta de que estaba lleno de sangre hasta ese momento, aceptó y le dio las gracias dándole un beso en los labios.

—En seguida vuelvo —le prometió ella antes de marcharse.

En el pueblo había un silencio muy poco habitual. La gente se arremolinaba en grupos y hablaban en susurros. Nadie se atrevía a ir solo, menos Giovanna, la loba solitaria del pueblo.

Se sintió más observada de lo habitual, y llegó un momento en el que no sabía si la gente hablaba de lo ocurrido hacía unos momentos o de ella. Llegó al hotel y entró en la habitación con la llave que le había dado Michelangelo. Metió una muda de ropa limpia en una bolsa, y salió de nuevo. De pronto se dio cuenta de que echaba de menos a las españolas. Estaba segura de que ellas habrían sido capaces de dar un poco de humor a la terrible situación. Giovanna era capaz de animar, pero hacer reír era mucho más difícil.

Mientras iba de vuelta al hospital, se volvió a sentir observada, pero esta vez no bajó la cabeza e intentó escuchar lo que la gente decía a sus espaldas. Muchos de ellos hablaban del tiroteo y especulaban cosas sin sentido.

—Estoy seguro de que vi al *capo*.

—Si no sabes quién es.

—Ha sido una *vendetta* por el libro ese de La Farfalla.

—Que no, que se han equivocado de persona.

—En realidad era un atentado terrorista, ¿no habéis visto las noticias?

—Yo he escuchado que hay una asesina en el pueblo. La que trabaja en la frutería de la esquina. Dicen que está huyendo de la justicia. Seguro que pertenece a la mafia y ha mandado unos sicarios a matar a esa pobre chica.

Giovanna, con los dientes apretados y los nudillos blancos de apretar el asa de su bolsa, apresuró el paso para llegar al hospital. Nunca pensó que llegaría a considerar ese lugar como un refugio. Los

odiaba, pero en ese momento prefería estar ahí a escuchar los rumores que se extendían por el pueblo. A la gente le encanta hablar sin conocimiento de causa, sobre todo en pueblos pequeños como Manarola.

Cuando se internó en la planta donde Iris estaba ingresada, vio que Michelangelo estaba hablando con unos agentes de policía en la puerta de su habitación.

—Les seguiremos informando cuando haya novedades. De momento varios de nuestros agentes se quedarán aquí vigilando por su seguridad.

—Muchas gracias, agentes.

Giovanna se acercó a él una vez se despidió.

—¿Qué te han dicho?

—Han arrestado a una persona. Es uno de los soldados de la mafia —respondió tan tenso que se le marcaba la vena del cuello y de la frente.

—Tranquilo. —Lo agarró de la mano—. Al menos lo han cogido.

—Sí, pero es que no era solo uno, Giovanna. Yo vi a tres personas por lo menos, tres tíos pegando tiros e intentando asesinar a mi hija…

—Respira. —Giovanna le acarició con el pulgar en círculos—. Entiendo que debe de haber sido horrible y traumático, pero piensa que Iris está bien. Está fuera de peligro.

—Sí, pero ¿y si la atacan otra vez? ¿Y si…? —Michelangelo se desplomó en la silla de plástico que rugió bajo su peso. Se llevó las manos a la cabeza con desesperación, y se pasó los dedos por el pelo.

—Cariño… —Giovanna se sentó a su lado. Verlo así le dolía tanto como si la hubiesen herido a ella—. No pienses eso. Estará bien, no le va a pasar nada —dijo mientras le agarraba las manos con fuerza. Michelangelo no tuvo más escapatoria que mirarla a los ojos. Con lo alegre que era Michelangelo siempre, Giovanna jamás se lo imaginó llorando. Le resultaba imposible visualizar lágrimas que no fueran de felicidad en sus ojos, pero ahí estaban. Y no se escondía. A Michelangelo no le importaba mostrar sus emociones—. No le va a pasar nada. Va a estar bien. Está protegida, y lo seguirá estando.

Se abrazaron con tanta fuerza, que por un segundo se olvidaron de lo bueno y de lo malo del resto del mundo.

—Ejem —carraspeó Martín. Giovanna y Michelangelo se separaron tan solo unos centímetros—. Iris se ha quedado dormida. Está más tranquila.

—¿Y tú? —le preguntó ella.

—Estoy mejor ahora.

A Michelangelo se lo escuchó suspirar de alivio.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias, Venus. Estoy bien.

—Llámame Giovanna.

Hubo un silencio. Martín no entendió muy bien qué pasaba. Michelangelo, orgulloso, le dio un suave apretón a su pareja para apoyarla. Ella se lo agradeció rozándole el hombro.

—¿Quieres venir a casa? Está cerca de aquí, puedes ducharte y comer algo —propuso Giovanna mirando a Michelangelo.

—No, no. Yo no me voy a mover de su lado.

—Giovanna tiene razón. —Después de haberse esforzado tanto en ocultar su verdadero nombre, de pronto le pareció bien volver a escucharlo en labios de otros—. Yo me quedaré con ella, no te preocupes. Ve y descansa un rato.

—Pero…

—La policía está aquí. No le va a pasar nada. No voy a dejar que le pasa nada. —El tono de voz de Martín fue suavizándose poco a poco. Por el contrario, el pecho de su suegro se fue hinchando de orgullo.

—Solo si, cuando vuelva, también te vas a descansar.

Martín aceptó, y Michelangelo lo abrazó antes de mirar una última vez a la habitación de su hija para comprobar que dormía tranquila. Después le cogió la mano a su pareja, y salieron del hospital. Tenía la sensación de que habían pasado siglos desde lo ocurrido esa mañana.

—Solo un rato —dijo más para sí mismo que para ella.

Cogidos de la mano, empezaron a caminar hacia la casa de Giovanna. La mente del italiano todavía estaba nublada y no fue muy consciente del camino ni del tiempo que tardaron en llegar hasta el portal que ya bien conocía. Ni siquiera se dio cuenta de que se había puesto la americana a pesar del calor que hacía, para cubrir las manchas de sangre de su camisa.

A Giovanna se le cayó el cielo sobre los hombros cuando al entrar en el portal se encontró a sus vecinas rezando y mirándola como si fuese un demonio. Pensó que lo mejor sería ignorarlas, pero no imaginó que la detuvieran.

—¡Tienes que dejar el piso de inmediato! ¡Y la frutería! Aquí no queremos asesinas. Dios mío, protégenos —dijo la señora Filippa santiguándose una y otra vez.

Giovanna se quedó paralizada. Esa escena rozaba el horror y la comedia al mismo tiempo.

—Señora, ¿qué dice? —Michelangelo quedó todavía más confundido.

—¡*Mamma mia*! —exclamó la otra mujer al ver la mancha de sangre en la camisa del escultor. Después miró a Giovanna y fue capaz de distinguir restos de esa misma sangre en el estampado de su vestido —. ¡Tenga cuidado! ¡Va a matarlo!

—Pero qué…

Giovanna empezó a subir las escaleras tirando de la mano de

Michelangelo. Estaba harta de esas señoras. Si se iba de ese piso sería por no aguantarlas más.

—¡Dios mío, ayúdalo!

—¡Muchacho, grita si necesitas ayuda! ¡Llamaremos a la policía!

Giovanna explotó. Se asomó al hueco de la escalera y gritó:

—¡Déjenme vivir, cotillas!

Y después de eso se aseguró de cerrar con un portazo que tambaleó la estructura del edificio.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó Michelangelo igual de sorprendido por lo que habían dicho esas señoras, como de haber visto a Giovanna alzar la voz.

—Nada, nada… —respondió ella intentando serenarse—. Que les gusta meterse en todo e inventar rumores.

—Te han llamado asesina —repitió Michelangelo. Esa palabra en su boca sonaba mucho peor de lo que ya era.

—Es… —suspiró—. Una larga historia. Mejor dúchate, yo prepararé algo de comer.

—¿Me la contarás?

Giovanna se detuvo a mitad de camino hacia la cocina. Sabía que había llegado el momento, aunque todavía tenía miedo de que, al abrir las heridas del pasado, la oscuridad la volviera a engullir de nuevo.

—Sí.

@VENUS

«Cicatrizar». Odio esa palabra. Suena a que nunca te vas a librar de esa herida que te consume y que se va a quedar marcada para siempre en ti. Para que nadie se olvide, para alimentar sus prejuicios y su odio a lo desconocido.

Duele que la gente opine de ti, que te juzguen, que te ignoren, que te humillen… Y es más duro todavía si estás rota y sin sanar.

A veces me gustaría borrar todas esas cicatrices, y otras me gustaría enmarcarlas para recordar que gracias a ellas sigo aquí. Viva un día más.

XXIV

Comieron en silencio.

Giovanna había preparado pasta con tomate, un plato sencillo pero que sabía que a Michelangelo le gustaba y que lo llenaría de energía para enfrentar el día que todavía les quedaba por delante. Ella también lo necesitaría.

La cabeza de Michelangelo se asemejaba a tener cientos de abejas zumbando dentro de sus oídos. Todavía era capaz de escuchar los tiros, de sentir la sangre espesa y caliente de su hija sobre sus manos… Sabía que siempre recordaría el tono exacto del rojo bajo la luz de una mañana soleada. El mismo que se había quedado impregnado en el lienzo en blanco de su camisa. Nunca había visto algo igual, ni siquiera entre sus pinturas.

Hacía tiempo que no se vaciaba en un lienzo, pero desde que llegó a Manarola, las ganas de expresarse a través de otras técnicas le cosquilleaban en los dedos. Por su mente cruzó la idea de un cuadro abstracto: «Cerezas», lo llamaría, porque el tono de su piel le recordaba al que había visto esa misma mañana sobre sus manos.

—¿Quieres algo más?

La voz de Giovanna le sacó de ese torbellino de pensamientos en el que se había convertido su mente.

—No, gracias.

La joven llevó los platos a la cocina y los dejó caer en el fregadero con tanta fuerza que logró captar la atención de Michelangelo.

—¿Estás bien? —le preguntó él. Su cuerpo se tensó en respuesta.

—¿De verdad quieres saber quién soy en realidad? —La voz de Giovanna sonó trémula.

—Giovanna, ya sé quién eres. —Michelangelo se acercó un poco más. No estaba seguro de si debía tocarla o no. Todavía le recordaba a un pequeño animalillo herido, aunque le había demostrado que era más fuerte de lo que parecía.

—No, no lo sabes todo. Si te lo cuento… Tal vez ya no me veas como antes. No pasa nada, estoy acostumbrada a que la gente se vaya de mi lado.

—Gio…

—Te lo digo en serio, Michelangelo. —La muchacha se giró para darle la cara. Tenía los ojos y las mejillas rojos. Las pecas de su rostro se fusionaron con las lágrimas—. No te va a gustar lo que vas a oír, por eso lo he intentado ocultar.

Michelangelo no se podía imaginar lo que estaba a punto de

escuchar, pero aun así le ofreció su apoyo, y apretó una de sus manos para darle ánimos. No podía ser tan malo como ella lo estaba pintando. Giovanna era como un ángel, uno al que le habían cortado las alas y todavía estaba sanando para que le volvieran a salir.

—Dímelo, puedes confiar en mí.

Michelangelo era transparente como el cristal.

Giovanna era mitad luz, mitad sombra, como la luna.

—Cuando era más joven dejé la universidad en el último año. Estudiaba Traducción, se me daba más o menos bien, pero no me gustaba. A mis padres no les sentó muy bien lo que hice, pero yo no los escuché. Quería empezar mi vida adulta, y empecé a trabajar. Conocí a un chico, salí de fiesta… Sé que te debe de sonar raro.

Michelangelo hizo una mueca bastante parecida a una sonrisa. ¿Giovanna de fiesta?

—Suena a un milagro.

Giovanna también fue capaz de sonreír más o menos.

—Antes era diferente. —Respiró hondo y se apoyó en la encimera. Michelangelo no supo si ella era consciente o no, pero tenía el espejo en forma de sol justo detrás, apuntando a su espalda. Era capaz de ver el principio de unas cicatrices que esa misma mañana había besado—. De hecho, salía mucho de fiesta. No lo hacía porque me gustara especialmente… Era lo que se suponía que tenía que hacer con esa edad, eso hacía mi entorno. Ya era la rara que había dejado la carrera en el último curso para trabajar de camarera, no me podía permitir más extrañezas.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Giovanna reflexionó mientras él le acariciaba la mano que tenía apoyada en la encimera con el pulgar—. Porque todos queremos encajar. Mi familia es de clase media, esperaban que tuviera una carrera, un máster, un buen trabajo… Y a mí eso no me importaba tanto.

—Dime una cosa, ¿ya escribías entonces?

Giovanna se sintió desnuda. Michelangelo la veía de una forma que iba más allá de la simple superficie.

—Sí. Siempre he escrito, pero jamás pensé en eso como una profesión.

—¿Por qué?

Michelangelo y sus «por qué».

—Porque no lo veía como una opción, solo un hobby.

A Giovanna la distraían sus caricias, pero sabía que ese era el lenguaje del amor de Michelangelo, y lo tomó como una invitación para seguir desnudándose.

—Y… Una noche iba a salir. Tenía veinticuatro años, y mi hermana acababa de cumplir dieciocho. Insistió en venir, le dije que la

recogería porque ella se acababa de sacar el carné de conducir y todavía no se sentía segura, y bueno, la dejé plantada porque siempre iba detrás de mí y yo quería estar con mis amigos.

—¿Tienes una hermana?

Giovanna asintió.

—¿Cómo se llama?

—Vera.

—Es un nombre precioso.

Intentó sonreír, pero nada iluminó su rostro.

—Fui a la discoteca. Ignoré sus llamadas. Lo estaba pasando bien con mis amigos cuando vi a mi novio liándose con otra delante de todo el mundo. Discutí con él, la gente nos miraba, murmuraban… —Soltó todo el aire que le oprimía los pulmones—. Yo me quise ir y él me siguió. No dejábamos de discutir. Me juró que era ella la que se había lanzado a él aprovechando que estaba borracho, pero yo sabía que no era verdad. Sabía que no era la primera vez, y que los que pensaba que eran mis amigos, en realidad solo eran los suyos. —Los recuerdos vinieron a su cabeza como si se tratasen de una película, fotograma a fotograma—. Él intentó detenerme para que habláramos. —Miró su muñeca. Todavía podía sentir la presión de sus dedos agarrándola, pero al dolor de aquella vez lo sustituyó un cosquilleo provocado por las manos de Michelangelo—. Y yo no quería, solo deseaba irme.

Michelangelo sintió el temblor de su cuerpo, le puso las manos en la cintura y la apretó contra él.

—¿Te maltrataba? —preguntó después de unos segundos de silencio. Sus dedos se deslizaron por el color ónix de su cabello.

—No, pero esa noche las cosas se salieron de control. Yo solo quería huir, y él no me dejaba, se metió en mi coche, así que arranqué. —Los recuerdos latieron tan vivos como si acabaran de suceder—. No parábamos de discutir a gritos, de reclamarnos cosas. Me detuve en un semáforo. —El latido cada vez más acelerado—. Recuerdo tener la vista borrosa por las lágrimas… Su voz en los oídos. Sonaba una canción, la radio estaba puesta, pero no sé cuál era. Noté su mano en mi muslo cuando el semáforo se puso en verde, y le di demasiado fuerte al acelerador. —La sangre se hizo espesa y dejó de circular por su cuerpo. Michelangelo notó cómo su piel se enfriaba—. Recuerdo pensar que me había equivocado, que esa no era la vida que quería, sentí el vacío y la desolación por primera vez en mi vida, y quise desaparecer. Y entonces… —Las luces, la oscuridad, el ruido de los cristales rompiéndose, el impacto contra el *airbag*, la carrocería rompiéndole la carne, el crac de su espalda, el color rosa… Todo volvió a revivir en la mente de Giovanna—. M-me… Estrellé.

A Michelangelo se le cortó la respiración. Giovanna temblaba de

una forma exagerada. Era una maraña de miedos y traumas.

—Eso… ¿Eso fue lo que te pasó? —Michelangelo rozó su espalda. Ella asintió con la barbilla tiritando—. ¿Y tu novio? Él… ¿murió?

Giovanna cerró los ojos con tal dolor, que a Michelangelo le recorrió un escalofrío. Debería haberse callado, no la tenía que presionar tanto. Pero Giovanna ya se había abierto de par en par y no podía detener el torrente de un pasado que llevaba demasiado tiempo oculto.

—No. Él… Se fue.

—¿Cómo que se fue?

—Se fue —repitió ella todavía masticando las palabras, como si estuviera tan confundida como Michelangelo—. Logró salir por su propio pie, y se fue.

—¿¡No te ayudó!? —exclamó el italiano.

—No ayudó a nadie. El… El coche rosa…

—¿Qué coche rosa? —La observó temblar todavía más y la agarró con más fuerza temiendo que de un momento a otro se desvaneciera —. Gio…

—El coche —lo interrumpió ella. No lo miraba a la cara, sino a un punto fijo perdido en la distancia entre el recuerdo y ella—. Recuerdo ver el coche rosa. —Se le escapó un sollozo—. Lo supe. Me quedé inconsciente, pero lo supe un segundo antes.

—¿Qué? *Amore*… —Michelangelo estaba muy preocupado. Más que temblar, Giovanna estaba teniendo convulsiones, y no sabía cómo ayudarla.

Lloró. Se desplomó en el suelo aun cuando él intentó sostenerla, pero sus cimientos ya no aguantaron más. Estaban demasiado rotos. Necesitaba construir unos nuevos desde cero, sin humedades ni grietas.

—Era mi hermana. —La voz sonó desquebrajada y ahogada, pero las palabras fueron suficientemente contundentes como para que Michelangelo lo comprendiera todo.

Giovanna fue la culpable de la muerte de su hermana.

—Lo siento mucho — La abrazó e intentó calmarla.

Varios minutos después, cuando ella dejó de llorar y solo hipaba, continuó:

—Me enteré cuando desperté. Estuve en coma. Ella murió en la ambulancia. —Un sollozo más—. No sé por qué yo sí me recuperé y ella no… Vera lo merecía, yo no.

Sus palabras rompieron a Michelangelo por dentro.

—Tú también lo merecías, Giovanna.

—No.

—Shh… —Le dio un beso en la cabeza cuando volvió a temblar. Al mirar hacia abajo, Michelangelo se dio cuenta de que Afrodita estaba

sentada al lado de Giovanna, mirándola. Esa gata había sido su único apoyo emocional durante un año.

—Yo no quería esto, no quería vivir. —La muchacha levantó la cabeza. Dos ríos desbocados corrían por sus mejillas—. Vera solo tenía dieciocho años. Quería salir de fiesta, conocer gente, pasárselo bien… Ella me seguía siempre a todos lados. Todo el rato quería estar conmigo, y yo la dejaba de lado porque me parecía una pesada. —Las lágrimas dejaron de distinguirse unas de otras—. Y ahora me arrepiento de todo. Era mi hermana pequeña. Tendría que haberla cuidado. Tendría que haber hecho como tú con Iris…

—Mírame. —Michelangelo agarró su rostro con las manos—. Es completamente distinto. Tú no podías hacer nada, no estaba a tu alcance.

—No —dijo con rabia—. Sí lo estaba. Podría no haber salido con ese gilipollas. No haber ido de fiesta cuando no me gustaba. No haberla dejado plantada. No haber cogido ese maldito coche. No haber acelerado.

—Todos nos equivocamos. Ahora te gustaría cambiar las cosas porque sabes el resultado, pero no lo conocías cuando lo hiciste. Yo podría no haber quedado con ellos en esa plaza. Podría haber obligado a mi hija a tener un guardaespaldas. Podría haberla convencido de no publicar ese maldito libro, pero eso ya ha pasado. No puedo volver atrás en el tiempo, y tú tampoco.

—Pero lo haría —afirmó Giovanna—. Moriría por ella.

—Lo sé, lo sé… —Michelangelo apoyó su frente contra la de ella.

—¿Sabes? —Giovanna se olvidó de respirar un momento—. Podría haberse salvado si él hubiese llamado a la ambulancia. No lo hizo.

A Michelangelo también se le resbalaron unas lágrimas de impotencia por un dolor que no era suyo.

—Lo peor es que me acusaron de homicidio imprudente. Me… acusaron… —El aire se escapó de su boca como si le hubiesen pinchado los pulmones—. Me acusaron de matar a mi hermana.

Michelangelo no supo qué hacer. Se preguntó cómo había logrado seguir adelante después de todo lo que tuvo que pasar, y entonces una palabra se escribió a fuego en su mente: valiente. Eso era Giovanna.

Valiente.

—Respira conmigo —dijo mientras la agarraba de la nuca y buscaba en su mirada perdida—. Giovanna, respira conmigo —intentó aparentar que tenía el control de una situación que se escapaba de las manos de ambos.

Ella lo intentó. Inhaló por la nariz y expiró por la boca. Las manos firmes de Michelangelo en su cuerpo, y su mirada fija y sin miedos, le otorgaron la dosis necesaria de quietud para empezar a calmarse.

—¿Mejor? —preguntó varios minutos después.

Ella asintió retomando su respiración habitual.

—No necesitas contarme nada más, lo primero es tu salud.

—¿No estás asustado?

—¿Asustado? —Michelangelo sentía de todo menos miedo—. Claro que no.

—¿Por qué no?

Le resultó extraña esa pregunta, pero entonces comprendió el comportamiento siempre huraño y arisco de Giovanna desde que la conoció. Su cabeza debía de ser una auténtica yincana de culpas, miedos y fustigaciones.

—Porque no eres una asesina.

Ni siquiera debería de pasarle por la cabeza semejante palabra, pero era lo que Giovanna pensaba de sí misma. Lo que sus vecinas la habían llamado. Lo que la justicia la reclamaba.

—La maté. —Su voz sonó hueca, como si tuviera que dejar de sentir para pronunciar esas palabras.

—No es verdad. Tuviste un accidente.

—Contra ella.

—Contra otro coche.

—Quise desaparecer. Lo pensé. El pensamiento se me cruzó por la cabeza justo antes del choque.

—¿Lo hiciste aposta? —preguntó Michelangelo con cierto temor.

Giovanna se quedó en silencio varios segundos. El mundo se detuvo.

—Todo pasó muy rápido. No vi venir el coche, de verdad que no…

—Entonces no es tu culpa. Fue un accidente. —El italiano le apretó las manos sudorosas.

—Si no…

—El «y si» no lleva a ninguna parte nunca, Giovanna. Créeme. Lo único que importa es el ahora. ¿Qué vas a hacer ahora?

El rostro de la joven fue recuperando el color poco a poco.

—¿Qué voy a hacer? —repitió. Michelangelo asintió—. No sé… Ahora todo el mundo conoce mi pasado. Todos lo saben.

—Imaginan cosas, no saben nada.

Él tenía razón, pero a Giovanna le costaba razonar en esos momentos.

—Esas imaginaciones son suficientes para arruinarme la vida. Hoy no ha venido nadie a la frutería, y ya sé por qué. Por mí. Creen en lo que esas mujeres han gritado a los cuatro vientos.

—La culpa es de ellas, no tuya.

—Da igual de quién sea la culpa. La frutería se va a arruinar por mi culpa. No puedo hacerlo eso a Marco. —Sus ojos brillaron cuando la única posibilidad que se le ocurrió pasó por su cabeza—. Él ha hecho mucho por mí. Fue la única persona que me ayudó cuando llegué a

Manarola sin nada. Me ofreció trabajo, me dejó dormir en su casa las primeras noches, y me ayudó a encontrar este apartamento. Ahora me toca devolverle el favor.

—¿Cómo? —Michelangelo le puso el pelo detrás de las orejas.

—Dejándolo.

—¿Estás segura? ¿Qué vas a hacer entonces? —Le acarició la mejilla con el pulgar.

—No lo sé. ¿Irme de aquí? —Fue una pregunta, pero en el fondo Giovanna tenía muy claro que su etapa en Manarola había llegado a su fin—. De todas formas, estoy segura de que me van a echar del piso.

—¿Se lo alquilas a esas ancianas?

—Sí. Hablo con uno de sus hijos, pero la señora Filippa es la dueña de la casa.

—¿Y entonces dónde vas a ir?

Ahora el italiano sí que estaba asustado. Sabía que en algún momento sus caminos iban a dividirse, pero nunca pensó que sería ella la que tuviera que irse primero.

—No lo sé. No quiero volver a casa.

—¿Por qué no? —La agarró de las manos para ayudarla a levantarse del suelo, y la llevó al sofá para que estuviera más cómoda.

Giovanna se quedó mirando la mesa donde horas atrás le había dicho que la quería mientras besaba sus miedos.

—Porque ya no es mi casa —respondió más para sí misma—. Después del accidente pasé mucho tiempo en el hospital. —De repente se dio cuenta de lo mucho que le dolía la espalda por la tensión en sus músculos, y se apoyó entre los cojines—. Me operaron dos veces de la espalda. Estuve en cama durante meses y tuve que volver a aprender a andar… Lo primero que hago cada día al despertarme es mover los dedos de los pies para comprobar que todavía tengo el control de mi cuerpo. Fue mi mayor miedo durante ese tiempo. —A Michelangelo se le encogía el corazón con cada una de sus palabras. Por un rato se olvidó de su dolor, pero sintió el de ella en sus propias carnes—. Mis padres estuvieron conmigo, pero yo sabía que siempre que me miraban veían a Vera, y a mí estrellándome contra su pequeña. —Las lágrimas que le volvieron a recorrer el rostro no fueron impedimento para terminar de contarle su historia—. Verlos así me mataba cada día un poco más. Y eso es mucho decir teniendo en cuenta que yo me sentía muerta en vida.

Michelangelo la acercó más a su cuerpo y le dijo cuánto la quería con caricias. Giovanna se tranquilizó un poco.

—¿No volviste con ellos cuando saliste del hospital? —preguntó con la barbilla apoyada sobre su cabeza.

—Sí, estuve una semana en casa. Luego me fui. No aguantaba estar

ahí. Tampoco quería salir. Fue muy difícil. —Se removió entre sus brazos antes de continuar—: Pensé que lo único que me quedaba era intentar empezar de nuevo en un lugar tranquilo donde nadie me conociera. Cogí el dinero que había ahorrado mientras estuve trabajando, que lo quería para independizarme, y eso mismo hice, pero en otra ciudad.

—Eres valiente, Giovanna. Lograste traspasar el dolor y darte una segunda oportunidad.

Las lágrimas le volvieron a nublar la vista y solo le quedó el tacto del hombre que tenía al lado.

—A veces pienso que sigo ahí, atrapada en el dolor.

—No. Has avanzado más de lo que crees.

Los labios calientes del escultor le besaron el cabello.

—Pero he vuelto atrás, al pasado que quise dejar a un lado.

—Tómatelo como una señal para no volver a ocultarte.

Giovanna ladeó la cabeza hacia la mano de Michelangelo, que le acariciaba la mejilla. Alzó la mirada, y sus ojos se volvieron a encontrar.

—La gente no me va a querer si conoce mi pasado. Van a pensar lo que piensan ellas. Lo que deberías pensar tú.

Michelangelo la acercó más a él hasta tener su cuerpo pegado al suyo por completo.

—Te van a querer más por ser valiente y seguir adelante. Nadie que merezca la pena pensaría algo malo de ti jamás. Eres admirable.

Las lágrimas que empezaron a rodar por su rostro, en esta ocasión no fueron de dolor, sino de felicidad por haber encontrado a una persona como Michelangelo, alguien que la quería por cómo era, con quien no tenía por qué esconderse, y por quien deseaba ser mejor cada día.

El sabor de sus labios se tornó salado por las lágrimas, amargo por el dolor que seguía supurando de sus heridas, y dulce por el amor que brillaba en sus corazones.

—Eres la primera persona con la que me muestro como soy —le confesó ella en un susurro.

—Gracias.

Giovanna tembló. Lo hizo por amor.

Después volvieron al hospital. No podía olvidarse de las necesidades de él. Además, Giovanna quería comprobar con sus propios ojos que Iris estuviese bien. Era su amiga, y le recordaba mucho a Vera, su hermana.

Cuando llegaron al hospital, los chicos la dejaron pasar para verla. Solo podía haber un visitante a la vez, así que Giovanna se los agradeció de todo corazón.

—Hola, Venus —la saludó la joven incorporándose despacio.

—Hola, ¿cómo estás? —Giovanna se sentó en la esquina de la cama —. No te esfuerces.

—Estoy bien, estoy bien. No te preocupes tú también.

—Vale, eso es lo único que quiero. Te he traído algo de la máquina. No se lo digas a nadie. —Giovanna le entregó un paquete de galletas Oreo—. Escóndelas o te las quitarán.

Ella conocía de primera mano lo horrible que era la comida del hospital.

—Gracias. —Iris sonrió como una niña pequeña.

—Voy a llevar a Martín a mi casa para que se pueda duchar, comer y descansar un poco. ¿Te parece bien?

La muchacha asintió mientras le daba un bocado a una galleta.

—Sí, genial. Necesita airearse un poco. Yo estoy bien, de verdad. ¿Y mi padre?

—Está preocupado, eso es inevitable, pero está bien.

—Venus, gracias por cuidarles.

—Giovanna. Mi nombre es Giovanna, pero puedes llamarme Gio. Y no me des las gracias.

—Vale, Gio. Gracias de todas formas por las galletas.

Ambas rieron, y poco a poco el corazón de Giovanna se fue sanando al igual que lo hicieron las cicatrices de su cuerpo.

¿Alguna vez has sentido un vacío en el pecho?

Es esa sensación que no puedes explicar por qué la sientes si no hay nada.

Es como un miembro fantasma. Las personas que han perdido alguna parte de su cuerpo, incluso después de meses, tienen la sensación de que sigue ahí, y lo sienten aunque no esté.

No puedes echar de menos algo que nunca has tenido, dicen. ¿Y qué pasa cuando sientes algo que hace mucho que has perdido? Debería de ser algo igual de inválido, ¿no?

¿Por qué somos capaces de sentir el vacío? Para haber una ausencia de algo, primero tiene que haber estado lleno. El problema es que no sé si he estado completa alguna vez. No sé si en algún momento he sentido mi corazón lleno.

Tal vez cuando era una niña y no pensaba en estas cosas, pero ya no me acuerdo. Y es duro sentir la ausencia de algo que te destruye muy poquito a poco, porque puedes continuar, pero las grietas te van desquebrajando desde dentro hacia fuera.

Es difícil que la gente se dé cuenta de algo que es invisible a los ojos. Y es todavía más difícil que vean los agujeros, las grietas y los vacíos que llevas por dentro. Porque por fuera todo es normal, pero internamente te estás muriendo. Te falta algo. Y ese algo se convierte en todo tu ser cuando no lo tienes.

Y te pierdes.

Y te vuelves a encontrar.

Porque sí, ahora puedo confirmar que el vacío se puede volver a llenar. Hay personas, situaciones y cosas tan cercanas a tu corazón, que pueden sellar las grietas.

Hay luz que derriba a la oscuridad.

Hay esperanza después de la muerte.

Puede que ya nada sea como antes, pero ¿quién dice que tenga que ser peor?

Puedes llenar tus propios vacíos. Y eso ya es una razón para seguir adelante.

XXV

—Tío, has venido. —Iris sonrió emocionada al ver al hermano de su padre en la puerta de la habitación del hospital. Estaba igual de guapo que siempre, pero ahora más moreno y con el pelo un poco más largo.

—¿Cómo no iba a venir a ver a la princesa de la casa? —respondió Salvatore con una sonrisa de oreja a oreja que era capaz de iluminar toda la habitación. La abrazó con cuidado, tuvo que controlarse para no apretarla mucho y hacerle daño. La echaba mucho de menos—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, tío. No te preocupes, soy una princesa fuerte. —Le guiñó un ojo cuando se separaron.

—¿A él sí le dejas que te llame princesa? —preguntó Michelangelo divertido.

Su hija ya estaba mejor. Había pasado la noche en el hospital, pero ese día, si todo continuaba como hasta ahora, podría irse a casa, o más bien al hotel, porque Michelangelo no la permitiría viajar tan pronto.

—Solo porque hace tiempo que no lo veo.

—Hermanito, no te pongas celoso, aunque me quiera más a mí, tú sigues siendo su padre —replicó Salvatore acercándose a su hermano menor. Le fascinaba ver que seguía teniendo ese brillo en los ojos que poco a poco se va desvaneciendo con la edad. Se abrazaron tan fuerte que Iris temió que fueran a romperse.

—Gracias por venir —le susurró Michelangelo al oído.

Salvatore se limitó a asentir. Él dejaría cualquier cosa y volaría desde cualquier parte del mundo para comprobar con sus propios ojos que su sobrina estaba sana y salva.

—Ella es Giovanna —dijo Michelangelo haciéndole un gesto a su pareja para que entrara en la habitación. No permitían tener a más de un visitante por paciente, pero le daba igual, Iris ya estaba bien.

Ella entró con una tímida sonrisa. Él, Martín e Iris ya la llamaban por su verdadero nombre. Seguramente todo el pueblo lo sabría ya gracias a sus horribles vecinas, pero todavía le resultaba raro presentarse como Giovanna y no como Venus.

—Soy Salvatore, encantado. —El chico de ojos azules le dio dos besos—. Gracias por ayudar a mi familia.

Michelangelo ya le había contado a su hermano que Giovanna era la persona que los estaba ayudando en un pueblo que apenas conocían. Los dejaba ir a su casa a cambiarse, dormir y comer, y cuidaba de ellos.

—No me lo agradezcas, por favor. Para mí son… —Quiso decir

«familia», pero se calló unos segundos, abrumada por ese simple pensamiento—. Mis amigos.

—Pero no somos tu responsabilidad, así que gracias —replicó Iris—. Cualquiera en tu lugar habría salido corriendo, es instinto de supervivencia. Así que gracias, Giovanna.

A la morena se le llenaron los ojos de lágrimas.

Eso era a lo que estaba acostumbrada a hacer, huir. Tendría que haber huido, como siempre, pero en esa ocasión no lo hizo. Y le gustara o no admitirlo, se sentía cómoda cuidando de esa chica que se parecía tanto a su hermana.

Michelangelo la rodeó con los brazos y ella apoyó la cabeza en el centro de su pecho mientras él le acariciaba la nuca con delicadeza.

Salvatore se sorprendió de ver tanto amor en un simple gesto. Nunca había visto a su hermano así con ninguna mujer. El amor de su vida siempre había sido el arte. Vivía por y para crear con sus manos perfectas obras de arte clásico. La única vez que había visto algo parecido en sus ojos hacia otra mujer, había sido cuando su sobrina nació. Ese pequeño ser humano le cambió la vida por completo, pero conforme fue creciendo y voló del nido, él volvió a refugiarse en el arte. Hasta ahora. Porque ya tenía algo más, dos personas que le hacían de toma de corriente con la realidad y no le permitirían pasarse todo el día subido en una nube de fantasía.

—Tío, cuéntanos alguna de tus aventuras. ¿Dónde has estado estos últimos meses?

—En Australia, trabajando de cuidador en un zoológico.

—¿En serio? —preguntó Iris abriendo mucho los ojos—. ¿Haces de canguro de los canguros? —Su tío se rio.

—Podría decirse que sí. Ahora estaba en Francia de vacaciones.

—Oh, siento haberte arruinado las vacaciones.

—No has arruinado nada, princesa. En realidad, ya me estaba aburriendo.

—Se me olvidaba que no pasas más de un trimestre en un solo sitio.

—A veces estoy hasta seis meses. —Se burló él mismo.

Salvatore empezó a contar una anécdota que implicaban a un canguro, una araña gigante y su primer día en Australia. Iris lo miraba como cuando era una niña y le contaba sus aventuras. Al menos eso la alejaba de la realidad de estar encerrada entre cuatro paredes debido a una herida de bala.

Giovanna no pudo evitar acordarse de Vera al escuchar el relato de Salvatore. Su hermana se habría llevado genial con él, probablemente se habrían conocido de aventura en otro país. Con lo que le gustaba a ella viajar, estaba segura de que habría vivido su vida como lo hacía el hermano de Michelangelo en ese momento.

Por primera vez en mucho tiempo recordó a su hermana sin

lágrimas, sin sentir un profundo dolor en el pecho, sin que le faltara la respiración y sin que la culpa la golpeara como una barra de hierro en las costillas.

—A Vera le habría encantado ir a Australia. Le gustaba mucho la playa y recorrer el mundo —dijo de repente en una de las pausas de Salvatore. Hasta a ella la sorprendió hablar de su hermana como si su muerte no hubiese sido lo peor que le hubiese sucedido nunca.

—¿Quién es Vera? —preguntó Salvatore con inocencia mientras Michelangelo acariciaba el principio de una cicatriz de Giovanna sin que ella apenas lo notara. Su herida ya había curado. Había cicatrizado no solo en su piel, sino también en su alma.

—Era mi hermana pequeña. Le gustaba viajar y las Oreo. —Miró el envoltorio de galletas que sobresalía del cajón de la mesita de Iris—. Decía que cuando se graduara de la universidad, se tomaría un año sabático viajando en furgoneta por todo el mundo, que viviría a base de pasta y galletas, y que adoptaría un perro al que llamaría Oreo.

Sonrió al pensar en su hermana y no derramó una sola lágrima. Y gracias a que ella lo hizo, Michelangelo, Iris y Salvatore también lo hicieron, y el recuerdo de Vera brilló como un arcoíris después de la tormenta.

Después de un rato más de anécdotas y unas cuantas risas, Salvatore se disculpó para salir a la cafetería a tomar algo. No había dormido desde que se enteró de lo que le había pasado a su sobrina, y necesitaba con urgencia varios cafés y un poco de agua fría en la cara.

—Quédate con ella, Miki. No tardaré.

Pero lo que no se imaginaba Salvatore era lo que se iba a encontrar en mitad del pasillo del hospital.

La habría reconocido en cualquier lugar sin importar el corte de pelo, el tinte, o la ropa. Alessandra Veneziano era imposible de olvidar.

—¿Es esa habitación? ¿Hay alguien dentro?

Esa voz sin duda pertenecía a la de la mujer más peligrosa que jamás se hubiese conocido en Italia. La que se convirtió en la primera mujer *capo* de la mafia más atroz. Era la voz de la que creyó que era el amor de su vida, la de alguien que le rompió el corazón en mil pedazos antes de salir volando.

Llevaba unas gafas de sol que ocultaban el color de los ojos de la mujer más ambiciosa que se había visto en la faz de la Tierra. Tenía la vista fija en el suelo, hasta que, sin saber por qué, la alzó y se encontró con el mar encerrado dentro de los ojos de Salvatore.

Se detuvo en seco al igual que lo hizo su corazón.

Y durante unos segundos, el mundo se desvaneció.

Viajaron dieciséis años atrás, cuando ella estaba encerrada en una jaula de oro y él velaba por su seguridad sin percatarse de que ella ya

estaba en el infierno.

Una enfermera pasó junto a otra persona por su lado, pero ninguno de los dos se movió. El peso de los recuerdos era más fuerte que ambos. Al menos así fue hasta que Salvatore escuchó el débil sonido de la voz de Iris viajar desde su habitación, y entonces volvió a la cruda realidad.

—¿Qué haces aquí? —espetó, incrédulo.

—No alces la voz —susurró ella mirando con discreción a ambos lados—. Nadie sabe que estoy aquí.

—¿Por qué estás aquí? —enfatizó cada una de las sílabas de las palabras que nunca imaginó que tendría que decir.

Alessandra lo miró directamente a los ojos, a aquellos océanos que tanta vida le habían dado durante los peores momentos de su vida. Salvatore, a pesar de la opacidad de las gafas, todavía era capaz de ver ese brillo iridiscente de sus ojos, el mismo que había cegado a medio mundo con su poder.

—Quiero saber cómo está.

Él no se podía creer que Alessandra hubiese tenido el valor de ir a ver a su sobrina después de todo lo que sucedió entre ellas. Si estaba en el hospital era por su culpa.

—¿Cómo te atreves? Eres la culpable de esto.

—No…

—¿Crees que ella estaría aquí si no te hubiese conocido? ¿Si no te hubieses cruzado en nuestra vida?

—Salvatore… —suplicó.

Él cerró los ojos. Escuchar su nombre de su boca era demasiado.

—Vete.

—Escúchame…

—¡Vete! —espetó perdiendo el control—. No vuelvas nunca más, no te queremos en nuestras vidas.

Alessandra se quedó callada. Se movió incómoda al sentir las miradas sobre ellos. No estaba dispuesta a irse sin hablar primero con él. No entraba en sus planes haberse topado con Salvatore tan pronto. Estaba preparada para eludir a la policía, a cualquier soldado de la mafia que estuviera por ahí, pero ¿a él? Nunca estuvo preparada para él. Aun así, no estaba dispuesta a irse sin que antes la escuchara. Y Alessandra siempre conseguía todo lo que se proponía.

Lo agarró de la muñeca y, soportando como pudo el revoloteo de su estómago al sentir su piel ardiente junto a la suya, lo llevó a unos baños y cerró la puerta con pestillo.

—Nadie puede verme aquí —dijo quitándose las gafas de sol. Sus bonitos y únicos ojos de un azul verdoso brillaron al ponerse en contacto con los de él—. Solo quiero saber cómo está.

—¿De verdad te importa? —musitó Salvatore maldiciendo por

dentro que tenerla cerca todavía le hiciera sentir cosas que debería haber superado hacía mucho tiempo.

A Alessandra le dolía en el alma la imagen que Salvatore seguía teniendo de ella de una mujer despiadada, pero tampoco podía culparlo, porque eso era lo que había demostrado ser.

—Claro que me importa. Siempre me ha importado.

Salvatore apretó tanto la mandíbula, que Alessandra temió que se hiciera daño.

—Sabes que si está en esa cama de hospital es por tu culpa, por esa maldita entrevista que le diste. La pusiste en el punto de mira de la mafia.

—Y no sabes cómo lo siento —murmuró cerrando los ojos durante varios segundos—. Lo he intentado, de verdad, he hecho todo lo posible por protegerla, pero…

—¿De qué estás hablando?

Alessandra negó con la cabeza. No quería contarle nada de lo que había sido de ella desde la última vez que se vieron, mucho menos después de lo que ocurrió tras dar esa entrevista que se convirtió en un libro superventas.

—Dímelo, Alessandra —rogó agarrándola de los brazos. Ella tuvo que mirarlo a los ojos—. ¿Has estado detrás de ella todo este tiempo?

—No me he acercado, te lo prometo. Solo he intentado protegerla. Nunca dejaría que le hicieran daño.

—Se lo han hecho. Le han metido una bala en el estómago. Casi la matan, joder —espetó sin soltarla en ningún momento.

—Lo sé, lo siento, lo siento… Me ocuparé de ellos.

—No —sentenció con voz dura. A veces se le seguía olvidando la clase de mujer que era Alessandra Veneziano. No era la que él había creído conocer. No era la mujer inocente y destrozada por un monstruo, sino que ella era el monstruo—. No hagas eso, mucho menos en nombre de Iris. Ella no es una asesina.

Cuando la soltó, ambos sintieron un vacío inmenso.

A Alessandra la habían llamado muchas veces asesina, pero que él lo hiciera… eso sí le dolía.

Salvatore le dio la espalda y apoyó las manos en el lavabo con la cabeza hundida entre sus hombros. Seguía tan incrédulo como desde el primer segundo en que la vio, y todavía tenía la esperanza de que si cerraba los ojos, cuando los abriera ella habría desaparecido.

—¿Te acuerdas de nuestro primer beso? Fue en un baño —susurró Alessandra acercándose a él, que continuaba con los ojos cerrados como si su voz no fuera prueba suficiente de su presencia—. Me abrazaste cuando más lo necesitaba. —Posó sus manos sobre su espalda, que se tensó al instante—. Yo te besé. Y luego lo hiciste tú… Y me pusiste el tacón que había tirado.

Los recuerdos dolían más cuando salían de la persona que los vivió con él.

—Salvatore, mírame —le rogó agarrándose a su camiseta—. Por favor.

Salvatore odió que su cuerpo le hiciera caso cuando su mente se negaba. La miró con lágrimas contenidas en sus ojos, y Alessandra, hipnotizada por esos iris que tanto habían significado para ella, subió las manos hasta sus mejillas.

—No —musitó él agarrándole las muñecas. Todavía le quedaba una pizca de sentido común, pero como siempre, Alessandra ganó la batalla.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, volvió a posar los dedos sobre su piel tostada. Él aflojó la presión en sus muñecas, pero no la soltó.

—Sigues igual que hace dieciséis años —susurró ella admirando la salvaje belleza de aquel hombre.

—No. He cambiado, hemos cambiado.

Ahora tenía más arrugas, las ojeras más pronunciadas, y el destello de algunas canas sobre su cabello.

Alessandra ya no tenía el pelo largo, ahora lo llevaba un poco por encima de los hombros, y era de un color chocolate que estaba seguro que tampoco era su color natural, el suyo era más oscuro, o eso pensaba, porque nunca la vio de verdad. Seguía siendo igual de hermosa que siempre, ahora con unas imperceptibles arrugas debajo de los ojos y en la frente. La ropa que usaba era diferente, básica. Nunca la había visto tan sencilla, ni siquiera cuando pasaba los días en camisón porque no tenía fuerzas ni para cambiarse de ropa por culpa de la depresión.

Pero donde más habían cambiado era por dentro. Salvatore ya no era el chico inocente que ella conoció un día, y Alessandra (a pesar de lo que pudiera pensar Salvatore en ese momento), ya no era la mujer que se quería comer el mundo costara lo que costara.

—¿Por qué escribiste ese maldito libro?

Al fin, Salvatore se atrevió a lanzar la pregunta que durante tanto tiempo le había rondado la mente.

—No lo escribí yo, lo hizo Iris. Yo solo conté la verdad.

—No tenías derecho…

—Claro que lo tenía. Lo tenía más que nadie. No quería que siguieran inventando cosas sobre mi vida, no quería que ella pensara tan mal de mí, no quería que tú…

—¿Qué? —espetó atravesándola con la mirada. Estaban tan cerca, que respiraban el mismo aire—. ¿No querías qué?

Alessandra sabía que él no lo quería escuchar, pero desde hacía mucho tiempo se prometió decir solo la verdad.

—Que te quise más de lo que he querido a ningún hombre en mi

vida.

Esa frase fue como un puñal directo al corazón de Salvatore. Intentó sonreír, intentó ser cruel, usar la ironía y burlarse de sus falsos sentimientos, pero no pudo, porque él no era así. Él era la persona más pura que se había cruzado en la vida de Alessandra.

Ella había imaginado tantas veces ese momento… Y en todas las ocasiones se prometió continuar con su papel, decirle la verdad, pero manteniendo sus sentimientos a raya. No iba a llorar, pero no contaba con que Salvatore no era tan controlador como ella. No lo era en absoluto. Él era de verdad, y la rojez de sus ojos también, las gotas saladas que amenazaban con caer a cascadas de sus ojos si se movía un solo milímetro, eran tan tangibles que Alessandra casi las podía sentir sobre sus dedos.

Y así lo hizo. Cuando sus labios rozaron los suyos, las lágrimas de él cayeron sobre sus pómulos y los bañaron a los dos. Salvatore no se movió un solo centímetro. Dejó que los labios de Alessandra danzaran sobre los suyos, pero él no hizo lo mismo, y eso le dolió más a ella que cualquier otra cosa en el mundo.

Ya no había un «nosotros», solo era «ella».

—Salvatore —suplicó lloriqueando—, por favor… Perdóname, mi amor.

Al cerrar los ojos, un mar de lágrimas cayó sobre ellos de nuevo.

—Pensaba que solo era un hombre más que pasó por tu vida. —La voz que salió de sus labios no parecía la suya. Sonó quebrada, hosca y más grave de lo normal. Que él repitiera las palabras que un día ella le dijo, dolía incluso más que la primera vez. Fueron como un martillo golpeando sin piedad sus corazones.

—El hombre de mi vida —rectificó las palabras que había pronunciado hacía más de quince años. Se separó un poco de él, y se limpió las mejillas bañadas en agua salda. No había dolor más profundo que ver cómo la ignoraba incluso estando a un milímetro de su boca—. Te dije eso porque no quería que te quedaras al lado de alguien como yo, porque sabía que tú jamás podrías estar conmigo, porque tú eres diferente a mí, Salvatore. No tienes maldad, no tenías esa sed de venganza que yo sentía. Para ti estar en esa casa en Positano, con tu familia, era la felicidad, y yo…

—¿Tú sabes lo que es la felicidad? —preguntó con dolor observando a la mujer que más daño le había hecho en toda su vida—. ¿Lo sabes?

Alessandra se tomó un momento para pensarlo, y solo pudo verlo a él.

—Sí. Pero entonces no la reconocí —explicó con el corazón en un puño—. En aquel entonces solo quería vengarme, ¿no lo entiendes? ¿¡No entiendes el daño que me hicieron!?

—¡Sí lo entiendo, Alessandra! ¡Lo que no entiendo es que no pudieras superarlo! ¿Por qué no pudiste olvidarlo? ¿Por qué convertirte en ellos?

—¿¡Olvidarlo!? ¡No lo voy a olvidar nunca! Me mataron en vida, ¿sabes lo que es eso?

—Tenías la opción de vivir —replicó él bajando la voz—. Tuviste la opción de ser mejor que ellos.

—¿Quién dijo que quería ser mejor? Lo que quería era que supieran lo que es el dolor. Quería que antes de morir se acordaran de mí, de La Farfalla que Tiziano tenía expuesta en la pared como un trofeo. ¡Quería que recordasen mi nombre para siempre!

—Y lo conseguiste —dijo él con la calma que a ella siempre le faltó—. Ahora el mundo entero te recuerda, hasta tienes una canción, ¿verdad? Farfalla —pronunció la palabra que significaba mariposa en italiano con retintín—. Pero el problema es que tú no te llamas así, te llamas Alessandra. Y a la chica que sufrió barbaridades a manos de esos hombres nadie la recuerda, solo recuerdan a la asesina y despiadada jefa de La Cosa Nostra, en eso te has convertido para el mundo entero.

Alessandra se quedó callada. Las manos le empezaron a temblar y las tuvo que apretar con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas hasta sangrar. Podía soportar haberse convertido en eso para el resto del mundo, pero no para él.

—Tú conoces mi nombre —murmuró perdida entre sus recuerdos—. Tú e Iris. Aunque te parezca mentira, sois lo único que tengo, lo único que me importa. Giorgio murió. Dante nunca volvió a hablar conmigo.

Salvatore sintió lástima por aquella mujer que un día amó y que ahora sufría las consecuencias de sus propios actos.

—Déjame verla un minuto, quiero cerciorarme de que está bien. Y me iré, te lo prometo. No volveremos a vernos nunca más.

Un nudo de acero se apretó con fuerza en el estómago de Salvatore. «Nunca más», repitió en su cabeza.

—Está bien —dijo tras unos segundos—. Solo un minuto, y después no volverás a vernos nunca más. A ella tampoco. Nunca te acercarás a ella, ni la espiarás. Nunca —repitió con demasiada vehemencia.

Alessandra pensó que durante toda su vida había estado muerta, pero es que ahora estaba a punto de enterrarse.

—*Va bene.*[10]

El dolor transforma a la gente.

Hay mucha diferencia entre sentir el dolor más terrible del mundo y querer que los demás también lo sufran. Parece obvio, pero a veces tan solo se trata de una línea muy delgada. Hay personas que están más inclinadas a la venganza, otras al aislamiento y a la tortura personal.

El dolor tiene la maravillosa cualidad de hacerte sentir vivo, pero también puede destruir hasta el último haz de luz que quede dentro de ti.

XXVI

Salvatore se aseguró de que Michelangelo no pudiera ver a Alessandra. Giovanna se había ido a trabajar, y Martín estaba en la habitación de Iris. Si su hermano se enterara de que iba a dejar que La Farfalla viera a su hija, pondría el grito en el cielo y algún puño sobre su cara. Pero tenía que hacerlo, tenía que cerrar etapas de una vez por todas. Necesitaba que ella se marchara para siempre de su vida para que cicatrizaran las heridas que dejó a su paso. Incluidas las de Iris.

—Id a descansar un rato, yo me quedo con ella.

—Eso, daos una ducha, por favor —comentó Iris mirando a su novio y a su padre.

—Bueno, pero cuídala bien, eh —le rogó Michelangelo.

Salvatore asintió con un nudo en la garganta y dejó que se despidieran de ella antes de escoltarlos a la salida. Sentía un pinchazo constante en el pecho por lo que estaba a punto de hacer a espaldas de su hermano.

—Oye, vuelve a la habitación. Que nos saltamos las reglas para estar todos con ella, y ahora la dejas sola —lo recriminó Martín.

—Ya voy, ya voy. Solo quería acompañaros.

A Michelangelo le pareció raro, pero estaba tan cansado y derrotado por tantas emociones, que ni se le ocurrió pensar en que solo había una cosa en el mundo que le pusiera tan nervioso a su hermano. Tenía nombre y apellido y esperaba al final del pasillo.

Solo cuando se aseguró de que ya no estaban en la misma planta, Salvatore se acercó a ella. Entonces se quedó paralizado. ¿No estaría poniendo la vida de su sobrina en riesgo?

—¿Ya puedo entrar? —susurró Alessandra mirando a las personas que pasaban por su lado. Seguía llevando las gafas de sol.

Salvatore apretó la mandíbula. Verla dolía. Escucharla le destrozaba. Seguir sus órdenes le quemaba por dentro.

—Sí. Rápido.

Cuanto menos hablara con ella, mejor para él. Caminaron juntos y pasaron delante de la policía, como iba acompañada por un familiar directo de la víctima, la ignoraron por completo—. Espera aquí —ordenó antes de entrar en la habitación para avisar a su sobrina de la inesperada visita—. Iris, alguien ha venido a verte. Necesito que estés calmada, si no quieres verla no lo harás.

—¿Quién es? —preguntó la paciente con intriga. No conocía a mucha gente en Manarola como para que la visitaran. Sara y Lola ya se habían marchado, y Giovanna estaba en la frutería.

—Soy yo. —La voz de la inconfundible ex *capo* de la mafia italiana retumbó en los oídos de Iris como un golpe directo y preciso.

La chica que hacía un año había entrevistado a la mujer con más poder de toda Italia, se quedó paralizada al verla entrar vestida como una simple mortal. Las gafas opacas ocultaban sus inconfundibles ojos llenos de ambición, pero aun así le resultó muy fácil reconocerla. Se las quitó cuando estuvo tan cerca que solo ella la pudiera ver a los ojos.

Salvatore se puso en alerta y se quedó a las espaldas de Alessandra, como solía hacer años atrás debido a su trabajo, pero en esta ocasión, a la que estaba protegiendo era a su sobrina de ella.

—¿A-Alessandra?

—Sí, *bambola*[11]. Soy yo.

Iris no podía creer lo que veían sus ojos. Empezó a dudar si se debía a alguna alucinación a causa de los medicamentos que le daban para el dolor, pero no. Ella estaba allí, frente a ella. Y Salvatore también.

—¿Qué haces aquí? —preguntó casi sin respiración.

—Quería asegurarme de que estás bien. —Un silencio tenso y cargado de emoción se instaló entre los tres.

Iris miró a su tío. Todo su cuerpo estaba en tensión y no le quitaba el ojo de encima a Alessandra, pero no la miraba con melancolía, ni amor, ni deseo. La miraba como a un objetivo al que hay que tener vigilado, como a un peligro.

Iris sabía que en el fondo nunca logró olvidarla, porque ni ella misma no pudo.

—Eres la persona más buscada del país —respondió todavía en *shock*.

—He aprendido que hay cosas más importantes que yo misma, *bambola*. Espero que estés orgullosa de mí, estoy aplicando algunas de tus lecciones.

Nadie movió ni un solo músculo.

—Igual es un poco tarde —respondió Iris, enseguida se arrepintió. No quería ser cruel.

—Sí, lo sé. —Otro silencio incómodo—. No todo el mundo es bueno por naturaleza. Hay gente a la que nos cuesta serlo.

Salvatore se aclaró la garganta antes de decir:

—Te quedan treinta segundos.

Alessandra no se giró para mirarlo. Notaba sus ojos clavados en su nuca. Salvatore era al único hombre al que le permitía mirarla así. Era al único al que respetaba y quería, aunque él no lo creyera.

—Solo quería ver que estabas bien y decirte que no te preocupes. Nadie volverá a tocarte jamás, te lo prometo.

Una promesa con sabor a peligro.

Iris tragó saliva. Puede que Alessandra se hubiese dado cuenta de sus errores, pero su carácter no cambiaría nunca.

—No quiero que hagas nada por mí, Alessandra. No quiero tener nada que ver con la mafia ni ser responsable de ningún crimen.

—Por eso mismo, porque tú no tienes nada que ver con este mundo, no te mereces que te pase esto. Por eso te prometo que no volverá a ocurrir. Yo cargo con esa responsabilidad.

—Se ha acabado el tiempo —espetó Salvatore.

Alessandra no se movió. Iris tuvo miedo de lo que se le estaría pasando por la cabeza.

—Nunca quise haceros daño a vosotros, y nunca me perdonaré por haberlo hecho.

Sus palabras casi dolieron más que la bala que le había atravesado el estómago a Iris.

—Vete, Alessandra —volvió a rugir Salvatore a sus espaldas.

—¿Qué harás ahora? —logró preguntar Iris. Toda la vida dedicada al periodismo, y ahora tenía que sacarse las palabras a la fuerza cuando delante de ella estaba la persona más buscada del país. Aunque para Iris nunca fue La Farfalla, sino Alessandra. La mujer a la que quería parecerse cuando era pequeña.

—Seguiré mi camino como hasta ahora. No me atraparán.

No era un deseo, sino una afirmación.

Alessandra jamás volvería a dejarse cazar. Ella tenía alas para volar, aunque tal vez siempre apuntó demasiado alto.

Salvatore la agarró del brazo. Su contacto le dolió en lo más profundo de su ser. Era como tocar veneno.

—Vamos. Tienes que irte.

Alessandra se quedó sin aliento, miró a Iris una vez más, y se volvió a cubrir la mirada con las gafas de sol.

—No cambies nunca, Iris.

Y así fue como Alessandra Veneziano salió finalmente de sus vidas, dejándolo todo revuelto y patas arriba. Un terremoto de mariposas capaz de crear desastres naturales a cada aleteo.

Giovanna no dejaba de ensayar el discurso en su cabeza para cuando llegara a la frutería. ¿Cómo iba a despedirse del único amigo que había hecho en Manarola desde que llegó? ¿Cómo marcharse sin destrozar nada a su paso?

—Hola, Marco —saludó con timidez cuando al fin se llenó de valor para entrar en la frutería donde había estado trabajando el último año.

—Hola, Giovanna.

La respiración se le descontroló al oír su nombre saliendo de la

boca de su jefe. Por supuesto que él ya lo conocía. Fue imposible ocultárselo cuando tuvo que hacerle el contrato, pero entendió que ella no quisiera llamarse así. Desde un principio respetó su deseo de cambiarse el nombre y no hizo preguntas. «Todos tenemos un pasado», fue lo que le dijo cuando trató de explicarle que, aunque el nombre escrito en su DNI era Giovanna, ella prefería que a partir de entonces la llamaran Venus.

—He escuchado lo que le ha pasado a tu amigo escultor y a su… ¿hija?

Giovanna suspiró. Pensaba que le iba a hablar del otro tema.

—Sí, su hija.

—Lo siento mucho, ¿están bien?

—Están bien. Su hija saldrá hoy del hospital.

—Me alegro.

Un silencio incómodo.

—Marco, yo… Sé lo de los rumores, no quiero perjudicarte, de verdad.

—Se les olvidará. Solo son habladurías —intentó restarle importancia mientras se ponía a hacer algo detrás del demostrador.

Pero Giovanna sabía que no lo olvidarían, porque había algo de verdad detrás de todo aquello.

—Tú me has ayudado desde el primer momento, y no quiero que mi presencia aquí te perjudique, así que dimito —dijo de sopetón. Ya le había dado demasiadas vueltas durante el camino.

—¿Cómo? —El hombre estaba sorprendido—. ¿Lo dices en serio?

—Sí. Te doy las gracias por haberme dado una oportunidad, por ser siempre amable conmigo. No me perdonaría nunca que por mi culpa tu negocio fuera mal, sé que tienes una gran familia que mantener, y yo no. Encontraré otra cosa, y por supuesto, me quedaré los días que hagan falta hasta que encuentres a otra persona.

Marco pestañeó.

—¿Piensas irte de Manarola?

Giovanna trató de respirar profundo antes de contestar. Tenía el cuerpo en tensión y eso era malo para su espalda.

—Sí. No sé dónde, todavía no, pero no te preocupes por mí. Tengo dinero ahorrado.

—Pero… *bambina*, no tienes que irte por lo que digan los demás.

Esa era la principal razón, pero había algo más, algo enterrado muy profundo en su corazón: las ganas de viajar, de explorar otros trabajos, de saber a qué se quería dedicar. Durante mucho tiempo se sintió estancada, primero en una cama de hospital, después entre las cuatro paredes de su cuarto, ahora en un pueblo donde la gente la juzgaba. Giovanna necesitaba más, merecía más.

—No quiero estar más aquí —confesó—. No sé dónde voy a ir

todavía, pero ya no tengo miedo.

Marco sonrió y ella se dio cuenta de que había tomado la decisión correcta.

—Eres joven y valiente, seguro que te va bien allá donde vayas.

Giovanna le dio las gracias con un abrazo. Nunca lo había abrazado. Lo del contacto físico no lo llevaba muy bien hasta entonces.

—Cuida de los gatos, por favor.

Marco rio.

—Está bien, está bien. Al final les he cogido cariño y todo.

Ella sonrió con ligereza mientras se separaba. Sin duda, lo que más iba a echar de menos de Manarola era a sus gatos y a él.

—Sobre los rumores… No soy una asesina —sentenció. Las piernas le temblaron al sacar el tema. Durante mucho tiempo pensó que sí lo era, pero ahora sabía que era mentira.

—No lo he dudado. No creo en las habladurías.

Giovanna sintió que le debía una explicación, e intentó explicarse de la forma más breve posible:

—Hace unos años tuve un accidente de coche contra otra persona. —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Ella murió y yo me salvé.

A Marco se le pusieron los pelos de punta. Él ya imaginaba que algo malo le debió suceder por lo poco que se mostraba ante los demás, pero jamás llegó a imaginar algo como eso.

—Lo siento.

—Yo también —susurró más para ella que para él.

—¿Quieres un refresco y unas pipas? Invita la casa.

Giovanna sonrió. Le pareció tan bonito que la tratara como a una persona normal y no como a una criminal, que en ese momento supo que lo iba a echar mucho de menos.

—Sí.

Cuando Giovanna terminó su turno de trabajo, sintió que el mundo había cambiado para ella. Ahora tenía ilusión por llegar a casa y encontrarse a Michelangelo, Martín, Salvatore e Iris, que por fin había salido del hospital.

Su casa nunca había estado tan llena como ese día.

—Hola —saludó abriendo la puerta de casa. Por suerte no se había encontrado con sus indeseables vecinas, y esperaba que ellos tampoco tuvieran que haber pasado por eso.

De repente todos se callaron.

—Hola, Gio —la saludó primero Iris. Luego Michelangelo se acercó

a ella y le dio un beso en los labios delante de todo el mundo.

—¿Qué tal ha ido? —Estaba preocupado porque sabía muy bien lo duro que era para ella dejar la frutería.

—Bien, ha ido bien. —Le sonrió y se acercó más a él anhelando su calor. Michelangelo le pasó un brazo por los hombros. A ella no le importaba que él le tocara la espalda. Era la única persona con la que tenía esa confianza—. ¿Y vosotros? ¿Cómo estás, Iris?

—Bien, estoy bien.

Parecía algo aturdida. Salvatore había acordado con ella que nunca hablarían con nadie sobre la visita de Alessandra en el hospital. Prometieron que lo olvidarían, pero eso ya era más difícil, porque La Farfalla siempre dejaba huella.

—Gracias por dejar que nos quedemos esta noche. Mañana nos iremos —dijo Martín.

—De eso nada. Francesca no puede viajar todavía —contestó Michelangelo.

—Papá, sí puedo, lo ha dicho el médico. De aquí a España solo son un par de horas, estaré bien.

—Pero…

—Es mejor que se vaya a España, hermano. Ahí estará más segura —agregó Salvatore.

—Te voy a poner un guardaespaldas —replicó el padre.

—Que sí, lo sé —resopló Iris—. Pero no creas que va a ser para siempre. Solo lo acepto unas semanas para que te quedes tranquilo. Quiero mi privacidad.

—Yo iré contigo, princesa —dijo Salvatore. Por ella estaba dispuesto a dejarlo todo—. Me quedaré unos días en España e informaré a tu padre de todo.

—Eso me gusta más —dijo Michelangelo con una medio sonrisa.

Iris se limitó a poner los ojos en blanco. Estaba acostumbrada a la sobreprotección de su tío y su padre, por eso se resignó a tener que vivir custodiada por unos días. Al menos tendría a su tío al lado y no a un extraño.

—Bueno, yo me voy al hotel. Aquí no cabemos todos. Gracias, Giovanna.

—De nada, hasta mañana. —Se despidieron de Salvatore.

Esa noche Iris y Martín durmieron en la cama para que estuvieran más cómodos, mientras que Giovanna y Michelangelo se quedaron en el sofá, muy apretados pero felices.

—¿Estás bien aquí? —susurró Michelangelo en mitad de la noche. Ninguno de los dos era capaz de dormir, y él estaba preocupado por los dolores de espalda que le pudiera producir a Giovanna dormir en el sofá.

—Estoy bien —respondió ella en el mismo tono de voz. Encontró

sus ojos en la oscuridad—. ¿Y tú?

Michelangelo le acarició la mejilla.

—Bien.

En realidad, no lo estaba. Al día siguiente, cuando su familia se fuera, él tendría que conseguir billetes para volver a Florencia. Las vacaciones se habían acabado, al igual que su bloqueo creativo. Tenía que volver a trabajar y enfrentarse de nuevo al mármol.

—Gio, quiero hacerte una pregunta.

—Dime.

—¿Te gustaría ser modelo para mis esculturas? Te pagaría, por supuesto.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos y no pestañeó.

—¿Me lo dices en serio?

—Claro.

—Sabes que no tengo cuerpo de modelo —replicó agarrándose con fuerza a la sábana. Afrodita los miró con los ojos entrecerrados. Dormía enrollada a sus pies, como si supiera que dentro de nada se irían y no volvería a tener la oportunidad.

—Lo tienes —dijo él poniendo una mano en su cadera—. Quiero hacer algo real, Gio. ¿Te acuerdas que me dijiste que mis esculturas eran siempre de cuerpos perfectos? Bueno pues quiero hacer algo real, y me gustaría hacerlo contigo.

¿Dejaría que Michelangelo esculpiera su cuerpo en mármol? ¿Permitiría que aquello que tanto odió perdurara en el tiempo?

—No me contestes ahora —susurró él—. Piénsalo. Podrías venir a Florencia, te ayudaría a encontrar un lugar donde vivir. Podrías empezar una vida nueva junto…

—A ti —terminó la frase por él casi sin aliento. Michelangelo asintió—. Nos conocemos desde hace muy poco tiempo.

—¿Y? Gio, la vida está hecha de días que no significan nada y momentos que lo significan todo.

«*Tutto o niente*». Giovanna buscó el tatuaje en su pecho. Tenía razón. No había sentido esa conexión que compartían ellos con

nadie más en su vida. La joven pasó los dedos por las letras de su tatuaje.

—Te prometo que me lo pensaré.

—Una cosa más, mi hija me dijo hace unos días que te hiciera una pregunta, y todavía no he tenido ocasión de hacerlo.

—Dime.

—¿Quieres ser mi novia?

Giovanna tuvo que ponerse una mano en la boca para silenciar su risa. Michelangelo sonrió de oreja a oreja. Era difícil sacar ese sonido de su garganta, pero era el más bonito del mundo.

Giovanna lo besó antes de responder entre sus labios:

—Sí.

Una promesa con sabor a un futuro juntos para poder sobrellevar los días que los esperaban separados.

VENUS Y MARTE

Sandro Botticelli

@VENUS

Es curioso como unos días pueden hacerse eternos y, en cambio, otros duran un suspiro. Me siento como si viviera en un tren. Fuera, el mundo va muy deprisa, pero dentro todo sigue su ritmo habitual.

El tiempo tiene la no tan maravillosa cualidad de pasar muy rápido cuando estás bien, y muy despacio cuando esperas una fecha importante.

XXVII

Habían pasado dos semanas desde que Giovanna y Michelangelo escogieran caminos distintos.

Ella ya no trabajaba en la frutería Pellicani. La despedida fue dura, pero acertada. Ahora la gente se animaría a volver, y Marco dejaría de sufrir pérdidas por culpa de los rumores infundados.

Durante la última semana, Giovanna ya se había encargado de ir guardando algunas de sus cosas en cajas. Dentro de un par de días se tendría que ir del piso. Por suerte o por desgracia, no tenía muchos objetos personales. Su maleta tan solo estaba llena de ropa, cuadernos, y libros. Tal vez siempre supo que ese no era el lugar para echar raíces, por eso nunca compró nada que no cupiese en un par de cajas de cartón.

Por otro lado, Michelangelo había vivido durante catorce días sumergido entre las paredes de su estudio. Hasta que no puso los pies en él, no se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos encerrarse ahí para crear. Le había sentado bien salir, respirar, conocer gente, pasarlo bien (y tener algún que otro disgusto), pero necesitaba crear casi tanto como el aire para respirar.

Su mente estaba en paz mientras daba forma al mármol y le insuflaba vida, aunque a veces el inconsciente hacía de las suyas y se imaginaba a Giovanna posando para él desnuda. Imaginaba como serían las curvas de su cuerpo en piedra y las cicatrices convertidas en marcas únicas.

Su representante había dado por perdida la obra en la que estuvo trabajando antes de irse a Manarola, pero Michelangelo había vuelto con tantas ganas, que no quería dejarla al fondo del estudio. Quería darle una nueva cara, la de ella. La verdadera cara de Venus.

Su móvil empezó a sonar. Nunca lo tenía encendido cuando trabajaba, pero ahora lo dejaba a su lado por si Iris necesitaba algo. Desde lo ocurrido en Manarola no había vuelto a estar en peligro, y él se sentía más tranquilo sabiendo que su hermano estaba cuidando de ella.

El nombre que apareció en la pantalla no era el de su hija, ni el de su hermano, tampoco el de Martín o su representante. Era el de la mujer que se colaba en sus pensamientos día y noche.

—Hola —descolgó enseguida.

—Hola. —Hubo un silencio. Durante esas semanas habían estado hablando por mensajes, pero no se habían llamado—. ¿Te pillo trabajando?

—Eh… —Michelangelo se alejó de su obra—. No, no. Estaba tomando algo. —Salió al balcón—. Dime, ¿pasa algo? ¿Qué tal ha ido tu último día en la frutería?

—Bien… Ha sido un poco triste, la verdad. Pero sigo pensando que es lo mejor. Ahora estaba empaquetando mis cosas, pero Afrodita se mete en todas las cajas.

Michelangelo sonrío al recordar a esa gatita.

—¿Has decidido cuál va a ser tu próximo destino?

Contuvo el aliento.

—Creo que sí. —La línea se quedó en silencio varios segundos—. ¿Crees que habrá sitio para mí en Florencia?

Michelangelo sintió como si le pincharan los pulmones, soltó todo el aire que inconscientemente había retenido, y se quedó con una gran sonrisa en los labios.

—De sobra. ¿Cuándo vienes? —Podía sentir la sonrisa de ella a kilómetros de distancia.

—La semana que viene tengo el juicio. Voy a ir a Milán, y luego… Iré contigo.

«Conmigo», repitió el escultor en su mente.

—¿Necesitas que te acompañe al juzgado?

—No, no… Prefiero hacerlo sola. Bueno, no estaré sola, mis padres estarán conmigo. Me han dicho que van a ir a apoyarme. Sé que va a ser muy duro para todos, pero…

—Pero la familia se ayuda y se apoya entre ellos. Estaréis bien, Gio. Estoy seguro de que todo va a salir bien.

Sus palabras la tranquilizaron un poco.

—Después volveré a Manarola para enviar mis cosas.

—Te paso la dirección.

—Michelangelo… Prefiero vivir sola.

—Ya, lo suponía. —Una sonrisa un poco triste le adornó la cara—. Lo decía por si quieres que guarde tus cosas en mi casa mientras encuentras algo.

—Ah, vale, gracias.

—No es nada.

Esta vez el silencio fue menos tenso y más cómodo.

—Te aviso cuando me vaya.

—Sí, avísame de todo.

—Hasta luego, Michelangelo.

—*Ciao, amore*.[12]

Hoy vuelvo a marcharme.

Tengo la sensación de que dejo atrás otra vida, una versión de mí que ya no existe o, al menos, ha cambiado tanto que es muy difícil de reconocer.

Hay diferencias entre la primera vez y esta. Ahora lo hago sin miedo, sin ocultarme, sin huir. Cambio, evoluciono. Me ha costado mucho entender que el dolor no es mi identidad. No solo soy la chica triste a la que le pasaron cosas malas. También soy la que salió adelante, la que se volvió a hundir, la que continúa. Tengo mil caras. A veces estoy triste, pero también puedo estar feliz. Siento dolor, pero también soy capaz de sentirme pletórica. No soy solo una cosa. No soy una etiqueta. Soy un ser humano con mil caras, y ahora quiero vivir la más sincera de todas.

XXVIII

No fue nada fácil volver a Milán.

Giovanna no recordaba lo ajetreada que era la vida en la ciudad: la *Piazza del Duomo*[13] siempre arrebatada de gente y palomas, los turistas haciéndose fotos, los italianos corriendo de un lado para el otro…

Así era su vida antes. Cuando iba a la universidad se levantaba a las siete de la mañana y pasaba todo el día fuera. Ahora le resultaba agotador salir más de un par de horas. Antes no le prestaba atención a su cuerpo, ni le gustaba ni le dejaba de gustar. Era un cuerpo normal que entraba dentro de los cánones de su sociedad: delgada, con curvas en el pecho y la cadera, y una cara bonita. Eso era para todo el mundo. Y entonces cambió, y se odió. Pensó que los demás también lo harían, pero la única que se odiaba era ella misma.

Sus padres se lo demostraron el día de la citación judicial. Hasta entonces no los había visto a pesar de haber llegado con un día de antelación a la ciudad. Le tembló el cuerpo entero desde las puntas de los pies hasta las del cabello. En cambio, ellos sonrieron felices de volver a ver a su hija de nuevo, y se abrazaron tan fuerte que no hubo cabida para el miedo.

Giovanna siempre estuvo equivocada al pensar que después de la noche del accidente se había quedado sola. Siempre tuvo a sus padres, que a pesar de lo ocurrido nunca le dieron la espalda. Se aisló tanto que hasta perdió los dos únicos amigos que de verdad se preocuparon por ella tras lo ocurrido. Huyó a otro lugar donde intentó echar raíces, pero fue imposible anclarlas al suelo, en cambio, sí a una persona, a alguien que no era de ahí, un artista que veía más allá de un cuerpo, retrataba almas y esculpía vidas. Alguien que estaba muy lejos y muy cerca a la vez.

Cuando salieron del juicio, la familia de Luca fueron a comer. No había nada que celebrar, todavía no se había declarado una sentencia, pero sus abogados les dieron esperanzas. Comieron en la pizzería donde solían ir los fines de semana con sus hijas. Giovanna pidió su sabor favorito, y después un helado de Oreo que Vera siempre se solía pedir. En cierta manera fue un homenaje a ella, la pequeña de la casa que ya no estaba entre ellos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó su padre cuando terminaron de comer.

—Voy a ir a Florencia.

—¿A Florencia por qué? Giovanna, aquí tienes tu casa, tu familia

—replicó su madre. Siempre que hablaban de esos temas se alteraba. Ella lo había pasado muy mal al perder a su hija, y después que la otra se marchara de casa. Seguía en tratamiento médico y asistía a terapia.

—He encontrado a alguien —confesó. Giovanna no solía contarles su vida privada a sus padres. Nunca lo había hecho. El día que presentó a su ex en casa ni siquiera dijo que fuera su novio. Simplemente lo llevó a comer y sus padres lo entendieron todo.

—¿A quién? —preguntó su padre tratando de mantener a su mujer en calma.

—A un chico —explicó sin entrar en detalles—. Lo conocí en Manarola, pero él vive en Florencia.

—¿Y con él sí piensas irte a vivir y con nosotros no?

—Marguerita, por favor, déjala hablar. —El hombre le puso una mano en la rodilla a su mujer. Ella resopló y se bebió hasta la última gota de su bebida.

—No voy a vivir con él. Voy a vivir en su misma ciudad.

—¿Y de qué piensas trabajar ahora?

—Tengo unos ahorros mientras busco algo, no os preocupéis —respondió tratando de mantener la calma. En realidad, no tenía nada bajo control, pero había aprendido que no pasaba nada si se dejaba llevar un poco por el viento.

—Sabes que siempre vas a tener tu casa aquí con nosotros, ¿verdad? —Sonaba a una frase que diría su padre, por eso Giovanna se sorprendió tanto de que hubiera salido de la boca de su madre. La miró a los ojos. Los tenía verdes como los de su hermana. Hasta el tono rubio oscuro de su pelo era el mismo.

Ella se parecía más a su padre.

—Lo sé, gracias, mamá. Voy a estar bien, y quiero que me prometáis que vosotros también.

Las lágrimas emborronaron la visión de la escena.

—Siempre que tú estés bien, nosotros también lo estaremos.

Se dieron otro abrazo de tres, pero en realidad fue de cuatro, porque la brisa veraniega que les acarició los brazos se convirtió en una persona.

La primera vez que se marchó, Giovanna no fue capaz de despedirse de sus padres cara a cara, en cambio, en esa ocasión la acompañaron a la estación.

Intentó no derramar una sola lágrima más, pero fue difícil cuando una vez el tren se puso en marcha, sus padres corrieron por el andén para verla durante unos segundos más. Fue entonces cuando Giovanna comprendió lo valientes que eran, lo mucho que la querían, y lo

agradecida que estaba de tenerlos como padres.

Tal vez no se había portado bien del todo con ellos, pero volverían a verse, y cada día su relación mejoraría. Volverían a vivir. Daba igual si los separaba una ciudad u otra, si ella cambiaba de país o no, siempre tendrían una conexión llena de amor llamada Vera.

Cuatro horas más tarde había llegado a Florencia. Bajó del tren con una maleta pequeña, y solo le costó dos segundos encontrarlo entre la marea de gente.

Fue él quien se acercó primero.

—¿Cómo ha ido?

Giovanna se puso nerviosa al tenerlo tan cerca de nuevo. A veces todavía se preguntaba si lo que había vivido junto al escultor fue real, si el tiempo y la distancia no lo borrarían todo…

—Por primera vez en mucho tiempo puedo decir que bien sin mentir. —Su sonrisa iluminó la estación de tren.

Michelangelo la agarró de la cintura y la alzó en el aire para poder besarla. Giovanna sintió una ilusión plena y brillante en el pecho.

La vida en Florencia prometía ser muy distinta a su época en Manarola. Le seguía gustando encerrarse en casa a escribir, pero ahora quería vivir experiencias nuevas, necesitaba respirar de nuevo.

Michelangelo la llevó de la mano hasta su estudio, donde había guardado las cajas con sus pertenencias. Le sorprendió ver que tenía tan pocas cosas y que cabían todas en un rincón.

—¡Guau! —exclamó Giovanna al entrar en el espacio creativo de Michelangelo. A él no le gustaba llevar gente a su rincón especial, pero a ella la llevaría a todos lados—. Qué bonito —dijo con un brillo en los ojos al pasear entre las esculturas.

Michelangelo se quedó mirándola. Era una mancha de color entre blanco. Sintió el tacto de su mano sobre las figuras de mármol como si lo tocase a él. Giovanna las acarició con tanta delicadeza como si se trataran de seres humanos de verdad.

Después se detuvo a ver los bocetos en la pared y las pequeñas esculturas de las baldas.

—Qué bonito…

Pero Michelangelo no podía ver algo más bonito que ella.

—No sabía que hacías estas esculturas pequeñas.

—Son prácticas. ¿Te gustan?

—Me encantan, son súper…

—¿Bonitas? —terminó la frase por ella. Giovanna alzó la vista hacia el escultor y sonrió.

—Sí, eso.

Se dio la vuelta, y entonces se encontró con la obra en la que estaba trabajando. Una Venus alada y con cicatrices en el nacimiento de sus alas. Se acercó a ella y le pasó los dedos por las marcas

imperfectas al igual que hizo Michelangelo con ella unos días atrás.

Giovanna no necesitó que le confirmara nada para saber que se trataba de ella.

—¿Te gusta?

—Es… Salvaje.

—¿Salvaje?

—Real pero fantasioso.

—Mm… No sé si me ha quedado más claro o no. —Michelangelo se acercó a ella por la espalda—. ¿Cómo quieres que la llame?

Giovanna se quedó en silencio unos segundos. El olor de su compañero se coló entre ella y su Venus alada.

—¿Venus?

—Se me ocurre algo mejor. —Se puso frente a ella—. ¿Qué tal «La verdadera cara de Venus»?

Giovanna acarició las alas de la escultura antes de mirarlo.

—¿Por qué?

Michelangelo la cogió de la mano y la puso frente a su espejo de mármol. La abrazó por la cintura, y ambos miraron la escultura.

—Porque antes era completamente diferente. Se resistía a salir a la luz. Los golpes del martillo la asustaban y no quería salir de su coraza, pero ahora… Mírala. Esta es su verdadera cara. La cara de la victoria, del cambio, de la verdad.

A Giovanna se le llenaron los ojos de lágrimas una vez más.

—¿Te gusta? —susurró él en su oído unos segundos después.

No le salían las palabras, así que asintió. Agarró una de sus manos y cruzó sus dedos. Se dio la vuelta al notar sus labios suaves y cálidos sobre su cuello, y lo miró a los ojos antes de decir:

—Michelangelo, te quiero.

Ella es como la luna, una parte siempre estará oculta, pero otra resplandece con luz propia.

A veces pienso que mis esculturas tienen vida y una historia que contar, y hasta que no se sienten seguras para gritarla a los cuatro vientos, les cuesta salir.

Esta tardó dos años en ver la luz, pero aquí está ahora. Su historia ya no se olvidará entre un bloque de mármol, ahora perdurará para siempre.

Es la historia de un ángel al que le cortaron las alas, de alguien que a pesar del dolor y las cicatrices pudo sanar y volver a empezar. Ahora tiene unas alas nuevas. Tuvo que aprender a usarlas de nuevo, pero ya es libre, y es capaz de volar tan alto como ella misma se lo permita.

Se ha desatado.

Se ha curado.

Se ha querido.

«La verdadera cara de Venus».

2021 - 2023

Michelangelo Bianchi.

@VENUS

Nunca pensé que podría llegar a decir esto, pero… ¡Hoy sale a la venta mi libro!

Ya podéis encontrar en todas las librerías: «Venus, la luna y el sol». Un libro de poemas y reflexiones basados en los posts que llevo publicando durante años, con ilustraciones propias y otras en colaboración con Michelangelo Bianchi.

Entre sus páginas vais a encontrar quién soy, vais a ver mis colores, mis pensamientos, partes de mí que siempre he mantenido ocultas. No es solo un libro, es una parte de mí convertida en tinta y papel.

Gracias por apoyarme desde el principio, desde la etapa más oscura hasta la más brillante.

Gracias por llegar hasta aquí.

G.

XXIX

Giovanna llevaba cinco meses viviendo en Florencia. Su trabajo se dividía en el que hacía para Michelangelo, y el que hacía por cuenta propia.

Primero empezó encargándose del *copywriting*, la redacción de publicaciones en las redes sociales de Michelangelo. Poco a poco fue cogiendo confianza, y empezó a crear también el contenido visual: fotografiaba y filmaba su proceso creativo y las obras ya terminadas. Lo de ser modelo no iba con ella, pero le encantaba estar en el estudio de Michelangelo, sacarle fotografías y vídeos trabajando.

Desde que Giovanna se encargó de ese aspecto de su trabajo, el escultor había crecido mucho en redes. Ahora llegaba no solo a un público pudiente, sino a una gran variedad de personas, desde chavales interesados en aprender arte, hasta potenciales clientes.

A Michelangelo le seguía costando salir de las paredes de su estudio. Ese lugar para él era una fuente de creatividad inagotable, una burbuja donde solo estaban sus creaciones, él y Giovanna.

Al principio le resultó un poco difícil concentrarse al trabajar juntos, porque cada vez que Michelangelo alzaba los ojos de sus esculturas y la veía haciendo fotografías o simplemente escribiendo, le invadía una necesidad primitiva y salvaje de hacerle el amor en cada rincón del estudio.

Para Giovanna ese lugar también se convirtió en un sitio de paz e inspiración. Le encantaba escribir en el balcón bajo los rayos del sol, y en el suelo del interior cada vez que llovía. Le encantaba conocer la música que Michelangelo escuchaba para crear. Y también adoraba mirarlo, su pasión inspiraba a la suya y viceversa.

No vivían juntos, pero era casi lo mismo, porque pasaban muchas horas en el estudio, y luego siempre se iban a dormir a casa de uno u otro. Pero Giovanna no se atrevía a dar el paso, le gustaba pensar que tenía un espacio para ella sola y… para su gata Afrodita, que después de echarla tanto de menos durante las primeras semanas, tuvo que volver a Manarola para visitarla, y acabó llevándosela. En la ciudad no podía dejarla suelta, pero la llevaba con correa a cada sitio. La gente siempre las miraba, pero a Giovanna eso ya no le importaba.

La otra parte de su trabajo eran los libros. Cuando sacó su primer poemario supo que había encontrado su vocación. Escribir era algo que hacía desde muy pequeña, era su forma de desahogarse, una especie de catarsis para ella, pero nunca lo vio como un trabajo. Nunca pensó que podría ser una fuente de ingreso, y ahora lo era.

No podía vivir solo de eso, pero tampoco lo necesitaba. Con el trabajo que tenía con Michelangelo y la posibilidad de publicar y que otras personas se sintieran identificadas con sus letras, ya era suficiente.

Lo tenía todo, incluido el dolor. Había aprendido a vivir con ello. Siempre había momentos más difíciles que otros, pero ahora se había dado cuenta que sufrir en silencio solo aumentaba la agonía. Había aprendido que expresar su dolor no implicaba hacerle daño a los demás. Poco a poco fue comprendiendo que las personas también sanan, y que ella también podía hacerlo.

En los momentos más complicados, tener a Michelangelo, o a Sara y a Iris al otro lado del teléfono la aliviaba. Daba igual que estuvieran trabajando, que fueran las tres de la mañana, o los kilómetros que los separaban. Tenía personas que la querían, que estaban para ella tanto en lo bueno como en lo malo. Cuando aceptó eso, todo mejoró: la relación con sus padres, con sus amigos, y hasta con su pareja. Se sentía más libre que nunca estando acompañada.

Por eso, ese día se despertó con ilusión. Michelangelo y ella iban a viajar a España para ver a sus amigos. Hablaban a diario, pero verse era un poco más complicado.

—¿Quién es la escritora más guapa? —La voz de Sara sonó por todo el aeropuerto.

—¿Me tengo que ofender? —preguntó Iris alzando la ceja izquierda.

—Oh, tú también eres muy guapa.

Giovanna sonrió al verlas, dejó la maleta a un lado, y se acercó con los brazos abiertos. Las chicas la abrazaron a la vez. Michelangelo sonrió al tiempo que cogía la maleta de Giovanna con su mano libre.

—La verdad es que yo sí me siento ofendido. ¿Desde cuándo la queréis más a ella que a mí? —se quejó el escultor.

—No hay punto de comparación —murmuró Sara. Giovanna rio todavía abrazada a ella.

—¡Papá! —Iris se separó para ir a recibir a su padre. Michelangelo estaba feliz de tenerla junto a él de nuevo. La echaba de menos cada día.

—¿Cómo estás, *piccolina*? —le acarició la mejilla.

—Muy contenta, ¿y tú?

Giovanna los observó. Cada día los veía más parecidos, eran como dos gotas de agua.

—Se te cae la baba, Gio. Me estás poniendo el vestido perdido —dijo su amiga haciéndola reír.

—¿Dónde están tu madre y Martín?

—Nos están esperando en un bar. Hemos reservado en la playa, ¿vamos?

A Giovanna le brillaron los ojos. Lo que más echaba de menos de Manarola era ver el mar cada día.

Comieron en la playa de la Malvarrosa junto a Lola y Martín. Giovanna a veces era capaz de sentirse pletórica, luego se iba vaciando poco a poco. Pensó en su hermana, en lo mucho que le habría gustado viajar a España, en que debería de estar allí con ella compartiendo su felicidad. Se puso una mano en el tatuaje del colibrí que tenía en el hombro, y lo acarició como si así la pudiera sentir.

Michelangelo la conocía lo suficiente como para saber que se estaba acordando de ella. Siempre que lo hacía se llevaba la mano instintivamente a ese trozo de piel, libertad y alas. Se acercó para darle un beso en la mejilla, y le preguntó si todo iba bien.

Y ella supo que dentro del bien podía caber una gota de melancolía y no pasaba nada. Dentro del equilibrio podía haber caos, al igual que dentro del dolor podía haber felicidad.

@VENUS

Cuando el dolor te ciega no te das cuenta de que el mundo sigue girando y que mañana será un nuevo día. Habrá una nueva oportunidad para encontrarle significado a tu vida, no a la vida, sino a la tuya.

Todos necesitamos algo por lo que luchar. Da igual si es una persona, un animal, un oficio, un sonido, un color, o tú mismo.

A veces solo hay que sentarse, mirar por la ventana y escuchar el sonido de los pájaros. Sentir el calor del sol sobre la piel. Refrescarse con una bebida. Escribir en un cuaderno. Respirar.

A veces ese es el único motivo, y eso ya es suficiente.

XXX

Michelangelo y Giovanna se encontraban frente al cuadro de *El nacimiento de Venus* de Botticelli, en la Galeria Uffizi de Florencia. A ella le encantaba pasar las tardes rodeada de esa exposición de arte, pero había algo especial en ese lienzo que siempre la atraía. No sabía si era la técnica, los colores, el mito que representaba, o el título. Cuando escogió su nombre, Venus, lo hizo por ese cuadro. Ese trozo de historia del arte siempre estaría presente en su vida y en su piel tatuada. Nunca se arrepintió de haberlo cogido prestado para volver a nacer.

—Gio, vamos, van a cerrar.

Se despidió de esa parte de sí misma que siempre quedaría representada en temple sobre lienzo, y salió del museo con Michelangelo de la mano.

De camino a casa pensó en ese sentimiento de sentirse reflejada en las cosas: un cuadro, un libro, una escultura… Era algo que le llenaba el alma. Michelangelo también lo sentía. Hablaban mucho de eso, y un día llegaron a la conclusión de que tal vez era esa la chispa que alumbraba a los artistas.

Igual ese era su propósito. Puede que lo tuviera frente a ella todo ese tiempo, y que estuviera repartido en pedazos por todas las artes. Tal vez no necesitaba estar completa para ser feliz, solo dejar que floreciera vida entre las grietas.

Michelangelo lo había entendido hacía un tiempo. No todo lo bello está completo, y eso no les resta valor a las cosas. Tal vez el arte clásico siempre fue más hermoso sin ciertas piezas porque, simplemente, no las necesitaba.

—Giovanna, una carta para ti.

El corazón de la mujer empezó a golpearle el pecho sin control. Se acercó a la puerta donde Michelangelo, con la cara blanca como sus esculturas, esperaba junto al cartero,

—Firme aquí, por favor.

Giovanna hizo un garabato tembloroso sobre la máquina, cogió la carta certificada sin decir una sola palabra, y Michelangelo se encargó de cerrar la puerta mientras ella intentaba abrir el sobre.

—Tranquila, *amore*.

Michelangelo le rodeó la cintura con las manos. Él sería el sustento que necesitaba en esos momentos en que su vida se tambaleaba entre una palabra u otra.

Giovanna consiguió desplegar la sentencia judicial con manos

temblorosas. Había llegado el momento que tanto temía. Tenía el destino en sus manos, y solo había dos opciones: libertad o dolor eterno.

Estaba cansada de quedarse estancada siempre en la segunda opción. Necesitaba con urgencia que la vida le diera un soplo de libertad que ayudara a sus alas a volar.

Y eso fue exactamente lo que pasó:

«**Sentencia:** *No culpable*».

No leyó más. Las lágrimas se desbordaron de sus ojos como dos cascadas. El cuerpo le temblaba, pero unas manos fuertes la sujetaban.

—¿Q-Qué…? Giovanna, por favor. —Michelangelo se asustó tanto de su reacción, que temió lo peor—. Por favor… Dime qué es.

Pero ella no pudo decir nada. Lo miró, y sonrió entre lágrimas. Y fue como un rayo de luz entre la tormenta. Michelangelo expulsó todo el aire que había retenido, y la alzó entre sus brazos.

—Giovanna, hoy empiezas una nueva vida, *amore*.

Una nueva cara, la de la felicidad. Esta vez no pensaba ocultarla.

Todos nacemos y todos morimos, pero pocas personas se atreven a renacer de sus cenizas, y Giovanna lo hizo.

Somos como la luna, pasamos por varias fases.

A veces estamos pletóricos, después nos vaciamos y somos mitad luz y mitad oscuridad. Hay veces en las que la penumbra gana y preferimos ocultarnos en su sombra, pero siempre, SIEMPRE, se sale de ahí. Por eso hay una luna nueva, porque de la oscuridad siempre se sale renovado para poder llenarte de todo lo bueno una vez más y seguir.

Siempre seguir.

Giovanna.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Llegar a esta parte del libro es una mezcla entre felicidad y tristeza. Nunca es fácil terminar una novela, implica mucho trabajo y una montaña rusa de emociones, además, una parte de ti se queda encerrada entre sus páginas para siempre, por eso también duele acabarla.

Quiero darle las gracias a todas esas personas que me han apoyado desde que empecé a escribir, pero también a las que conocí en el camino. Compañeras maravillosas que siempre te animan a luchar por tus sueños, sin vosotras esto de escribir sería todavía mucho más solitario: Priscila, Fanny, (Nuestro club de las antologías), Lorena, Raquel, Alexandra, Lara, Scarlett…

A Gema, que es amiga, hermana, espejo, bombilla, drama *queen* y pececillo (y muchas cosas más que no caben en una sola página).

A Violeta, ojalá los golpes del martillo solo te hagan más fuerte.

Y como ha dicho Giovanna, esto no es solo un libro, es una parte de mí convertida en tinta y papel. Gracias por apoyarme desde el principio, desde la etapa más oscura hasta la más brillante.

Gracias por llegar hasta aquí.

Carmen.

SOBRE LA AUTORA

Carmen Castelló nació en Valencia en el año 2000. Es una joven escritora amante del arte y de los gatos. Empezó en el camino de la literatura desde muy pequeña, y a los dieciocho años se propuso escribir su primer libro. Cuando no está creando historias, pinta, edita, y comparte sus lecturas en redes sociales. Es autora de las novelas: «Ríos de luz» (Ediciones Kiwi, 2021), «La creación de lo prohibido» (Autopublicado, 2022), «Farfalla» (Autopublicado, 2022) y «La verdadera cara de Venus» (Autopublicado, 2023). También ha participado en varias antologías, y publicó por primera vez en Wattpad llegando a conseguir con su primera novela más de setenta mil lecturas.

¿Te ha gustado «La verdadera cara de Venus»?

¡Deja tu valoración en Amazon y un comentario para que otros lectores descubran el libro, y ayudar a la creación de la cultura!

También puedes contactar a la autora en sus redes sociales para no perderte ningún lanzamiento.

@carmenccastello

¡Gracias!

[1] Jefe
[2] Venganza
[3] Pequeña.
[4] Niña.
[5] Amor
[6] Adiós.
[7] Hasta la vista, señor. Mil gracias.
[8] Madre mía.
[9] Eres bellísima.
[10] Está bien.
[11] Muñeca.
[12] Adiós, amor.
[13] Plaza de la Catedral.